

Laura Mariana Riveiro

LOS INTERESES MANCOMUNADOS DEL
CATOLICISMO Y EL TRABAJO SOCIAL, EN LOS
ORÍGENES DE LA PROFESIÓN

Maestría en Trabajo Social

Universidad Nacional de La Plata

2010

Laura Mariana Riveiro

LOS INTERESES MANCOMUNADOS DEL
CATOLICISMO Y EL TRABAJO SOCIAL, EN LOS
ORÍGENES DE LA PROFESIÓN

Tesis presentada como requisito parcial para la
obtención del título de Magíster en Trabajo Social
en la Facultad de Trabajo Social de la Universidad
Nacional de La Plata, bajo la dirección de la Prof.
Dra. María Virginia Siede.

La Plata, agosto 2010

Tribunal de Defensa

“Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y transmite el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos. Y cuando éstos aparentan dedicarse precisamente a revolucionarse y revolucionar las cosas, a crear algo nunca visto, en épocas de crisis revolucionaria es precisamente cuando conjuran temerosos en su auxilio los espíritus del pasado, toman prestado sus nombres, sus consignas de guerra, su ropaje, para, con este disfraz de vejez venerable y este lenguaje prestado, representar la nueva escena de la historia universal”.

(Marx, 2001: 9)

AGRADECIMIENTOS

A mis amigas/os y familiares por todo lo que me han apoyado y animado en estos años de tesis.

A mis compañeros de trabajo que supieron entender la necesidad de cerrar una etapa.

A mis compañeras/os de Cátedra, de la UNLP y la UBA, y estudiantes, por los debates y discusiones.

A María Sol, por aceptar estar corriendo a último momento con la corrección de las formas y el estilo.

A mi directora de tesis, Virginia Siede, por su paciencia pedagógica y por enseñarme que el germen del conocimiento y la transformación está en las contradicciones, y no en las linealidades.

A Manuel, por su precisión en los aportes históricos y políticos. Pero sobre todo, por haber superado los límites de la “familia burguesa” y haberme demostrado, la necesidad de la herramienta de organización específica de los trabajadores.

A Juan Manuel, por todo su apoyo, aguante y aliento en este proceso. Por compartir la vida y la siempre desafiante aventura de seguir creciendo juntos.

RESUMEN

El presente trabajo de investigación reconstruye la relación histórica entre el ideario católico y los fundamentos teórico-ideológicos del Trabajo Social en el proceso de institucionalización de la profesión, a partir de la experiencia de la Escuela de Servicio Social del Museo Social Argentino.

La confluencia del catolicismo y los fundamentos de la profesión en sus orígenes es evidenciada a partir de: la naturalización de las relaciones sociales fundamentales de la sociedad capitalista en su fase monopolista; la necesidad de la intervención estatal en las refracciones de la “cuestión social”, para amortiguar la conflictividad social y legitimar el orden social vigente; la centralidad de la familia como célula de la sociedad, garante de la reproducción material e ideológica de la vida cotidiana de la sociedad burguesa; el Servicio Social que tiene como función socialmente demandada la reproducción de la fuerza de trabajo y en el campo ideo-político la reproducción de la ideología dominante; y la supremacía de los aspectos ético-morales, de inspiración espiritual y/o basados en la “ética cristiana”, en el proceso de formación y ejercicio profesional.

La tesis problematiza los límites teóricos y políticos del referencial reformista, que, en sus diferentes variantes, estuvo presente en los orígenes de la profesión. Se señalan tres ejes que aglutinaron al amplio arco del reformismo conservador, hegemónico en el proceso de institucionalización: el patriarcado, en la defensa y consolidación de la familia como núcleo básico de la sociedad y como garante de la reproducción material e ideológica de la vida cotidiana en el capitalismo; el positivismo, como campo de referencia teórico encargado de legitimar del orden social; y el nacionalismo, que encubría las desigualdades de la clase en nombre la “unidad nacional”.

ABSTRACT

The present research work reconstructs the historical relationship between the Catholic ideas and the theoretical-ideological basis of Social Work in the process of the institutionalization of the profession, from the experience of the Social Service School at the Museo Social Argentino.

The confluence of Catholicism and the foundations of the profession in its origins is evidenced by: the naturalization of the fundamental social relations in the capitalist society in its monopolistic stage; the need of state intervention on the refractions of the “social question”, to cushion the social unrest and legitimize the ongoing social order; the centrality of family as cell of society, guarantor of the material and ideological reproduction of everyday life of bourgeois society; a Social Service which has the socially demanded function of reproducing labour force and in the ideological field reproducing the dominant ideology; and the supremacy of ethical-moral aspects, spiritually inspired or based on the “Christian ethics”, in educational process and the professional practice.

The thesis questions the theoretical and political limits of the reformist reference that, in different versions, as present in the origins of the profession. Three cores that brought together the wide spectrum of conservative reformism, hegemonic in the institutionalization process, are pointed out: patriarchy, in the defence and consolidation of family and basic core of society and guarantor of material and ideological reproduction of everyday life in capitalism; positivism, as a theoretical reference field in charge of legitimize the social order; and nationalism, that concealed class inequalities in the name of “national unity”.

RESUMO

O presente trabalho de pesquisa reconstrói a relação histórica entre o ideário católico e os fundamentos teóricos ideológicos do Serviço Social no processo de institucionalização da profissão fundado na experiência da Escuela de Servicio Social do Museo Social Argentino.

A confluência do catolicismo e os fundamentos da profissão em suas origens é evidenciada a partir de: a naturalização das relações sociais fundamentais da sociedade capitalista na sua fase monopolista; a necessidade de intervenção estatal nas refrações da “questão social” para amortecer o conflito social e legitimar a ordem social vigente; a centralidades da família como célula da sociedade, garante da reprodução material e ideológica da vida cotidiana da sociedade burguesa; o Serviço Social que tem como função socialmente demandada a reprodução da força de trabalho e, no campo ídeo político a reprodução da ideologia dominante; e, a supremacia dos aspectos éticos morais, de inspiração espiritual e fundados na “ética cristiana” no processo de formação e exercício Profissional.

A tese problematiza os limites teóricos e políticos do referencial reformista que, nas suas diversas variantes, esteve presente nas origens da profissão. Assinalam-se três eixos que aglutinaram o amplo arco do reformismo conservador, hegemônico no processo de institucionalização: o patriarcado, na defesa e consolidação da família como núcleo básico da sociedade e como garante da reprodução material e ideológica da vida cotidiana no capitalismo; o positivismo, como campo de referencia teórico encarregado de legitimar a ordem social; e o nacionalismo, que escondia as desigualdades de classe no nome da “unidade nacional”.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
--------------	----

CAPÍTULO I

ENTRE LA RESTAURACIÓN Y EL REFORMISMO CONSERVADOR: EL DESARROLLO DEL CATOLICISMO ARGENTINO

1. El pensamiento católico en el plano internacional	31
1.1 El nuevo ropaje del pensamiento de la Iglesia Católica con la instauración del capitalismo monopolista	34
1.2 ¿Cuáles son las particularidades de <i>Rerum Novarum</i> ?	37
2. Las razones de la secularización incompleta del Estado argentino	40
2.1 Las primeras experiencias de organización del movimiento obrero	45
2.2 El camino de la reorganización eclesial	54
3. La consolidación del integrismo como corriente hegemónica en el catolicismo argentino	57
3.1 El anhelo del proyecto de la “nueva cristiandad” por medio de la fuerza militar	61
3.2 Las dos corrientes del nacionalismo en Argentina	73
3.3. La experiencia de un gobierno bonapartista <i>sui genesis</i>	75
3.4 Los aportes del ideario católico al peronismo	81

CAPÍTULO II

LA CONTRIBUCIÓN DEL CATOLICISMO EN LA NATURALIZACIÓN DE LAS RELACIONES SOCIALES PARA JUSTIFICAR LA EXPLOTACIÓN Y LA OPRESIÓN

1. El papel histórico del Museo Social Argentino	90
1.1 Las razones para la creación de la Escuela de Servicio Social en el MSA	96
2. La intervención en las refracciones de la “cuestión social” y la centralidad de la familia	99
2.1 Los acuerdos nodales de las corrientes católicas frente al peligro de la lucha de clases	105

2.2 ¿Qué se le demanda al Estado? _____	114
2.3 La familia en el sistema capitalista _____	126
2.4 La necesidad de colaboración y articulación entre organizaciones de asistencia público-privadas _____	131

CAPÍTULO III

LA PRESENCIA DEL IDEARIO CATÓLICO EN LOS FUNDAMENTOS DEL SERVICIO SOCIAL

1. Bases y finalidades de la profesión en sus orígenes _____	140
1.1 Los principios transhistóricos como esencia de la historia de la profesión _____	141
1.2 El Servicio Social por el <i>bien mismo</i> _____	146
1.3. La intervención profesional basada en la educación para lograr la “readaptación” _____	157
 2. El lugar de los conocimientos, la práctica y los principios éticos-morales, como fundamentos de la formación profesional _____	 166
2.1 Los principios cristianos como “garantes” del “verdadero Servicio Social” _____	178
 CONCLUSIONES _____	 187
 BIBLIOGRAFÍA _____	 203

ANEXOS

Anexo 1: Títulos y autores de algunas secciones de la RSS	
Artículos originales _____	211
Informaciones sociales _____	215
Bibliografía _____	218
 Anexo 2: Personal de la ESS-MSA en el período 1937-1944 _____	 222
 Anexo 3: Miembros del Consejo Directivo del MSA en el período 1930-1944 ____	 225
 Anexo 4: Decálogo sobre los principios de los asistentes sociales _____	 228

INTRODUCCIÓN

La presente tesis se enmarca en el proceso de formación de la Maestría en Trabajo Social de la Facultad de Trabajo Social, Universidad Nacional de La Plata. Este trabajo tiene como objetivo central investigar la relación entre el Trabajo Social argentino y la Iglesia Católica. El recorte temático que realizamos para esta instancia está centrado en la relación histórica del Trabajo Social y los fundamentos del pensamiento católico, en el período que va desde la institucionalización de la profesión hasta los comienzos del primer gobierno peronista, a partir de la Escuela de Servicio Social del Museo Social Argentino.

Más específicamente, lo que buscamos dar cuenta es sobre la relación y articulación entre los fundamentos teórico-políticos del Trabajo Social en sus orígenes y los presupuestos del ideario católico hegemónicos del momento, a partir de las concepciones de las relaciones sociales entre las clases, el enfrentamiento a los “problemas sociales” mediante la intervención en las refracciones de la “cuestión social” y el papel que le es demandado al Servicio Social¹ en este contexto.

El principal motivo para producir conocimiento sobre la relación histórica entre el Trabajo Social argentino y el pensamiento católico tiene como motivación inicial las recurrentes **experiencias previas** al ingreso universitario, vinculadas a distintos espacios de **militancia cristiana** (grupos o movimientos de jóvenes, actividades parroquiales, comunidades de base, misioneras, etc.), muchas de las cuales son consideradas como vivencias fundamentales para la posterior elección de la profesión (Moljo, 2005).

Las **motivaciones de ingreso a la carrera** por parte de los estudiantes como, muchas veces, también las **representaciones de los usuarios y otras profesiones** acerca de los profesionales, están vinculadas a una imagen del Trabajo Social como apostolado, servicio, ayuda, solidaridad, vocación y hasta caridad.

Otro motivo fundamental para indagar es la exigua producción de material académico sobre esta temática. Más allá del crecimiento de las publicaciones e investigaciones provenientes del campo profesional, aún son cuantitativamente muy

¹ Cabe aclarar que la denominación de Servicio Social o Trabajo Social se utilizará indistintamente, ya que responde a la denominación de la misma profesión/carrera, más allá de que generalmente se relacione su denominación con diferentes contextos históricos.

escasas las referidas a la historia de la profesión, y presentan amplios períodos o temáticas sin indagar.

Uno de estos ámbitos, donde no hay estudios locales específicos, es la relación entre el Trabajo Social argentino y la Iglesia Católica²: queda por **problematizar el supuesto carácter “laico”**, en el sentido de no religioso, **que tuvo la profesión en el momento de su institucionalización en Argentina.**

Se sostiene con frecuencia, en la incipiente historiografía de la profesión, que el Trabajo Social en Argentina surge a partir de la intervención estatal en el conflicto capital-trabajo, con un predominante carácter laico. Esta característica lo distinguiría de otros países de América Latina, como, por ejemplo, Brasil, Perú, Uruguay, entre otros, donde la Iglesia Católica cumplió un rol protagónico en el proceso de institucionalización de la profesión. Por otro lado, se reconoce que hubo algún tipo de vinculación entre la profesión y la Iglesia, pero esta relación aún no fue caracterizada.

Tal como sugiere Tenti Fanfani (1989), consideramos la posibilidad de que el ideario conservador de inspiración católica haya estado presente dentro de la formación “laica y pública” de las universidades e institutos, así como también en el modelo asistencial de intervención garantizado por el Estado.

Sin embargo, no podemos desconocer que en el ámbito del Trabajo Social argentino se viene desarrollando, en los últimos diez años, una creciente producción académica. A partir de este fecundo avance de nuevas referencias bibliográficas, muchas de las cuales se dieron en el marco de la formación de postgraduación, la historia de la profesión pasa a ser analizada desde distintas perspectivas teóricas y políticas, implicando, en algunos casos, rupturas con el tratamiento que históricamente se le dió a la temática.

Tradicionalmente, los estudios de la historia de la profesión enfatizaban su carácter instrumental, presentando el proceso de institucionalización de la profesión como una sumatoria de hechos, subsumida en un ideario para-médico y para-jurídico (Ander-Egg, Barreix, Alayón). Sin embargo, *nuevas producciones* buscan entender los “**orígenes y expansión del Trabajo Social argentino**, no en cuanto una mera cronología enunciativa sino como proceso social e histórico construido en la compleja trama de relaciones sociales, políticas, económicas y culturales” (Parra; 2001: 20)

² Cf. Parra (2001); Alayón (2004).

En este marco, el proceso que conlleva la institucionalización de la profesión cuenta ya con bibliografía que explica las causas socio-históricas de esta necesidad social y las tendencias ideo-políticas de los médicos higienistas que influyeron en el mismo: Alayón (1980), Parra (2001), Oliva (2005) y Parra (2007). Esta bibliografía será un insumo fundamental para nuestro estudio.

En este sentido, es pertinente destacar que las producciones de Parra (2001) y Oliva (2005) han marcado en buena medida estas reflexiones, tanto en la perspectiva teórico-política, desde la cual intentamos posicionarnos, como en los aportes fundamentales para la comprensión de la génesis de la profesión en el país y la generación de nuevas preguntas y debates.

También contamos con producciones que analizan la influencia de la Iglesia Católica en la institucionalización y desarrollo del Trabajo Social en América Latina, reconociendo diferentes niveles de profundización sobre la temática. Por un lado, contamos con aquellos estudios que tienen como objeto central de indagación la relación Trabajo Social-Iglesia Católica: Manrique Castro (1982), De Aguiar (1984), Guimarães (2005); mientras que por otro, retomamos los aportes de Montañó (2000), Iamamoto (2001) y Netto (1997), dada su influencia decisiva para entender la historia del Trabajo Social.

Estos estudios nos permiten adentrarnos en el tema de investigación desde una perspectiva histórico-crítica a nivel latinoamericano, pudiendo recuperar aspectos de su método de abordaje y de análisis, pero sólo tomados en cuenta como una referencia parcial, ya que no dan cuenta de la particularidad de esta relación en el país. Para el estudio de la historia reciente argentina, nos apoyamos en Peña (1986 y 2006) Buchrucker (1999), Cattaruzza (2009), entre otros.

Asimismo, podemos reconocer otro vasto espectro de estudios referidos a la Iglesia Católica argentina, que tienen diferentes orígenes, intereses, perspectivas (Frigerio, 1993). Aquí recuperamos las producciones académicas que tienen al catolicismo como objeto de estudio principal, abocadas al período histórico 1930-1945, siendo nuestros principales referentes: Mallimaci (1988), Bianchi (1990 y 2002), Löwy (1999), Di Stéfano y Zanatta (2000), Echeverría (2002), Zanatta (2005), entre otros.

Pero para dar cuenta de la relación Trabajo Social-Iglesia Católica en su total complejidad, consideramos fundamental entender el significado social de estas dos instituciones en el proceso de producción y reproducción de las relaciones sociales

capitalistas, particularizando las distintas circunstancias y coyunturas socio-históricas por las que atraviesan, como así también los distintos intereses y proyectos colectivos en pugna al interior de cada una, en los procesos de reposicionamiento social.

Siguiendo lo planteado por Guimarães, nos interesa comprender esta relación teniendo en cuenta los siguientes ejes: *“la autonomía relativa de la Iglesia Católica y del Servicio Social como instituciones dinámicas y complejas, que tienen proyectos e intereses específicos; los modos predominantes de las elites y gobernantes en que conducen a la sociedad y el Estado; los modos autoritarios y conservadores presentes en la sociedad, en el Estado, en la Iglesia y en el Servicios Social; [y] el modo capitalista de producción en sus manifestaciones locales, nacionales e internacionales”* (2005: 181-182)³.

Es precisamente en este sentido que consideramos necesario continuar profundizando la relación del Trabajo Social argentino y la Iglesia Católica, partiendo de los presupuestos de la Doctrina Social de la Iglesia e intentando reconocer sus posibles articulaciones, por ejemplo, con las categorías de “bien común”, “solidaridad” y “justicia social”. Con estas articulaciones pretendemos señalar posibles puntos de encuentro entre el ideario reformista católico y los fundamentos ideo-políticos de la profesión, basados en la *crítica anticapitalista romántica* de inspiración católica.

Para analizar esta relación creemos fundamental realizar una reconstrucción histórica que nos permita dar cuenta de las transformaciones y contradicciones que se producen en la sociedad y, por ende, en las instituciones que se desempeñan en ella, en nuestro caso, la relación Iglesia-Trabajo Social. Por otra parte, dada la escasa referencia teórica de nuestro objeto de estudio, consideramos pertinente realizar un mínimo recorrido histórico que nos permita aproximarnos al tema de esta investigación.

Este análisis parte del tratamiento conjunto de la realidad histórica, si bien excede a nuestras posibilidades ahondar en la historia argentina, de la Iglesia y de la profesión de forma exhaustiva y detallada. Con dicho tratamiento histórico, no buscamos realizar una cronología lineal ni una sumatoria de hechos, sino de reconstruir ese tiempo pasado en relación dialéctica con el presente, ya que parte de necesidades, dudas e interrogantes actuales.

³ La traducción de los textos que se consigan en la bibliografía en idioma portugués, es nuestra.

Para comenzar, nos resulta fundamental recuperar el aporte de Iamamoto (2001), desde el cual entendemos el *significado social* del Trabajo Social a partir de su inserción en el *proceso de producción y reproducción de la relaciones sociales*⁴ en el marco del capitalismo monopolista, en su doble dinamismo interno, teniendo en cuenta, por un lado, la *dimensión objetiva* dada por las condiciones históricas determinadas, o sea, su modo de inserción en las relaciones sociales como especialización del trabajo colectivo; y por otro lado, la *dimensión subjetiva* proporcionada por el “modo de pensar” el quehacer profesional en el plano de las ideas, expresadas en el discurso teórico-ideológico.

Intentamos así comprender el *movimiento contradictorio* en el que se configura el ejercicio profesional, en tanto reproducción del movimiento contradictorio de la sociedad capitalista, bajo dos ángulos indisociables: “*como realidad vivida y realidad presentada en y por la conciencia de sus agentes profesionales expresada por el discurso teórico-ideológico sobre el ejercicio profesional; [y] la actuación profesional como actividad socialmente determinada por las circunstancias sociales objetivas que confieren una dirección social a la práctica profesional, lo que condiciona y mismo sobrepasa la voluntad y/o conciencia de sus agentes individuales*” (Iamamoto, 2001: 87).

Retomando este planteo, entendemos que el Trabajo Social es demandado históricamente como una profesión inscripta en la división social y técnica del trabajo, siendo una de las formas institucionalizadas, a cargo del Estado, para intentar regular las refracciones de la “cuestión social” en el tránsito del capitalismo competitivo hacia el capitalismo monopólico, legitimándose como una profesión que interviene principalmente en la ejecución terminal de las políticas sociales (Netto, 1997).

Como especialización del trabajo colectivo, el Trabajo Social tiene como función socialmente demandada la reproducción de la fuerza de trabajo y en el campo ideológico-político, la reproducción de la ideología dominante, reproduciendo de manera ampliada las luchas y contradicciones sociales.

Ubicamos el ejercicio profesional del trabajador social en el movimiento contradictorio de responder a las exigencias del capital, reforzando las condiciones de dominación de las clases subalternas, y por otro lado, aunque de manera subordinada y

⁴ “*La producción de las relaciones sociales es la reproducción de la totalidad del proceso social, la reproducción de determinado modo de vida (...) que envuelve el cotidiano de la vida en sociedad: el modo de vivir y de trabajar, de forma socialmente determinada, de los individuos en sociedad*” (Iamamoto, 2001: 86)

tendiendo a ser cooptada por aquellos que tienen una posición dominante, participando de las respuestas a las necesidades legítimas de sobrevivencia de la clase trabajadora. Sin embargo, la profesión no adquirió su legitimidad social de los sectores con los cuales trabaja, sino que provino principalmente de los sectores dominantes que contrataban sus servicios. No obstante, consideramos que el ejercicio profesional tiene un carácter contradictorio, ya que es realizado en el ámbito de intereses y necesidades de clases antagónicas, inscribiéndose en el movimiento de correlación de fuerzas sociales presentes en la sociedad. *“Es a partir de esta comprensión que se puede establecer una estrategia profesional y política para satisfacer las metas del capital o del trabajo, ya que las clases sólo existen inter-relacionadas. Es esto, inclusive, lo que viabiliza la posibilidad de que el profesional se sitúe en el horizonte de los intereses de las clases trabajadoras”* (Iamamoto, 2001: 89).

Sin embargo, no podemos negar el peso de la historia en el desarrollo de cualquier profesión, y en este sentido, existe cierto consenso en el colectivo profesional acerca del carácter conservador⁵ con el que surge y se institucionaliza el Trabajo Social (Iamamoto, 2001; Martinelli, 1997; Netto, 1997), concebida fundamentalmente como una actividad auxiliar y subsidiaria en el ejercicio del control social y en la difusión de un modo capitalista de ser y pensar.

En el marco de un movimiento social de carácter reformista conservador, la herencia intelectual de la profesión *“fue marcada por la doctrina social de la Iglesia y por el moderno conservadurismo europeo en sus orígenes, que incorporó más tarde la sociología funcionalista norteamericana, de raíz fuertemente empirista. Este orden teórico-doctrinario fue el hilo que recorrió el tradicionalismo profesional, con cohesión*

⁵ El campo del pensamiento conservador no es un todo homogéneo como perspectiva teórica cultural, sin embargo, podemos identificar algunos elementos generales que lo diferencian de otras perspectivas.

Teniendo en cuenta los trazos generales que otorgan al conservadurismo un perfil común -sin dejar de reconocer los matices específicos de los contextos socio-históricos particulares-, el conservadurismo moderno se presenta como un movimiento histórico opositor a las tendencias de la Ilustración, teniendo como fuente de inspiración la recuperación de un modo de vida pasado (pre-capitalista) propuesto como manera de interpretar el presente y como forma válida para considerar la organización de la sociedad actual.

Es a partir de esta tensión, entre la concepción y programa que vehiculiza y el procedimiento analítico que le da sustento, que el pensamiento conservador deja de oponerse al capitalismo y es articulado junto con el pensamiento racional a los intereses de la burguesía como forma de entender y actuar en la sociedad, desde esta perspectiva de clase.

Es en el conservadurismo moderno, entendido como contramovimiento de la Revolución Francesa y la Revolución Industrial, donde la comunidad y la solidaridad -entre otras categorías centrales- reaparecen como nociones fundamentales vinculada a la tradición cultural proveniente de Europa continental, de carácter *anticapitalista romántico* (Iamamoto, 2001).

tanto en las interpretaciones de la sociedad como en el campo de los valores norteadores de acción” (Iamamoto en: Borgianni, Guerra y Montaña, 2003: 261).

En su trayectoria histórica, la cultura profesional predominante del Trabajo Social en América Latina se apoyó en una *crítica romántica a la sociedad capitalista* basada, por un lado, en la naturalización del orden capitalista y sus desigualdades sociales, buscando, como profesión, atenuar aunque sea mínimamente las expresiones de la relación capital-trabajo. Mientras que, por otro lado, a esta aceptación de las relaciones sociales como un *dato*, se sumó el campo de los valores, fundado en la filosofía metafísica (especialmente el neotomismo) que promueve reformas parciales a nivel individual, grupal o comunitario, en defensa de la *persona humana*, el *bien común* y el *desarrollo integral*.

La relación entre el pensamiento conservador y el Trabajo Social latinoamericano tuvo sus orígenes en la necesidad de la Iglesia Católica de recuperar poder frente al proceso de secularización y su consecuente pérdida de hegemonía⁶. *“El Servicio Social surge como parte de un movimiento social más amplio, de bases confesionales, articulado a la necesidad de formación del laicado, para una presencia más activa de la Iglesia Católica en el ‘mundo temporal’ a inicios de la década del ‘30. (...) Se fortalece defensivamente y directamente por la jerarquía que busca organizar y calificar sus cuadros intelectuales laicos para una acción misionera y evangelizadora de la sociedad”* (Iamamoto, 2001: 159-160).

A su vez, Manrique Castro, quien ha estudiado la influencia de la Iglesia Católica en la profesión en América Latina, dice: *“es así como la aparición del Trabajo Social, en cuanto protagonista de una práctica diferenciada de la asistencia pública y la caridad tradicional, está ligada a los objetivos político-sociales de la Iglesia y de las fracciones de clase vinculadas más directamente a ella. Los elementos que más contribuyen al surgimiento del Trabajo Social se originan en la Acción Católica -intelectualidad laica, estrictamente ligada a la jerarquía católica- que propugna con espíritu mesiánico la recristianización de la sociedad mediante un proyecto de reforma social. Estos núcleos de legos orientados por una prédica política de cuño humanista y antiliberal, se lanzan*

⁶ Con respecto a la creación de las primeras escuelas de Servicio Social en América Latina, coincidimos con Manrique Castro en que generalmente se ponen en juego dos estrategias, muchas veces complementarias, en la organización de estos centros de estudios: por un lado, la iniciativa del Estado -o vinculadas al Estado- y por el otro, de la Iglesia Católica y sus órganos conexos.

A diferencia de lo sucedido en Chile (1925) y Argentina (1930), donde el Estado tuvo un rol significativo en el impulso de las primeras escuelas -sin por ello negar posibles articulaciones-, en Brasil (1936), Uruguay (1937) y Perú (1937), la Iglesia Católica tuvo un rol protagonista.

a una vigorosa acción dirigida a penetrar dentro de todas las áreas e instituciones sociales, creando mecanismos de intervención en amplios sectores de la sociedad con la estrategia de ir progresivamente logrando puestos de importancia en el aparato del Estado” (1982: 38).

El soporte filosófico-ideológico de este programa fueron las encíclicas papales *Rerum Novarum* (1891) y *Cuadragésimo Anno* (1931), las cuales se utilizaron para perfilar el desarrollo de la profesión basada en fundamentos doctrinarios. Ésta segunda encíclica puso énfasis en la recuperación de los aspectos técnicos para la eficiencia del trabajo asistencial, promoviendo el estudio y la formación de los cuadros laicos. Ésta es una posible explicación de por qué tuvo esta institución tanta resonancia en América Latina y Europa continental, impulsando la creación de casas de formación superior con la finalidad de superar las limitaciones del voluntariado tradicional.

El rol de los profesionales e intelectuales de la Iglesia le ha permitido reorganizar su estrategia institucional para continuar siendo un actor de poder en los diferentes procesos históricos, por medio del papel ideológico que ejercían éstos y por el fuerte carácter tecnocrático de sus intervenciones.

Así, se estableció entre la Iglesia y el Trabajo Social una suerte de intercambio de intereses: a la jerarquía eclesial le interesaba servirse de nuevas profesiones que pudieran aportar para expandir su estructura, difundir sus principios y mantener su posición hegemónica; mientras que a los sectores que estuvieron al frente del proceso de institucionalización le servía la estructura de la Iglesia para difundir y propagar este nuevo tipo de profesión. De este modo, ambos sectores confluyeron en la necesidad imperiosa de apaciguar la conflictividad social y garantizar la “paz social”.

Como parte de la estrategia destinada a la recuperación de su hegemonía ideológica, tanto la jerarquía católica como los legos, en diversos momentos históricos, valoraron en mayor medida el papel de la acción social, creando, para ello, los soportes necesarios que le dieran viabilidad. Este tipo de respuesta se fue reactualizando ante los distintos cambios ocurridos en la sociedad, a medida que la Iglesia iba perdiendo peso como institución “dadora de sentido”.

Sin embargo el carácter que presentó el Trabajo Social en muchos de los países de América Latina no es homologable mecánicamente a lo que sucedió en Argentina. Si bien hay rasgos que se recuperan de la experiencia continental, hay particularidades socio-históricas y culturales que tendremos que desarrollar para comprender qué

características propias presentó la relación entre la profesión y el ideario católico en el país. Para poder adentrarnos en esta relación, primero necesitaremos caracterizar la configuración del ideario católico en nuestro período de estudio, a partir de explicar los fundamentos centrales de la doctrina social de la Iglesia y del lugar histórico que desempeñó esta institución en la sociedad argentina.

Como resultado del proceso que requirió de una profesión orientada a disciplinar la fuerza de trabajo, justificar las desigualdades y armonizar las contradicciones inherentes al sistema capitalista, surgió la necesidad histórica de emprender la institucionalización del Trabajo Social, entendido como el establecimiento de una formación sistemática, destinada a alcanzar un perfil profesional especializado, con la creación de los ámbitos académicos e institucionales.

Pero previo al reconocimiento del Trabajo Social como profesión institucionalizada y legitimada, existieron diversas prácticas que consideramos **antecedentes** de la profesión⁷. Los mismos son entendidos, no en el sentido de una evolución lineal de las formas de caridad y filantropía, sino como formas de intervención que tienen un carácter y una motivación diferentes, de las cuales surgió la necesidad de institucionalizar el Trabajo Social, en tanto es una intervención requerida por el orden monopólico, en la condición de asalariado del agente profesional y su incorporación en la división socio-técnica del trabajo, y se constituye como un ejecutor terminal de políticas sociales.

Como plantea Parra (2001), consideramos que la profesión se organiza y estructura en torno a **rupturas** y **continuidades** con las formas filantrópicas y asistenciales desarrolladas desde el surgimiento de la sociedad capitalista, pero con un significado, una funcionalidad y una legalidad social diferentes a estos antecedentes⁸.

Siguiendo con el análisis propuesto por el autor mencionado, puede entenderse que las relaciones entre estos antecedentes del Trabajo Social y el proceso de surgimiento de la profesión son complejas. En algunos casos, llevaron a la

⁷ Un primer antecedente lo podemos encontrar en la Sociedad de Beneficencia (1823-1947), la cual buscó superar -de alguna manera- la vieja caridad cristiana individual y personal, pregonando algunos principios del laicismo, más allá de los vínculos e influencias que tenía con la Iglesia Católica.

Por otra parte, los movimientos más destacados que tuvieron una política para dar respuesta a la “cuestión social” fueron: la asistencia social pública, el movimiento de médicos higienistas y el catolicismo social; respondiendo cada sector a sus propias intencionalidades y posicionamientos teórico-ideológicos, frente a los reclamos de mejores condiciones de vida del movimiento obrero. Sin embargo, esta división es meramente analítica, ya que además de ser simultáneos, muchas veces se refuerzan e influyen unos a otros, presentándose, en ocasiones, imbricados entre sí. Si bien algunas características de estos movimientos se han esbozado, supera la propuesta del presente trabajo ahondar en los mismos (Parra, 2001).

⁸ Netto (1997), Montaña (2000).

institucionalización de la profesión; en otros, a espacios de inserción laboral; pero en todos los casos, influyeron de manera dialéctica en las bases teóricas e ideológicas, así como en el tipo de práctica desarrollada. Todo esto influyó en la transformación de las instituciones, al mismo tiempo que fue construyendo identidades y prácticas profesionales.

Aún, con diferentes matices, la intencionalidad general de la clase dominante del siglo XIX y primera mitad del siglo XX, era buscar una “armonización ideal” de las relaciones sociales, negando los antagonismos de clase propios del sistema capitalista, teniendo como objetivos: calmar las conciencias, mantener el orden social y justificar las desigualdades. Estas ideas, basadas en las escuelas humanitarias y filantrópicas, tuvieron una fuerte influencia en el surgimiento y consolidación de la profesión, a partir de las cuales la intervención profesional tuvo como referencia al ser humano o persona humana y no al ser social, como sujeto colectivo.

Según la tesis de Parra, el proceso de institucionalización de la profesión en América Latina presentó “*dos matrices*⁹ o filosofías fundacionales y generadoras de la institucionalización del Trabajo Social” (2001:170), las cuales, lejos de contraponerse, se complementaron e imbricaron, presentando formas y rasgos diferentes según el contexto y la coyuntura nacional e internacional (2001: 171).

A la hora de dar cuenta de estas tendencias en el país, sostiene que hay una predominancia de la *matriz racionalista higienista*, con un fuerte componente laico y filantrópico, en el proceso de institucionalización de la profesión en el país, a diferencia de otros países de América Latina. Pero ello no invalida la presencia de la *matriz conservadora doctrinaria*, incluso, ambas se relacionaban de modo complementario¹⁰.

⁹ Hay una **matriz de base doctrinaria**, como producto de las encíclicas papales y del protagonismo que la Iglesia esperaba de sus fieles, basada en la persona humana y la moral cristiana, en contra del liberalismo y el socialismo, que proponía la armonización de las clases sociales, con un fuerte carácter individualista y de regulación en su intervención. Desde esta matriz se promovió la institucionalización del Trabajo Social como parte de la estrategia ideológica y política de la Iglesia frente al avance de la modernidad y del capitalismo.

Por otra parte, hay una **matriz de base racionalista y laica**, ligada al movimiento de los médicos higienistas, la cual apuntaba a los comportamientos sociales y a los deberes del Estado, proponiendo una regulación desde lo público para realizar una intervención de características preventivas y educativas con el fin de mejorar la calidad de vida de la clase trabajadora, lo que mejoraría también las ganancias de la clase dominante. Los médicos higienistas apuntaban contra la ineficiencia de la caridad y beneficencia como formas de intervención. Ante los nuevos conflictos sociales, sus críticas se centraban en el carácter paternalista, indiscriminado y asistemático de este tipo de intervención, ya que “favorecía la indigencia y la vagancia”.

¹⁰ Para un ejemplo gráfico de esta “complementariedad”, ver citas de Germinal Rodríguez, como exponente de la primera matriz y de una escuela de Servicio Social católica; por la segunda, aunque pueden confundirse (Parra, 2001: 172).

Esta tesis se fundamenta, en parte, en la tardía creación de las escuelas de Servicio Social católicas, más de una década después de la apertura de la primera escuela estatal¹¹, y en la demanda socio-ocupacional, proveniente principalmente de las estructuras gubernamentales impulsadas por los médicos higienistas.

Es nuestro interés, por medio del presente estudio, poder caracterizar las particularidades que presentó el ideario católico en el país, en los primeros años del desarrollo del Trabajo Social. Con esto, no negamos la presencia de distintas matrices de pensamiento, las cuales responden a diferentes perspectivas teórico-metodológicas, políticas e ideológicas, a su vez adscriptas a diferentes proyectos societales. No buscamos entender a la profesión como un todo homogéneo, sino que reconocemos distintos *proyectos profesionales*¹² en pugna, en relación a diferentes proyectos de clase. Por lo tanto, consideramos que las *“diversas concepciones de profesión y de sociedad dan sustento a diversos grupos de profesionales cuyos proyectos están, indefectiblemente, en lucha al interior del colectivo profesional”* (Siede, 2004: 22).

En relación al plano ideológico, Oliva sostiene que no se pueden trazar nítidamente tendencias de manera inequívoca en el proceso de institucionalización profesional, ni se pueden diferenciar claramente las influencias de la tradición europea ni de la norteamericana, a las que alude Netto (1997), sino que se puede pensar en un **sincretismo ideológico** justificado en: *“una fusión, por lo menos, entre la doctrina social de la iglesia, el reformismo de la segunda internacional y el reformismo conservador [que] aparecen en las publicaciones del Trabajo Social en la Argentina hasta finales de la segunda guerra mundial”* (Oliva, 2005: 97).

A similar conclusión arriba Krmpotic, en su estudio sobre los protagonistas que participaron de la Primera Conferencia Nacional de Asistencia Social (1933), al afirmar que la diversidad de actores involucrados *“no permite identificar un claro cuerpo filosófico-doctrinario, mostrando en cambio la capacidad de negociación de los diversos*

¹¹ La primera escuela de Servicio Social con dependencia de la Iglesia Católica se creó en el Instituto de Cultura Religiosa Superior Femenina, en el año 1940. Con el correr de los años esta carrera pasaría a depender de la Universidad del Salvador.

¹² *“Los proyectos profesionales presentan la auto-imagen de una profesión, eligen los valores que la legitiman socialmente, delimitan y dan prioridad a sus objetivos y funciones, formulan los requisitos (teóricos, institucionales y prácticos) para su ejercicio, prescriben normas para el comportamiento de los profesionales y establecen las bases de su relación con los usuarios de sus servicios, con las otras profesiones y con las organizaciones e instituciones sociales privadas y públicas (entre éstas, también y destacadamente con el Estado, al que cabe históricamente el reconocimiento jurídico de los estatutos profesionales)”* (Netto, 2003: 274-275).

grupos de interés aun desde enfoques y cosmovisiones no siempre conciliables” (2005: 61-62).

Compartiendo las observaciones de Oliva y Krmpotic, nos proponemos en este estudio desarrollar algunos elementos y características de una de las tendencias ideológicas que estuvieron presentes en este período: el catolicismo. Reconocemos, incluso, que al interior de este movimiento, pugnaba un conjunto heterogéneo de posiciones que, de alguna manera, plasmaban algunos de los debates más generales que se producían en la sociedad, en su interior.

En última instancia, buscamos dar cuenta de las posibles contribuciones que el ideario católico realizó a los fundamentos teórico-políticos del Trabajo Social en su génesis. Para esta tarea, vemos que la ideología nacionalista comienza a aglutinar a diferentes sectores sociales y políticos, entre los cuales se encuentra el catolicismo, sin desconocer por esto que siempre serán los intereses materiales los que efectivamente le den cohesión a este grupo, más allá de las diferencias internas.

A partir del reconocimiento de que hay un sincretismo ideológico en el Servicio Social, consideramos necesario empezar a develar su constitución en una de sus tendencias presentes y pensar las posibles articulaciones con otras tendencias que hasta el momento parecían antagónicas, como, por ejemplo, con el “liberalismo conservador oligárquico” argentino y el “socialismo liberal” reformista hegemónico, en nuestro período.

La experiencia histórica en el marco de la sociedad capitalista ha demostrado que, por razones económico-sociales y culturales, no todos los proyectos societarios en pugna tienen la misma preponderancia. Existe una hegemonía vinculada a las clases dominantes, a las cuales se oponen los sectores subalternos por medio de la lucha de clases.

De esta manera, retomando lo planteado por Basta, podemos considerar que **“los procesos de formación (institucionalización) y de ejercicio profesional (profesionalización) estuvieron asentados en bases doctrinarias-conservadoras, lo que propició a su vez procesos de intervención que generaron prácticas paternalistas de tipo clientelar, tendientes a las despolitización del conflictos social”** (2007:133).

En los orígenes de la profesión, se impuso, como proyecto profesional hegemónico, el conservador, respondiendo a un proyecto social que buscaba la naturalización de las desigualdades sociales. Desde ya que la funcionalidad del Trabajo

Social con el régimen capitalista, que le dio origen, no es exclusiva de la profesión, sólo alcanza con observar la adecuación y funcionalidad del conjunto de las profesiones a este orden, para comprender que se encuentra en un proceso socio-cultural más amplio.

De esta manera, frente al desarrollo de nuevas condiciones socioeconómicas, la organización y movilización de la clase trabajadora, la necesidad de legitimación del Estado y la concentración de nuevos problemas urbanos y heterogéneos, siguiendo el planteo de Grassi, podemos decir que “*se perfilaron tres estrategias complementarias: a) la centralización de la asistencia y su contralor por el estado; b) la ‘tecnificación’ de la acción social, c) la restauración de la vida familiar y la moralización de los sectores populares*” (Grassi apud Oliva, 2005:28).

En este escenario, sostenemos que el Trabajo Social surgió ante la necesidad estatal de racionalizar la asistencia, contando para ello con un profesional asalariado que se incorpora en los distintos aparatos institucionales para la ejecución terminal de las políticas sociales, y adopta un marcado bagaje “técnico-operativo”. Pero además de contar con competencias “técnicas” para el ejercicio profesional, el asistente social fue legitimado por las instituciones empleadoras -a partir de su carácter vocacional, apostólico, altruista- para “ajustar” y “restaurar” la vida cotidiana de la clase trabajadora, y llamado a ejercer una función moralizadora.

Siguiendo las reflexiones de Iamamoto (2001), consideramos que puede ser un eje de indagación fructífero, analizar la articulación entre los fundamentos teórico-ideológicos del Trabajo Social en sus orígenes y el ideario católico, profundizado en la configuración que adquirió, en el país, la valorización del *primado del ser* -a partir de cualidades personales, ideológicas, filosóficas y sobre todo morales- sobre el *primado del saber* -relacionado con el conocimiento teórico y la ciencia-, en este incipiente colectivo profesional.

Luego de este recorrido, llegamos a los puntos nodales que trataremos de desplegar en los dos últimos capítulos. Presentamos a continuación los interrogantes que, de alguna manera, orientaron este trabajo:

¿Por qué las propias condiciones histórico-sociales, que terminaron imponiendo la profesión como una práctica asalariada, no pudieron terminar con el carácter misional/vocacional de la misma?

Y en última instancia, ¿qué papel jugó el ideario católico en esta configuración tan particular de la profesión?

Para ahondar en estos interrogantes, en la presente investigación, se privilegiaron técnicas cualitativas para la recolección, procesamiento y análisis de la información, buscando profundidad en la interpretación de los datos, ya que éstas permiten captar la lógica y dinámica de los procesos que nos interesan conocer.

En primera instancia se realizó un relevamiento de fuentes secundarias a fin de acceder a las formulaciones escritas, comprendidas por material bibliográfico, tesis de postgrado e informes de investigaciones que dan cuenta de la historia del Trabajo Social latinoamericano y argentino, de la Iglesia Católica argentina y distintos movimientos del catolicismo.

En relación al pensamiento social de la Iglesia se tomó la encíclica papal que da direccionalidad al mismo: *Rerum Novarum* de León XIII, entendiéndola como el sustento doctrinal donde se explicitan los posicionamientos ideo-políticos de la doctrina social de la Iglesia, por parte de la jerarquía eclesial.

Para identificar la presencia del ideario católico en los escritos de trabajadores sociales, personalidades referentes de la profesión o documentos colectivos, se utilizó la revista *Servicio Social* (de acá en adelante *RSS*), editada por la Escuela de Servicio Social del Museo Social Argentino.

Esta documentación relevada fue objeto de análisis, teniendo en cuenta la confluencia del ideario católico y los fundamentos teórico-ideológicos de la profesión en sus orígenes, a partir de los siguientes ejes:

- 1) Análisis de las relaciones sociales fundamentales de la sociedad capitalista.
- 2) Papel de la intervención estatal en las refracciones de la “cuestión social”.
- 3) Función de la familia burguesa.
- 4) Papel demandado al Servicio Social.
- 5) Articulación de los fundamentos requeridos en el proceso de formación y ejercicio profesional.

A continuación, haremos una breve caracterización de nuestro principal referente empírico. La *RSS* se publica como órgano de la Escuela de Servicio Social (de acá en adelante *ESS*) y representa la concreción de un anhelo que se remonta prácticamente a los inicios de su fundación. Su finalidad radica en la divulgación de las temáticas que constituyen la materia de la Escuela y los trabajos realizados por docentes

y alumnos de esta casa de estudios “*en procura de los medios más adecuados para mejorar en lo que humanamente sea posible hacerlo, la vida de la sociedad*” (RSS, 1937: 1).

Entendemos esta revista como un instrumento para la realización de los fines de la Escuela, que son parte de los del Museo Social Argentino. Por lo tanto, consideramos a este órgano como una objetivación de las ideas dominantes que la Escuela buscaba difundir -expresadas a través del discurso escrito-, no de manera lineal y ni como única expresión, sino como una tendencia de pensamiento que alcanza a ser difundida y divulgada desde esta institución formadora de opinión hacia el incipiente colectivo profesional. Tal como señala Oliva (2005), según los datos con los que contamos hasta la actualidad, ésta fue la primera revista propia de la profesión en este período, la que constituye una fuente extraordinaria para analizar los diversos fundamentos teórico-políticos de intervención que estaban presentes en este centro de formación.

La RSS se publica entre abril de 1937 y junio de 1944, momento en el que finaliza por razones “de fuerza mayor”¹³. Su dirección estaba a cargo de las autoridades de la Escuela. A partir de ella, se difunden determinadas preocupaciones, intereses y discusiones en torno a la asistencia social y su papel en la producción y reproducción de las relaciones sociales en este determinado momento histórico. Los temas tratados giran principalmente alrededor de los siguientes ejes: medicina social, Servicio Social, educación, aspectos jurídicos, religiosos y económicos, proponiendo estar al corriente de las diversas tendencias y debates en las diferentes iniciativas de atención a los “problemas sociales” del período.

Indudablemente, estas ideas reflejan el pensamiento con que sus colaboradores entendían la realidad internacional y nacional, signada por la crisis económica mundial, la Segunda Guerra Mundial y, a nivel local, por los fraudulentos gobiernos “democráticos” y el golpe militar de 1943, que sentaría las bases para el desarrollo de la experiencia peronista.

¹³ “La revista fue distribuida trimestralmente en entregas que conforman ocho volúmenes y alcanzó a publicar en sus ocho años de vida veinte entregas. El ritmo se mantuvo con regularidad, las primeras dificultades se notaron en 1942 en que aparecen agrupados en un solo volumen los cuatro números, de la misma manera que al año siguiente, se anuncia que a partir de ese momento y mientras se mantenga ‘esta anormal situación’, la revista aparecerá dos veces al año con un material de lectura equivalente al de los cuatro números. Finalmente en 1944 sólo aparecieron los dos primeros números y la revista cesa su publicación” (Pelosi, 2000: 210). Según esta misma autora, la revista tenía una tirada de 2000 ejemplares y “en sus páginas late el ideario liberal y las preocupaciones sociales que alentó a los fundadores del Museo Social” (2000: 208).

Las secciones que componen la estructura de la *RSS* son las siguientes: Artículos originales, Legislación, Informaciones sociales, Bibliografía y Noticias de la Escuela. A continuación, presentamos brevemente cada una de dichas secciones, señalando alguna de sus particularidades.

La sección “**Artículos originales**”, está compuesta mayoritariamente por textos de docentes, graduados y estudiantes de la ESS. También cuenta con colaboraciones de docentes de otras universidades nacionales y extranjeras, así como directivos y/ o funcionarios de instituciones de Asistencia Social y religiosos, entre otros. Estos artículos versan sobre diferentes temáticas vinculadas al Servicio Social: diversos elementos de la formación profesional, áreas de intervención, análisis de la legislación social y obrera, distintas refracciones de la “cuestión social”, presentación de instituciones de asistencia pública, entre otras¹⁴.

La sección “**Legislación**” es básicamente una transcripción de leyes, decretos y la reglamentación de normativas que establecen distintas funciones de la asistencia social y laboral, principalmente a nivel nacional, en menor medida provincial, y sobre la legislación social de algunos países de América Latina y Europa.

En “**Informaciones sociales**” “*se da cuenta de noticias, congresos, cursos, iniciativas sociales en países europeos, del continente americano*” (Pelosi, 2000: 212) y con menor frecuencia, asiáticos y africanos. Se presentan las publicaciones de la Oficina Internacional del Trabajo (OIT) sobre informes de la situación del asalariado (índices internacionales de paro, empleo y de las horas de trabajo efectuado, entre otros) y la acción social de las Iglesias en el denominado “Año Social”. Así también se difunden actividades de organizaciones colectivas de la profesión. “*Por otra parte, se presentan informes sobre el costo de vida en Buenos Aires; la desocupación y los salarios; etc. Se*

¹⁴ En ocasiones, los números de la revista parecen tener un carácter temático, dado principalmente por los artículos originales. Algunos de ellos se refieren a la presentación de las Escuelas de Servicio Social de países de América latina (vol. II, nº 4, año 1938), la política de vivienda popular (vol. III, nº 3, año 1939), la situación alimentaria de la población (vol. III, nº 4, año 1939), los aportes de la encíclica *Rerum Novarum* (vol. V, nº 1-2, año 1941), el carácter y la función social de la mujer en la “intervención social” (vol. VI, nº 1-4, año 1942), entre los que presentan mayores coincidencias según sus tópicos.

Según Pelosi, “*en la sección ‘Artículos originales’ se nota una progresión. En un primer momento aparecen artículos de profesores de la Escuela así como de personalidades del ámbito civil. Luego se incluyen en ella algunas de las monografías que las alumnas realizan como condición final para la obtención del diploma, que son seleccionadas entre las mejores por la dirección de la escuela*” (2000: 210). Por otra parte, podemos sostener que un proceso inversamente proporcional se da sobre la publicación de los trabajos finales de los estudiantes que se presentan sintéticamente en la sección Bibliografía, publicándolos aquí sólo en el año 1938.

En los últimos años, esta sección se verá reducida a casi la mitad de artículos en comparación con los primeros volúmenes.

encuentran resúmenes de los informes oficiales del Departamento Nacional del Trabajo” (Oliva, 2005: 96)¹⁵.

En la sección “**Bibliografía**” se realizan reseñas de libros, publicaciones y memorias de congresos de diferente origen. Encontramos aquí comentarios sobre dichas reseñas sin que aparezcan firmadas las opiniones que se vuelcan.

Esto mismo sucede con la sección “**Noticias de la Escuela**”. Aquí se publican las novedades sobre el funcionamiento general de la ESS, por ejemplo: memoria de la apertura anual de los cursos y entrega de diplomas, cambios en la planta docente, novedades administrativas, viajes de trabajo de su personal, lugares donde actúan los asistentes sociales egresados, listados de las monografía presentadas como requisito previo a la graduación, presentación de centros de prácticas, visitas y relaciones con otras instituciones de formación, presentaciones de la Escuela en medios de comunicación, información sobre congresos internacionales de Asistencia Social, etc.

La RSS no cuenta con una columna específica que funcione como editorial, sin embargo, en las primeras páginas de algunos números, se pueden leer mensajes dedicados a la revista por parte de algún funcionario, o un recordatorio de algún profesor fallecido de la escuela, etc. Por lo tanto, podemos suponer que parte de las opiniones de la ESS se encuentran volcadas en las reflexiones expresadas en la sección “Noticias de la Escuela”.

A partir de los objetivos que perseguimos en nuestra investigación profundizamos en la utilización de las secciones “Artículos originales” y “Noticias de la escuela” principalmente. En un segundo lugar, trabajamos con “Informaciones sociales” y algunos artículos de la sección “Bibliografía” sólo a los fines indagados¹⁶.

En cuanto a la organización del presente documento, se organiza en tres capítulos. El primero atañe al análisis del período histórico nacional, en el cual se profesionaliza e institucionaliza la profesión en el país, aquí profundizamos en el desarrollo de la lucha de clases y las diversas respuestas de los sectores dominantes a la misma. Por otra parte, presentamos el marco socio-histórico en el que se desarrolla el pensamiento social de la

¹⁵ La frecuencia de la reproducción de noticias de la OIT va decreciendo con el correr de los años, probablemente relacionado con el irregular funcionamiento de esta institución en el marco de la contienda bélica internacional. En sentido inverso, se fue incrementando la publicación de noticias relacionadas con congresos y actividades de la profesión o con temáticas que son de tradicional incumbencia del Servicio Social, como también sobre la reglamentación de la acción social.

¹⁶ Para conocer la totalidad de los autores y títulos de las secciones “Artículos originales”, “Informaciones sociales” y “Bibliografía” a partir de esta publicación, ver: Anexo 1.

Iglesia Católica, a partir de la fundamental encíclica *Rerum Novarum*. Luego describimos las particularidades del catolicismo en Argentina, intentando reconocer los diferentes matices que presenta este marco doctrinario-ideológico en los distintos momentos históricos. Con esta intención, analizamos el proceso de reacción y reorganización de la Iglesia Católica frente a consolidación del Estado nacional moderno con el ingreso del país en el mercado mundial como economía agro-exportadora. Luego desarrollamos la ofensiva de los sectores del catolicismo integrista, que, buscando la “recristianización” de la sociedad y del Estado, encuentran en el Ejército un aliado con similares intereses y características. Finalizamos este capítulo con el crecimiento de la ideología nacionalista, en sus diferentes vertientes, su vinculación tanto con el catolicismo como con la incipiente experiencia del primer peronismo; y analizamos los puntos de apropiación de esta experiencia política del ideario católico.

En el segundo capítulo, analizamos la relación entre algunos aspectos del ideario católico y los fundamentos teórico-ideológicos presentados por un sector de la ESS-MSA, a partir de la RSS. Los principales ejes que tomaremos para este análisis son: las explicaciones acerca de las relaciones sociales fundamentales de la sociedad en el marco del capitalismo monopolista, las causas de las refracciones de la “cuestión social” y la necesidad estatal de enfrentarlas e intervenir en ella, sin por ello desconocer la complementariedad de las iniciativas privadas. Por último, presentamos el papel atribuido a la familia como garante material e ideológico de la reproducción de la vida cotidiana en la sociedad burguesa-patriarcal, a donde se dirigirá gran parte de dicha intervención por medio de las políticas sociales y la intervención profesional.

En el tercer capítulo analizamos la relación entre el ideario católico y los fundamentos teórico-ideológicos que explican el origen, desarrollo y función social del Servicio Social en este período. Desde ya, todos estos fundamentos se encuentran en estrecha relación con los intereses de clase y la “visión del mundo” descripta en el capítulo anterior. En primer lugar, estudiamos la concepción histórico-endogenista que prevalece acerca de su origen y relación con las tradicionales formas de ayuda. Esto lo articulamos con el debate presente acerca de la condición de asalariado del profesional, su condición eminentemente femenina y el carácter altruista y apostólico que se le requería. Por otro lado, presentamos algunas de las propuestas de intervención frente a las refracciones de la “cuestión social”, delimitadas por las áreas temáticas que mayor presencia tienen en la RSS. Por último, referimos el lugar atribuido a los elementos

teóricos, político-ideológicos y los principios ético-morales que sostienen y direccionan la formación. Para finalizar, explicamos la centralidad otorgada a la “ética cristiana” como proveedora de “sentido” y garante de las prácticas y principios del “verdadero Servicio Social”.

En última instancia, presentamos las conclusiones finales, donde recorremos los principales argumentos esbozados en la tesis, señalamos los resultados a los que abordamos y las relaciones de nuestro tema de investigación con el presente profesional.

CAPÍTULO I

ENTRE LA RESTAURACIÓN Y EL REFORMISMO CONSERVADOR: EL DESARROLLO DEL CATOLICISMO ARGENTINO

*“En general se puede decir que la Iglesia nunca pensó
que la abolición del capitalismo sería posible o deseable:
su objetivo fue siempre corregir sus aspectos más negativos
con la acción caritativa y ‘social’ del cristianismo”*
(Löwy, 1999: 36).

Con nuestra investigación buscamos aportar algunos elementos de análisis en torno a la relación del Trabajo Social argentino y la Iglesia Católica¹⁷ en los orígenes de la profesión. Con este propósito, centramos nuestra atención en las posibles articulaciones entre los fundamentos teórico-ideológicos de la profesión y el ideario católico.

Para poder llegar a este objetivo, en este primer capítulo buscamos caracterizar el período histórico en el cual se institucionaliza el Trabajo Social en Argentina, como producto y expresión de la lucha de clases, objetivada en las expresiones que adquieren los diferentes proyectos sociales en pugna, y que configuran un determinado perfil profesional.

Por otra parte, para comprender el desarrollo histórico del ideario católico, nos parece necesario ubicarlo en correspondencia con el marco de las relaciones sociales más amplias, ya que partimos del presupuesto de que es fundamental tener en cuenta los procesos macrosociales para comprender la historia de la Iglesia, considerando las determinaciones históricas, políticas, económicas y culturales. Esto es, analizar los procesos macrosociales, no como “telón de fondo”, sino como cuadro socio- histórico que atraviesa y conforma los mismos.

Pero antes de avocarnos a esta tarea, queremos aclarar que, al estudiar el ideario católico, nuestro interés se centrará en entender cómo y por qué el movimiento católico argentino intervino de determinada manera ante los procesos más relevantes de la historia, y cómo los fundamentos que guían esta intervención pueden, o no, relacionarse

¹⁷ Al hablar de la Iglesia Católica (de aquí en más “la Iglesia”) o el Trabajo Social argentino, estamos haciendo referencia a colectivos sociales complejos, que no pueden ser considerados como un todo homogéneo, ya que hay matices relacionados con la lucha de intereses por imponer determinadas visiones del mundo, líneas de acción y proyectos de sociedad. Sin embargo, al mencionar a la Iglesia o al Trabajo Social estamos dando cuenta de las voces de los sectores hegemónicos que impusieron su visión del mundo como “la visión” de estos colectivos.

con los fundamentos originarios del Trabajo Social. Con esta aclaración, dejamos sentado que no es materia de nuestro estudio la religión en sí misma o las creencias de ésta, lo cual será objeto de la teología, sino de comprender el papel de la Iglesia como una institución social más, que respondió históricamente a determinados intereses e intervino de manera concreta en la lucha de clases.

La organización de la Iglesia Católica se estructura en una dimensión vertical, jerárquica y centralizada, a nivel internacional desde el pontificado, y en los ámbitos nacionales, desde los Obispos hasta las parroquias, como unidades de base. Siguiendo la explicación de Bianchi (2002), la verticalidad descendiente es mucho más una aspiración institucional que una realidad. La propia capilaridad institucional dada por un conjunto complejo, y por momentos también caótico, de organizaciones pone en tensión su lógica estructural, presentando una relativa articulación que a veces entra en conflicto con los lineamientos centralizados¹⁸.

Por esto, para comprender la conformación de la Iglesia como actor político-social, como también para entender las posiciones de los laicos¹⁹ en esta institución, tenemos que entender el constante enfrentamiento a dos problemas siempre vigentes: *“por un lado, el de la producción, es decir, el de la creación de nuevos movimientos religiosos, la invención de nuevos discursos, de creencias que se articulan con distintas tendencias teológicas, políticas o ideológicas. Por otro lado, el problema inverso: el control. Control de la Iglesia sobre sí misma, sobre sus organizaciones, sus seguidores, sus creencias, sus comportamientos”* (Bianchi, 2002: 143). A partir de este par problemático, podemos pensar sus relaciones internas y sus contradicciones, intentando evitar el sobredimensionamiento de su racionalidad y coherencia interna.

1. El pensamiento católico en el plano internacional

Consideramos de esencial importancia, en el marco del modo de producción capitalista, comprender el escenario internacional en el cual se desarrolla cualquier proceso histórico, ya que una de las características fundamentales de este modo de producción es la creciente tendencia a la internacionalización de las relaciones sociales.

¹⁸ Recordemos que el vasto mundo de las instituciones y organizaciones católicas está conformado por las órdenes y congregaciones religiosas, el “movimiento católico” (conformado por la Acción Católica, sindicatos y partidos políticos), instituciones que participan en el sistema escolar (desde los niveles 0iniciales a la formación universitaria) y un amplio abanico de iniciativas autónomas.

¹⁹ Se denomina “laicos” a aquellas personas que por medio de un pasaje de rito (bautismo) se insertan en sus estructuras, aunque no como “vidas consagradas”, con cierto grado de organicidad.

Frente a esta necesidad, podemos afirmar que la *era del triunfo liberal* (Hobsbawm, 2006) a escala planetaria se inició con la derrotada Revolución Social de 1848, que tuvo sus repercusiones en casi toda Europa, pasando por la masacre de la Comuna de París en 1871, para terminar con una prolongada depresión económica, de la cual, generalmente, se indica su comienzo con la crisis económica de 1873. Sus pilares fundamentales fueron el masivo avance del capitalismo industrial, la ideología liberal, la entronización de la razón, la ciencia y el progreso. A grandes rasgos, podemos decir que la característica central del liberalismo burgués fue el libre comercio, que promovía la desenfrenada competencia entre empresas privadas y la “desregulación estatal” en los asuntos económicos, e impulsaba la lógica del individualismo.

Hacia las últimas décadas del siglo XIX, la estructura del mundo capitalista entró en una nueva etapa, originada por profundas modificaciones en su organización y estructura económica. Este período se da con el pasaje del capitalismo competitivo al capitalismo monopolístico, el cual se caracterizó como *fase imperialista*. La razón de ser del orden monopolista se debió a la necesidad del aumento de la tasa de ganancias capitalistas a través del control de los mercados²⁰.

La respuesta de los trabajadores europeos no se hizo esperar, ellos comenzaron a desarrollar por medio de su práctica política importantes estrategias de lucha, siendo considerable su influencia sobre la organización del proceso de trabajo. En este marco se ubicó la emergencia de la vulgarmente denominada “cuestión social”²¹ hacia fines del siglo XIX en el centro de la escena política.

Si bien en la primera década del siglo XX hubo signos de recuperación económica, tras afrontar los duros años de la Gran Depresión (1873-1896), la escalada de las potencias imperialistas sólo pudo ser dirimida económica y políticamente con la Primera Guerra Mundial (1914-1918). Ésta se presentó como consecuencia de la imposibilidad de que los imperialismos rivales resuelvan de otra manera sus necesidades geopolíticas, económicas y militares. Con la contienda bélica, las esperanzas en la civilización decimonónica se desmoronaron.

²⁰ Para una detallada caracterización del capitalismo monopolista, ver Netto, 1997.

²¹ Consideramos que la “cuestión social” es la expresión de las desigualdades inherentes al desarrollo del sistema capitalista, manifestación de las relaciones sociales y producto de la relación capital-trabajo con el proceso de formación y desarrollo de la clase obrera y su ingreso al escenario político en la sociedad, exigiendo su reconocimiento como clase. (Cf. Imamoto, 2001; Netto, 1997).

Este período presenta uno de los rasgos clásicos del capitalismo: la articulación entre agudas convulsiones sociales y crisis de todo tipo, acompañadas por guerras comerciales y/o militares y revoluciones (Lenin, 2006).

La Iglesia Católica Romana presentó una postura de abierta hostilidad a la corriente liberal desde sus orígenes, y lo hizo formalmente en el documento *Syllabus errorum* (1864) del papa Pío IX, donde se condenaban implacablemente ochenta errores de la modernidad, entre los que se pueden mencionar: el “naturalismo”, que niega la acción de Dios sobre la naturaleza (hombre y mundo en general); el “racionalismo”, entendido como el uso de la razón sin referencia a Dios; el “racionalismo moderado”, que es la negativa por parte de la ciencia y la filosofía a la supervisión eclesiástica; la educación secular; el “indiferentismo”, entendido como la libre elección de cualquier religión o de ninguna; la separación de la Iglesia y el Estado; y en general, la posibilidad de reconciliación y acuerdo de la Iglesia con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna.

El *Syllabus* constituyó un pilar del programa que se proponía recristianizar la sociedad, dando lugar a la configuración de un movimiento católico de restauración del antiguo régimen en la sociedad. Para ello buscó tener una presencia masiva en los medios de comunicación y en las calles (un ejemplo de esto serán las grandes concentraciones religiosas organizadas por la institución eclesial).

El I Concilio Vaticano (1870), donde se decreta el dogma de la infalibilidad papal, vendría a confirmar la ultra reaccionaria tendencia del Vaticano en tiempos de una creciente pérdida de poder temporal de la Iglesia.

Frente a este embate directo al *proyecto de la modernidad*²² e identificando como enemigos fundamentales a sus expresiones sociopolíticas directas, el liberalismo y el socialismo, al interior del *catolicismo*²³ surgirán enfrentamientos y tensiones, o para ser más precisos, entre un grupo de intelectuales y la mayoría del aparato institucional,

²² Siguiendo lo planteado por Harvey, entendemos el proyecto de la modernidad en el siglo XVIII como el esfuerzo intelectual de los pensadores de la Ilustración en la búsqueda de la emancipación y el progreso humano, asentados en los principios de igualdad, libertad y fraternidad. Esta emancipación se daría por medio del dominio científico de la naturaleza, liberando a la humanidad del reino de la escasez y las necesidades, y por medio del desarrollo de formas de organización social racionales, lo que permitiría la liberación de toda forma de irracionalidad (la religión, la superstición y el uso autoritario del poder). El pensamiento de la Ilustración era “*un movimiento secular que intentaba desmitificar y desacralizar el conocimiento y la organización social a fin de liberar a los seres humanos de sus cadenas*” (2004:28).

²³ Entendemos el *catolicismo* como un movimiento confesional, proveniente de la Iglesia Católica, donde se disputan y confrontan distintas maneras de entender la realidad y pugnan diversos proyectos por constituirse hegemónicos (Mallimaci, 1988).

que irán adquiriendo diferentes matices según las coyunturas histórico-sociales y el desarrollo de la lucha de clase.

Las polémicas de la época al interior de este movimiento²⁴ tenían varias aristas: enfrentar o conciliar con el liberalismo, aceptar total o parcialmente la hegemonía burguesa, y si la presencia católica en el ámbito de lo social y político se daría a partir de organizaciones propias o junto a otros. Esta lucha se tornaría más tenaz en las primeras décadas del siglo XX, con la agudización de la lucha de clases y la experiencia de la primera revolución socialista triunfante.

1.1. El nuevo ropaje del pensamiento de la Iglesia Católica con la instauración del capitalismo monopolista

En el marco de las tensiones y conflictos, anteriormente mencionados, Löwy (1999) plantea que, para fines del siglo XIX, la Iglesia opera un proceso de “reconciliación” con el mundo moderno y de aceptación del advenimiento del capitalismo y del moderno Estado burgués liberal, como hechos irreversibles, “disponiéndose” a realizar acuerdos con éste. El cambio de estrategia se da con el surgimiento de una “izquierda católica” de carácter minoritario, siendo su expresión más concreta la “integración” de la Iglesia francesa (hasta ese momento partidaria de la monarquía) a la República Francesa.

Esta interpretación del cristianismo forma parte de un vasto proceso de revisión de las doctrinas cristianas a fin de adaptarlas al mundo moderno, el cual había sido objeto de condena y absoluto rechazo por parte de la Iglesia a partir de la Contrarreforma. Para no perder su influencia en el mundo, la Iglesia Católica se vio

²⁴ Las distintas tendencias que se desarrollan en relación al proceso histórico y las diferentes maneras de concebir la misión de la Iglesia dan lugar a la conformación de diversas corrientes dentro del catolicismo (habiendo aun diferentes matices dentro de cada una). Para esta distinción utilizaremos el aporte de Mercedes Moyano (en Mallimaci *et. alli*, 1994):

La corriente integrista: línea conservadora que llega al integrismo y nacionalismo en formas extremas, planteando una fuerte unidad entre la Iglesia y el Estado, con una vigorosa defensa del *status quo* en distintas instituciones. La relación de fines Iglesia, Estado y sectores dominantes lleva a una alianza de poderes.

La corriente social cristiana: intenta readaptar la Iglesia al mundo moderno capitalista y a su proceso de secularización. Tenderá a establecer un diálogo y relación con el proceso que sea: desarrollista, nacionalista, neoliberal o popular. Se la considera moderada o centrista, entre conservadora y progresista. La ideología tercerista se sume en un humanismo, que (como proyecto alternativo al marxismo y al liberalismo) cuestiona los “pecados” del sistema capitalista, sin llegar a cuestionar la esencia del sistema, la estructura que genera esos “excesos”. En este tipo de humanismo va a atribuir los males de la sociedad y buscar sus remedios en el dominio moral y religioso.

obligada a “aggiornar” su visión del mundo que había forjado en la Edad Media y abandonar la defensa del orden social ligado a ella.

Es en este mismo sentido, y a partir de la encíclica papal²⁵ *Rerum Novarum*, Netto (2002) entiende a la Doctrina Social de la Iglesia como el esfuerzo de esta institución por abrirse paso a la modernidad, dejando de promover una programática reaccionaria para asumir una clara perspectiva *reformista conservadora*²⁶. Esta inflexión en la orientación eclesial se justifica, para este autor, por la pérdida de poder, y sobre todo, de recursos, que la Iglesia venía atravesando con la laicización del Estado moderno a partir del programa de la Revolución Francesa. Así, entiende que la habilidad de esta encíclica es recoger, para su encuadre, diversos elementos de la tradición positivista, de la experiencia prusiana a cargo de Bismark, entre otros, que estaban presentes en el pensamiento conservador de la segunda mitad del siglo XIX.

Sin embargo, esta “conciliación” no presupone la disolución de la aversión ética para con el capitalismo. Podemos caracterizar el *ethos* católico y su crítica al capitalismo como la desconfianza al carácter impersonal de las relaciones económicas impuestas, visualizadas como hostiles e irracionales desde el punto de vista de una ética de la fraternidad. Además podríamos afirmar que no es sólo la impersonalidad del nuevo sistema económico lo que motiva la indignación moral católica, sino también la injusticia social, a raíz de la identificación de Cristo con los oprimidos de su tiempo.

En relación con esta predisposición católica *anticapitalista*, Löwy (1999) plantea que pueden identificarse dos posiciones opuestas (existiendo, entre ambas, un amplio espectro de posturas ambiguas e intermedias): una *utópica progresista* con fuerte sensibilidad hacia los “pobres”, y, en algunas ocasiones, atraída por ciertos postulados socialistas o comunistas; y otra, de *restauración regresiva*, que anhela la sociedad

²⁵ Las encíclicas papales son uno de los instrumentos de mayor importancia de la Iglesia, en las cuales se trazan las directivas generales de comprensión de los problemas del mundo, estableciendo normas genéricas para el ejercicio de la fe católica. A partir de este discurso doctrinario centralizado, la Iglesia reorienta su acción política y presenta un programa general de acción, teniendo en cuenta las condiciones socio-históricas de cada momento y los medios particulares que utiliza.

²⁶ Netto conceptualiza el pensamiento *reaccionario* como aquél que pretende la restauración de las instituciones socio-políticas del antiguo orden. Lo diferencia del pensamiento *conservador* en tanto que para éste no se puede retroceder en la historia. A partir de la *doble revolución* (Hobsbawm, 2007), se establece un nuevo orden social, y es claramente después de 1848 que la burguesía planteará la naturalización e inmutabilidad del mismo.

A su vez, este pensamiento conservador moderno reconoce la presencia de algunos problemas en el orden burgués, proponiendo reformas que despolitizan la propia naturaleza de las mismas. Es, en este marco, que se tomará la expresión *cuestión social* para dar cuenta de los “problemas sociales”, entendiéndolos de manera des-economizada y des-historizada, pueden ser solucionados en este orden, aplicando algunas reformas, esto es, sin un cambio estructural de la sociedad. Asimismo, las reformas se ejecutan haciendo intervenciones técnico-manipulativas, con un uso eficiente de la técnica y la administración.

precapitalista jerárquica, basada en el orden feudal corporativo, en la que la Iglesia tuvo un extraordinario poder y privilegio.

No obstante, ambas posturas pueden hallar un punto de encuentro en la *cultura romántica*, la cual puede entenderse como un movimiento de protesta contra la moderna sociedad capitalista industrial en nombre de los valores precapitalistas, su crítica se centra en: la cuantificación de los valores, la mecanización, la disolución de la comunidad y la racionalidad abstracta. Es así que cierta crítica “romántica” puede convertirse en un puente de paso entre una posición corporativista-ultra conservadora y la utopía progresista.

Continuando con el planteo de Löwy, podemos sostener que esta crítica anticapitalista “*no impide un acomodo y una adaptación ‘realista’ de las instituciones católicas al sistema capitalista, sobre todo en la medida en que se vuelve más poderosa; la crítica de la Iglesia se dirige generalmente en contra de los excesos del liberalismo más que en contra de los fundamentos del capitalismo. Más aún, al verse confrontada con un peligro mucho mayor –el movimiento laboral obrero–, la Iglesia no vaciló en sumar sus fuerzas a las fuerzas burguesas y capitalistas en contra de este enemigo común*” (1999: 35-36)²⁷.

Es en este sentido que consideramos fundamental entender el contenido y significado social de la encíclica *Rerum Novarum*, ya que marcará profundamente el pensamiento social de la Iglesia. Según algunos autores, como por ejemplo Ghirardi (1983), los documentos pontificios posteriores a esta encíclica pueden ser considerados como sucesivos complementos de la misma, que se limitan a profundizar la problemática que ésta plantea y, sobre todo, a perfeccionar sus propuestas²⁸.

Desde otra perspectiva, se reconoce que la “habilidad” de la misma es recoger, para la perspectiva de la Iglesia, una serie de ideas y proyectos (por ejemplo el conservadurismo positivista y el conservadurismo protestante prusiano) que estaban presentes en la segunda mitad del siglo XIX²⁹.

²⁷ El resultado de este tipo de críticas es una *apología indirecta del capitalismo* (Lukács, 1984), que generalmente deviene en opciones sociopolíticas del tipo “tercera vía” (“ni capitalismo ni socialismo”), ocultando las contradicciones propias del capitalismo, señalando a un nivel analítico sólo lo que favorece su cohesión y reproducción, y encubriendo las desigualdades fundamentales de este tipo de sociedad.

²⁸ Tal es el caso de otra encíclica de nuestro período, Cuadragésimo Anno -1931- de Pío XI, que tiene por objetivo la reafirmación y reactualización de este documento eclesiástico fundamental.

²⁹ Cf. Netto, 2002.

1.2. ¿Cuáles son las particularidades de *Rerum Novarum*?

Ante el dinámico desarrollo de la gran industria capitalista y el continuo proceso de urbanización y pauperización que trajo aparejado, en las últimas décadas del siglo XIX se vio intensificada la lucha de clases en Europa y la organización de los trabajadores a nivel internacional, convirtiéndose esto en una amenaza para las clases dominantes.

En este marco, León XIII aborda mediante la encíclica papal *Rerum Novarum* en 1891, según sus propias palabras, la temática de “la existencia y gravedad de la cuestión obrera”³⁰, y en una segunda parte, presenta “la solución propuesta por la Iglesia”. Frente a las profundas transformaciones que se habían producido en la sociedad occidental, la máxima autoridad eclesial señala que **las causas de los problemas y la descomposición social se hallan en la ausencia de religión y de moral**, encontrándose, en esta institución y sus enseñanzas, la solución a los mismos. Como explica Bianchi (2002), esta encíclica fue un llamado a abandonar las posiciones “defensivas” para asumir una perspectiva “ofensiva” con la instauración de un orden cristiano que abarque a toda la humanidad.

Rerum Novarum pretende ser una guía de acción para contrarrestar los perturbadores idearios socialistas y anarquistas entre los obreros, y promover la intervención del Estado a través de la legislación social. Desde una posición “tercerista”, planteaba las ventajas de un corporativismo católico. Esta encíclica parte del presupuesto de reconocer y aceptar la desigualdad social como hecho natural, inevitable y conveniente, ya que a partir de ella se organiza la “vida común”:

“Sea, pues, el primer principio y la base de todo que no hay más remedio que acomodarse a la condición humana; que en la sociedad civil no pueden ser todos iguales, los altos y los bajos. Afánense, en verdad, por ella los socialistas; pero vano es ese afán y contra la naturaleza misma de las cosas. Porque la naturaleza misma ha puesto en los hombres grandísimas y muchísimas desigualdades. No son iguales todos los talentos de todos, ni igual el ingenio, ni la salud, ni las fuerzas; y la necesaria desigualdad de estas cosas sigue espontáneamente la desigualdad en la fortuna. La cual es por cierto conveniente a la utilidad, así de los particulares como de la comunidad; porque necesita, para su gobierno, la vida común de facultades diversas y

³⁰ En ediciones anteriores titulada “El remedio propuesto por el Socialismo”.

oficios diversos; y lo que a ejercitar otros oficios diversos principalmente mueve a los hombres a la diversidad de la fortuna de cada uno” (León XIII, 2005: 18).

Entendemos que dos ejes recorren todo este documento papal: por un lado, una naturalización de las relaciones sociales, justificando la jerarquía/desigualdad social en un supuesto “orden natural”; y en segundo lugar, y como resultado del primero, una moralización de las refracciones de la “cuestión social”, impulsando un espíritu de colaboración entre las clases, basado en la caridad y la fraternidad, siendo esta dirección moral la que puede unificar la sociedad y evitar la conflictividad. A partir de lo cual, se desprende, “por derecho natural y voluntad divina”, la justificación de la explotación del trabajo asalariado y la conservación de la propiedad privada, ya que por generosidad “celestial” la tierra ha sido dada a todo el linaje humano, pero dejando a criterios de los hombres y sus leyes el modo de administración de los bienes terrenales:

“Aún después de poseer, entre personas particulares, no cesa la tierra de servir a la utilidad común, pues no hay mortal ninguno que no se sustente de lo que produce la tierra. Los que carecen de capital lo suplen con su trabajo; de suerte que con verdad se puede afirmar que todo el arte de adquirir lo necesario para la vida y mantenimiento se funda en el trabajo, que o se emplea en una finca, o en una industria lucrativa, cuyo salario, en último término, de los frutos de la tierra se saca o con ellos se permuta. Se deduce de aquí también que la propiedad privada es claramente conforme a la naturaleza” (León XIII, 2005: 11).

Nos parece pertinente el aporte de Manrique Castro (1982) cuando explica que, si por “tierra” entendemos los dones de la naturaleza, con este discurso papal se está consagrando además del derecho a la propiedad privada, el derecho a la renta de la tierra, en un momento histórico en que ésta ya acompañaba subordinadamente a la ganancia capitalista que derivaba de la explotación de la fuerza de trabajo asalariada. Además, en el pasaje citado con anterioridad, bajo la figura del salario pareciera justificarse una relación de intercambio entre personas iguales (dimensión jurídica) y equitativa (venta de fuerza de trabajo por el pago de un salario), negando la extracción de plusvalía del mismo, la desigual apropiación de los medios de producción y la apropiación privada del excedente socialmente producido.

La búsqueda de una armonía entre clases sociales antagónicas se encuentra en la concepción ahistórica y naturalista de no comprender las formas determinadas de relaciones sociales como producto del sistema capitalista:

“Hay en la cuestión que tratamos un mal capital y es el de figurarse y pensar que unas

clases de la sociedad son por su naturaleza enemigas de otras, como si a los ricos y a los proletarios los hubiera hecho la naturaleza para estar peleando los unos contra los otros en perpetua guerra". (León XIII, 2005: 19).

Es por ello, asentada en la comprensión de que obreros y capitalistas acuerdan "libremente y equitativamente" un contrato de trabajo, que la Iglesia se presenta como dirimidora de la contienda o que, por lo menos, puede "quitarle aspereza y hacerla más suave", ya que frente a la cuestión obrera "*no se hallará solución alguna aceptable si no se acude a la religión y a la Iglesia*" (León XIII, 2005: 17):

El documento especifica "*para acabar con esta lucha y hasta para cortar las raíces mismas de ella, tiene la religión cristiana una fuerza admirable y múltiple. Y en primer lugar, el conjunto de las enseñanzas de la religión, de que es intérprete la Iglesia, puede mucho para componer entre sí y unir a los ricos y a los proletarios, porque a ambos enseña sus mutuos deberes y en especial los que dimanen de la justicia*". (León XIII, 2005: 20).

Con esta finalidad, llamaba a los obreros a no perjudicar los intereses del patrón y a no ejercer sus derechos recurriendo a la fuerza y la violencia; hacía hincapié en rechazar las ideas socialistas y demostrar el "peligro" que éstas implicaban para los obreros y la "tranquilidad pública": "*es cierto que la mayor parte de los obreros quiere mejorar de suerte a fuerza de trabajar honradamente y sin hacer a nadie injuria; pero también es verdad que hay -y no pocos- imbuidos de torcidas opiniones y deseosos de novedades, que de todas maneras procuran trastocar las cosas y arrastrar a los demás a la violencia. Intervenga, pues, la autoridad del Estado y, poniendo un freno a los agitadores, aleje de los obreros artificios corruptores de sus costumbres y de los que legitimadamente tienen el peligro de ser robados*" (León XIII, 2005: 39).

Queda claro que la encíclica no duda en la eficacia de la intervención del Estado, exponiendo a las claras el real carácter de clase del mismo, frente a los potenciales peligros de la clase obrera organizada que lucha por su emancipación social. Mientras tanto, a los patrones les pide no explotar desmedidamente a sus trabajadores, hacer que los obreros se dediquen a la piedad y ejercer como cristianos la caridad, en la medida de sus posibilidades.

Frente a la agudización de la lucha de clases, la Iglesia necesitaba reforzar la cohesión ideológica de su jerarquía y sus integrantes, de ahí la propuesta articuladora de la conciliación de clases, proponiendo reformar la sociedad a partir de la restauración de

las instituciones cristianas con la moralización de los individuos y promoviendo obras de caridad y cuanta causa pudiera aliviar las aflicciones materiales y culturales de los trabajadores. En este marco se crearán las asociaciones católicas de obreros³¹, no sólo para alejarlos del peligro de participar de los movimientos socialistas/anarquistas, sino también para militar contra ellos.

En síntesis, podemos decir que esta encíclica papal sentó las bases para la denominada Doctrina Social de la Iglesia, reivindicando su competencia de intervención en la “cuestión social”, promoviendo la participación activa de los fieles en la vida social y política, en la disputa por la conciencia de la clase obrera y la responsabilidad del Estado frente a la lucha de clases.

Con la encíclica *Rerum Novarum*, la Iglesia consolidó su perspectiva reformista conservadora en un esfuerzo por no perder su influencia en la modernidad. Esta posición, en relación con otras corrientes de la época como el positivismo, partió del presupuesto de que hay un orden natural en la sociedad, que cuenta con una jerarquía social natural. De esta manera se justifican las desigualdades y la moralización del proletariado por medio de la caridad y la filantropía, para colaborar con la “armonía entre las clases”.

A continuación presentamos un breve desarrollo del proceso de reorganización institucional que se dio en la Iglesia Católica, en nuestro país, el cual estuvo atravesado por mediaciones políticas, económicas y culturales específicas de estas latitudes.

2. Las razones de la secularización incompleta del Estado argentino

Para entender la centralidad del vínculo de la Iglesia y el régimen político desde fines del siglo XIX, podemos hacerlo desde dos ángulos complementarios: “*de un lado, la unión jurídica entre Estado e Iglesia transformó en cuestión política todas las controversias en los campos más variados de la vida social. De otro lado, la hegemonía de una clase política decidida a laicizar la vida pública no podía sino desencadenar una reacción católica y un enfrentamiento ideológico cargados de implicancias políticas*” (Di Stéfano y Zanatta, 2000: 342).

Los profundos cambios que venían ocurriendo en Argentina desde la segunda mitad del siglo XIX, expresados en la exportación de carnes y cereales, la inmigración de masas y la organización de un orden político nacional, se aceleraron a partir de 1880

³¹ Infr. 46.

con su inserción en el mercado mundial, acompañado de un proceso de inmigración masiva y el consiguiente cambio en la estructura poblacional del país hacia fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX.

En la reconstrucción de este momento histórico, hay un consenso generalizado entre los historiadores acerca de que el año 1880 indica la apertura de una nueva etapa, dejando atrás antiguos conflictos: la delimitación de la más importante frontera interna, producto de la campaña militar contra los pueblos originarios en la Patagonia; el fin de la guerra con Paraguay; la capitalización de Buenos Aires; y el doblegamiento de las últimas expresiones de federalismo del interior y el litoral. Este año también marca el comienzo de la hegemonía del orden conservador, que gozó de estabilidad institucional hasta la llamada Revolución del Parque de 1890, la cual tenía entre sus reclamos centrales la libertad de sufragio y la restauración de la vigencia de la Constitución Nacional, y que derivará en el triunfo electoral de Hipólito Yrigoyen en 1916.

Bajo el lema “paz y administración”, el primer gobierno de Julio Roca (1880-1886) fomentó la inmigración, la mayoría provino de la zona rural europea menos desarrollada (principalmente italianos y españoles) y la radicación de capitales primordialmente británicos, los cuales fueron utilizados para la creación de la red ferroviaria y puertos de ultramar, requeridos para colocar un mayor volumen de producción agropecuaria en el exterior y profundizar la relación de dependencia con el mercado mundial. Estos cambios tenían como eje gravitacional la región pampeana, que subordinaba al resto de las economías a su desarrollo. De esta manera, la estructura social del país se complejizó y se profundizaron las diferencias regionales.

La combinación de la política inmigratoria, el crecimiento vegetativo de la población, la tendencia a la urbanización y los cambios en los hábitos de consumo favorecieron la creación de algunas industrias destinadas al consumo interno con la disminución del comercio en tiempos de la guerra. Este fenómeno encontró su tope con el fin de la contienda, ya que el núcleo más dinámico de la economía se concentraba en el sector agroexportador.

Frente a los cambios estructurales ocurridos, *“el Estado había incrementado enormemente su capacidad de gobernar el país y de orientar su desarrollo y, gracias a los ingentes recursos obtenidos de los impuestos sobre el comercio internacional, había extendido a lo largo de todo el territorio sus funciones administrativas, educativas, fiscales”* (Di Stéfano y Zanatta, 2000: 308). Entre las acciones estatales más destacadas

se encuentran: la educación elemental masiva mediante la obligatoriedad de la escuela primaria, la profesionalización del Ejército³², la creación o ampliación de servicios sanitarios, judiciales y de otras reparticiones administrativas.

Es durante la presidencia de J. Roca que la política anticlerical alcanza su apogeo y comienza su declinación, en su primer y segundo mandato, respectivamente. En materia religiosa se sostiene la continuidad de la figura del Patronato³³, la admisión de las órdenes religiosas extranjeras y la difusión de los documentos escritos por el Vaticano, además de abolir el fuero eclesiástico -facultad de juzgar a los clérigos por crímenes comunes. El proceso de laicización de este período incluye: la libertad de prensa-imprenta (antes la Iglesia contribuía con la censura estatal), razón por la cual tuvo que confrontar con distintos medios de comunicación que le eran adversos; la subordinación de los tribunales eclesiásticos a los tribunales civiles (eliminación de fueros) en 1881; el Congreso pedagógico de 1882 -fuertemente anticlerical-; la Ley de educación laica, gratuita y obligatoria (1884) -que excluía la enseñanza religiosa del currículo oficial-; la Ley de Registro Civil (1884) y de Matrimonio Civil (1888), que imponía la presencia del Estado en los actos de nacimiento, casamiento y muerte, regulados hasta ese momento por la Iglesia. Cuando esta institución se declaró en contra de estas medidas de modernización, la clase dirigente rompió relaciones diplomáticas con el Vaticano durante años.

Según Di Stéfano y Zanatta, *“en los hechos estas medidas fueron menos radicales en relación a cómo fueron presentadas o percibidas, porque si bien es cierto que afirmaban la laicidad del Estado, no puede decirse que lo hicieran con un espíritu jacobino o anticatólico. La ley 1420, por ejemplo, decretaba el fin de la obligatoriedad de la enseñanza de la religión católica en las escuelas, pero no la excluía.”* (2000: 346)

Otro de los rasgos de la sociedad de esta época fue la consolidación de la moderna estructura social argentina, que permitió la conformación de la clase obrera y los sectores medios. La clase obrera surgió con el crecimiento y la expansión de las primeras industrias (oficios), el proletariado rural, el comercio y los servicios generados por la urbanización.

³² Con esto nos referimos a “la constitución de fuerzas armadas más modernas, con instituciones que se afianzaban, criterios más o menos estandarizados que regulaban ascensos y jerarquías internas, y una estructura burocrática en crecimiento, ya que, desde la sanción de la Ley de Servicio Militar Obligatorio, a fines de 1901, era recibido anualmente un importante número de reclutas que debía ser sometido a control médico, alojado, entrenado y reducido a la disciplina militar” (Cattaruzza, 2009:60).

³³ Disposición por la cual el gobierno nacional interviene y determina la elección y designación de obispos de este culto.

Esto posibilitó la configuración de un movimiento obrero, en cuyo proceso de organización jugó un papel fundamental la migración internacional, aportando sus ideas y experiencias sobre formas de lucha y agremiación sindical. Por otra parte, la “clase media” emergió de la ampliación ocupacional en la estructura educacional y de empleos públicos, como también de los sectores terciarios compuestos por profesiones liberales.

Estos fenómenos que describimos, propios de una sociedad capitalista y moderna, con el agregado de gran parte de la población de origen inmigratorio, dejaban al descubierto el problema de la identidad nacional argentina, la ausencia de un *ethos nacional*, en el cual todos los ciudadanos pudiesen reconocerse, más allá de su origen natal y condición social. Para los sectores dominantes este problema era agravado por las ideas anarquistas y socialistas que trajeron muchos de los inmigrantes, las cuales serían visualizadas como un peligro para el “orden y progreso”³⁴, ya que contribuirían a la organización y protesta de la clase obrera.

Frente al avance del liberalismo, los católicos se movilizaron y expresaron su rechazo a toda manifestación del mismo. Su reclamo más insistente fue recuperar una actividad que consideraban propia: la enseñanza. Queda claro que su intención no era sólo oponerse a estos cambios, sino restablecer las relaciones con el Estado en los términos anteriores al siglo XIX.

En el marco de la Generación del '80, se iba a comenzar a desenvolver otra fuerza, aunque en ese momento con mucho menor peso político: la vertiente católica de carácter aristocrático. Sus representantes también eran *notables*, muchos de ellos fueron referentes en la literatura, derecho, política, filosofía e historia. Estas características los ubicarían en el futuro -con la necesidad de unir política y religión³⁵- como un “laicado de avanzada” dentro del catolicismo tradicional.

Ante la política anticlerical, los laicos católicos comenzaron a desarrollar una conciencia militante frente a sus responsabilidades religiosas, sociales y políticas. Es a

³⁴ Las ideas de “orden y progreso” estaban “*dirigidas a la incorporación del país al sistema capitalista mundial; un orden que debía asegurar la regulación de las relaciones sociales, económicas y financieras que las nuevas formas de producción exigían y al mismo tiempo diera muestras de confiabilidad para el fomento de las inversiones extranjeras. Y un progreso, con infinitas posibilidades en un país que contaba con las condiciones materiales y los elementos fundamentales de la producción: tierra, capital y trabajo*” (Parra, 2001: 112-113).

³⁵ “*Hasta ese momento la actitud política de los católicos no se había basado para nada en el hecho religioso como definidor de planteos y conductas (...) las actitudes políticas de los católicos no se veían influidas por el deseo de servir, a través de ellas a sus ideas religiosas. Desde lo confesional no se definía a las diferentes agrupaciones se sentían en absoluta libertad para ingresar a cualquiera de ellas sin cargos de conciencia y guiándose en su elección exclusivamente por sus convicciones de tipo político o social*” (Ghirardi, 1983: 10-11)

partir del Congreso Pedagógico de 1882 que la prensa católica tuvo sus expresiones y se crearon diversas instituciones católicas (como, por ejemplo, clubes, sociedades y asociaciones) con un signo confesional. En las resoluciones del primer Congreso de Católicos Argentinos en 1884, se promovió explícitamente la participación activa de los fieles en la vida social y política para recuperar una posición hegemónica en el contexto nacional.

Pero las bases institucionales de la Iglesia de los últimos decenios del siglo XIX eran extremadamente débiles. *“Es indudable también que la Iglesia no gozaba de gran influencia ni prestigio. Y es indiscutible que el paso del progreso era marcado por una elite impregnada de ideales liberales y positivistas, entre cuyos objetivos sobresalía el de laicizar el estado y la sociedad”* (Di Stéfano y Zanatta, 2000: 309-310).

Es inverosímil pensar que la Iglesia se quedó ajena a estos embates, sin ser a su vez transformada e influenciada por estos cambios. En este marco se produjeron innovaciones internas que develan su carácter social, adaptándose a los nuevos tiempos.

Desde 1880 la Iglesia encaró la realización de profundas transformaciones en su interior, tanto institucionales como doctrinarias, las cuales alcanzarían su plena madurez en la década del '30. A *nivel institucional*, se desarrolló un proceso de romanización, nacionalización y clericalización, del cual emergió una estructura organizativa y arraigo territorial sólidos, con una mayor capacidad para desplegar un papel social autónomo e influyente. A *nivel doctrinario y filosófico*, se vive un renovado y creciente auge del pensamiento tomista³⁶, éste fue el andamiaje doctrinario que le daría impulso, años más tarde, a la renovada ofensiva y combatividad de la Iglesia argentina. Aquí se ubica el sustrato por el cual la religiosidad fue llamada a vivirse de manera cada vez más integral, o sea, como fundamento exclusivo tanto de la vida privada como de la pública.

En términos de Di Stéfano y Zanatta, los conflictos que enfrentaban a la Iglesia con el Estado daban cuenta de las ideas y valores de la sociedad secular burguesa, que también en Argentina se expresaron como parte de la progresiva separación entre la autoridad temporal, en manos del Estado burgués, y la espiritual representada por la Iglesia. A nivel de los legos, esta separación también se daba entre el ciudadano y el fiel.

³⁶ Tomás de Aquino parte de la reflexión realizada por Aristóteles, cuya filosofía trata de conciliar con los dogmas cristianos, para reflexionar sobre las cuestiones vitales de su tiempo: la relaciones entre dios y el mundo, la fe y la ciencia, teología y filosofía, conocimiento y realidad.

Una vez más, será León XIII, por medio de la encíclica *Aeterni Patris* (1879), quien propone una restauración de la filosofía tomista buscando imprimir, a la nueva escolástica, la fuerza de la *tradición* y del *progreso*, y teniendo como propósito *“unir a los pensadores católicos para la conquista del pensamiento moderno”* (Thonnard apud De Aguiar, 1984:40).

Sin embargo, advierten estos autores: *“lo dicho no significa que la separación entre Iglesia y Estado, tronchase irremediabilmente el cordón umbilical que ligaba las dos potestades. De hecho la solución al conflicto no consistió en su separación jurídica. La misma elite laica nunca se lanzó decisivamente hasta su extremo, en el afán de no renunciar a las ventajas que le aseguraba el ejercicio del patronato. Y por su parte, la Iglesia insistió en identificar la creciente autonomía del estado respecto de su control como un típico ‘error’ introducido por las doctrinas seculares modernas”* (Di Stéfano y Zanatta, 2000: 311).

En los hechos no se puede negar que parte de esta separación fue materializándose, como señalábamos más arriba. Una señal de lo concreto de esta separación fue la incipiente organización del “movimiento católico” por medio de una intelectualidad católica, una prensa católica, etc. Sin embargo, tanto por las características de la Iglesia local como por la composición sociopolítica de los sectores dominantes del momento, la separación completa del Estado y la Iglesia no llegó a realizarse, inclusive hasta nuestros días.

2.1 Las primeras experiencias de organización del movimiento obrero

Con el correr de la década del ochenta, las huelgas se incrementaron, especialmente hacia finales de la misma, alcanzando altos niveles de conflictividad social en las dos primeras décadas del siglo XX. Es que las deplorables condiciones de trabajo, que se agudizaban en períodos de crisis, eran: escaso salario, extensas jornadas de trabajo, falta de descanso semanal, falta de seguridad y elementos de higiene en los lugares de trabajo, multas patronales (como mecanismos de extorsión), trabajo infantil, ausencia de protección para los trabajadores enfermos, incapacitados o ancianos. A esto se sumaban las condiciones de vida marcadas por el déficit habitacional, el escaso desarrollo de la salud pública, las dificultades en la incorporación al mercado de trabajo, el desigual régimen de reparto de tierras y la “imposibilidad” de participación política. Frente a este cuadro, los trabajadores comenzaron a organizarse en asociaciones que nuclearon a los distintos gremios³⁷ y a hacer circular sus publicaciones, como medio de promover su conciencia de clase.

³⁷ En 1901 se creó la Federación Obrera Argentina, luego trasformada en Federación Obrera Regional Argentina (de orientación anarquista), y en 1902 se fundó la Unión Central de los Trabajadores, dirigida por el socialismo.

En este momento histórico, uno de los desafíos principales que le imponía la nueva organización social a la Iglesia era afrontar la actuación de socialistas y anarquistas que intervenía fuera del congreso, movilizaba a la clase trabajadora y atacaba abiertamente al catolicismo, especialmente en los sectores populares. En este contexto, era estratégico no desgastar la relación con la clase dirigente, que se mostraba cada vez más conservadora, volvía a acercársele y se mostraba dispuesta a apoyar su reorganización institucional.

A partir de este momento, los católicos tendieron a privilegiar la acción social respecto de la confrontación en el terreno eminentemente político, *“tanto para transcender la política partidaria y salvaguardar la autonomía y el crecimiento institucional como por el hecho de que la consolidación de un partido católico habría acentuado la autonomía de los laicos respecto de ella y dividido a los católicos. Por último, la identificación del catolicismo con una facción política habría minado la ambición de la Iglesia de afirmarse como eje de la unión y la identidad nacional”* (Di Stéfano y Zanatta, 2000: 353).

Como parte del impulso dado por la encíclica *Rerum Novarum*³⁸ y por la situación descripta que se vivía en nuestro país, *“desde fines del siglo XIX y durante las primeras décadas del XX la ‘cuestión social’ fue tema de debate entre los católicos argentinos al mismo tiempo que fue el argumento que impulsó su acción social y política”* (Echeverría, 2002:79). En este período la Iglesia argentina se encontraba en pleno proceso de construcción, en muchos casos realizada en forma paralela a la del Estado nacional. En este proceso de desarrollo de acuerdos y conflictos, se definían y delimitaban los campos de influencia y acción de cada uno.

“La Iglesia católica argentina -inspirada por la problemática nacional, pero fundamentalmente receptiva del pensamiento católico europeo- manifestó tempranamente su inquietud a través de la prensa católica, de los debates los congresos de laicos (el primero data de 1884) y, hacia fines del siglo XIX, mediante la organización de asociaciones específicas a través de las cuales los hombres de la Iglesia pretendían encauzar el reclamo de los trabajadores” (Echeverría, 2002: 82).

En esta línea, un grupo de laicos junto al sacerdote redentorista alemán, Federico Grote, decidieron organizar en 1892 a los sectores obreros en los llamados **Círculos Católicos de Obreros**, cuya finalidad era defender y promover el bienestar material y

³⁸ La influencia de la encíclica *Rerum Novarum*, sobrepasó los límites del propio catolicismo, también fue referencia de analistas del período, como por ejemplo de Biale Massé (Echeverría, 2002).

espiritual de la clase obrera. Éstos estaban inspirados en el mensaje evangélico, en clara oposición a la “propaganda” socialista³⁹.

Para explicar el carácter y fundamento de los “Círculos”, utilizaremos las palabras del propio Grote: *“Lo que principalmente me movió a iniciar obras sociales a favor de los obreros fue la convicción de que la Acción directa del sacerdote ya no es, por lo común, suficiente para atraer a los hombres indiferentes y alejados de las prácticas religiosas de la Iglesia. Y esto, no sólo a causa del espíritu positivista que todo lo invade y de la propaganda activa del liberalismo, sino principalmente, por la funesta propaganda del socialismo entre las masas obreras, el que les quita mediante promesas efímeras de futura felicidad temporal, la fe y los precipita en la ruina temporal y eterna. La acción social a través del obrero, es decir, los esfuerzos para promover con toda clase de medios lícitos el bienestar temporal y moral de los obreros no era, pues, en mi intención el fin último que me proponía, sino más bien un medio para alejar a los obreros de los antros de perdición y ponerlos bajo el influjo saludable de la Iglesia”*⁴⁰ (Grote apud Ghirardi, 1983: 39-40).

Queda más que claro que el objetivo central de Grote no era mejorar las condiciones objetivas de existencia de los trabajadores, sino alejarlos de la avanzada socialista y anarquista que, a su vez, apartaban a la clase trabajadora de la influencia eclesial. Frente a las diversas tendencias revolucionarias, la iniciativa católica fue acercar la religión a los sectores populares por medio de las obras sociales, poseedoras sobre todo de un fuerte carácter religioso y moral. Podemos interpretar que esta estrategia ideológica-política de la Iglesia argentina estuvo orientada a posibilitar el acercamiento de las masas trabajadoras y a intentar recuperar cierta hegemonía en el escenario nacional.

En una primera instancia, la contradicción capital-trabajo intentó ser minimizada e ignorada por el gobierno, pero ya a comienzos del siglo XX se había convertido en una gran preocupación. Los obreros organizados hacían peligrar la consolidación de “la

³⁹ No obstante, encontramos otros antecedentes de la intervención de la Iglesia en “lo social”, por ejemplo en la década de 1850 por medio del periodismo y la creación de algunas organizaciones. El personaje más influyente de esa época fue Félix Frías, quien desde la Conferencia de San Vicente de Paul (1859) desarrollaba actividades de asistencia; influenciado por la acción social católica europea. También Frías, por medio de la prensa católica, entabló dos frentes de combate: contra el liberalismo -rechazando su política liberal y secularizadora- y contra el socialismo y anarquismo. Sobre la prensa católica y las iniciativas de este período, véase Recalde (1985).

⁴⁰ Es de destacar que algunos sectores católicos, los más retrógrados, se oponían al proyecto y fundamentos de los “Círculos” por considerarlos vinculados a las “ideas socialistas”, evidentemente no conocían sus escritos.

Nación” y la concentración y centralización de la economía capitalista. Por esto se sancionaron leyes con claro carácter represivo⁴¹, lo cual sería matizado en el futuro con una parcializada y sectorizada legislación social, un papel indirecto en la asistencia de la pobreza con el subsidio de organizaciones privadas y el control social.

“A lo largo de la década de 1910, se realizaron numerosas discusiones sobre la necesidad de una Asistencia Pública, que dejara de ser contingente y ligada al beneplácito de las damas de la elite porteña y que tuviera como características la obligatoriedad, la permanencia, la racionalización y la eficiencia. Las tentativas de crear un organismo de la administración central, ministerio o dirección general, que atendiera a la higiene y la asistencia social, en un sentido extenso y no restricto, estuvieron presentes hasta inicios de la década del 30, encontrando siempre oposición de una parte del poder político y económico que justificaba la estrategia de la caridad privada, si bien con subsidios del Estado” (Parra, 2001: 125).

La intervención del estado respecto de la “cuestión social”, en tanto intervención pública, se instaló como tal recién cuando la clase trabajadora hizo su aparición como fuerza política, tras un proceso de creciente urbanización, incipiente industrialización, crisis y polarización en la apropiación del excedente por parte de la oligarquía terrateniente.

El escenario político en la *“Argentina de comienzos del siglo XX, exhibía sin dudas elementos novedosos con respecto al comienzo de la etapa, en 1880: las impugnaciones a la legitimidad del orden conservador, la UCR⁴², que se hallaba en su etapa de abstención revolucionaria ante el fraude y que, en 1905, se lanzó nuevamente a la protesta armada; la presencia del socialismo, que, más allá de sus éxitos o fracasos electorales, se implantaba con fuerza entre los trabajadores de Buenos Aires; la influencia en el movimiento obrero del anarquismo y el anarcosindicalismo, que rechazaban la participación en los partidos; los conflictos sindicales agudos”* (Cattaruzza, 2009: 38).

En el marco de una profunda transformación económica y social, con una nueva relación de fuerzas entre las clases, un sector de la elite dominante impulsó la apertura del juego político, previendo las consecuencias que derivaban de la falta de participación política en los lineamientos del Estado. Con la ampliación de la democracia burguesa, no sólo se garantizó la legalidad y estabilidad de un modo de acumulación que permitía el

⁴¹ Nos referimos principalmente a la Ley de Residencia (1904), que permitía expulsar a los extranjeros “indeseables” y a la Ley de Defensa Social (1910), que daba la posibilidad al gobierno de reprimir (incluso fusilar) a aquellos que “atentan contra la seguridad nacional”.

⁴² La Unión Cívica Radical se funda en 1891, tras la división de la Unión Cívica.

crecimiento de los intereses del capital, sino que también obtuvo el respaldo y legitimación por parte de los sectores que no cuestionaban la estructura económica-social prevaleciente. Esta capacidad de previsión estaba “inspirada” al calor de la presión social y contaba con la experiencia de los modelos de ampliación del sufragio, principalmente en Europa. En 1912 se sanciona la ley Sáenz Peña, estableciendo, para los hombres mayores de 18 años nativos o naturalizados, el voto universal, secreto y obligatorio. Sin embargo, esta conquista y avance en los derechos políticos mantenía excluidas a las mujeres, extranjeros no nacionalizados, habitantes de territorios nacionales y menores de 18 años, con lo cual la participación electoral en 1916 no superó el 9% de la población.

La Unión Cívica Radical accedió al gobierno quebrando la histórica hegemonía de la oligarquía terrateniente y permaneció como partido gobernante hasta el primer golpe militar. En 1916 se pone fin a un “*régimen de gobierno más moderno que los anteriores, conservador en lo que se refiere a la reproducción de los grupos de poder, aunque liberal en ciertos aspectos ideológicos; por los orígenes sociales y lo cerrado del sistema también se lo consideró oligárquico*” (Cattaruzza, 2009: 24).

Nos parece interesante, a los fines de nuestro trabajo, señalar a las claras que hubo aspectos heterogéneos y contradictorios en la conformación de este sector dominante. Lejos de ser un bloque monolíticamente adscripto al liberalismo, como comúnmente se lo presenta, se encontraban en su interior posiciones que iban “*desde la ortodoxia liberal, el catolicismo social, el racionalismo romántico y el eclecticismo espiritualista*” (Parra, 2001: 113).

El liberalismo criollo no estuvo exento de tensiones y su carácter era notoriamente más conservador que las versiones europeas, de ahí su capacidad de convivencia con otros sectores de la cada vez más concentrada elite dirigente, a fin de continuar usufructuando su lugar de privilegio. El dispositivo utilizado fue el establecimiento de patrones de lealtades y antagonismo como mecanismo de equilibrio interno. De esta forma, los hombres que detentaban el poder se volvían cada vez más conservadores, relegando progresivamente principios liberales en el sentido político del término. Este rasgo conservador puede encontrar parte de sus bases materiales en el hecho de que el interés principal de la burguesía nacional, constituida por latifundistas y comerciantes, giró en torno al libre comercio, principalmente con Inglaterra, lo que significó abandonar un desarrollo autónomo industrial, que es la esencia de la revolución democrática-burguesa.

Es frente al avance de la lucha de clases que, desde finales del siglo XIX y la primera década del siglo XX, se produce un paulatino acercamiento entre la Iglesia y el régimen “liberal oligárquico” tras la política secularizadora del ochenta. Si bien la primera no abandonó su ofensiva anti-liberal; para el gobierno, los católicos habían dejado de ser una preocupación en el plano político y éste fue perdiendo su ortodoxia liberal. Un nuevo fenómeno comenzaba a desarrollarse, algunos de los postulados de la Iglesia comenzaron a ser tomados, a veces redefinidos o mirados con perspectivas relativamente distintas, por sectores de la propia elite liberal o los intelectuales positivistas⁴³.

Como ya hemos dicho, el “liberalismo” criollo no era un todo homogéneo y con el correr de los años, la clase dirigente fue representando a los sectores más conservadores de la sociedad, muchas veces ligados al catolicismo; mientras que en la institución católica primó la conciliación con el estado oligárquico liberal, la vinculación con los sectores más concentrados de la economía -nacionales y extranjeros- y la lucha en defensa de la “patria y la propiedad”.

Pero la principal causa se debió a la defensa de las relaciones sociales capitalistas, para garantizar “el orden y la paz social” y difundir en el país un *ethos* nacional fundado sobre la tradición. El catolicismo se presentó como núcleo de la nacionalidad y punto de amalgama entre nativos e inmigrantes, muchos de los cuales también provenían de “naciones católicas”.

La peculiar impronta de la elite “liberal” local no impidió que *“le asignara una función ‘civilizatoria’ a la Iglesia, que, a la par de la escuela y el ejército, habría de sostener la obra pedagógica del Estado difundiendo a través de la caridad y de la enseñanza de los valores cristianos, las modernas virtudes cívicas y el patriotismo entre los ciudadanos -nativos e inmigrantes- de las distintas clases y provincias. Pero para la Iglesia el ‘Estado neutro’, y sus colorarios de libertad de culto y de conciencia, eran una verdadera herejía, porque equiparaban la ‘verdad’ al ‘error’”* (Di Stéfano y Zanatta, 2000: 343).

En este proceso, disminuyeron los conflictos entre el Estado y la Iglesia, se reinstauraron las relaciones regulares entre los gobiernos y la Santa Sede, y se estableció

⁴³ “Quizás aquí se encuentre el germen de algo que se advirtió claramente unas décadas más tarde y que expresaba que las rupturas entre los liberales y los grupos más reaccionarios era, muchas veces, más aparente que real, más retórica que práctica; una operación intelectual destinada a apelar a la opinión pública” (Echeverría, 2002: 84).

un *modus vivendi* en la designación de obispos. Todo esto allanó el camino para la organización y consolidación institucional de la Iglesia local.

“La alianza objetiva de la Iglesia con el statu quo liberal conservador, en suma, no reflejaba simplemente un ‘catolicismo de conciliación’, sino que contenía in nuce el germen de una futura contraposición” (Di Stéfano y Zanatta, 2000: 397), que se desplegaría progresivamente después de la Primera Guerra Mundial y de la revolución bolchevique, al cuestionarse y entrar en crisis los principios de los regímenes liberales. En ese momento histórico, la Iglesia Católica llamó a presentarse al mundo como la portadora de una visión, una fe y una moral capaces de dar respuesta a las necesidades más profundas del hombre de esta época. Es en este intento de reimponer al mundo moderno los valores cristianos, que la encíclica *Rerum Novarum* recobrará un papel destacado.

En el marco internacional, una nueva etapa en la historia de la humanidad se abriría en 1917 con el triunfo de la Revolución Bolchevique. Ésta fue la primera experiencia revolucionaria, hecha por y en beneficio de las grandes mayorías, que convertiría a la clase trabajadora organizada en clase dominante. Esta experiencia que moldeó el siglo XX, sitúa en el centro de las preocupaciones mundiales la lucha entre el capitalismo imperialista y la amenaza de que la revolución socialista traspase los límites de Rusia.

Mientras que la Primera Guerra Mundial se convertía en una matanza de millones de trabajadores con la maquinaria bélica más mortífera que había conocido la humanidad hasta el momento, Argentina transitaba la experiencia de la aplicación de la ley Sáenz Peña, con la cual el radicalismo se mantendría en el gobierno entre los años 1916-1930. Sin embargo, la ampliación de la vía electoral no estuvo exenta de la falta de cumplimiento de las disposiciones legales, de denuncias de presiones ejercidas por las autoridades locales en tiempos de elecciones, a lo que se sumaron reiteradas intervenciones en provincias con la intención de neutralizar a la oposición. Todo este período estuvo atravesado por la disputa entre el radicalismo y el elenco del antiguo orden, amén de que en última instancia, la procedencia social de su dirigencia e intereses a los que respondía eran muy semejantes. Esta continuidad se iba a manifestar, entre otras cosas, en el mantenimiento de la política de neutralidad ante la Primera Guerra Mundial, más allá de las presiones locales y exteriores.

Desde luego la contienda bélica mundial impactó en la economía argentina

produciendo una fuerte baja en el intercambio comercial, que repercutió directamente en los salarios reales. Con el fin de la guerra se registró una leve recuperación de la economía internacional que se detendría a comienzos de la década del veinte. Otro efecto temporario de la guerra fue la interrupción de la llegada de inmigrantes, la cual se recuperaría en los años veinte, para volver a decaer a partir de la crisis económica de 1929. Durante este período continuó el fenómeno de concentración urbana iniciado años atrás.

Es durante el primer gobierno de H. Yrigoyen que los conflictos obreros alcanzarán un nivel de organización y radicalización inéditos. Los principales reclamos obreros giraron en torno a la regulación de la jornada de trabajo, aumento salarial y mejoras en las condiciones de trabajo, en el marco de un estancamiento comercial y un proceso inflacionario global, como consecuencia de la guerra. Frente a la agudización de la lucha de clases, el gobierno no dudó en utilizar la represión, ni en contar con el apoyo de variadas agrupaciones para esta tarea, entre las cuales podemos mencionar a la Liga Patriótica Argentina que buscaba representar los valores más tradicionales de la religión, la patria y el orden.

Las máximas expresiones de la lucha del movimiento obrero fueron las denominadas: Semana Trágica (1919), las huelgas y represión en La Forestal (1920-1921) y la represión y fusilamientos en la Patagonia, en los mismos años.

Si bien durante la primera década del siglo XX el anarquismo había sido fuerte en el movimiento obrero, su presencia en los años veinte había menguado. Los proyectos políticos que dirimían la dirección del movimiento obrero estaban representados por el socialismo reformista (el Partido Socialista, fundado en 1896), el “sindicalismo revolucionario” (con la dirección de la FORA desde el IX Congreso) y el de la emergente “izquierda socialista”⁴⁴. Estas corrientes expresaban, en el ámbito nacional,

⁴⁴ El Partido Socialista (PS) en Argentina formuló su programa y estrategia política en base, principalmente, a dos doctrinas: el marxismo revisionista (teniendo como referente central a Bernstein) y el positivismo de Comte y Spencer. Esto explica, en parte, la casi nula ortodoxia marxista en su intervención política a lo largo de su historia. Sus posiciones policlasistas (argumentando la defensa y desarrollo de las formas “sanas de capitalismo”) y su actitud frente al Estado, reconociéndolo como árbitro en la lucha de clases, evidencian una clara posición a favor de la conciliación entre las mismas. El llamado “sindicalismo revolucionario” se nutrió en nuestro medio de las tesis izquierdistas (huelga general revolucionaria) y de tendencias anarquistas (apoliticismo sindical y antiparlamentarismo), convirtiéndose en una fracción disidente dentro del PS y separándose de éste en 1906. Esta corriente política veía en el sindicato la forma superior y fundamental para la organización revolucionaria de la clase obrera, separada de los partidos. Ésta fue la tendencia dominante durante el alza de la lucha de clase entre 1917 y 1921. De la mano del los “sindicalistas”, el movimiento obrero comenzaría a transitar el camino del diálogo y adaptabilidad al Estado. Con el gobierno de H. Yrigoyen, nació un acuerdo tácito: obtendrían algunas concesiones y ventajas para sus gremios (en particular ferroviarios y marítimos) a

las confrontaciones entre las posiciones reformistas y revolucionarias que eclosionaban en la II Internacional (1889-1919). Las diferencias entre ellas se expresaban en cuestiones programáticas centrales *“tales como la utilización del parlamento, la incorporación o no de funcionarios socialistas al estado burgués, el rol que debían cumplir los sindicatos, y en definitiva qué tipo de partido y para qué estaba planteado construir (...) Las dos alternativas se manifestaron claramente: un partido cuyo principal fin fuera obtener votos para poder reformar gradualmente las ‘asperezas negativas’ del capitalismo o un partido para liquidarlo y crear otro sistema mediante la revolución social”* (Camarero y Schneider, 1991:18).

Desde fines de la década del diez y durante toda la del veinte, como resultado de la lucha de clases⁴⁵, hubo algunos avances en la protección laboral: se sancionaron leyes que reglamentaron el trabajo a domicilio, las jornadas laborales de mujeres y niños en algunas regiones, así como también el trabajo nocturno para algunas actividades; se estableció el descanso dominical y la forma en que debía pagarse el salario; se decretó el feriado para el 1º mayo y se sancionó la ley de las 8 horas diarias y las 48 horas semanales de trabajo.

cambio del mantenimiento de la paz social; más tarde incluso algunos sectores llegaron a avalar en forma implícita el voto obrero radical.

La “izquierda socialista” fue otra tendencia que se fue diferenciando del reformismo del PS, en un primer momento, de manera progresiva y parcial en torno a las cuestiones del papel de la juventud y los sindicatos en el partido, hasta presentar diferencias fundamentales frente a la guerra mundial y la Revolución Soviética. Un año después de la revolución, se constituiría como una nueva agrupación bajo el nombre de Partido Socialista Internacional, adoptando dos años más tarde el nombre de Partido Comunista y estructurándose orgánicamente en la III Internacional. Para un desarrollo detallado de esta corriente en sus orígenes ver: Corbière (1984).

⁴⁵ Como una expresión de encuentro entre la lucha política del momento y la cultura, se da, en 1918, la Reforma Universitaria en la Universidad de Córdoba. *“En esos mismos años crecía un movimiento de crítica al positivismo, que muchos de estos jóvenes suponían propio de la generación anterior”* (Cattaruzza, 2009:70). El movimiento reformista logró la asistencia voluntaria a los cursos, la docencia libre y participación estudiantil en los organismos de gobierno de la Universidad. Pero este movimiento desbordó su marco inicial y se adhirieron a él importantes grupos políticos, como la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), desde donde se animaban los debates de la izquierda en Latinoamérica y ponía la cuestión del imperialismo en el centro del análisis. Algunos de los jóvenes universitarios reformistas se incorporarían en la década del treinta a las filas del socialismo y radicalismo, momento en que el compromiso partidario en regla se extendería.

A nivel de la cultura de masas, el aumento de las tasas de la alfabetización *“fue la condición necesaria para que tuviera lugar uno de los procesos característicos del período de entreguerras: la ampliación hacia los sectores medios y populares de los públicos lectores y del mercado para cierto tipo de bienes culturales como libros, diarios y revistas”* (Cattaruzza, 2009:83). La implantación estable de medios de comunicación masivos se completaría con los avances técnicos que ubicarían al teatro, el cine y la radio, como parte de la oferta de la industria cultural.

2.2 El camino de la reorganización eclesial

Durante las primeras décadas del siglo XX se produjo un profundo proceso de maduración del catolicismo argentino que estructuró sus rasgos genéticos hasta el II Concilio Vaticano. No exento de tensiones y conflictos, consolidó su estructura jerárquica y organizativa, su perfil doctrinario e incidió en la vida política, sindical e intelectual del país. Entre algunos de sus rasgos centrales se destaca *“el vínculo simbiótico con la Iglesia romana y la vocación de encarnar de forma excluyente el elemento fundante y el principio de unidad de la nacionalidad. Y fue también por entonces, por último, que la práctica religiosa volvió a asumir, para vastos estratos de la población, un papel central en la vida cotidiana, y que a los vientos de la secularización que habían soplado durante décadas se contrapuso una renovada corriente de espiritualismo católico”* (Di Stéfano y Zanatta, 2000: 354-355).

En la primera década del siglo XX, con el crecimiento de la pobreza y la conflictividad social, la Iglesia incrementó sus actividades de beneficencia y asistencia; de hecho la Sociedad de Beneficencia comenzó a delegar nuevamente algunas de sus instituciones a las órdenes religiosas⁴⁶.

El financiamiento de las actividades de beneficencia estaba a cargo del Estado, mediante subsidios y cesiones de terrenos y locales (lo que facilitaba el crecimiento edilicio de estas instituciones, multiplicando los templos, escuelas y talleres); de donaciones privadas y legados, además de las mujeres de la oligarquía que eran las encargadas de organizar eventos con fines benéficos⁴⁷.

Hacia 1920 las instituciones de beneficencia católica eran numerosas, entre otras se encontraban los asilos, colegios, bibliotecas, escuelas-taller, donde las “internadas” realizaban trabajos de costura, lavado y labores en general, y en ocasiones también empleaban trabajadoras externas. Por entonces, los Círculos Católicos de Obreros ascendían a 85 en el país, con 36.000 afiliados y una obra de servicios asistenciales y mutualistas que incluía: asistencia médica, farmacéutica, jurídica, cooperativas, agencias de trabajo, bibliotecas, un hospital modelo, colonia de vacaciones para niños, salas de

⁴⁶ “A pesar de que la Sociedad de Beneficencia se presentaba como entidad filantrópica y laica, su vínculo con la Iglesia Católica ha sido siempre estrecho. Muchas de sus instituciones han estado conducidas por órdenes religiosas. Incluso se incorporaron ritos religiosos en la dinámica institucional” (Parra, 2007: 76). Para ver en detalle esta relación, cf. Alayón (1980: 16-30).

⁴⁷ Para ver la relación entre estas piadosas mujeres y sus influyentes maridos y familias, ver: Bianchi (2002: 145-146). Otro dato interesante que aporta esta autora es la presencia de las mujeres de los dirigentes liberales en cargos prominentes de las organizaciones católicas.

primeros auxilios en zonas fabriles, además de escuelas diurnas y nocturnas, entre otros⁴⁸.

La llegada del gobierno radical al poder, el cual se suponía representante de los sectores medios, más allá de que no produjo grandes rupturas con el modelo anterior, significó un cambio importante por su estilo y composición; era visto por las clases propietarias tradicionales como una amenaza concreta. Durante el ejercicio de este nuevo gobierno y a medida que se iba desvaneciendo la ilusión liberal, la Iglesia y sus hombres comenzaron una moderada ofensiva criticando ciertos aspectos del funcionamiento del sistema político y sus consecuencias.

La conflictividad social tendió a descender en el gobierno de Marcelo Torcuato de Alvear (1922-1928), si la comparamos con el período anterior. La recomposición económica, basada en la reactivación de la exportación agropecuaria, luego de la crisis de posguerra, fue un factor fundamental para la recuperación de los salarios reales. Este gobierno tuvo entre sus preocupaciones “la defensa nacional”, para la cual inició una política de desarrollo industrial-militar.

“Hacia fines de la década de 1920, la industria se convirtió en un sector más importante y activo: entre 1920 y 1930, se radicaron en la Argentina varias grandes empresas extranjeras, entre las que se destacaban las norteamericanas” (Cattaruzza, 2009: 92). A pesar de esto, la economía argentina se ubicaba claramente en la división internacional del trabajo como proveedora de productos agropecuarios y materias primas, intercambiados por combustibles, máquina e insumos industriales y capitales extranjeros, principalmente, por medio de las relaciones comerciales con Inglaterra y Estados Unidos, cuya presencia de inversiones como de importaciones crecía en el país. De esta manera, Argentina se insertó y consolidó en la economía mundial, mediante el modelo de acumulación de capital agroexportador, conjugado con la estructura y tenencia de la propiedad latifundista, como un país dependiente, lo cual le permitió crecer y expandirse hasta llegar a su agotamiento a fines de la década del veinte.

En el gobierno de M. T. de Alvear los conflictos con el ex mandatario correligionario se intensificaron. Las divisiones internas en el radicalismo, entre personalistas y antipersonalistas -críticos al yrigoyenismo-, lo llevarían a su fractura en 1924. En 1928 H. Yrigoyen obtuvo un triunfo contundente sobre sus rivales, los antipersonalistas, quienes se aliaron a los conservadores.

⁴⁸ Para mayor información sobre los Círculos Católicos de Obreros, ver Recalde (1985: 65-92).

En este marco de masificación de la sociedad y la política, se comenzó a conformar un movimiento heterogéneo y ambiguo que conspiraría contra H. Yrigoyen antes de que éste asumiera. Los sectores intelectuales jugaron un papel de destacada influencia en esta campaña antidemocrática; en su interior, los sectores elitistas del catolicismo comenzaron a organizarse, *“ya no sólo para atacar a una política que consideraban destructora de las jerarquías naturales, sino también para organizarse como actor político autónomo y con pretensiones hegemónicas que pudiera imponer su proyecto de nación católica”* (Echeverría, 2002: 84-85).

Durante estos años, el catolicismo continuó enfrentado internamente entre: los que buscaban colaborar y conciliar con la burguesía local, buscando ser reconocidos como parte constitutiva de la nacionalidad y cumpliendo un rol legitimador de lo religioso y aliado del Estado frente al “peligro” del movimiento obrero; y aquellos que se oponían a todo tipo de alianza, ya que encontraban en las propuestas del liberalismo y del laicismo las principales causas de todos “los males” del país. Sin embargo, este último sector fue el que comenzó a ser el dominante al interior de la Iglesia en el siguiente período.

El segundo mandato del líder radical estaría atravesado por la crisis de la economía mundial, que comenzó con la caída de Wall Street en 1929 e hizo sentir sus efectos en todo el mundo, y también por una economía basada en el “desarrollo hacia fuera”, vulnerable a las contradicciones cíclicas del capitalismo, como la Argentina. Las consecuencias locales fueron la escalada inflacionaria y la baja de los sueldos. Las movilizaciones contra el gobierno se multiplicaron con el correr de 1930. A los efectos de la crisis económica, al gobierno se le sumaron los conflictos con los antipersonalistas y los nacionalistas, todo esto conduciría a una creciente debilidad política.

La composición ideológica de las agrupaciones nacionalistas fue metamorfoseándose con el transcurso del tiempo. Si bien sus inicios pueden ubicarse en los años veinte, su intervención más destacada la desarrollaría una década después. Cercanas, aunque no sin matices, a los sectores conservadores más radicalizados, sus posiciones terminarían confluyendo con el catolicismo integrista. Desde estos sectores se cuestionaba que fuera deseable la idea misma de un gobierno democrático, posición que se plasmaría con toda claridad con el golpe de estado, más allá de su discursiva alusión a la “recuperación de la vigencia constitucional” y las “reglas de la institucionalidad desconocidas por Yrigoyen”. De aquí surgieron los cuadros intelectuales que apoyarían

la “necesidad y responsabilidad del Ejército” de intervenir ante la crisis institucional para salvaguardar el interés supremo de la patria.

El golpe militar del 6 de septiembre de 1930, encabezado por el general José Uriburu, prácticamente no encontró resistencias significativas ante la crisis de legitimidad del gobierno de H. Yrigoyen. Sin embargo, existían en el Ejército dos corrientes diferentes, que disputaban la dirección del gobierno provisional, ambas relacionadas con dirigentes civiles. J. Uriburu representaba a los sectores de derecha más extrema, afines con las agrupaciones nacionalistas; mientras que el general Agustín Justo nucleaba el perfil ideológico conservador moderado y liberal, entre los cuales había antiguos radicales. Esta disputa terminó con el triunfo de éste último en las elecciones de 1931, ya que contaba con el sector más poderoso dentro del Ejército y con amplios contactos del mundo político, tras su paso por el radicalismo y su ejercicio como ex ministro de M. T. de Alvear.

3. La consolidación del integrismo como corriente hegemónica en el catolicismo argentino

Frente a la complejidad de su capilaridad organizacional y como parte de su programa, la Iglesia avanzó con una serie de esfuerzos y medidas con el objetivo de constituir al catolicismo como un actor homogéneo política e ideológicamente, y disciplinado a las directrices jerárquicas.

Podemos considerar la década del veinte como la génesis de este actor político que abandona el letargo, en el que había quedado sometido en los tiempos de la expansión liberal, su precariedad institucional y ambigüedad frente a determinados problemas contemporáneos, para disputar posiciones con pretensiones soberanas y de hegemonía. Su constitución identitaria y de conciencia se consolidó a partir de los problemas derivados de la “cuestión social” y la “identidad nacional”. En este mismo período, que será la etapa preparatoria para la ofensiva en la década siguiente, se comienza a postular, con mayor vehemencia, la necesidad de construir un mundo y una nación católica, como único resguardo del “caos” del presente. Se trataba de instalar el **catolicismo como el contenido ético** de la vida política y social, pero en última instancia, se procuraba transformar al catolicismo en el **principio organizador de la sociedad** (Echeverría, 2002). A este proceso se lo llamó **integrismo**, es decir, un

catolicismo que abandonó posiciones defensivas para adoptar posiciones ofensivas.

La Iglesia comenzó a convocar a la participación activa de sus fieles al mismo tiempo que popularizaba el catolicismo. Para ello, expandió su presencia por medio de colegios primarios y secundarios a cargo de órdenes religiosas, pero la más importante expansión territorial se dio al aumentar considerablemente el número de parroquias en todo el país. Estos espacios fueron consolidados como espacios socioculturales dadores de “sentido, identidad e integración”, para un gran número de hombres y mujeres.

Desde la Iglesia local, *“la estrategia a implementar es la misma que se impulsa desde Roma, acondicionada a la realidad local: recristianizar la Argentina, restaurar todo en Cristo, penetrar con el catolicismo en toda la vida de la persona y de la sociedad”* (Mallimaci *et. alli*, 1994: 432), luchar contra una religión de vida privada, de culto, sin presencia social. El *Syllabus* de Pío IX legitimó los argumentos para arremeter contra el mundo moderno e impulsar la restauración, aunque esto no implicaba la negación de la utilización de los medios modernos que estaban a su alcance.

Esta ofensiva comienza a materializarse en 1922 cuando un sector de los intelectuales de la Iglesia local crea los **Cursos de Cultura Católica**, por iniciativa de Atilio Dell’Oro Maini, Tomás Cáseres y César Pico, destinados a reclutar y formar a la futura elite dirigente intelectual (eclesiástica y laica) acorde con los intereses autoritarios de raíz hispano-católica⁴⁹. Desde la concepción integrista de la religión, el campo de la política adquiriría centralidad, por esta razón algunos de los miembros de los Cursos se vincularon a la “nueva derecha”⁵⁰, entre otros espacios políticos. La actividad principal de los cursos era la formación teológica, filosófica y cultural, sustentada en el tomismo, y la promoción de su aplicación a la realidad argentina. Pero además de formar hombres intelectuales católicos, se buscaba propagar e impregnar, con el catolicismo, a los saberes profanos, especialmente a los “errores” que se pudieran difundir desde las cátedras oficiales de la Universidad de Buenos Aires. Desde estos cursos, se destacaba la solidez y originalidad del pensamiento católico y se interpelaba al positivismo, al naturalismo y todas las expresiones intelectuales relacionadas tanto con el liberalismo como con las ideas de izquierda.

⁴⁹ Con el golpe militar de 1943, sus esfuerzos se concentrarán en la Universidad de Buenos Aires. Dell’Oro Maini ocupará en la Facultad de Derecho el cargo de decano; Cáseres, en su breve gestión, será rector, pero como docente de la Facultad de Filosofía y Letras impulsa con Juan Peralta Ramos y Octavio Derisi la modificación del plan de estudio de la carrera de Filosofía por considerarla campo estéril del escepticismo.

⁵⁰ Para una caracterización de la “nueva derecha”, ver: Echeverría (2002).

Por otro lado, esta corriente del catolicismo pretendía combatir también las diferencias internas: *“desde la perspectiva de los integrantes de los Cursos, era necesario combatir el <<andreísmo>> [término derivado del nombre de monseñor De Andrea⁵¹], identificado con una tradición de superficialidad, ignorante de los problemas morales y sociales: una religión de <<pitucos>> y <<afeminada>> -expresada en el alto número de mujeres que integraban las organizaciones devocionales y asistenciales- que se reducía a la beatería, y a la figuración a través de la <<caridad>> (...) Para ellos también resultaba insuficiente otro aspecto del <<andreísmo>>, el mutualismo (representado en organizaciones como los Círculos de Obreros o la Federación de Empleadas Católicas) que podía moralizar o disciplinar a los sectores populares pero se conciliaba con un orden liberal que negaba una visión integrista de la religión”* (Bianchi, 2002: 152).

Teniendo estos objetivos, los Cursos contaron con el apoyo institucional y financiero eclesiástico, la supervisión de sus asesores y una notable cantidad de docentes clérigos, aunque éste era fundamentalmente un emprendimiento de los laicos. Pero más allá de la sólida unidad teológica-política, no estuvieron exentos de tensiones y conflictos en su interior (Bianchi, 2002: 151). Con el correr de los años, los Cursos pasarían a ser el Instituto Católico de Cultura, desde donde se daría origen, en 1958, a la Universidad Católica Argentina.

Del espacio de los Cursos surgió en 1928 su órgano de prensa, la revista ***Criterio***, con la misión de difundir la “sana doctrina” a toda la sociedad, fundada también por Dell ‘Oro Maini. Ésta fue la revista católica más relevante de la época, cuya tarea fundamental era establecer una estrecha vinculación orgánica-institucional entre la jerarquía superior y los cuadros intermedios. Pero su radio de influencia llegó inclusive a los fieles e intelectuales que no estaban específicamente encuadrados en organizaciones de laicos. Fue una publicación destinada a propagar contenidos ideológicos autoritarios y a convocar a las clases propietarias a recuperar su poder político perdido; en este sentido,

⁵¹ Miguel De Andrea fue obispo de Temnos, subdirector de los Círculos Católicos de Obreros desde 1906 y sucedió, luego, como Director a su fundador, Federico Grote, en 1912. Organizó la Federación de Asociaciones Católicas de Empleados (1923), la cual llegaría a agrupar veinticuatro sindicatos. Políticamente algunos autores afirman que *“De Andrea estaba vinculado a las más antiguas familias de Capital y simpatizaba con el radicalismo elitista y bon ton de Alvear”* (Zanatta, 2005:39). De hecho, el gobierno de M. T. de Alvear (1922-1928) propone su candidatura como Arzobispo de Buenos Aires, la cual no fue avalada por el Vaticano.

se convirtió en una clara referencia de la alianza entre un segmento de la elite social con la jerarquía eclesiástica⁵².

Otra de las medidas tomadas por la jerarquía eclesiástica fue la instauración de la **Acción Católica Argentina**⁵³ en 1931. Para ello comenzó por afianzarse en el ámbito parroquial y a incorporar nuevos sectores sociales a las estructuras intermedias de la institución, así, miles de jóvenes hicieron su primera experiencia de participación social, política y cultural, con un explicitado análisis de la realidad, a través de su inserción en las filas de la Acción Católica.

Todos estos órganos siguieron una lógica romana, ortodoxa, altamente clerical, jerárquica y de búsqueda permanente del “orden y eliminación del error”, lo que los movilizó a combatir los errores (o diferencias) al interior de la Iglesia. En esta línea la Acción Católica se constituyó en un instrumento clave dentro del catolicismo, concibiéndose oficialmente como el espacio de “*participación organizada de los laicos en el apostolado jerárquico de la iglesia*”, con lo cual se manifestó la tensión intrínseca del catolicismo, entre la producción de nuevos espacios y su control jerarquizado y centralizado, “*se crece desde la sociedad y por ende se hace partícipe a nuevos sectores en lo institucional, creando nuevos espacios de dirección y elaboración o se impone ‘orden y autoridad’ buscando asociarse con el estado y se limita la expansión, produciendo quiebres y abandono en las organizaciones laicales*” (Mallimaci, 1988: 34).

Fue una preocupación conciente de las jerarquías, ubicar a la Acción Católica como una organización ajena a la actividad política, y preferían entenderla como una instancia de participación de los laicos en la labor apostólica convocada por los obispos. Esto se refleja en todos los textos referidos a esta organización en sus dos primeros años, frente al temor de contacto con la política o con la acción social que podrían ocasionar eventuales “desvíos”, subscribió su acción a la organización y fortalecimiento de la vida religiosa y espiritual de sus militantes.

Sin lugar a dudas, el golpe de estado del treinta permitió que el catolicismo integral fuera un bloque masivo e importante. La participación política de los católicos

⁵² Para un análisis exhaustivo de la revista *Criterio*, ver: Mallimaci (1988: 13-23) y Echeverría (2002: 94-107).

⁵³ “*El esquema adoptado fue el italiano, de implantación parroquial y de división por sexos y por edades: hombres y mujeres, los jóvenes y las jóvenes. A principios de la década del 40 (1941) se organiza la JOC (Juventud Obrera Católica), siguiendo los lineamientos de los llamados ‘movimientos especializados’ - JEC (secundarios), JAC (agrarios), JUC (universitarios)-. La división aquí no es por sexo o edad sino por ‘clase social o ambiente’. En estos últimos movimientos la influencia proviene especialmente de los movimientos belga y francés, aunque las condiciones sociales latinoamericanas dieron experiencias propias a nuestros países*” (Mallimaci, 1988: 10).

notables vinculados a la estructura eclesiástica tuvo destacadas funciones en estos gobiernos. Más allá de que esto no era una experiencia nueva, la participación que tuvieron en el gobierno militar de 1930 fue destacada, ya sea personalmente o a través de relaciones familiares. Desde los espacios gubernamentales se buscaba combatir la reducción de la religión a las conciencias y esto se reflejaba en el ámbito público.

Así se consolidó un catolicismo de integralidad, para el cual la presencia y cercanía al Estado eran su principal eje de acción, mientras que su máxima aspiración fue imponer una “cultura católica argentina”. Esto se manifestó en el Congreso Eucarístico (1934) -donde la Acción Católica tuvo un rol destacado en su organización-, durante el gobierno del general A. Justo, en el cual se consagra el Estado argentino a “Jesús sacramentado”⁵⁴. Este tipo de movilización revelaba una nueva presencia de la Iglesia en la sociedad, incluso esta institución pasa a ocupar las calles. A partir de este momento, las clases dominantes comenzarán a entender al catolicismo como un factor de unidad nacional y de cohesión social, jugando un rol de posible integrador de múltiples diversidades sociales y culturales en un país de inmigración y creciente urbanización, así la asociación Patria-Iglesia comienza a ser recurrente.

3.1 El anhelo del proyecto de la “nueva cristiandad” por medio de la fuerza militar

Si bien desde 1870 hasta 1929 la economía argentina creció vigorosamente bajo el papel de “granero del mundo”, estimulada por la expansión del mercado internacional; a partir de la otra Gran Depresión económica, la de 1929, también causada eufemísticamente por el crack de la bolsa de Wall Street, la burguesía terrateniente local se esforzó por desenvolver nuevas fuerzas productivas, capaces de estimular el desarrollo económico desde adentro. En esta empresa acudió a un activo intervencionismo estatal y al fomento de una incipiente industrialización ante la disminución de los precios de los productos agrícolas-ganaderos y las dificultades para mantener el nivel de las importaciones de productos manufacturados.

Aunque parte de los argumentos para realizar el golpe militar fueron la demagogia y corrupción de los partidos políticos, la década del treinta se caracterizó por

⁵⁴ A partir de este ejemplo, podemos evidenciar la vinculación de un sector de la oligarquía liberal y el integrismo católico.

la combinación del fraude electoral, los negociados, la represión por parte de militares y policía a militantes obreros y la proscripción de los partidos políticos⁵⁵.

El golpe militar de 1930 devolvió el poder a la oligarquía terrateniente argentina, que generó un nuevo proyecto de país alternativo al proyecto “liberal”. Hay dos elementos que serán decisivos en su configuración: una crítica feroz de las instituciones democráticas desde una visión exclusivista de la política, donde las masas no tienen lugar, y el peligro comunista. El tono de este golpe estuvo dado por la restauración de la pena de muerte y la represión a los obreros y activistas políticos luchadores.

En el uriburismo se condensó un nacionalismo que buscaba la esencia del “ser nacional” en la tradición grecolatina y católica, inspirada en la tradición medieval. Como sistema político, se consideraba que el estado corporativo reemplazaría al liberal, basado en una sociedad elitista y jerarquizada. Sin embargo, no había consenso acerca de quién encarnaría esta aristocracia dirigencial, si el Ejército o una elite intelectual (neorrepblicanos)⁵⁶.

Pero el gobierno de la “revolución de septiembre” presentaba heterogeneidad en su interior. Frente al triunfo radical en la provincia de Buenos Aires en 1931, el sector “liberal-conservador” del gobierno encabezado por A. Justo tomó el control del régimen. En febrero de 1932, asumen el poder mediante elecciones fraudulentas la fórmula Justo-Roca (hijo), con el apoyo de los conservadores (Partido Demócrata Nacional), una escisión del Partido Socialista (Partido Socialista Independiente) y la UCR Antipersonalista; en un hecho inédito hasta el momento, la Iglesia Católica se pronunció a favor de esta fórmula. En el segundo lugar se ubicó la Alianza Civil conformada por el partido Demócrata Progresista y el partido Socialista, en un intento de constituirse en una posición de izquierda moderada y republicana. La UCR, con el veto a la candidatura de M. T. de Alvear, decidió abstenerse de la presentación a elecciones.

El núcleo del proyecto eclesial de los años treinta tuvo sus pilares en el confesionalismo, nacionalismo, hispanismo y el corporativismo. La finalidad última de este proyecto era instaurar una “nueva cristiandad”, siguiendo los lineamientos internacionales para esta institución desde el Vaticano, más allá de algunos matices internos que se pudieron presentar en el período. Siguiendo los argumentos de Zanatta (2005), veamos un poco más detenidamente de qué se tratan estos fundamentos:

⁵⁵ Esta alianza militar-religiosa volvió a reactualizarse y a mostrar sus efectos más terribles nuevamente en los años 1955, 1966 y 1976.

⁵⁶ Para profundizar sobre la diferencias entre estas posiciones, ver: Buchrucker (1999: 62-68).

El **confesionalismo** es el elemento por el cual la Iglesia subordina las instituciones terrenales a las leyes divinas, de las cuales recibe su autoridad. Bajo este postulado el Estado y los poderes públicos quedan supeditados a los mandatos divinos y la ciudadanía se funda en la pertenencia al catolicismo. Pero también este elemento implica la supuesta superioridad del catolicismo sobre las otras confesiones, en abierta polémica con el protestantismo y en abierta hostilidad contra el judaísmo.

El **nacionalismo** fue el rasgo dominante del catolicismo en los años treinta, más allá de algunos matices políticos o culturales en su interior, nación y catolicidad fueron imponiéndose como sinónimos. El catolicismo se presentó como la auténtica “ideología nacional”, frente a las “ideologías extranjeras” importadas por liberales, comunistas y socialistas, y también por todas las confesiones no católicas. En este sentido, comunismo y liberalismo no eran más que dos caras de la misma moneda, que tenían como problema central la descristianización del mundo occidental, cuyo origen se remontaba a la reforma protestante que había puesto fin a la cristiandad medieval. Desde mediados de la década del treinta, se incorporó a la doctrina nacionalista una vertiente antiimperialista y antioligárquica, ambos elementos serían decisivos para la extensión hacia los sectores populares de base social sobre la que ejercían influencia.

El **hispanismo** se inscribió en un movimiento mayor de **reversionismo histórico**, en estrecha conexión con el pensamiento católico europeo, que tenía como objetivo reformular en clave confesional la historia argentina, rescatando el papel civilizador del catolicismo, y sobre ésta redefinir los rasgos fundantes de la identidad nacional. Esta operación ideológica tuvo en su epicentro la revalorización de la experiencia de la colonia española, la cual tomó un nuevo impulso a partir de la guerra civil de 1936. Esta experiencia histórica les permitió a los militantes católicos tomar conciencia del carácter universal de su propia lucha, colocándola en un conflicto mundial entre la civilización cristiana y las anticristianas.

Por último, el **corporativismo** se presentaba como el principio de organización social, económico y político sobre la que se tenía que asentar la “nueva cristiandad”. Más allá de los matices que tuvo el pensamiento corporativista católico en los años treinta, compartían como medio de legitimación las tradiciones del mundo cristiano feudal: el reconocimiento de la desigualdad natural de los hombres, el origen divino de la propiedad, del orden y de la autoridad. La fundamentación de las corporaciones medievales se basaba en una concepción organicista de la sociedad, donde el individuo

liberal tenía que ser reemplazado por las instituciones “naturales”, como la familia, los municipios y las profesiones, entre otras, para alcanzar el “bien común” y la “armonía social”.

Con la finalidad de instaurar en la Argentina un “nuevo orden cristiano”, la Iglesia en los años treinta consideró como prioridad la cristianización del Estado, ya que, una vez alcanzado esto, se podía apuntar a la recristianización de la sociedad en su conjunto. Pero la Iglesia además de su histórica aversión a la estructura institucional del Estado moderno y la democracia burguesa (elecciones, partidos políticos, el Congreso, entre otros), nunca había podido ejercer una influencia política sobre ella. La recristianización del Estado tenía que darse por medio de otros canales; el principal fue el Ejército, al cual también había que recristianizar previamente. Las razones de esta identificación giraron en torno al reconocimiento como institución pre-liberal que compartía los valores del respeto por las jerarquías y el orden, porque, como la Iglesia, el Ejército era una institución nacional que abarcaba todo el territorio y recorría todas las clases sociales y, además, ante la crisis del régimen liberal, emergía cada vez más como un factor de poder.

El proyecto eclesial de restaurar la cristiandad a toda la sociedad fue gestando lo que algunos autores denominaron el “**mito de la nación católica**” (Zanatta, 2005), teniendo como actores principales al Ejército y la Iglesia en la instauración de un orden autoritario y antiliberal, que apeló a una identidad nacional caracterizada por el catolicismo. La fuerza de este mito radica en haberse presentado como una alternativa a la crisis del proyecto liberal y como un cuerpo de ideas y valores que contribuyeron con la “cohesión social” y consolidaron el “sentido de identidad nacional”. Pero además, se fundó en la capacidad de vincular entre sí, de manera aparentemente orgánica, una relectura del pasado nacional, la crítica al presente y un programa que se presentaba como natural desarrollo de estas relaciones.

Bajo la estrategia eclesiástica de la “nueva cristiandad”, se impuso en el interior de la Iglesia el asumir el papel de encarnación y tutora de la identidad nacional, pretendiendo que la doctrina católica se imponga a toda la organización del Estado y que fuera el principio máximo de su legitimación, lo que afectaba gravemente el laicismo.

A partir de esto, se puede explicar por qué la Iglesia se opuso sistemáticamente durante este período a la conformación de un partido católico, que implicaba el crecimiento de la autonomía política del laicado, y afectaba la constante superposición

entre política y religión. Durante los años treinta, esto puede traducirse en una estrategia “antipolítica”, ya que la Iglesia no reconocía autonomía alguna ni de la política ni de sus actores, contraponiendo artificialmente la centralidad de los problemas sociales a la decadencia de la actividad política, como un rasgo de la organización liberal de la vida pública.

Pero por otra parte, la integración social que proporcionó a una parte significativa de los sectores populares, no se tradujo en una integración política de estos mismos sectores justamente por su cultura “antipolítica”, que subordinaba las leyes del Estado a un orden metafísico preexistente, y por la negación de la legitimidad de ese conflicto social. En este período, la Iglesia contribuyó a deslegitimar la representatividad de las instituciones políticas de intermediación entre el Estado y la sociedad, siguiendo con la línea de que en ellas se encontraba el germen liberal que destruiría la armonía de la vida cristiana.

Ya hemos señalado que, para un sector del laicado católico, la “cuestión social” se presentaba como un espacio que demandaba la acción social por parte de la Iglesia, *“orientada a promover, tanto a través de la legislación social como mediante el apoyo al mutualismo o al sindicalismo obrero, los intereses de la clase trabajadora, de manera de sustraerla a la influencia de las fuerzas ‘anticatólicas’”* (Di Stéfano y Zanatta, 2000: 381), tal como fue la experiencia de los Círculos Católicos de Obreros.

Sin embargo, la dirección eclesiástica no atribuye la misma importancia a este tema: *“para las autoridades de la Iglesia, si bien la acción social era sin dudas una iniciativa que había que alentar, no podía aspirar a representar el eje de la vida del movimiento católico. Por diversas razones. En parte, porque muchos de los obispos de la época, tanto por su origen social generalmente elevado como por el hecho de haber sido designados a partir de una transacción entre gobiernos de turno y la Santa Sede, no atribuían a la ‘cuestión social’ la urgencia que vislumbraban los pioneros del catolicismo social. En parte, porque en el terreno social existía serio peligro de que se formasen alianzas ‘objetivas’, basadas en reivindicaciones específicas, entre católicos y sus peores ‘enemigos’, los socialistas. En parte, porque quedaba claro que, al igual que la política, también la acción social corría el riesgo, además de ‘secularizar’ al movimiento católico, de erosionar irremediablemente su cohesión, introduciendo en él divisiones de clase. Justamente, aquellas divisiones que la doctrina social de los pontífices pretendía desterrar. Por ello, la acción social debía no sólo proceder con*

extrema prudencia, sino con más razón quedar sometida a la rígida supervisión de la jerarquía en el ámbito del más vasto movimiento católico” (2000: 382).

El conservadurismo de las elites católicas llevó a entender los conflictos sociales del momento como agresiones contra la identidad nacional, al estar muchas veces dirigidos por inmigrantes y organizaciones clasistas, y al apelar, como respuesta, a los mecanismos represivos del Estado.

Es recién para mediados de los años treinta y hacia fines de esta década, que las autoridades de la Iglesia asumieron la “cuestión social” como una jerarquía comparable al problema educacional, sobre la base doctrinaria de las encíclicas sociales de los pontífices. *“Aunque hacía tiempo existía una corriente social católica, su peso era mínimo. Buena parte de sus componente se había acercado a ella más por la reacción a las ideas clasistas que por haber madurado la conciencia de la existencia de una cuestión social en Argentina” (Zanatta, 2005: 123).* A partir de entonces, las iniciativas sociales de la Iglesia fueron parte del proyecto institucional eclesiástico, pero no se limitaron a obtener algunas mejoras para los sectores populares, sino que fue parte fundamental del proyecto de recristianización integral de toda la sociedad argentina.

De hecho, en los orígenes de la Acción Católica, la “cuestión social” no fue objeto de debate ni tratamiento; la prioridad se centraba en la influencia de la Iglesia en el Estado y no se tenía en cuenta la “cuestión social” como un eje de intervención. Parte de esta resistencia por “lo social” se puso en juego cuando los obispos deciden crear, en 1934, el Secretariado Económico-Social de la Acción Católica. Todo un arco del catolicismo veía que esta iniciativa podía alejarlos de sus objetivos iniciales y peligrar su sentido religioso y apostólico, al ocuparse de responsabilidades y/o deberes de orden exclusivamente o predominantemente material.

Pero el impulso dado por la jerarquía a esta iniciativa, como también el apoyo recibido por otra parte del laicado que consideraba que había que actuar en la vida social, hizo que el Secretariado Económico-Social se transformara en una de las iniciativas más dinámicas de la Acción Católica⁵⁷. La dirección de la Secretaría estuvo a cargo de

⁵⁷ El plan de acción que se diseñó para esta nueva iniciativa giró en torno a: la formación social de los católicos y la publicación de material impreso, la formación de cuadros a través de los Círculos de Estudios y las Semanas Sociales, la realización de un censo de profesionales al interior de la Acción Católica y sus instituciones adheridas, la presentación de propuestas para el mejoramiento de las condiciones sociales de la familia obrera y rural, la preparación de legislación obrera, la creación de la Oficina Técnica para atender la recolección de información, las cuestiones doctrinarias y el estudio de la legislación social, y por último, el fomento y la creación de Secretarías económico-sociales en las diversas diócesis y parroquias del país. Para profundizar en lo realizado por el Secretario en los años 1934-1945, ver: Auza (2006).

Francisco Valsecchi y el asesor eclesiástico de este espacio fue Gustavo Franceschi. Hacia fines de la década del treinta, la formación y acción social dentro de esta estructura tuvieron un novedoso reconocimiento y estímulo tanto por parte del Episcopado como en el interior de sus filas.

En 1937 se estima que la Acción Católica contaba con 30.000 personas en sus filas, las cuales tenían que asistir obligatoriamente a los cursos de Doctrina Social, organizados por el Secretariado, mientras que, en los años 1942-1943, los miembros de las cuatro ramas superaban los 50.000, excluyendo a los aspirantes.

Las razones para este cambio de orientación se debieron por la necesidad de un mayor arraigo en todas las realidades nacionales y para combatir y contrarrestar el comunismo, principalmente en el mundo del trabajo⁵⁸, el cual tenía que ser impregnado con la doctrina cristiana. Con este objetivo se multiplicaron los esfuerzos para reforzar el sindicalismo confesional a través de centros de estudios, escuelas de formación, cuadros dirigentes católicos, entre otros. En la base de esta maduración se encontraba la consideración de que la política puramente represiva no había resuelto el problema de la amenaza subversiva y que por lo tanto, la posición social de la Iglesia tenía que redefinirse. Éste fue un verdadero viraje en la posición de la Iglesia, que reconoció que los conflictos de clase estaban presentes en el país y no bastaba remitirlos a factores externos. El Episcopado se propuso, con la carta pastoral de mayo de 1936, la conquista de la clase obrera, impulsando los principios de la Doctrina Social.

Parte de esta necesidad de redefinir la posición social de la Iglesia residía en su identificación histórica como aliada de la oligarquía y burguesía; tenían que liberarse de esta asociación si querían conquistar a la clase obrera. Además, manifestaron la necesidad de que el Estado asumiera amplias funciones en la regulación de la economía y en la intervención social. Había llegado el momento de integrar al “pueblo” al bloque formado por la Iglesia y el Ejército, como consolidación de una alianza política y alternativa al régimen liberal, aunque después de la “revolución militar” de 1943 comenzarían a evidenciarse los conflictos y contrastes del catolicismo cuando había que dotar de contenidos prácticos a la construcción del nuevo orden cristiano.

⁵⁸ Es bajo la orientación directa del Episcopado que los planes de trabajo para los años 1940-1941 priorizan el apostolado externo de naturaleza social, fomentando la legislación social. *“La prioridad absoluta debía asignarse al problema del salario justo de los trabajadores mediante la ley de salario mínimo y asignaciones familiares, temas sobre los que la Acción Católica tenía que preparar proyectos para enviar al Congreso nacional y a los provinciales”* (Zanatta, 2005: 327).

Hacia fines de la década del treinta y principios de los cuarenta, la Iglesia contaba con una compleja red de organizaciones de todo tipo: asociaciones devocionales, sociedades asistenciales⁵⁹, culturales, deportivas, juveniles y técnicas; asociaciones de ex alumnos y grupos profesionales, que convivían en relativa armonía, ya que muchas veces resistían los intentos de asimilación con la Acción Católica.

En algún sentido, los dirigentes de la Iglesia leyeron políticamente los tiempos que corrían y entendieron que, más allá de algunas resistencias de los sectores más reaccionarios, los católicos tenían que desarrollar una posición más autónoma y más avanzada sobre la “cuestión social”, pero siempre bajo un estricto control de la jerarquía eclesial.

En 1939 se profundiza la centralización de las estructuras, lo que implica una supervisión eclesiástica directa de todas las iniciativas y actividades realizadas por los laicos, como ser, la pérdida de autonomía de los Cursos de Cultura Católica, la supervisión de los institutos docentes católicos con la creación del Consejo de Educación Católica (Consudec) y la supervisión del Instituto de Cultura Religiosa Superior, que pasa de la dependencia de las Ramas Femeninas de la Acción Católica a la del Arzobispado de Buenos Aires, en dependencia directa del cardenal Santiago Copello⁶⁰.

De esta manera, una vez más se manifiesta la contradicción intrínseca de la Iglesia Católica de “bendecir” nuevas iniciativas y emprendimientos de cara a “conquistar” a la clase trabajadora adaptándose a los tiempos que corren, pero recortando o cercenando la autonomía del laicado por medio de la centralización de sus estructuras institucionales.

Pero para la gran mayoría de los católicos tanto la injusticia social como la amenaza comunista eran causadas por la pérdida de los vínculos de solidaridad y cooperación, que, a su vez, había sido producto del ingreso del capitalismo a la argentina, por parte de las elites liberales. Este “anticapitalismo católico” no fue otra cosa que la expresión del proyecto de la “nueva cristiandad”, donde este sistema de organización económica-social no sólo era perjudicial para la paz y la justicia social, sino sobre todo para la identidad nacional.

⁵⁹ En este campo, además de las propias organizaciones eclesiales, la influencia católica se ejercía a través de los dirigentes de otras organizaciones, como ser, el Patronato de la Infancia y de la Sociedad de Beneficencia, sin por ello ser organismos eclesiales (Bianchi, 2002).

⁶⁰ Desde su designación como Arzobispo de Buenos Aires en 1932 lideró la unificación y organización de una Iglesia Nacional, lo cual se expresaría en la reforma eclesiástica de 1934.

Sin dudas, el proyecto de la “nueva cristiandad” no llegó a imponerse en su totalidad por sus propias contradicciones intrínsecas; pensemos incluso que la construcción de un sistema corporativo nunca fue formalizado seriamente. Pero aunque no logró cristalizarse como un régimen que se impuso en los años treinta, de todos modos la época liberal encontró aquí su ocaso.

Sin embargo, su paso por la historia argentina dejó huellas profundas. Siguiendo la explicación de Zanatta (2005), por un lado, la alianza Iglesia-Ejército perduró mucho más allá de la época de su fundación y cumplió un rol destacado en la historia política argentina. Por otra parte, el peronismo recogió muchas de sus banderas y desde aquel período, la Iglesia se convirtió en un factor de poder ineludible.

En el contexto internacional, el período de 1930 a 1945 estuvo signado por la crisis de 1929, la Guerra Civil Española y la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). En el plano nacional, estas convulsiones y transformaciones modificaron, en distinta medida, las posiciones y estrategias de los diferentes partidos políticos. En forma sintética podemos decir que se profundizó la crisis de la mirada liberal sobre el mundo, tanto a nivel local como internacional; la reorientación del Partido Comunista⁶¹, de una perspectiva revolucionaria a una reformista; y el ascenso de corrientes nacionalistas, en muchos casos vinculadas al catolicismo.

Durante los años treinta continuó decreciendo la llegada de inmigrantes de ultramar, pero se *“produjo un aumento y reorientación de las migraciones internas, alentadas en particular por el proceso de industrialización por sustitución de importaciones que se aceleró a lo largo de la segunda mitad de la década. Durante los años inmediatamente posteriores a la crisis, en los cuales la desocupación fue muy importante, comenzaron a desarrollarse las primeras villas miserias en algunas ciudades”* (Cattaruzza, 2009: 158). La coyuntura cambió con el crecimiento de industrias en las ciudades para abastecer el mercado interno, además, una mayor demanda de mano de obra que absorbió a parte de estos contingentes de trabajadores que migraron del

⁶¹ Con la consolidación del stalinismo en la Unión Soviética, a fines de los años veinte, comenzará un proceso de contrarrevolución que se cristalizará en los años treinta con las “purgas de los disidentes”, la persecución y ejecución a la Oposición de Izquierda, incluyendo en ella a dirigentes de la Revolución de Octubre.

La caracterización política que realizó la III Internacional sobre América Latina, fue que eran países semicoloniales, y que la etapa de la revolución que había que encarar aquí era la democrático-burguesa en su forma agraria y anti-imperialista. Esto se sostuvo a pesar de los cambios de línea en 1935 del Frente Popular, en 1939 de denuncia de la guerra como conflicto interimperialista, y de 1941 de intervención bélica en alineación con los aliados e impulsando la conformación de frentes de unidad nacional contra el fascismo.

campo a la ciudad. *“De hecho, a lo largo de los años treinta, el despoblamiento rural llegó a convertirse en una seria preocupación entre funcionarios del estado nacional y de las provincias, y también entre algunos dirigentes políticos”* (Cattaruzza, 2009: 160). Estas modificaciones económicas y demográficas se manifestaron en el crecimiento del conurbano bonaerense y la expansión de la Capital Federal.

El desarrollo de la industria destinada al mercado interno no significó el fin de la exportación de productos agropecuarios, sino su ubicación en un lugar menos determinante de la economía nacional. En términos de Federico Pinedo, Ministro de Hacienda: *“la vida económica del país gira alrededor de una gran rueda maestra que es el comercio exterior. Nosotros no estamos en condiciones de reemplazar esa rueda maestra por otra, pero estamos en condiciones de crear al lado de ese mecanismo algunas ruedas menores, que permitan cierta circulación de la riqueza, cierta actividad económica, la suma de la cual mantenga el nivel de vida de este pueblo a cierta altura”* (Pinedo apud Peña, 2006: 33).

A este proceso de industrialización contribuyeron: la guerra en Europa, que a partir de 1939 bloqueó las importaciones; la disminución de las exportaciones generada por el deterioro de los términos de intercambio; el aumento de aranceles a los productos importados, que tenía objetivos fiscales, más allá de algunas excepciones; y a todo esto se sumaron mecanismos proteccionistas, a los que más tarde se agregó el control de cambio. Hacia fines de la Segunda Guerra Mundial, la industria argentina generaba un producto bruto interno superior al del sector agropecuario, la cual tenía entre su producción: neumáticos, químicos, pinturas, productos eléctricos, entre otros (Cattaruzza, 2009).

Todas estas transformaciones en la estructura productiva del país incidieron directamente en la clase trabajadora y sus organizaciones, con un aumento general de obreros industriales y de grandes plantas fabriles. Desde la segunda mitad de la década del treinta hasta mediados del cuarenta, la participación mayoritaria de la clase obrera se dio en alianza con *“los principales partidos políticos (Radical, Socialista, Demócrata Progresista) que constitulan en ese momento la oposición oficial al gobierno de la Concordancia y de otros, excluidos del poder político (como el ilegal partido Comunista). En sus orígenes constituyó un frustrado intento por formar en la Argentina un Frente Popular... Finalmente, una parte de ella se realizó como alianza política electoral en 1946, contra el naciente peronismo”* (Iñigo Carrera, 2004: 13-14).

Si bien el período conformado entre 1930 y 1945 tiende a ser reducido a la “década infame” y el posterior surgimiento del peronismo, la lucha de clases estuvo a la orden del día y “*los obreros argentinos protagonizaron todo tipo de confrontaciones utilizando distintos medios de lucha: huelgas, manifestaciones, voto, conspiraciones, etc.*” (Iñigo Carrera, 2004: 21). En este marco hubo importantes olas de huelgas, entre las que se destacan las huelgas generales de los años 1932, 1936 y 1942, que tuvieron repercusión⁶².

Durante el gobierno de A. Justo, la prensa opositora circulaba con intensidad, reflejando tanto los debates internos como la postura frente al pacto Roca-Runciman (1933), que establecía importantes ventajas para el comercio y el capital británico a cambio del mantenimiento de la compra de carnes argentinas. Tomando posición ante el convulsionado contexto internacional, los grupos de izquierda continuaron siendo objeto de persecuciones y prohibiciones, en particular los anarquistas y comunistas⁶³.

El fraude aplicado a gran escala y la manipulación de los resultados electorales se impusieron en las elecciones presidenciales de 1937, para garantizar la sucesión presidencial, que llevó a Ricardo Ortiz (radical antipersonalista) y Ramón Castillo (proveniente de los sectores conservadores) a enfrentar la fórmula radical encabezada por Alvear. La fórmula oficial asumió en 1938, pero los problemas de salud de R. Ortiz lo obligaron a ser reemplazado por el vicepresidente en varias ocasiones.

En el año de la asunción presidencial, R. Ortiz reconoció frente al Parlamento las paupérrimas condiciones de vida de amplios sectores de la población argentina, especialmente en el interior, y propuso la intervención estatal frente a estos males.

Durante los gobiernos de R. Ortiz y R. Castillo, es decir en el período 1937-1943, maduraron las condiciones para volver a implantar la educación religiosa sobre la educación laica, esta escisión había representado, en su momento, una fractura irreparable entre la Iglesia y el régimen liberal. A fines de diciembre de 1943, los militares, vía un decreto vuelven a introducir la enseñanza de la religión católica en las escuelas públicas. La causa a la que se remontaba esta disputa era, como ya hemos visto, la confesionalidad de la identidad nacional.

En el plano económico, la burguesía argentina, a través de diversos incentivos y restricciones, buscó atraer capitales extranjeros, continuando con la primacía británica,

⁶² Para un análisis de la estrategia de la clase obrera argentina en el período 1930-1946, ver: Iñigo Carrera (2004).

⁶³ A modo de ejemplo, basta recordar la ley de represión a las actividades comunistas, sancionada a fines de 1936.

para que se asocien a ella en la industria fabril orientada al mercado interno. La política impuesta por el gobierno fue la transformación en la composición del producto nacional, la distribución ocupacional de la población, la composición de las importaciones, el origen de los ingresos fiscales, entre otras; pero sin modificar el sector de la economía que la controlaba, integrado por la burguesía criolla en alianza con el imperialismo británico.

Hacia mediados de la década del treinta, la crisis económica mundial se acentuó, alcanzando niveles altísimos de desempleo, tanto en EE.UU. como en Europa. Sus efectos recayeron sobre los trabajadores, aumentando diariamente la pobreza y los “problemas sociales”. En la búsqueda por parte de la burguesía por revitalizar el capitalismo, el Estado fue asumiendo un papel importante en la expansión de las inversiones y el mercado. En la misma medida en que los capitales monopólicos se consolidaban y crecían los imperios económicos, aumentaba la pobreza y se generalizaba la miseria, llegando, incluso parte de estos sectores, a ocupar la calle en busca de alimentos y auxilios económicos⁶⁴.

La paz establecida después de la primera contienda bélica mundial era inestable, no sólo porque la resolución impuesta no contentaba a Alemania y Japón, sino porque el orden social liberal permanecía en crisis, debido a su incapacidad de incorporar orgánicamente al movimiento obrero organizado. A esta crisis se le presentaban dos alternativas opuestas: la fascista, con el ejemplo de Mussolini en Italia, y la socialista, con el ejemplo de la Unión Soviética.

A diferencia de las guerras anteriores, coincidimos con Hobsbawn (2008) en que la Segunda Guerra Mundial significó el paso de la guerra masiva a la **guerra total**, caracterizada por cantidades incalculables de pérdidas humanas (donde las bajas civiles fueron tantas como las militares), la utilización de armamentos que exigieron la modificación del conjunto de la economía y requirió una nueva gestión y organización de la industria bélica, demandando desarrollo tecnológico y producción masiva. Todo esto provocó elevadísimos niveles de destrucción y transformó por completo la vida de

⁶⁴ Presionada por estas circunstancias, la clase dominante buscó nuevas estrategias que le permitieran mantener incuestionable el orden burgués, procurando generalizar la imagen del capitalismo como un régimen irreversible y con un orden social justo y adecuado. “*Ocultando sus reales intenciones en un abstracto discurso humanitario, basado en la igualdad y la armonía de clases, la práctica social burguesa procuraba generar la ilusión de que había (...) un real interés por las condiciones de vida de la familia obrera, por su salario, por sus condiciones de habitación, salud, educación.*” (Martinelli, 1997:70). Así, las nuevas formas de prácticas sociales y sus estrategias operativas tenían como objeto alejar las amenazas hacia el orden burgués, sin pretender producir ningún cambio sustancial en la sociedad.

las poblaciones involucradas. A los fines de este estudio, no profundizaremos en el proceso que desencadenó, movilizó y por el que culminó la Segunda Guerra Mundial, remitimos a los interesados a la obra antes mencionada. Sin embargo no podemos dejar de mencionar que el gran triunfador de la guerra fue Estados Unidos de Norteamérica, quien, después de 1945, sería la potencia económica y política hegemónica que dominaría el mundo.

3.2 Las dos corrientes del nacionalismo en Argentina

Para analizar la configuración que presentó el nacionalismo de mediados de la década del treinta en la Argentina, seguiremos la tesis de Buchrucker (1999), quien sostiene que ya no podemos hablar de esta corriente como sinónimo de uriburismo. Desde esta misma posición, un grupo de jóvenes radicales se reivindicaban como nacionalistas, sin renunciar por esto a sus raíces políticas. A partir de este momento, se desarrollaron las dos principales corrientes del nacionalismo en el país.

Desde el **nacionalismo restaurador** se considera que la modernidad es la responsable de la pérdida de la armonía social que reinaba en la Edad Media, con la destrucción del “orden natural” de las cosas mediante las revoluciones (francesa, rusa, luterana). Los restauradores nacionalistas entienden que la prolongación del medioevo en Latinoamérica fue el período colonial, por este motivo se lo pondera. Esta corriente encarna, de alguna manera, la continuación de los lineamientos del uriburismo. Los puntos de continuidad estuvieron dados centralmente por: el terror al comunismo, el antisemitismo, el corporativismo, el fascismo italiano y el tradicionalismo. Pero, a su vez, condensaba una serie de perspectivas heterogéneas: la filosofía vitalista, tendencias irracionalistas, el tradicionalismo católico, etc.

En el esquema restaurador, la Iglesia es depositaria y suprema representación humana de los más elevados valores. La idea de “justicia social” está unida a la estructuración de una sociedad estamental, donde los estratos más bajos tienen la asistencia necesaria según su rol en la sociedad, pero, principalmente, para alcanzar este orden social se necesita la extirpación de los enemigos para conseguir la liberación nacional.

Con respecto a la política económica a ejecutarse, la propuesta de algunos de sus representantes es la intervención estatal que promueve la industrialización en el país,

mientras que otros promulgan la limitación del control estatal por considerarlo un rasgo socialista. Las ambigüedades de este nacionalismo podemos encontrarlas en singulares hechos coyunturales. Las habituales críticas al librecambio y al predominio del liberalismo manchesteriano se combinaron con elogios al pacto Roca-Runciman o con el desligamiento de toda responsabilidad a la clase terrateniente nacional frente al imperialismo británico. Sin embargo, frente al “enemigo rojo”, los matices desaparecían; la adhesión de este sector local al franquismo fue total con la Guerra Civil española (1936-1939). La propaganda nazi también tuvo mucho peso en la prensa tradicional, en coincidencia con el anticomunismo, el antiimperialismo británico, la plutocracia y el antisemitismo.

Los órganos de dirección del nacionalismo restaurador se encontraban mayoritariamente en manos de la oficialidad militar. También tenía su peso la presencia de religiosos y militantes de la Acción Católica y familias con grandes propiedades, más allá de la paradoja crítica que levantaba parte de esta corriente contra el latifundio⁶⁵.

La otra corriente nacionalista surge, como dijimos con anterioridad, a mediados de 1930. Los orígenes del **nacionalismo popular** pueden relacionarse con un pequeño grupo de jóvenes radicales que cuestionó la línea oficial del partido y en nombre del yrigoyenismo, participó de la lucha interna contra la influencia de Alvear en su conducción, entre 1931 y 1935. En ese año fundaron la Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina (FORJA). Su posición antiimperialista se centraba en la denuncia de la dependencia económica y política de Inglaterra y asumieron una posición neutralista ante la Segunda Guerra Mundial.

Para los nacionalistas populistas, el actor histórico era el pueblo, entendido como la mayoría de la población, y la base política de toda estrategia era la participación popular masiva. En la búsqueda de encontrar “respuestas argentinas” a la dominación nacional y los problemas de la “década infame”, se ubicaba a la oligarquía y los imperialismos como los principales responsables. Para esta corriente, las exigencias nacionales se condensaban en el federalismo, la sociedad tendencialmente igualitaria y justa, y el Estado democrático.

Más allá de señalar los principales rasgos de estas dos corrientes del nacionalismo local, nos parece interesante el aporte de Cattaruzza cuando plantea que desde mediados de la década del treinta, a causa de las reorientaciones y cambios de estrategias de

⁶⁵ Para más detalle de este sector ver su intervención en torno a los Cursos de Cultura Católicos y la revista *Criterio*, donde claramente confluyeron el nacionalismo y el catolicismo.

algunos sectores, “*todos los grupos políticos de algún peso y significación pretendían ser auténticamente nacionales y acusaban a sus adversarios de ser cómplices de algún imperialismo, de trabajar como agentes al servicio de intereses extranjeros o de la colaboración con alguna potencia totalitaria, imperialista o ambas cosas a la vez*” (2009:151)⁶⁶. Posición opuesta a la que, décadas atrás, sostenían el activismo obrero y los partidos que aspiraban a representar y dirigir al proletariado.

De esta manera, la gran función ideológica que presta el “nacionalismo” al servicio de los intereses burgueses, es la de borrar las diferencias de clases, “hermanando” a toda persona que proviene de una misma nación y negando las desigualdades sociales. Es precisamente en nombre de la defensa de los “intereses nacionales” que se impulsará más de una guerra, encubriéndose los reales motivos económicos y políticos de la misma.

Por encima de los matices entre las tendencias nacionalistas, esta corriente de pensamiento alcanzó los más amplios sectores de masas, extendiéndose, entre otros medios, a través de la acción escolar y estatal en general. Es en este período histórico que el nacionalismo comienza a ser *sentido común*, hallando el centro de la “argentinidad” en las formas culturales antiguas y telúricas, que se suponían propias del interior rural⁶⁷.

Pero como veremos al final de este capítulo, la crítica más radical al nacionalismo burgués reside en que esta clase local no puede lanzar una lucha consecuente contra toda dominación imperialista y por una auténtica independencia nacional, por el temor, en última instancia, a desencadenar un movimiento de masas de los trabajadores, que amenace su propia existencia social. En este sentido, por su debilidad estructural, está condenada a servir a una potencia imperialista contra otra (Trotsky, 2007).

3.3 La experiencia de un gobierno bonapartista *sui generis*

El golpe de estado de junio de 1943 derrocó sin resistencia a R. Castillo, quien había asumido como presidente en enero de ese mismo año, tras la muerte de A. Justo. Pero el golpe militar también traía disputas internas, y el general Arturo Rawson no llegó a jurar su cargo, ya que fue reemplazado por Pedro Ramírez quien, a comienzos de

⁶⁶ Continúa diciendo al respecto de los anteriores enemigos: “*esta circunstancia es la expresión de una tendencia de fondo a la integración de sectores antes disruptivos a la cultura política local y al sistema político*” (Cattaruzza, 2009: 151). En otras palabras, el abandono de la tradición del marxismo histórico y la capitulación al juego de la democracia “nacional” burguesa.

⁶⁷ La obra literaria *Martín Fierro* grafica con precisión el complejo conceptual nación-folklore-gaúcho.

marzo del año siguiente, delegaría el mando al general Edelmiro Farrel. Mientras tanto, la figura de Juan Domingo Perón, por entonces coronel, comenzaba a ganar visibilidad y poder.

Dejando de lado sus luchas internas, podemos decir que el golpe del '43 fue una estrategia del Ejército para usufructuar directamente el poder político, en medio de un proceso de escandalosa corrupción, continuos fraudes electorales y un descenso del movimiento obrero. Asimismo, el sector de trabajadores con mayor experiencia estaba desgastado por la desprestigiada burocracia sindical de los partidos comunista y socialista, sumado a que una nueva generación venida del interior del país se incorporaba, sin demasiada experiencia política organizativa.

Al peso de los oficiales nacionalistas, varios de ellos católicos, se sumaba en algunos la simpatía por los lineamientos del Eje. Sobre esto reposaba el aprecio de la política de neutralidad, mientras otros la sostenían por las consecuencias que podía traer al país la participación en la guerra.

El Estado comenzó a tener una injerencia sistemática y continua en las expresiones de la relación capital-trabajo, cuando el teniente J. D. Perón asumió, en diciembre de 1943, la Secretaría de Trabajo y Previsión, situación que se profundizaría durante los gobiernos peronistas, buscando desde aquí *estatizar el movimiento obrero* (Peña, 2006) para acabar con la lucha de clases y someterla a la tutela del Estado, conciliando a patrones y obreros, pero no por medio de la represión sino de concesiones reales a la clase trabajadora a través de los sindicatos estatizados. La legitimación popular de estas organizaciones y este gobierno vendría por medio de la concesión, que fue, a la vez, una conquista del movimiento obrero, significando importantes mejoras materiales en los salarios y condiciones de trabajo y una tendencia a favorecer a los obreros en los conflictos gremiales frente a la prepotencia histórica de la patronal.

Entre las mejoras en materia de legislación social podemos mencionar el estatuto del peón, la creación del instituto de previsión social, la introducción del seguro social y jubilación, el establecimiento de tribunales de trabajo, entre otras. Hasta 1949 la clase obrera fabril siguió recibiendo mejoras, aumentando su participación en la renta nacional. Esta política se vio favorecida por el cuadro internacional, ya que desde 1940 el comercio exterior registró un saldo crecientemente favorable junto con el aumento de la producción industrial, que signó en la economía argentina plena ocupación e índices de prosperidad. El mercado interno crecía para todos los productos y en el mercado

mundial se obtenían elevadísimos precios por los productos agropecuarios.

“Pero en el fondo de todo esto yacía una aguda descapitalización de la economía argentina. El sistema de transporte era anticuado y estaba agotado. La producción de energía no satisfacía las necesidades ni el previsible aumento de la demanda. La agricultura trabajaba con un utillaje anticuado que agravaba su tradicional insuficiencia en punto a mecanización. La industria había llegado desde 1943 al límite máximo en plena utilización de sus equipos (Memoria del Banco Central de la República Argentina, 1943) y los incrementos en la producción se lograban en base a un desgaste intensísimo y al agotamiento de los equipos -que no se reemplazaban y ni siquiera se reparaban adecuadamente- y al empleo de cantidades siempre crecientes de obreros (entre 1937 y 1949 su número aumentó en 96%), lo que elevaba los costos y reducía la productividad” (Peña, 2006: 62).

El régimen surgido de este golpe de estado configuró un *gobierno bonapartista*⁶⁸, caracterización que también conservarán venideros gobiernos peronistas, preservando al orden burgués, alejando a la clase obrera de la lucha clasista independiente, privándola de conciencia de clase y sumergiéndola en la ideología del acatamiento a la propiedad privada capitalista. Recuperando el planteo de Marx (2001), podemos decir que en Argentina esta expresión de *gobierno bonapartista* engaña más que ningún otro gobierno a los obreros, a fuerza de promesas y pequeñas concesiones, y sirviendo, en realidad, a los intereses capitalistas.

Para un gobierno bonapartista, las tensiones y conflictos están a la orden del día, ya que no sólo tiene que “mediar” entre intereses antagónicos, sino que también tiene que arbitrar entre las disputas interburguesas, apoyándose en alguno de estos sectores. En 1945 la campaña contra el gobierno militar, y especialmente contra J. D. Perón, llega a su máxima expresión articulándose los intereses de la burguesía argentina -especialmente la industrial aunque también la burguesía terrateniente que se veía irritada por su discursiva política “obrerista” y “antioligárquica”-, los sectores de la clase media y los Estados Unidos.

Las divisiones internas también se expresaban dentro del propio gobierno: *“desde fines de 1942 existía una logia militar secreta, el Grupo de Oficiales Unidos (GOU), que se había dado un vago programa de carácter nacionalista, neutralista y anticomunista”* (Buchruker, 1999: 279). Dentro de este círculo se encontraba J. D. Perón, quien

⁶⁸ Este tipo de gobierno “no representaba a ninguna clase, grupo de clase o imperialismo, pero extraía su fuerza de los conflictos entre las diversas clases e imperialismo, contando con el apoyo directo de las fuerzas del orden burgués: ejército, policía, burocracia, el clero y el imperialismo inglés” (Peña, 2006: 45)

representaba una de las tres corrientes que chocaban dentro del “gobierno revolucionario” de junio del 1943. La primera era el nacionalismo restaurador; la segunda, el nacionalismo populista; y la tercera era el grupo de oficiales aliadófilos (Buchruker, 1999). Claro que la crisis política argentina también podía leerse en clave internacional, en el marco de la Segunda Guerra Mundial, la disputa entre fascistas y antifascistas generó una división en la sociedad, como en el mundo.

Las fuerzas del orden tradicional que legitimaban este gobierno continuaron defendiéndolo, sumando a su apoyo a la clase obrera industrial, que salió el 17 de octubre de 1945 a respaldar a J. D. Perón. En su estricto sentido, podemos decir que ésta no fue una movilización obrera *de clase*, ni por sus métodos ni objetivos, ya que en ningún momento puso en peligro el orden del capital. El proletariado fue movilizad para impedir el golpe de estado pro-norteamericano, en defensa del “nacionalismo”, o sea, preservando el ordenamiento tradicional de la Argentina como país atrasado y semicolonía inglesa.

Sin embargo, la movilización de octubre, las disputas entre estos tres grupos y la presión de la burguesía local hicieron debilitar el mantenimiento de dicho régimen, por lo que el gobierno militar convocó a elecciones para principios de 1946, las cuales consagraron a J. D. Perón como Presidente de la Nación.

Más allá de todas la polémicas y controversias que pueda suscitar el análisis histórico de la doctrina Justicialista, hay un consenso en la historiografía que está dado por su carácter ecléctico y por la identificación de una serie de elementos que hacen a la constitución de la síntesis peronista (Buchrucker, 1999). Siguiendo los planteos de Buchrucker, se pueden señalar las siguientes corrientes que estaban en el seno del pensamiento justicialista: el nacionalismo populista, el modelo militar, las influencias sindicales y la Doctrina de la Iglesia.

Las preocupaciones básicas del **nacionalismo populista**, que fueron adoptadas por el peronismo en gestación, son: la postura antioligárquica y antiimperialista, la fe en el pueblo, la justicia social y el empirismo.

Otro elemento que también tuvo su influencia en el pensamiento peronista fue el **modelo militar**, como organización ejemplar que se constituye en garantía de unión y eficacia en la acción colectiva, sin perder los rasgos autoritarios del modelo castrense.

Un tercer elemento, fue el peso de las **influencias sindicalistas**, principalmente dado por la experiencia en la Secretaría de Trabajo y Previsión, donde desarrolló la idea

de la superación de las formas tradicionales de lucha de clase, a través de la colaboración social dirigida y orientada desde el Estado. Este elemento alimentó la fase paternalista y estatista del peronismo.

Por último, otra corriente que influyó en el peronismo fue el catolicismo social, basado en la **Doctrina Social de la Iglesia**. Tomó de ella la opción de la “tercera posición”, esto es, la crítica al capitalismo liberal y también al marxismo. Otro componente que se rescata de esta tradición es la idea de “paz social”, que negaba el antagonismo entre las clases fundamentales como forma de superación pacífica de los conflictos de intereses que genera la lucha de clases, a través de la justicia social. La encíclica *Quadragesimo Anno* fue una fuente inspiración en esta materia. Pero la diferencia fundamental entre este texto doctrinario y la política de J. D. Perón es que la primera buscaba legitimar el corporativismo, mientras que el segundo no tenía por objetivo modificar la organización constitucional, más allá de la conocida desconfianza que le inspiraban las instituciones del Estado liberal.

El régimen peronista, como exponente de gobierno bonapartista, mantuvo su función de árbitro y mediador hasta 1950⁶⁹. Se basaba en dos pilares fundamentales: por un lado, una legitimación proveniente del apoyo masivo de los sectores populares; por otro lado, mantuvo un delicado equilibrio entre las instituciones y factores de mayor poder (la burguesía, las Fuerzas Armadas, la CGT, la Iglesia y el partido). Sin embargo, en la tercera etapa del régimen (1950-1955), el equilibrio señalado con los otros factores de poder se vio afectado por la política distributiva, los intentos de “peronización” y el crecimiento de la burocracia sindical y del partido.

A modo de cierre del período histórico comprendido por el primer golpe militar y la llegada de J. D. Perón a la Presidencia de la Nación, podemos señalar que la economía argentina, desde mediados de la década de 1930, tuvo un peculiar crecimiento industrial. Siguiendo la explicación de Peña, podemos decir que en la Argentina, como en otros países de similares características, se dio un proceso de pseudoindustrialización, ya que *“se realiza sin modificar sustancialmente la estructura social del país, y los desplazamientos a que da lugar dejan en pie las antiguas relaciones de propiedad y entre las clases. La pseudoindustrialización no subvierte la vieja estructura sino que se inserta en ella”* (1986:65). Esta característica se manifiesta en una serie de fenómenos económicos: no aumenta la composición técnica del capital, no hay una ampliación

⁶⁹ Para un análisis pormenorizado de los orígenes del peronismo, ver: Murmis y Portantiero (2004).

creciente de la producción de medios de producción sino de artículos de consumo, no aumenta la productividad del trabajo y la agricultura permanece estancada y no se tecnifica.

Todo esto se articula con la subordinación al capital extranjero, el cual estimuló el crecimiento económico del país pero sin sacarlo de su atraso -en relación al nivel del desarrollo de los países centrales- sino reproduciéndolo con un nuevo aspecto. De esta manera, en este tipo de economías coexisten las últimas formas que adopta la empresa capitalista a nivel mundial, con el carácter improductivo e ineficiencia general de la economía local. De aquí el nombre de teoría del **desarrollo combinado**, porque precisamente es el imperialismo el que impide la industrialización en estos países, ya que *“se trata del carácter monopolista y parasitario del capital financiero, del capitalismo en su fase monopolista, que lo obliga a buscar superganancias y a obtenerla en base a la explotación de los sectores atrasados de la economía mundial y por tanto, a perpetuar esos sectores atrasados como tales, manteniendo el atraso como un constante que acompaña toda la evolución económica de los países sometidos a su explotación”* (Peña, 1986: 69).

Sin embargo, el atraso y dependencia de la economía no sólo encuentra entre sus responsables al imperialismo, sino también a la burguesía local que halla sus orígenes en este tipo de formación socio-económica. La burguesía nacional extrae de esta combinación de desarrollo sus superganancias, contribuyendo a la reproducción del atraso sin alterar esta estructura. Porque, como señala Peña, *“en última instancia, el capital [extranjero o nacional] constituye el límite último a la industrialización argentina, ya que el capital tiende necesariamente a una cuota máxima de ganancia y, en los países atrasados como el nuestro, la ganancia más elevada brota fundamentalmente de la explotación del atraso”* (1986:71).

De este modo, podemos explicar la debilidad estructural de la economía desarrollada por el gobierno peronista, que al no terminar con los problemas básicos que permitían la industrialización (vía la expropiación de los terratenientes y finalización de la supeditación a intereses extranjeros), fue reemplazada por un proceso de pseudoindustrialización con todas sus limitaciones.

3.4 Los aportes del ideario católico al peronismo

En contacto con el proceso de crecimiento industrial y los problemas que éste suscitaba, en el seno del catolicismo se acentuaron las divisiones internas al tomar mayor entidad, en uno de sus sectores, los rasgos “populistas”, incluso antes de 1943.

El pensamiento social de la Iglesia se extiende y penetra en vastos estratos de la sociedad, acompañando el desarrollo de su popularidad con manifestaciones multitudinarias tanto de festividades religiosas como civiles, donde se dotaron de ritos patriótico-religiosos.

Pero la politización y el conflicto entre las clases empezaron a expresarse también al interior del catolicismo, comenzando a fracturar su aparente unidad como todo homogéneo y compacto. Las líneas centrales de esta división, se cristalizaban en los sectores más conservadores, vinculados a los círculos oligárquicos y más tradicionalistas, frente a sectores más afines al nacionalismo popular, favorable a la sindicalización obrera, a la industrialización y la intervención social y económica del Estado. Zanatta (2005) sostiene que las tendencias sociales y populistas en el catolicismo argentino no fueron mayoritarias en nuestro período de estudio, sin embargo durante la crisis social y política de los primeros años del cuarenta, comenzaron a cobrar cierto arraigo. Es en *“ese mismo contexto en el que maduraron los elementos básicos de lo que habrá de convertirse en el universo ideal del movimiento peronista”* (Zanatta, 2005: 322).

En las vísperas del golpe militar de 1943, la sindicalización obrera bajo las banderas del catolicismo era minoritaria y estaba concentrada en sectores productivos de clase media. Pero su tarea fue mucho más exitosa en la instalación de un corpus de ideas en sectores amplios de la clase dirigente, en primer lugar entre los militares que habían adoptado el “mito de la nación católica”. Podemos encontrar un hilo conductor entre la convicción del catolicismo social, de que *“el objetivo de la colaboración entre las clases en el interior de las corporaciones comportaba la intervención activa del estado, tendiente a mejorar las condiciones de la clase obrera a través de una incisiva legislación social”* (Di Stéfano y Zanatta, 2000: 435), y la *incisiva* política de reformas sociales de J. D. Perón a partir del régimen militar que se inauguró en junio de ese año.

Reconocemos que la historia de las relaciones entre el peronismo y la Iglesia presenta una notable complejidad por la heterogeneidad de ambos actores. Para esbozar

las principales características de esta relación en su orígenes, seguiremos apoyándonos en los argumentos de Di Stéfano y Zanatta (2000).

De manera sintética, podemos decir que *“el régimen peronista fue el primero que reivindicó los ideales católicos como fundamentos de su propia legitimidad desde la época de la organización nacional”* (2000: 436). Esto significa que no se limitó a un reconocimiento de la influencia civilizatoria como había hecho el liberalismo, ni tuvo la pretensión de gobernar contra la autoridad de la Iglesia. El ideario católico de los años treinta fue un elemento fundamental en los orígenes del peronismo, así como el mito de la “nación católica” nutrió sus ideas. Con esto no queremos negar el costado instrumental que adquirió esta relación, pero coincidimos con Zanatta (2005) en que no se puede hacer de éste, la naturaleza de dicha relación.

La influencia de las experiencias, los hombres, las instituciones e ideas del catolicismo populista, ya sea directa o indirectamente, fue decisiva en la elaboración del proyecto y doctrina que luego dará origen al movimiento justicialista, como así también al propio J. D. Perón⁷⁰ en los años precedentes a su ascenso en el poder.

La Iglesia local vio en el golpe militar de 1943, donde los militares confirmaron su vocación de Ejército católico, la posibilidad de instaurar las bases de su anhelado nuevo orden cristiano. El gobierno militar recibió el apoyo de la mayoría del mundo católico, incluso de sus autoridades. Un ejemplo de ello lo encontramos en la figura de monseñor Franceschi, quien saludó con beneplácito, desde las páginas de *Criterio*, esta “revolución militar”, de la cual esperó que se llevaran a cabo las tareas inconclusas de la revolución del treinta -una reforma política profunda que instaure un Estado del tipo dictatorial basado en la unión de la religión y la nacionalidad-, consecuente con el catolicismo integrista.

El crecimiento de la influencia del clero sobre este gobierno podemos medirla, en parte, a través de una batería de medidas que se tomaron, que gozaban de su directa simpatía: se prohibieron los partidos políticos, no hubo ningún tipo de tolerancia hacia el comunismo, la simbología religiosa se confundió definitivamente con la patriótica, se impuso el retorno de la enseñanza religiosa en las escuelas públicas⁷¹, se lanzó una

⁷⁰ “Perón, por otra parte, cultivaba desde hacía tiempo estrechas relaciones con algunos exponentes del clero castrense y nacionalista, que se contaban entre los más activos en el campo del apostolado social, y su política a una mayor equidad social fundada en la colaboración de clases no podía menos que satisfacer a la Iglesia, dado que se hallaba en sintonía con las coordenadas ideológicas del nacional catolicismo” (Di Stéfano y Zanatta, 2000: 438).

⁷¹ “El modelo educativo de la Iglesia estaba inspirado en la vida militar. Ésta había identificado en el Ejército al garante de la catolicidad de la nación, profundamente compenetrado de la ideología del

campaña de censura a espectáculos y costumbres, imponiendo la moral católica, entre otras. Pero este Estado no se limitó a imponer la política del catolicismo, sino también a fortalecer a la institución eclesiástica para que pudiera cumplir su misión religiosa y patriótica. Principalmente en el sector educativo, los cuadros católicos ocuparon lugares de responsabilidad en el gobierno.

Pero mas allá de este avance del catolicismo integral en el seno del Estado, las decepciones a las expectativas católicas con respecto a esta revolución giraron en torno a la salida hacia la normalidad constitucional en lugar de un Estado corporativo; y en segundo lugar, con el ascenso de la figura de J. D. Perón y el problema del control de los sindicatos.

Por otra parte, los acontecimientos internacionales favorables a las democracias liberales hacia finales de la Segunda Guerra Mundial⁷², cerraban la etapa para la Iglesia de los acuerdos de concordatos con Estados totalitarios y abría la de los partidos democráticos cristianos. Las presiones hacia el gobierno militar para que se adecue a ellos fueron decisivas para producir un viraje político en su seno. Además, su carácter autoritario y su perfil clerical tuvieron el mismo efecto, lo que generó una importante oposición local.

Ante el cambio de coyuntura política, con el fin de la guerra, el fracaso de los regímenes nazi-fascistas y el ascenso del stalinismo, el papa Pío XII comienza a desarrollar nuevas formulaciones relacionadas con el abandono de las posiciones “terceristas” y el capitalismo es presentado en forma cada vez más insistente como el “mal menor” frente a la colectivización. A su vez, si bien se mantiene el papel del Estado como regulador de la conflictividad social, se limitan los reclamos de intervención estatal. Por otra parte, a través de conceptos de “estatismo” y “totalitarismo” se condena tanto al nazi-fascismo como al comunismo, y al mismo tiempo comienza a ser

catolicismo argentino. Por lo tanto, Iglesia y Ejército se unieron en defensa de la ‘argentinidad’ católica, constituyendo un bloque político, ideológico y cultural acabadamente alternativo contra el laicismo educativo” (Zanatta, 2005: 316).

⁷² La postura de la Iglesia, respecto de la Segunda Guerra Mundial, fue entenderla como la culminación de una crisis de civilización basada en el renacimiento pagano y ruptura de la unidad cristiana. El programa que proponía, en este marco, era el de una reforma social, acorde a las enseñanzas de la Iglesia, donde se reestablezca el concepto de trabajo cristiano y se asegure su justa remuneración (reconociendo las cargas del trabajador como jefe de familia y su seguridad económica ante riesgos y situaciones que le impidan garantizar su subsistencia), el acceso de un mayor número de personas a la propiedad, se garantice la libre organización de los trabajadores y, en general, se realicen las normas cristianas de la justicia y de la caridad, elevando las condiciones de vida de quienes carecen de bienes, permitiéndoles un razonable y permanente bienestar. Este programa tenía como finalidad alcanzar la paz social, suprimiendo la lucha de clases, proponiendo, como medio, el establecimiento de corporaciones autónomas tanto en las industrias como en las profesiones. (Extraído del Informe del Seminario Internacional de Estudios Sociales, realizado en EE.UU. en 1942, revista *Servicio Social*, 1943).

reivindicado el concepto de “democracia”. De esta manera, se cierra una etapa de enfrentamiento hostil a los principios económicos, políticos y sociales con el liberalismo.

“De este modo, si la encíclica de 1931 se vincula con el corporativismo, en la década del 40 los documentos papales introducen modificaciones vinculadas a un nuevo proyecto político y social que tendrá por eje la democracia cristiana. Si bien estas ideas se constituirán en el punto de partida que los católicos liberales⁷³ encontrarán para su constitución como partido político, serán asumidas más tardíamente por la jerarquía eclesiástica y por los intelectuales de más peso dentro de la estructura ideológica de la Iglesia católica en la Argentina” (Bianchi, 1990: 86).

Por estas razones, hacia mediados de la década del cuarenta, el mito de la “nación católica” mostró su contradicción intrínseca: *“por una parte, en efecto, evocaba la armonía y la cohesión de la sociedad corporativa, garantizada por el carácter confesional del Estado, pero por otra su restauración no podía prescindir de una elevada dosis de coerción por parte del Estado, dado que aquella sociedad mítica, si alguna vez había existido, había tomado desde hacía mucho tiempo el camino de la secularización y de la separación entre las esferas temporal y espiritual” (Di Stéfano y Zanatta, 2000: 439-440).* De esta manera, paradójicamente la Iglesia necesitaba para restaurar la cristiandad al poder político que, justamente, había separado estas esferas.

Junto a la crisis de la revolución del '43, el catolicismo argentino también comenzó a transitar por una incipiente crisis que se manifestó en su cohesión interna. Esto no significa que anteriormente no hubiesen habido disputas internas o tendencias, pero la diferencia en este momento se encontraba en el grado de politización de las filas católicas, que impedía la traducción en un solo programa de gobierno de los principios de la religión, de sus instrumentos y del lugar que ésta debía ocupar en la sociedad, encontrándose erosionado, a su vez, el Episcopado para ejercer su autoridad.

En este contexto, también comenzaron a haber puntos de conflictos entre la Iglesia y J. D. Perón, por la radicalización del discurso del segundo y la acentuación obrerista de sus reformas, como también por la tendencia a cancelar la autonomía de las organizaciones sociales católicas para conseguir la unidad del frente revolucionario.

Aquí se encuentra, en germen, el conflicto que atravesará la relación del peronismo con la Iglesia durante los siguientes diez años. *“De un lado, en efecto, el peronismo pretendió encarnar la ‘nación católica’, considerándose a sí mismo como su natural vehículo en el orden temporal y, por lo tanto, con derecho a contar con la activa*

⁷³ Estos sectores prefieren autodenominarse, en nuestro período de estudio, como católicos democráticos.

colaboración de la Iglesia. Del otro, ésta no dejó de ambicionar la restauración del principio teocrático según el cual el poder civil habría debido reconocer su primado, en tanto que intérprete de la ley de Dios” (Di Stéfano y Zanatta, 2000: 442). O sea, estos dos proyectos, más allá de su común inspiración ideal, dado que no demarcaban una clara separación entre el orden político y religioso, tenderían a absorberse mutuamente.

En este marco, *“las elites católicas parecían fracturarse (aunque los límites muchas veces eran difusos) por diferentes concepciones de la religión que incluían ideas acerca de la política. Los conflictos se marcaron desde la guerra mundial -cuando muchos de los católicos notables asumieron posiciones aliadófilas- para profundizarse frente al golpe militar de 1943 y el surgimiento del peronismo (...) fueron los católicos notables quienes -desobedeciendo las instrucciones episcopales y autodefiniéndose, un tanto sorpresivamente, como católicos <<democráticos>>- no dudaron en votar la fórmula Tamborini-Mosca*” (Bianchi, 2002:154).

De cara a las elecciones de 1946, el grueso de las tropas católicas avaló el naciente peronismo e incluso lo pensaron como la expresión política de sus ideales religiosos. Sin embargo, otros sectores y en especial la jerarquía eclesiástica, lo apoyaron como el “mal menor” frente al carácter laico de la oposición, o lo sostuvieron con cierta incertidumbre respecto de su actitud para con la Iglesia. Otros tuvieron una posición de desconfianza, basada en las iniciales tendencias del peronismo a defender su autonomía⁷⁴. Con J. D. Perón ya en el gobierno, se abre una nueva etapa de la relación con la Iglesia, la cual va a estar atravesada por alianzas y conflictos abiertos que se reactualizarán en diferentes coyunturas.

Para concluir este capítulo, podemos decir que los cambios en la estructura poblacional, tras la inserción de la Argentina en el mercado mundial y la necesidad del capital de concentrar mano de obra en el período comprendido entre 1870-1930, trajeron aparejado la complejización de las funciones del Estado, la reorganización de instituciones ya existentes y la creación de otras nuevas, en respuesta a los reclamos y lucha presentados por la clase trabajadora y como estrategia del capital para mantener su hegemonía y el control sobre la clase obrera. De este modo, el financiamiento público cobró relevancia en la cobertura de demandas sociales para la reproducción ampliada de la fuerza de trabajo (Oliva, 2005).

⁷⁴ Para un análisis pormenorizado de las diferentes posiciones de los católicos con respecto a la elección de 1946, ver: Bianchi (1990: 86-89).

De manera sintética, podemos decir que, a fines del siglo XIX, ya estaban en funcionamiento las bases del Estado laico, cuyas premisas se encontraban presentes en la Constitución de 1853, la cual no estaba exenta de ambigüedades, y a partir de la cual fueron encaminadas la laicización del estado y la secularización de la vida pública, erosionando la tradicional influencia de la Iglesia, principalmente, en los centros urbanos donde la integración a la economía internacional y la inmigración habían producido grandes transformaciones. Para fines de este siglo, la elite dirigente nacional desplegó hegemonícamente las ideas del liberalismo y el positivismo. Frente a estos postulados, la Iglesia local siguió los lineamientos de Roma, defendiendo su postura de abierta hostilidad a la corriente liberal en el *Syllabus*.

Pero *“la contraposición entre una elite liberal muy fuerte y una Iglesia débil, generó además un efecto sólo en apariencia paradójico. Así, fue por esta razón que el proceso de laicización quedó a fin de cuentas incompleto y resultó en su conjunto menos radical que en otras partes. La Iglesia no era lo suficientemente fuerte como para amenazar seriamente la construcción del estado liberal, pero al mismo tiempo podía representar un importante instrumento de cohesión y control social, sobre todo en las regiones del interior y en aquellas recientemente anexadas al control estatal mediante la campaña del desierto”* (Zanatta, 2005: 369). Por otro lado, la burguesía local tampoco contaba con fortaleza estructural para llevar su programa democrático hasta el final, esta debilidad material se objetivó al no realizar ninguna revolución burguesa-democrática en regla, y los rasgos más progresistas de esta de clase fueron bastantes matizados. Por todas estas razones, la Iglesia argentina retrocedió sobre su lugar en la sociedad, pero no perdió completamente su influencia en la educación ni el culto católico sufrió restricciones irreparables.

Frente a las diversas tendencias revolucionarias, la iniciativa católica fue acercar la religión a los sectores populares por medio de la educación, las obras sociales y las iniciativas en el mundo del trabajo, poseedoras sobre todo de un fuerte carácter religioso y moral. Podemos interpretar que esta estrategia ideológica-política de la Iglesia argentina estuvo orientada a posibilitar el acercamiento a las masas trabajadoras y a recuperar la hegemonía en el escenario nacional. De esta manera, la Iglesia terminó justificando y legitimando el modelo de explotación capitalista y promoviendo ciertas reformas, del tipo individual y familiar, frente a las contradicciones del sistema.

Durante el primer lustro del siglo XX, quienes gobernaban terminaron con la

política secularizadora, mientras que la Iglesia dejó de lado su oposición estricta a todas las novedades de la época, para ir definiendo opciones que la acercaron al gobierno.

En nuestro período de estudio, la hegemonía del movimiento católico estuvo en manos de los sectores integristas, que buscaban recristianizar todos los ámbitos de la vida social, negando la autonomía del Estado y demandándole todo tipo de ayuda para que la Iglesia pudiese cumplir con su “función natural”.

En la década de 1930, con la maduración de la crisis del Estado liberal, la consolidación del proceso de reorganización de la institución eclesial y el golpe de estado cívico-militar, la Iglesia propuso el proyecto de la “nueva cristiandad” como alternativa al modelo liberal y al comunismo. Si bien este proyecto nunca llegó a materializarse, su ideario dejó profundas huellas: la alianza Iglesia-Ejército perduró mucho más allá de su época de fundación y cumplió un rol destacado en la historia política argentina. En segundo lugar, desde aquel período se entrelazaron los destinos del nacionalismo con los del catolicismo, al postularse este segundo como ideología nacional, y a su propia estructura institucional como base organizativa de su afianzamiento. Y por último, el peronismo reprodujo muchos de sus postulados. Es precisamente a partir de este proceso, en el marco de nuestro período de estudio, que la Iglesia se convirtió en un factor de poder ineludible.

La resistencia a abordar las expresiones de la “cuestión social” como una prioridad jerarquizada dentro de la estructura eclesial nos puede servir como una posible pista para entender por qué la Iglesia Católica Argentina no alentó la creación de una escuela de Servicio Social en el país, cuando sí se daba este proceso en otras partes del continente. Por supuesto, esto se debe fundamentalmente al papel que tuvo el Estado y los sectores burgueses frente a la lucha y organización del movimiento obrero, pero también tuvo su peso la impronta hegemónica reaccionaria del catolicismo local, comandado de manera centralizada por la jerarquía institucional.

Las autoridades de la Iglesia local, en consonancia con todo un sector del laicado, veían en la “acción social” el peligro de la “contaminación” por las posibles formaciones de alianzas, basadas en reivindicaciones específicas, con sectores “amenazantes” y por el riesgo que implicaba la introducción de divisiones de clase en el interior del movimiento católico. Por estas razones, una vez que se comienza a dar lugar a la intervención en “lo social”, se profundiza la centralización de estas actividades dependiendo directamente de la supervisión y aval de la jerarquía eclesial.

Sin embargo, este anhelo de cohesión homogénea era parte de la negación de la realidad misma. Vemos que con el crecimiento de las filas católicas, su inserción en los sectores populares y el crecimiento de la politización de la sociedad, comienzan a tener mayor peso los sectores más afines al nacionalismo populista. Esto provocó la división política del movimiento católico, lo cual se expresó claramente en la postura adoptada de cara a las elecciones de febrero de 1946.

CAPÍTULO II

LA CONTRIBUCIÓN DEL CATOLICISMO EN LA NATURALIZACIÓN DE LAS RELACIONES SOCIALES PARA JUSTIFICAR LA EXPLOTACIÓN Y LA OPRESIÓN

*“Manteniendo siempre su neutralidad institucional
palpitan en el espíritu de la institución [ESS-MSA]
los sentimientos cristianos, patrióticos y tradicionales del hogar argentino
que le dan carácter, respetabilidad y prestigio”
(RSS, 1940:84).*

En el presente capítulo indagaremos sobre la relación entre el ideario católico y los fundamentos teórico-ideológicos que explican las relaciones sociales fundamentales de la sociedad en el marco del capitalismo monopolista y la necesidad estatal de enfrentar la “cuestión social”, a partir de la RSS, editada por la Escuela homónima en el marco del MSA.

Teniendo en cuenta esta revista como nuestro principal referente empírico, buscamos analizar los fundamentos teóricos y políticos vinculados al catolicismo, a partir de los cuales se explican y posicionan las líneas de pensamiento e intervención social desde un sector de la ESS, que aparecen reflejadas en la misma.

En un primer lugar, presentaremos brevemente el surgimiento del MSA y analizamos los motivos que originaron su “razón de ser”, las finalidades que persigue y la creación, en su seno, de la ESS. Luego nos abocaremos a explicar cómo se entienden las refracciones de la “cuestión social” para algunos referentes de la RSS, en relación al ideario católico. Principalmente nos centraremos en desarrollar la concepción hegemónica de la “pobreza” y /o miseria, y su vinculación con la explicación tradicional de raíz hispano-católica.

Luego profundizaremos en la concepción de la relación capital-trabajo, así como en el lugar de la Iglesia en la sociedad, analizando los fundamentos económicos, políticos y sociales sobre los que se sostiene el ideario católico, desde las principales corrientes del momento. Esto nos permitirá aproximarnos a una explicación tentativa sobre las relaciones que mantiene el catolicismo con el sistema capitalista y las clases fundamentales, siendo una de las perspectivas ideológicas del Servicio Social.

Por otra parte, ahondaremos en el reconocimiento de la necesidad de la

intervención estatal por medio de la política social. En esta tarea, analizaremos el papel atribuido a la institución familiar como garante material e ideológico de la reproducción de la vida cotidiana en la sociedad capitalista-patriarcal, a donde va dirigida gran parte de la intervención estatal, antes mencionada. Por último, indagaremos la complementariedad entre las iniciativas privadas y las estatales de Asistencia Social, en nuestro período de estudio.

1. El papel histórico del Museo Social Argentino

En el contexto de la Argentina del Centenario, la clase dominante local festejaba el crecimiento económico basado en la inserción en el mercado mundial como economía agroexportadora, soñando con la aparente carrera abierta para desarrollarse como potencia mundial. La clase dominante embebida de la euforia del “progreso” capitalista festejaba. Sin embargo, la contracara de los festejos era el creciente proceso de estructuración social, donde la clase obrera comenzaba a mostrar su combatividad.

Una clara señal de que la preocupación por la “cuestión social” también estaba presente en la elite dirigente de Buenos Aires, se expresó en la creación de una organización privada denominada MSA, fundada en 1911, en el marco de la organización de la clase obrera para enfrentar sus precarias condiciones de vida, de hecho en ese año la protesta social arrojó el saldo de 298 huelgas.

El nombre de Museo Social se debió a la influencia ejercida por sus análogos europeos, principalmente a partir de la experiencia francesa. De allí se recuperó la función social del asociacionismo, el cooperacionismo y la solidaridad social para promover el “bienestar general” y lograr una organización social justa, a través del estudio de los problemas sociales y la búsqueda de sus soluciones, tanto en el ámbito nacional como internacional, motivados por una desinteresada vocación de servicio por el progreso del país⁷⁵.

Esta institución fue creada, en palabras de uno de sus fundadores, con el propósito de *“recoger y transmitir gratuitamente a todos los interesados informaciones y documentos sobre las diversas materias de Economía Social y aconsejar y guiar a las personas y asociaciones deseosas de fundar a la perfección instituciones que tengan por objeto el mejoramiento de la situación moral y material de los trabajadores”* (Amadeo,

⁷⁵ Fuente: <http://www.umsa.edu.ar/institucional/historia.php> (17/10/08)

1937: 6). Otra función complementaria fue la de informar o publicitar la Argentina en el exterior, entre otras, para atraer a nuevos contingentes de “selectos inmigrantes”⁷⁶.

Un dato de interés para nuestra investigación lo aporta el propio Tomás Amadeo⁷⁷ al explicitar el interés que guiaba el accionar de esta institución: “*desde el primer momento, iniciativa y acción estuvieron saturados de un espíritu de servicio a la Comunidad que no es sino una expresión (a veces consciente y a veces inconsciente) del sentimiento más profundo y más fecundo del cristianismo*” (1937: 6).

Podemos encontrar en el supuesto “espíritu de servicio a la Comunidad” una referencia que permite aunar distintas tendencias y puntos de vistas, lo que para Amadeo es expresión de sentimiento cristiano, más allá de que muchos de sus colegas de emprendimiento no fueran personas religiosas, podría ser unificado bajo la opción personal de “buena voluntad” o vocacional, dispuestos a trabajar en común por el “bien general”. Bajo este “interés común”, se busca contribuir a la “armonización y conciliación” de las relaciones sociales en un momento histórico en que el conflicto social era la preocupación central de la clase dominante local.

El contexto cultural del momento estuvo impregnado principalmente por el despertar de un nacionalismo cultural, apoyado en el redescubrir del origen hispánico con raíces cristianas tras la “*crisis del positivismo de fin del siglo XIX y de la reacción contra las instituciones liberales*” (Pelosi, 2000: 37). En este sentido, afirmamos que el nacionalismo cultural pudo funcionar como amalgama de distintas tendencias políticas e ideológicas que podían convivir en esta misma institución, en nombre de la “unidad nacional” y en defensa de los intereses burgueses.

La trayectoria del MSA, en lo que respecta a nuestro período, estuvo signada por “*la tradición de paz social, concordia, estudio de reformas sociales para el mejoramiento de las condiciones de vida y de trabajo y las relaciones de intercambio cultural y amistad entre Argentina y los demás países del mundo*” (Pelosi, 2000: 273).

⁷⁶ Según el Estatuto del MSA, sus fines son: “*la centralización de informes, en general, de todas las clases de antecedentes relativos al medio social y económico argentino, así como de los demás pueblos; la realización de estudios tendientes a facilitar el más rápido desarrollo social y económico del país; la síntesis de los antecedentes que posea y de los estudios que se realicen en su seno o por su iniciativa, así como de divulgación de los mismos con fines de estudio, enseñanza y dedicación popular*” (Pelosi, 2000: 58-59).

⁷⁷ Ingeniero agrónomo (UNLP) y Dr. en Ciencias Jurídicas (UBA). Decano de las Facultades de Agronomía de ambas universidades. Miembro del directorio del Banco Hipotecario Nacional. Presidió la Cámara Argentina del Comercio durante quince años. Perteneció a la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas y a diversas entidades extranjeras (Pelosi, 2000: 40-41).

Fue presidente del MSA con mandatos de dos años, entre 1927-1931, sucediéndolo J. Iribarne por el período de 1932-1933, pero tras su muerte, retoma la presidencia y es reelegido consecutivamente desde 1934 a 1946. En la ESS-MSA fue profesor de la materia “Economía política y social”.

Consideramos interesante señalar que esta dirección político-ideológica fue contradecida por un contexto de alza de la lucha de clases, el advenimiento de guerras mundiales y la irrupción de la primera revolución socialista triunfante, en el marco del capitalismo en su fase imperialista.

El grupo fundador del MSA, como el primer Consejo Directivo, estaba compuesto por miembros de la elite académica argentina, algunos de los cuales, incluso, habían llegado a ser parte del gobierno universitario de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y de la Universidad de La Plata (UNLP), contando todos ellos con un amplio espectro de publicaciones en la década de 1910. Derecho es la carrera que mayor preponderancia tiene entre estos precursores, siguiendo en nivel decreciente Ingeniería, Medicina y Agronomía.

La mayoría de ellos actuaron en diferentes funciones públicas cumpliendo en muchos casos funciones de alta jerarquía⁷⁸, además de la universitaria, y en asociaciones vinculadas al comercio, la agricultura y ganadería, entre las que se destaca la Sociedad Rural Argentina⁷⁹, y a la incipiente industrialización.

Este grupo emprendedor impulsó la creación de un movimiento de reforma social, que buscaba el mejoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores de la ciudad y el campo. En relación al primero, especialmente se abocaron a los problemas relacionados con el movimiento obrero (la organización de su trabajo y su legislación) y el trabajo de mujeres y niños, la inmigración, la vivienda, la enseñanza y la práctica del sindicalismo, entre otros. Con respecto al ambiente rural, sus preocupaciones giraron en torno a los problemas poblacionales, la instrucción técnica y organizacional del agricultor, en pocas palabras, al régimen de trabajo y producción agrícola.

Con respecto al sostenimiento económico del MSA, su Estatuto determina que será por medio de la cuota de los socios, donaciones de particulares y asociaciones, como también por la gestión de subsidios públicos, lo cual en algunos momentos fluctuaría de acuerdo a los vaivenes políticos del país⁸⁰. También se estableció

⁷⁸ Esta tendencia también se comprobará en la Primera Conferencia Nacional de Asistencia Social, en la cual “se constata la conexión entre instituciones académicas y el gobierno, en la medida en que muchos de sus intelectuales ocupaban y ocuparon también importantes cargos públicos” (Krmptic, 2005: 72).

⁷⁹ A modo de ejemplo: el primer presidente del MSA es el abogado E. Frers por el periodo de seis años, quien ocupó nuevamente este cargo desde 1922 hasta su muerte. Su experiencia vinculada al campo y su relación con la Unión Cívica Nacional, le permitió ser nombrado Ministro de Agricultura de la Provincia de Buenos Aires en 1893, siendo Enrique Udaondo gobernador. Durante la presidencia de J. Roca ocupó el cargo de Ministro de Agricultura de la Nación. También presidió de la Sociedad Rural Argentina en dos ocasiones.

⁸⁰ Amadeo estuvo al frente de la tramitación de un subsidio anual para el sostenimiento económico de la institución desde que asumió la presidencia, realizando para ello diversas gestiones ante miembros del

formalmente la neutralidad en materia de doctrinas religiosas, económicas y políticas, aunque, como vimos con anterioridad, la adhesión al cristianismo parecería no obstaculizarla.

En 1926, el MSA se incorpora a la UBA bajo la figura de Instituto autónomo conservando su nombre y los propósitos que guiaron su fundación. Una ordenanza del Consejo Superior de la UBA así lo establece en su artículo número uno: “*Créase un Instituto que tendrá por fines la acción social de la Universidad, el estudio de los problemas argentinos contemporáneos y la coordinación de los servicios de extensión universitaria*” (Pelosi, 2000: 139). Desde su creación, sostenía una relación fluida con esta Universidad por medio de sus miembros, que ejercían la docencia en esta casa de estudio, llegando algunos a ocupar altos cargos de conducción.

Entre las causas que orientaron este pedido de incorporación figuran: los problemas económicos, la falta de espacio físico adecuado y dificultad para la ampliación de los fines que tenía el Museo. Más allá de ciertos reparos que presentaban algunos de sus socios acerca de la pérdida de autonomía y de libertad en la consecución de sus objetivos, la incorporación del MSA a la UBA se concretizó en una relación cordial y de colaboración, que constituyó un paso de envergadura en la vida de la institución.

Sin embargo, el golpe de estado, encabezado por el general J. Uriburu en septiembre de 1930, traería consecuencias directas sobre todos los ámbitos de la sociedad, y la universidad no fue una excepción. La UBA fue intervenida y esta nueva realidad repercutió en el MSA. A su vez, la coyuntura del momento nacional estaba atravesada por las consecuencias de la crisis mundial de 1929, a partir de la cual se produjo una merma en la exportación de materias primas. El gobierno provisional aplicó medidas de ajuste económico, una de las cuales fue la supresión de los subsidios, entre los cuales se encontraba el del MSA.

De esta manera, “*se cierra así un capítulo que prometía ser promisorio y fecundo, que se pensó definitivo y que no había presentado dificultades durante los cinco años de incorporación. Los sucesos políticos incidieron en la marcha de las instituciones*” (Pelosi, 2000: 176).

Senado de la Nación, dicho subsidio fue otorgado en 1934. Mediante otro subsidio nacional se comenzaron las obras para la construcción de la sede propia en 1937, pero fue interrumpida por la pérdida de estos recursos, y la finalización de la construcción se demoraría hasta 1948, cuando justamente, de manera paradójica, no se contaba más con los medios para el funcionamiento, ya que el gobierno de Perón dispuso no otorgar más subsidios a instituciones culturales (Pelosi, 2000: 275).

En 1932, en el marco de todas las dificultades que tenía que afrontar el MSA, se conoce la noticia de que el Consejo Superior de la UBA decide suprimir lo aún no pagado al MSA del subsidio del presupuesto vigente. En ese momento se comienza a esgrimir el cese de la incorporación, que será una realidad⁸¹ para fines de ese año, y en 1933 se gestionará nuevamente su personería jurídica como entidad privada.

Para llevar adelante su programa “promover el bien público por acción propia”, desde el MSA se editaron diversas publicaciones⁸² y se organizaron una serie de congresos⁸³ que tenían como objetivo el estudio, difusión e instalación de determinadas temáticas en la “agenda pública”, a los cuales adhirieron y/o participaron gobiernos, entidades gubernamentales, instituciones públicas y privadas y personalidades del más variado espectro teórico y político. Desde sus inicios, el MSA concentró gran parte de sus esfuerzos en la denominada “Economía Social”, directamente relacionada con el objetivo de colaborar con el “bienestar común”. Así es que el cooperativismo, las sociedades mutuales y el seguro social conforman algunas de las banderas de esta institución con respecto a las soluciones frente a los “problemas sociales”.

Entre las más diversas personalidades que participaban de los congresos, un rasgo común era la colaboración para alcanzar el denominado “bienestar común”, lo que daría

⁸¹ Para mayor detalle de este proceso, según Pelosi (2000): *Boletín del Museo Social Argentino*, Tomo XX (1932), pp. 292-294.

⁸² Desde 1912 se publica el *Boletín del Museo Social Argentino*, donde se difunden las actividades de la institución y se publican estudios, artículos y noticias referentes a los fines que se persiguen. En este año también se comienza a organizar la biblioteca del Museo. Además durante el periodo de 1915 a 1918 se editó el *Boletín Bibliográfico Mensual*, siendo el primero en su especie en el país y en Sudamérica.

⁸³ Algunos de los congresos más importantes organizados en las primeras décadas del siglo XX fueron:

- *Congreso Internacional de la Mutualidad y Previsión Social* (1918), organizado en tres secciones: mutualidad, cooperativas y previsión social. Adhirieron al mismo 292 mutualidades, con más de 300.000 socios, quienes fueron representados por 295 delegados.

- *Congreso Nacional de la Cooperación* (1919), dividido en las siguientes secciones: legislación sobre cooperativas, la cooperación y la producción, la cooperación y el seguro, cooperativas agrícolas y sindicatos profesionales. Participaron 80 cooperativas y 53 instituciones públicas y privadas, representadas por 280 delegados. *II Congreso Nacional de la Cooperación* (1922). El *III Congreso Nacional de la Cooperación* (1936) contó con la adhesión de 161 cooperativas que designaron 230 delegados que representaban a 147.000 afiliados.

- *Primer Congreso Argentino de la Habitación* (1920), organizado en las comisiones de: legislación, economía, municipalismo y estadística, y acciones sociales. Adhirieron al mismo: 117 organizaciones y 284 personas.

- *Primer Congreso Internacional de Economía Social* (1924), el programa comprendió las secciones de: Museos Sociales e instituciones similares, cuestiones obreras, higiene social, educación y enseñanza, cuestiones agrarias, estadística social y cuestiones sociales en general. Adhirieron a éste: 32 naciones (fue el primer congreso internacional en esta materia), 8 provincias argentinas y 293 instituciones gubernamentales y privadas, locales y del extranjero. Hubo 559 delegados y más de 132 personalidades invitadas especialmente para este evento.

- *Congreso de la población* (1940), contó con las siguientes secciones: natalidad, nupcialidad, morbilidad y mortalidad; problemas raciales; población y cultura; población y régimen agrario; urbanismo y movimientos migratorios.

origen a un movimiento de reforma social frente a la agudización de la lucha de clases. Así se puede explicar que en un mismo congreso aunaran esfuerzos y criterios conservadores, liberales, socialistas y católicos, para enfrentar y apaciguar la organización clasista de los trabajadores.

“Un balance de los congresos nos permite afirmar que en él se encararon todos los temas que tenían relación con la cuestión social, desarrollados por ponentes especialistas en las diversas áreas, figuras destacadas del ámbito académico, profesional y de organismos de gobierno (...) Los congresos tienen el mérito de pasar revista a la variedad y complejidad de la situación argentina, de azuzar las soluciones, de reconocer la urgencia de la problemática. Las conclusiones, resoluciones, sugerencias reflejan este espíritu, en cuanto a la labor futura y su implementación escapa a su funciones. Resultado de ello será la formación de centros de estudio para proponer reformas.” (Pelosi, 2000: 119).

Precisamente es a partir de la creación de centros, laboratorios y publicaciones que el MSA realizó la tarea de estudiar y difundir los temas actuales de la realidad argentina, estableciendo relaciones con organismos similares y proponiéndose influir en la toma de decisiones a nivel nacional.

Así se creó el Centro de Estudios Cooperativos (1925) y el Laboratorio argentino de Derecho Rural Comparado. También se fomentó la creación de secciones dentro del MSA, por ejemplo, se fundó la Sección de “Economía Rural” (1926), la Sección de “Higiene Social” (1928), desde la cual se impulsaría la creación de la ESS, concretada dos años después; y la Sección de “Orientación profesional” (1931), con el fin de organizar la orientación profesional de escuelas primarias y secundarias, la selección de personal de empleados y obreros, y la investigación científica respecto de estos temas.

La sección de “Higiene Social”, compuesta por un grupo de profesionales adscriptos a las tendencias sociales en el campo de la salud, promovía que la higiene pública sea tomada como preocupación del Estado para intervenir en la solución de los nuevos “problemas sociales”⁸⁴. Sus impulsores fueron los médicos Julio Iribarne, Manuel Carbonell y Germinal Rodríguez, más tarde se sumaría Alberto Zwanck. Es de destacar que son estos mismos higienistas los que también tuvieron un destacado papel en la Facultad de Ciencias Médicas (de aquí en adelante FCM) de la UBA⁸⁵.

⁸⁴ Para más detalles de la sección “Higiene Social”, ver: Alayón (1980: 152-154).

⁸⁵ **Julio Iribarne** fue presidente del MSA en el período 1932-1933, y ocupó anteriormente otros cargos en el Consejo Directivo, también fue Decano de la FCM-UBA.

1.1 Las razones para la creación de la Escuela de Servicio Social en el MSA

La inauguración de la ESS en el país se realiza en 1930, tras contar con el antecedente de un proyecto de ley presentado por el Poder Ejecutivo Nacional para la creación de una Escuela Nacional de Servicio Social en 1928, el cual no llegó a aprobarse. Como parte de las iniciativas del MSA, incorporado en ese período como instituto de la UBA, se funda la ESS, resultado del trabajo de la Sección de “Higiene Social” organizada en 1928, tal como mencionamos más arriba.

Dadas las finalidades del presente estudio y el recorte temático que nos proponemos, no nos abocaremos al análisis de los antecedentes, plan de estudio, programas de las materias, etc., ya que se cuenta con referencias bibliográficas al respecto⁸⁶.

Como hemos señalado con anterioridad, los miembros del MSA tenían diversas inserciones en las universidades nacionales, y para el análisis histórico de la ESS, resulta imprescindible su participación en la Escuela de Visitadoras de Higiene de la FCM-UBA⁸⁷. Este grupo de médicos, que difundían la Medicina Social, estuvo íntimamente ligado al MSA, ya que desde la concepción de Amadeo y el resto de los fundadores se la consideraba como un elemento esencial de la obra de la acción social.

En el acto de apertura de la Escuela estuvieron presentes, entre otras personalidades: el rector de la UBA, Enrique Butty; el presidente del MSA, Amadeo; el decano de la FCM-UBA, Iribarne y el director de la ESS, Zwanck⁸⁸.

Manuel Carbonell fue director del Instituto de Higiene de la FCM, impulsó la creación de la Escuela de Visitadoras y ocupó cargos en el Consejo Directivo del MSA.

Germinal Rodríguez fue docente del Instituto de Higiene de la FCM y un activo impulsor de las Escuelas de Visitadoras de Higiene y de la Escuela de Servicio Social-MSA, llegando a ser docente en ambas. Posteriormente, ocupó el cargo de Decano de la Facultad de Servicio Social-MSA (cf. Alayón, 1980:162).

Alberto Zwanck fue director y docente en los cursos de Visitadoras, cumpliendo posteriormente iguales funciones en la ESS-MSA, ocupó también cargos en el Consejo Directivo de dicha institución.

Así también se compartía una misma planta docente, algunos de ellos fueron: Alejandro Raimondi, Enrique Olivieri, Teodoro Tonina, Pilades Dezeo, Saúl Bettinotti, entre otros.

Para conocer el cuerpo docente de la ESS-MSA, en nuestro período de estudio, ver anexo 2.

⁸⁶ Para detalles sobre el plan de estudio, sus reformas, reglamentación y materias, ver: Alayón (1980: 154-162) y Pelosi (2005: 191-193). Será en el año 1935 que el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública oficializará los títulos emitidos por la ESS, y aprobará al año siguiente los estatutos de la misma. Sobre los antecedentes de esta Escuela ver Alayón (1980: 148-154).

⁸⁷ Cf. Alayón (1980: 115-145); Parra (2001: 156-157); Oliva (2005: 78-88). La diferenciación y superposición entre las visitadoras de higiene social y las asistentes sociales de la ESS será todo un eje de discusión a lo largo del desarrollo del ejercicio profesional en este período.

⁸⁸ Médico (UBA). Director del Instituto de Higiene y Medicina Social, profesor titular de la materia con igual nombre (FCM-UBA), ambos cargos por el período de 1931-1946. De dicho instituto dependían los

El presidente del MSA, se refiere a la ESS en el acto de inauguración como *“una de las iniciativas más trascendentes desde el día de la fundación del Museo, porque inicia una obra de carácter orgánico, de duración indefinida, de índole didáctica. En relación a los objetivos de la institución de no repetir esfuerzos, la escuela llena un vacío y sirve a una necesidad apremiante del ambiente social”* (Pelosi, 2005:156). La finalidad de la Escuela era que sus graduados pudieran actuar eficazmente en obras de asistencia, de organización y educación social, en servicios sociales de la industria y el comercio, y en asociaciones dedicadas a la atención de la “infancia abandonada y delincuente”.

La ESS se establece en sintonía con las funciones del MSA, ya que es la preocupación por la “cuestión social” lo que origina su creación. Al nacer el MSA como un organismo de estudio, información y acción social, esta última actividad pudo concretarse en la ESS, que contaba también con los componentes de estudio y difusión. Por ello, se la considerará una de las iniciativas más importantes, pues estará a cargo de la formación de “técnicos” que impulsen, en el medio argentino, la acción social, los cuales podrán actuar como puente entre “la universidad y el pueblo”.

Al calor del alza de la conflictividad social, frente a la incapacidad de las organizaciones de acción social preexistentes para dar respuesta a las nuevas problemáticas y con el crecimiento de las instituciones de asistencia pública, comenzó una época de surgimiento de las escuelas de Servicio Social. Uno de sus argumentos era que ya no se podía confiar la solución de los complejos “problemas sociales” a personas carentes de instrucción técnica y falta de experiencia. Así se demandaba un nuevo agente especializado para que intervenga en las instituciones, en la organización y racionalización de la asistencia.

En la Primera Conferencia Nacional de Asistencia Social, reunida en Buenos Aires en 1933, Zwanck expresó la misión institucional de la siguiente manera: *“La Escuela de Servicio Social tiene por finalidad no sólo la formación de los técnicos llamados Asistentes Sociales, los que, con amplio conocimiento de las causas y los efectos de la miseria, han adquirido una preparación que los capacita para actuar eficazmente en las obras de asistencia, sino también la de crear una conciencia*

cursos de Visitadoras de Higiene Social. Director de la ESS-MSA (1930-1945) y docente de las materias “Higiene Social” y posteriormente “Organización y técnica del Servicio Social” en esta casa de formación. Fue miembro del Consejo Directivo del MSA en reiteradas ocasiones. Fue presidente de la Asociación de Escuelas de Servicio Social (1947) y representante permanente de la Argentina ante los organismos de Sanidad desde 1948. Director de la RSS.

colectiva que permita en un futuro, que deseamos próximo, la organización científica de la beneficencia” (1937: 12).

De esta manera, por medio de la “moderna técnica del Servicio Social”, se buscaba crear una conciencia pública, apuntando a cierta “renovación social”, que hiciera cambiar los métodos utilizados hasta el momento por gran parte de las sociedades de beneficencia, *“quitando a la acción de dar toda ostentación pública (ostentación y vanidad) de la dádiva que al pobre llega. Buscábamos con ello, que la beneficencia no fuera como en muchos casos es, algo deprimente para la personalidad del asistido”* (RSS, 1937: 173), para que se atendiera a los usuarios de los servicios respondiendo a los principios y prácticas del “bien entendido Servicio Social”.

Según los registros, en los primeros años de funcionamiento de la ESS (1932-1933) se debieron afrontar varios obstáculos. Entre los más destacados, figuran: la escasez de propaganda adecuada de la Escuela, falta de espacio físico, la deficiencia de los exámenes de los estudiantes, dada la heterogeneidad de su previa formación, el incumplimiento del plan de estudio y la inadecuación de los profesores a los horarios establecidos⁸⁹. Frente a esta situación, el director de la carrera presenta su renuncia, la cual no es aceptada, se lo ratifica en su cargo y se decide crear una comisión conformada por los profesores Unsain, Arenaza y Zwanck, para estudiar el problema y proponer una reorganización de la misma.

Entonces, *“el Consejo aprueba el reglamento de la escuela, reorganiza el cuerpo de profesores y ratifica el impulso de la neutralidad, desligado de toda influencia burocrática, para crear una mentalidad nueva en los dirigentes que lleve a la obtención de un mayor rendimiento social”* (Pelosi, 2000:190).

En definitiva, lo que se buscaba desde el MSA con la creación de la ESS era contribuir a la racionalización de la asistencia e influir en las instituciones de asistencia y beneficencia, para que adoptaran principios y métodos del “Servicio Social moderno” y para lograr, con ello, mayor eficiencia. Con la formación de esta nueva especialización, los “técnicos”, encargados de *“hacer el bien por el bien mismo”*, contribuirían con el enfrentamiento de los “problemas sociales” de la época, entendido como un “deber cívico”. Tal como veremos más adelante, esta formación adquirirá rasgos muy particulares al ser considerada como el ejercicio de un “sacerdocio laico”.

⁸⁹ Según datos extraídos del Libro de Actas III, folio 134, del Consejo Directivo del MSA: Sesión 29.XII.1933, Pelosi (2000).

Es por esta “alta” misión que, además de poder abonar los costos de los cursos, los cuales variaban según la condición de alumno regular u oyente, los postulantes a ser Asistentes Sociales serían seleccionados de acuerdo a sus condiciones morales, esto se refrendaba con la solicitud de un certificado de conducta firmado por dos personas de responsabilidad comprobable. Una vez sorteados estos requisitos, durante todo el trayecto de la carrera se continuaría reforzando sobre las cualidades imprescindibles para el ejercicio profesional⁹⁰.

2. La intervención en las refracciones de la “cuestión social” y la centralidad de la familia

Si se entiende que el Servicio Social está llamado a aliviar los sufrimientos que provienen de la *miseria* y a prevenir los *males sociales*, nos parece importante explicitar cómo entienden algunos docentes, estudiantes y Asistentes Sociales graduadas del MSA, las causas de la “cuestión social”.

Dentro de las refracciones de la “cuestión social”, la llamada pobreza o miseria condensa las preocupaciones generalizadas del momento, sin producirse una ruptura significativa con las explicaciones tradicionales construidas por la tradición hispano-católica (Krmptic, 2005). Se persiste en una concepción que encuentra el origen de la pobreza e indigencia en el orden divino o moral y en la falta de valores personales, de modo que, se mantiene el criterio de culpabilidad individual por esta situación⁹¹.

Amadeo⁹² señala que el origen del “malestar social” tenía causas espirituales, cargando sus argumentos contra el antropocentrismo por “*haberse considerado el hombre* centro del universo, causa y fin de todo cuanto está a su conocimiento, de su esperanza y de su acción (...) El hombre se ha desespiritualizado o lo que es lo mismo, se ha materializado, a pesar del considerable desarrollo de su inteligencia” (RSS, 1938: 275).

Para enfrentar las causas del “malestar social” se centra en la idea de justicia social, y propone poner en práctica los principios cristianos predicados por las

⁹⁰ Retomaremos y ampliaremos este punto en el Capítulo III.

⁹¹ A modo de ejemplo, el propio Germinal Rodríguez, como personalidad producto de las contradicciones de su tiempo histórico, distinguía según criterios morales al *pobre, miserable e indigente* (Beccerra Solá y Beccerra, 2009: 146).

⁹² Artículo publicado en base a su trabajo: “*La misión social del sacerdote*”, donde subraya la importancia que tiene la formación social del clero y su influencia en el medio rural, para el fomento de las cajas de crédito, cooperación y formación de sindicatos agrícolas, tomando como ejemplo la experiencia realizada en Bélgica (RSS, 1938: 275-276).

autoridades eclesiásticas, sus documentos y encíclicas. De este modo, recupera el papel de la Iglesia como proveedora de una ética/moral que ilumina todos los aspectos humanos y sociales. Sin embargo, no por ello niega la responsabilidad de las autoridades públicas, aunque sus conciencias tienen que estar subordinadas a la moral cristiana. En sus propias palabras, señala que la “paz y la justicia” pueden ser impuestas por los gobiernos, *“pero nunca serán completas y duraderas mientras su espíritu no compenetre las conciencias como un mandato de Dios”* (RSS, 1938: 275).

María Teresa Maiorana⁹³, en el discurso dado el día de su graduación, sostuvo que no se podían desdeñar los problemas materiales, siendo por este lugar donde comienza la actividad del trabajador social, pero reconociendo la importancia de afrontarlos para distinguir las *“fallas del espíritu que las prepararon y las causan”*. Para argumentar esta posición se apoya en las enseñanzas religiosas, recordando que se pide *“el pan nuestro de cada día”*, pero también se enseñó que *“no sólo de pan vive el hombre”*. Debatiendo abiertamente con otros sectores, sostiene: *“muy bien sé, que, para muchos, el hambre y las necesidades materiales pesan más que las ideas en la vida de los pueblos. Considero a este concepto superficial en el origen de muchos de los males de los que sufrimos hoy. No podemos compartirlo los asistentes sociales, a quienes se nos enseñó a considerar la miseria como efecto no sólo de las circunstancias materiales, sino también de otras, arraigadas en el espíritu del que las padece”* (RSS, 1939: 158).

En otro artículo de perfil similar, afirmó que sin desconocer las causas materiales de la miseria⁹⁴, considera que **hay miseria cuando a las dificultades materiales se añan otras de tipo moral-espiritual**, que impiden al individuo realizar el esfuerzo para liberarse de esta situación. De esta manera, se responsabiliza a la persona individual de la “elección de liberarse” de la miseria o de permanecer en esta condición, como si fuera una opción intencional y netamente individual, sin determinaciones objetivas de ningún tipo. Esta concepción va a estar directamente relacionada con el papel de “educador” que se le atribuirá al asistente social, considerando, en este plano, las posibles soluciones a las causas de las miserias individuales.

Es así que la miseria es entendida como el efecto de una causa mayor que es la ignorancia moral-espiritual, uno de los elementos claves para enfrentar la carencia de determinados valores y deficitarias condiciones de vida en la que vive gran parte de la población. Frente a esta situación se reclama y propone la incorporación del Servicio

⁹³ Asistente Social. En 1940 fue nombrada docente de la enseñanza práctica en la ESS-MSA.

⁹⁴ Ha afirmado *“no es posible predicar el Evangelio a estómagos vacíos”* (1940: 183).

Social al ámbito escolar, ya que teniendo conocimiento del niño y su familia, y llegando a ésta a través de él, se propone luchar contra esta ignorancia, la que considera uno de los mayores males de los pobres:

“El obrero ignora en la mayoría de los casos cómo proceder para mejorar su trabajo (...) El pobre ignora a menudo la manera de administrar con provecho los escasos centavos que posee. No saben cómo alimentarse (...) Enseñemos también el valor de la casa, vaso que contiene los valores espirituales” (Maiorana, 1940: 184-185).

Si la ignorancia es la causa principal de la miseria, entonces uno de los lugares privilegiados para combatirla será el “hogar”, entendido como el ámbito, donde, por medio de las relaciones “privadas”, se transmitirán la ideología y valores necesarios.

A partir de la monografía presentada como requisito final de la carrera, Lidia Traverso⁹⁵ (RSS, 1938: 215-216), explicita que una de las causas indirectas o mediatas de la miseria es también la ignorancia, siendo otras: la falta de voluntad y de afectividad, el alcoholismo, el juego, el crédito, la indiferencia y la imprevisión. Aunque a su vez, reconoce que una de las causas directas o inmediatas es la insuficiencia del salario.

También están aquellas voces que sostienen que el problema está centralmente en la desocupación de los adultos o en sus salarios insuficientes: *“el problema en sí no es otra cosa que un problema de trabajo, y sus causas, de carácter económico-sociales, constituyen la raíz de todos los males, físicos y morales, que afectan a la infancia en primer término y a la sociedad en general”* (Torino⁹⁶, 1937: 78).

Pero desde otros sectores, es recurrente la **distinción entre la miseria y la pobreza**, monseñor De Andrea plantea esta distinción acorde a los fundamentos de la Doctrina Social de la Iglesia: *“la pobreza existirá siempre pero la miseria no debiera haber existido nunca. La pobreza debe ser una virtud, pero la miseria es una calamidad. La pobreza debe ser venerada, pero la miseria debe ser proscripta”* (RSS, 1940: 230).

Esto puede ser relacionado con las virtudes de la pobreza espiritual, más allá de que se esté en una situación material apremiante, la recompensa no se encontrará en la vida mundana. En esta misma línea, el artículo de Casal Castel (1940) sobre Juan Luis Vives, explica la posibilidad de tener riqueza material pero pobreza espiritual, mientras que se puede no tener fortuna económica pero poseer un patrimonio moral construido con virtudes y ahorrado con sacrificios.

⁹⁵ Asistente Social. Bibliotecaria de la ESS-MSA.

⁹⁶ En el artículo se explicita que las reflexiones que contiene el mismo, surgen del trabajo realizado por las Asistentes Sociales en la Dirección Municipal de Educación Física, de Capital Federal. Su autor fue miembro de la Sección “La educación física en sus relaciones con la Asistencia Social”, en la Primera Conferencia Nacional de Asistencia Social (1933).

Si recordamos los lineamientos de *Rerum Novarum*, en este documento papal se reconocía que las desigualdades sociales eran propias de la naturaleza humana, llamando a vivir en armonía a las clases antagónicas. De alguna manera, la “recompensa” por sobrevivir en la pobreza material es la riqueza moral.

Para la asistente social Mercedes Isabel Spurr hay una miseria de tipo material y otra de tipo moral, que pueden aparecer juntas o por separado, pero ambas son el origen de la **delincuencia**. A partir de los argumentos presentados hasta aquí, podemos reconstruir la correlación que generalmente se establece entre: la *ignorancia* (moral-espiritual) como origen de la *miseria* (tanto material o moral) y, ésta a su vez, como uno de los factores principales de la *delincuencia*, entendida esta última como forma “desviada” o “antisocial” de resolver la supervivencia -en una sociedad basada en la propiedad privada-. Entonces se torna fundamental reeducar a estos individuos “ignorantes/miserables/delincuentes” para garantizar la “cohesión social”. Así, se entiende como responsabilidad de los individuos el estar en esta situación y su adecuado tratamiento puede ser encausado por instituciones de asistencia social. “*Tratar la miseria equivale a prevenir el delito. La miseria que aniquila moral y materialmente la familia y que corroe las fuerzas anímicas del individuo, lo lleva paulatinamente a la falta o a la contravención, umbrales del delito*” (Spurr, 1944: 3).

Yendo un poco más lejos, algunos artículos ubican como sinónimos el “pauperismo” y la “delincuencia” como problemas o enfermedades que se “heredan” de la familia en la niñez. “*El pauperismo está considerado como enfermedad social hereditaria, vale decir, que un niño nacido en ambiente de miseria hace de ella una costumbre que no tratará de sacudir*” (Maiorana, 1940: 183).

En similar posición sobre el estudio de la criminalidad, o mejor dicho, de la persona individual que comete un delito, se apunta al estudio “científico” de los factores endógenos, biológicos (físicos) y psicológicos, y los factores del medio ambiente. El papel que se le otorga al “medio ambiente” se presenta, desde esta perspectiva, como el campo de la experiencia cotidiana, donde las “fuerzas morales insuficientes” de estos individuos están limitadas a la información que recogen en su medio. De esta manera, se justifica que no conciban o entiendan que es posible vivir de otra forma o adquirir otro “ritmo de evolución” que el del ambiente que los rodea.

En otros casos, se llega a sostener que la delincuencia de menores es generalmente producto del abandono y vagancia de ellos, teniendo su punto de partida en

las “taras orgánicas” de la familia de origen, transmitidas por la herencia (Donadio⁹⁷, 1938: 152).

Otro argumento que tiene una fuerte presencia en el pensamiento social de la época lo presenta Jaime Moragues Bernat⁹⁸, quien entiende la necesidad social como la “**incapacidad**” de ciertos individuos a adaptarse a los tiempos y cambios que acontecen en la evolución de la sociedad. La explicación a esta “inadaptación social” la encuentra en “*una ley biológica fundamental que establece que el ser vivo perdura gracias a un proceso de adaptación a los factores condicionantes del medio ambiente que lo circunda. La vida actual posee un complejo de esos factores, como no se ha visto nunca antes a través de las edades, y son más los factores adversos, lo que tratan de provocar el desequilibrio, que aquellos que concurren a mantenerlo*” (1939: 70).

Este médico sostenía que la Asistencia Social parte del hecho de que algunos individuos no ven cubiertas sus necesidades morales y materiales, dada su “incapacidad para seguir el ritmo de esta evolución”, donde sus reservas físicas y morales fueron “insuficientes”, y quedarán “atrasados” con respecto al desarrollo de la sociedad, aunque no se los considera “inútiles”. “*Su inadaptación era transitoria, capaz de prolongarse, pero capaz de ser vencida si la sociedad, respondiendo al llamado del individuo, exaltaba esas reservas insuficientes, fortalecía la voluntad, salvaba la situación material e influía sobre la psiquis y la moral a punto de claudicar*” (Moragues Bernat, 1939: 68-69). De esta manera, proponía que la asistencia material sea acompañada de la asistencia moral y espiritual, pero también agregaba que se tenía que abordar el aspecto del equilibrio psíquico porque éste se malogra cuando la materia y el espíritu no logran alcanzar una adecuada adaptación al medio ambiente. De este modo, la Asistencia Social va a incidir en el campo material, espiritual y psíquico.

Por otro lado, si no se trataba de resolver estos problemas de “inadaptación” de una parte de los individuos, lo que corría peligro era la continuidad de la especie y la raza humana; reflejo de esto serían las expresiones de la despoblación, los índices mínimos de natalidad y la elevación de los índices de mortalidad.

Con esta argumentación se entiende al “pobre”, “criminal” o “anormal” como un inadaptado a la sociedad -de ahí la denominación **antisocial**-, a causa de su constitución

⁹⁷ Inspector Gral. de la Policía de Capital. Jefe de la División Judicial del Dpto. Central.

⁹⁸ Médico católico del Instituto de Maternidad, de la Sociedad de Beneficencia de la Capital Federal. Docente de la FCM-UBA. Ex vocal de la Primera Conferencia Nacional de Asistencia Social, desde la comisión que integraba se presentó el “Plan organizacional de la Asistencia Social de la Madre y el hijo recién nacido en Argentina”. En 1947 será designado director de la Dirección de Maternidad e Infancia y asesor consultivo de la Secretaría de Salud Pública durante el primer gobierno peronista.

psicológica o física, es decir, posee rasgos que disminuyen su capacidad de satisfacer sus necesidades materiales, entre otras. Al respecto, la tipología de causas va complejizándose y ampliándose con el desarrollo de la psiquiatría y psicología moderna⁹⁹. Cabe destacar que no se desconocen las causas derivadas de enfermedades, accidentes de trabajo y crisis económico-sociales, por las que se promueven medidas de profilaxis sanitaria y social.

Frente a estas concepciones de “pobreza” y/o “miseria” que venimos desarrollando, nos encontramos con argumentos que en apariencia son contradictorios. Por un lado, se postula que las causas centrales de la pobreza son de índole moral/espiritual, de inadaptación o incapacidad, estando en las manos del individuo su posible “resolución”. Mientras que por otro lado, se reconoce que es una herencia o tara orgánica (de carácter biológico) que, al ser natural o por naturalización del medio ambiente, no se busca modificar, aunque si se hiciese un esfuerzo de voluntad, esta situación se modificaría con la intervención de “terceros”.

A modo de síntesis, podemos decir que las explicaciones del momento se centraban en entender las necesidades sociales arraigadas en causas materiales de tipo económicas, por falta de empleo o salario insuficiente; físicas/psicológicas o morales/espirituales, donde la “ignorancia” era el problema central.

Se establecen distintas jerarquizaciones en relación a estos tipos de causas. Creemos que un grupo se inclina por pensar que la causa directa es la falta de empleo y las indirectas están relacionadas a la educación y moral de las personas. Mientras que otros, al parecer la mayoría de las voces, sostienen como causa central algunas “fallas” espirituales, morales o personales de los individuos, desjerarquizando las condiciones materiales en las que se reproducen socialmente. De ahí, su incapacidad para adaptarse a los “tiempos que corren”, culpabilizando a la persona o conjunto de la población por su condición social.

⁹⁹ Un ejemplo del apego por la elaboración de tipologías es dado por el gabinete psicopedagógico del Hogar “Santa Rosa”, dependiente del Patronato Nacional de Menores, en el cual las menores son observadas y diferenciadas según la siguiente clasificación: 1º grupo: Niñas normales; 2º grupo: Débiles mentales simples de psiquismo armónico; 3º grupo: Débiles mentales desarmónicas; 4º grupo: Niñas de inteligencia media, de rendimiento medio y a veces marginal, pero que tienen defectos de comportamiento; 5º grupo: Niñas de psiquismo desarmónico, aunque tengan buena capacidad intelectual y 6º grupo: imbeciles y débiles mentales muy profundas. (Fernández de la Puente apud Heussner, 1943, 87-88). También en este mismo sentido, se han establecido nóminas o listados de “casos individuales” y “problemas sociales”, en los que le corresponde intervenir al Servicio Social. Ver: Spurr (1944: 32-33). Sobre el afán clasificatorio de la población legítima de asistencia, Parra (2001: 121-122; 127).

Sin embargo, es llamativo que en la propia *RSS*, se presentan con claridad las condiciones de vida de la clase trabajadora¹⁰⁰. Según los datos aportados por la División de Estadísticas del Departamento Nacional del Trabajo, en los años 1935 y 1936, estas continuaban marcadas por la deplorable situación económica, en la que el salario sólo cubría el 77, 51% de los gastos familiares y la vivienda para la mayor parte de las familias obreras (conformada por una pareja y tres hijos menores de 14 años) era de una sola pieza. Del presupuesto de esta familia tipo se calculaba que, entre los egresos más significativos, según el costo de vida del momento en proporción a los salarios, era gastado entre el 54 y 55 % en alimentación, alrededor del 22 % en habitación y el 12.6 % en vestimenta (*RSS*, 1938: 119-120).

En 1940 se produce un alza de los precios de los artículos de primera necesidad como consecuencia de la guerra, lo que repercute directamente en las condiciones de vida de la clase trabajadora al no haber una correlación proporcional con los niveles de los salarios (*RSS*, 1940: 135). A pesar de conocer y difundir las condiciones objetivas de vida de la clase trabajadora, predominan en la *RSS* los argumentos moralizantes, individualizadores y/o criminalizadores para explicar las causas de las refracciones de la “cuestión social”.

2.1 Los acuerdos nodales de las corrientes católicas frente al peligro de la lucha de clases

Como ya hemos señalado en el Capítulo I, desde mediados de la década del treinta, comienza a haber un consenso generalizado en el catolicismo acerca de la necesidad de intervenir en las refracciones de la “cuestión social”, justamente en el momento en que la clase obrera despliega diversos métodos de lucha, entre las que se destacan las huelgas generales.

Sin embargo, el consenso interno se empieza a resquebrajar en las filas católicas cuando se ubican en discusión sus aspectos políticos más concretos: qué métodos o programa se ponen en juego para alcanzar el tan mentado “bien común”. Desde las paginas de *RSS*, tenemos dos referentes con posiciones públicamente encontradas sobre los rumbos y direcciones que tenían que tomar la sociedad y la institución eclesial: se

¹⁰⁰ Es interesante señalar que en los primeros cuatro números de la *RSS* se presentan, en la sección “Informaciones sociales”, índices de fluctuación de los costos de vida en la Capital Federal, en relación con la escalada inflacionaria, como así también un análisis del presupuesto de la clase obrera en relación a sus salarios, aportados por el Departamento Nacional del Trabajo.

aceptaba y consolidaba el régimen democrático, de carácter aristocrático, o se restauraba un régimen autoritario-corporativista, como vimos en el capítulo anterior. En estas dos posiciones se condensan, principalmente, las diferencias políticas internas del movimiento católico del período.

Por un lado, se encontraba la corriente que representaba monseñor Miguel De Andrea, la cual no hacía de la condena a la doctrina liberal la premisa de ruptura radical con el régimen vigente. Desde su perspectiva, la democracia se presentaba como un régimen político respetable y legítimo (RSS, 1941:100).

“En realidad, De Andrea encarnaba una concepción elitista de la democracia, que lo acercaba a los ‘liberales’ de la buena sociedad porteña. En la tradicional ‘democracia’ argentina veía el instrumento adecuado para prevenir los modernos conflictos sociales, siempre y cuando las clases sociales acomodadas se adecuaran a distribuir parte de sus riquezas, aplacando así el anhelo de justicia social de los sectores humildes. Menos urgente parecía en sus sermones la necesidad de ampliar las bases de la democracia argentina para adaptarla a una sociedad en rápida transformación” (Zanatta, 2005: 38-39).

Desde esta posición, señalaba que en la Argentina se había hecho democracia política, pero se había omitido la democracia económica y social, en una suerte de “mutilación”.

En la búsqueda por preservar los “equilibrios sociales”, es que se dedicó al trabajo con los sectores sociales emergentes con un fuerte carácter paternalista. Este referente del catolicismo “liberal” o “democrático”, como se autodenominaban, proponía el perfeccionamiento y consolidación de la democracia a través del orden moral, esto es, individual e institucional, con el reconocimiento de las organizaciones profesionales.

Intentando dar cuenta de cómo se entienden las relaciones sociales fundantes de la sociedad capitalista, De Andrea explica: *“el capital es cosa lícita, útil, necesaria. El capital es fruto del trabajo acumulado. Pero el capitalismo es el abuso del capital. Y el abuso del capital, es siempre a expensas del trabajo”*. En relación a éste último, sostiene: *“el trabajo es la actividad personal y necesaria del hombre, puesta en ejercicio para la conservación y la dignificación de su existencia y la de su familia. Es una actividad personal y por ello el trabajo, sea del espíritu, sea del músculo, exige el mismo respeto y la misma inviolabilidad que la persona humana. Es además una actividad necesaria, porque es el medio con que la naturaleza ha armado al hombre para la conservación de su existencia y por lo mismo tiene el derecho y el deber de esperar y de*

exigir que sea retribuida con una remuneración suficiente” (1941: 96-97).

En esta forzada distinción entre el capitalismo, al cual hay que moderar, y la correcta utilización del capital, al que le dedicó frecuentes alabanzas; su horizonte era un reformismo social que contemplaba una elite imbuida de los valores cristianos, que redistribuya, la riqueza con mayor equidad, de manera de canalizar la lucha de clases dentro de sus límites.

Mientras que por otro lado, monseñor Gustavo Franceschi¹⁰¹ representa a los sectores integristas, que condenan abiertamente el liberalismo político y la democracia de los partidos políticos, mostrándose defensores del *statu quo* capitalista, pero al mismo tiempo, reivindicando una sociedad tradicional. A esta crítica del Estado liberal laico, la relaciona con la desaparición de los organismos profesionales (corporaciones), que fueron reemplazados “o bien por sindicatos de lucha antipatronal o bien por coaliciones de patrones que imponen condiciones de trabajo frecuentemente inhumanas” (1937: 72-73).

Para este autor, el régimen liberal, al apoyarse sobre la legitimidad del sufragio universal masculino y reconocer como lícito el pluralismo ideológico, no contribuye con la tarea de cristianizar la sociedad¹⁰², ya que se cierra la posibilidad de ejercer una función moralizadora y educativa, en base a una estructura jerárquica. De esta manera, se aspiraba a un Estado de carácter teocrático, donde la **Iglesia podía transformarse en su “contenido ético”**, “cuya legitimidad bajara desde la cúspide hacia la base y no viceversa, y que fuera fruto de su adhesión a la doctrina cristiana, que habría ejercido sobre él una función moderadora, impidiendo desviaciones tiránicas” (Zanatta, 2005: 180). En este modelo, el poder de coacción del gobierno militar era una mediación necesaria para ejercer su hegemonía en el conjunto de la sociedad civil (Bianchi, 1990).

Acerca de la autoridad de la Iglesia en materia social y económica, Francisco Valsecchi¹⁰³ (1941) deja esclarecida la postura eclesial, recordando lo señalado por las

¹⁰¹ Destacado intelectual de la jerarquía eclesiástica en nuestro período de estudio, que puede ser ubicado dentro de las filas del catolicismo nacionalista-integrista. Director de la revista *Criterio* entre 1932-1957 (año de su fallecimiento). Docente de los Cursos de Cultura Católica (1932-1939).

¹⁰² A partir de la encíclica *Quadragesimo Anno*, podemos deducir que la sociedad es entendida como un cuerpo social, en el cual, para garantizar su unidad, no se lo puede organizar en base a la lucha de clases ni al libre juego de la concurrencia (mercado), teniendo como fundamento de una nueva economía el humanismo económico y el solidarismo social.

¹⁰³ Doctor en Ciencias Económicas. Director del Secretariado Económico-Social de la Acción Católica Argentina desde 1934, estrecho colaborador de Franceschi (en similar posición dentro del catolicismo, Zanatta, 2005: 340). Docente en la Facultad de Ciencias Económicas, UBA. Se incorpora a la ESS-MSA en 1940 a la materia “Economía Política”, dictada por Tomás y Rómulo Amadeo (éste último fue Secretario General de la Primera Junta Central de la Acción Católica). En 1936 la OIT lo nombra

encíclicas *Rerum Novarum* y *Quadragesimo Anno* respecto de la subsunción del orden social y económico al moral, sujeta a los juicios de la Iglesia, quien tiene el deber y el derecho de juzgar con autoridad suprema las relaciones económico-sociales, y por lo tanto, de enseñar y orientar a vivir en esa dirección.

A partir de estos aportes, es interesante señalar la relación que establece entre la Iglesia y la ciencia, reconociendo su importancia social pero sujetándola a los principios morales del cristianismo, explica que esta institución “*celebra y enaltece la ciencia y considera que no es posible ejercer acción alguna en la sociedad sin ella: pero piensa también que una civilización organizada sobre principios exclusivamente científicos sería un aborto monstruoso. La ciencia es ciertamente autónoma en sus principios, pero en un cuadro en que impere la moral*” (Valsecchi, 1941: 28).

Siguiendo esta lógica, se sostiene que la orientación de las encíclicas sociales permiten sostener el principio de subordinación de la conciencia, quedando las leyes económicas bajo el imperio de la moral correspondiente a los fines de la perfección social, tal como plantea De la Riega ¹⁰⁴(1943).

Para reflejar, de manera sintética, las ambigüedades de esta posición católica nos parece ilustrativa la siguiente afirmación del máximo dirigente del Secretariado Económico-Social de la Acción Católica Argentina: “*las Encíclicas Sociales: admiten el principio hedonístico y la ley utilitaria, pero gobernados por la ética; desean la iniciativa individual, pero conexas con la cooperación de las clases y sometida a los preceptos de la justicia y la equidad; aceptan la libertad económica, pero subordinada en su uso al bien común y obsecuente al principio de autoridad*” (Valsecchi, 1941: 28).

Pero como no podemos achacar a esta posición el desconocimiento de los límites del régimen liberal -que los consideraban casi tan rigurosamente como los peligros del socialismo, (por lo menos en nuestro período de estudio)-; el sector integrista propone el régimen corporativista como alternativa restauradora a los problemas contemporáneos e impulsa su reestablecimiento para enfrentar los problemas que trae aparejado el individualismo liberal y los consecuentes peligros del disolvente comunismo.

La corporación era entendida como un organismo intermedio fundado sobre las profesiones organizadas, que mediaba entre el individuo y el Estado -el cual debía

miembro argentino del “Comité de Corresponsales para el tiempo libre de los trabajadores”. Es miembro del Colegio de Doctores en Ciencias Económicas y de la Corporación de Economistas Católicos. Fue uno de los pocos laicos docentes de los Cursos de Cultura Católica (1940-1946).

¹⁰⁴ Dictó el Curso de investigación sobre “Asistencia Social en la Industria de la Ciudad de Buenos Aires”, en la ESS-MSA en 1942.

respetar su autonomía-, y velaba por la pacificación entre las clases y la solidaridad social. La corporación suponía ser la autoridad sobre el régimen general de producción. *“En el plano político, ese sistema aspiraba a estabilizar las jerarquías sociales, favoreciendo un gobierno de los ‘mejores’ gracias a una organización del consenso que habría contenido la voluntad popular en el ámbito de las corporaciones. Tal proyecto preveía la integración social y económica de las clases trabajadoras a la vida nacional, limitando al mismo tiempo el potencial explosivo de su integración política. Para que ello ocurriera, era necesario que un ‘estado cristiano’ guiara el proceso en su totalidad”* (Zanatta, 2005: 217).

Es precisamente en esta línea que Valsecchi termina afirmando que la organización de la sociedad en base a la corporación fue en el pasado y es, en ese momento, la solución a la crisis: *“hay que proclamar altamente que el Cristianismo -después de haber tenido las llaves de la salvación de la economía en la antigua época del régimen de la esclavitud, y luego en el régimen de la servidumbre, y después en el régimen corporativo de la Edad Media- tiene todavía, él solo las llaves resolutivas de la crisis de producción y distribución en el régimen económico actual del salariado”* (1941: 29).

Si bien las diferencias y los antagonismos entre ambas corrientes parecen claros y sus debates fueron públicos, las fronteras entre ellas muchas veces eran difusas, además de que cada una tampoco constituía un todo homogéneo y, en su interior, había una considerable gama de matices.

En líneas generales, podemos decir que la jerarquía eclesial, más allá de sus matices, dejó plasmado en la RSS su posición acerca de cuál era el papel de la Iglesia en la sociedad. Por un lado, presentarse como valuarte y contenido ético-moral para las relaciones sociales, en el marco de una sociedad en crisis, a la cual todas las esferas de la vida social debían subsumirse. Por otro lado, proponiendo como alternativa (restauradora) las organizaciones profesionales y el régimen corporativista. Asimismo, si había un consenso generalizado en las filas católicas, era sobre el reconocimiento del papel de la Iglesia como “mediadora” entre las clases, apuntando a la “buena voluntad” o llamando a la colaboración inter-clasista, principalmente frente al temor de la lucha de clases y una potencial revolución social.

Franceschi presenta un análisis de la coyuntura mundial de ese momento, señalando que *“la lucha de clases por un lado, la inmoralidad por otro, la desenfrenada*

competencia económica por fin, a lo que se suma todavía el odio entre las naciones, van preparando a través de crecientes sufrimientos e inquinas la revolución social que, iniciada en 1917 con el triunfo del bolchevismo en Rusia, está muy lejos de haber llegado a su término” (1937: 73).

De Andrea, con similar preocupación frente a una eventual revolución social, finaliza un discurso pronunciado en relación al trabajo a domicilio, con estas palabras: *“comienzan a causar alarma las actividades que despliegan agrupaciones de tendencias opuestas a las instituciones del país y los Poderes Públicos que se disponen a reprimirlas. ¡En horabuena! Pero tan necesario y urgente como eso es impedir las acciones de todos los explotadores del pueblo, sean ellos judíos o cristianos, extranjeros o argentinos, porque son ellos los principales causantes del malestar y el descontento, y por lo mismo, los más fatales perturbadores del orden y, llegado el caso, incubadores de la revolución social” (1939: 64).* De esta manera, De Andrea se lanza contra las organizaciones revolucionarias, frente a las cuales no duda en pedir su directa represión, pero también contra la falta de mesura de los patrones explotadores, y fiel a la encíclica *Rerum Novarum* llama a la moderación para evitar una revolución social. En última instancia, le solicita a los capitalistas “ceder algo”, para no llegar a “perderlo todo”. Termina su intervención instando a aunar voluntades: *“No nos preocupemos de donde venimos. Miremos solamente adonde vamos: a la conquista patriótica y cristiana del mayor bienestar del pueblo, base única y firme de la paz social” (1939: 64).*

A partir de estas afirmaciones, nos surge una pregunta que intentaremos desarrollar a continuación: ¿cómo es posible que desde el catolicismo se reconozcan los excesos del capitalismo, pero, por otra parte, se justifique la relación capital-trabajo? ¿En base a qué argumentos se legitima esta relación? Principalmente a la **naturalización e individualización de la propiedad privada y el trabajo asalariado.**

En este comunicado papal se vuelve a recordar y justificar la relación que hay entre el individuo y derecho natural a la propiedad privada desde la siguiente lógica: *“todo hombre, como ser viviente dotado de razón, de hecho recibe de la naturaleza el derecho fundamental de usar de los bienes materiales de la tierra, en tanto que se deja a la voluntad del hombre y a la estructura jurídica de las naciones el regular con mayores detalles la actuación de este derecho. Este derecho individual de ninguna manera puede ser suprimido, ni siquiera por otros derechos, evidentes e indiscutibles, sobre los bienes materiales. Sin duda alguna el orden natural, que proviene de Dios, también pide la*

propiedad privada y el libre comercio de los bienes, en forma de intercambio o don, lo mismo que la actuación del Estado como controlador de ambas instituciones. Empero esto permanece subordinado al fin natural de los bienes materiales y no cabe la emancipación del derecho primario y fundamental, que concede su uso a todos los hombres” (RSS, 1941¹⁰⁵: 47).

De esta manera, la Iglesia establece el carácter indiscutible, insuprimible y supremo del derecho a usar los bienes materiales de la tierra, aunque también naturaliza el derecho a la propiedad privada y el libre comercio como provenientes de un ser supremo, aunque aquí se lo presenta subordinado a este derecho primario. Esta aparente contradicción se resolverá por la manera en que cada individuo debe resolver el acceso a estos bienes, o sea, por medio del trabajo. El trabajo asalariado se concebirá impuesto al individuo por la naturaleza y no por relaciones histórico-sociales.

En esta misma línea de pensamiento, pero de manera más explícita, se sostiene que a partir de la encíclica *Rerum Novarum* se entiende que en “*el trabajo humano existen dos características esenciales: es personal y es necesario. Es personal porque se realiza mediante el ejercicio de las fuerzas personales del hombre; es necesario porque sin él nadie puede obtener lo que para vivir es indispensable; el hombre tiene la obligación natural, grave e individual de conservar su vida. Al deber personal del trabajo impuesto por la naturaleza corresponde y sigue el derecho natural de cada individuo de lograr, por el trabajo, los medios que aseguren su propia vida y la de sus hijos: tan profundo es el imperio de la naturaleza que ha sido ordenada para la preservación del hombre*” (RSS, 1941: 48). Por lo tanto, el desarrollo personal del ser humano, y por consiguiente, la riqueza económica de un pueblo¹⁰⁶ están garantizados por medio del trabajo asalariado, impuesto al individuo por la propia naturaleza y no por la sociedad. Pero como es un deber y derecho del pueblo organizar el trabajo, “*entonces corresponde al Estado el intervenir en el campo del trabajo y en la división y distribución del trabajo de acuerdo con la forma y medida que pide el bien común, debidamente entendido*” (RSS, 1941: 48).

¹⁰⁵ En conmemoración al 150° aniversario de la encíclica *Rerum Novarum*, se transcribe partes de un mensaje de Pío XII acerca de la vigencia de este documento de histórica trascendencia, donde se asientan los fundamentos de la Doctrina Social de la Iglesia.

¹⁰⁶ Para ver otro artículo de extracción católica, donde también se reconoce que el rendimiento del trabajo es el verdadero factor de progreso económico de una nación, donde además se reconoce la importancia de las medidas adoptadas por el gobierno en materia de defensa industrial, ver: Instituto Alejandro Bunge (RSS, 1944: 120-121).

La principal paradoja de este texto consiste en afirmar el derecho individual de todo hombre/mujer a los bienes de la tierra, pero siendo la sociedad, principalmente por medio del Estado, quien regule y legitime su funcionamiento. Por lo tanto, de cometerse injusticias en este terreno, es “la sociedad” la responsable de las mismas, ya que no garantiza un derecho “divinamente natural”.

La articulación entre este pensamiento doctrinario y la racionalidad capitalista radica en que el capitalismo no niega el derecho al acceso de los bienes materiales de la tierra, siempre que los que no cuentan con medios de producción estén dispuestos a vender su fuerza de trabajo. Y es esta venta de la fuerza de trabajo la que “bendice” el documento papal arriba mencionado, menudo favor a los sectores capitalistas.

A partir de la encíclica *Rerum Novarum*, tal como demostramos en el Capítulo I, se reconocen y aceptan las desigualdades sociales, producto de la división capital-trabajo, como hechos naturales, justificando las divisiones y jerarquías sociales como resultado de un orden natural, proveniente de la voluntad divina. Así se justifica la explotación de la fuerza de trabajo y la concentración del capital, como una relación de intercambio entre individuos libres e iguales.

En esta encíclica, se presenta un claro ejemplo de cómo la concentración de capital es entendida como una ley natural “invariable”, ajena a la voluntad de los seres humanos. Es precisamente en esta perspectiva que parece apoyarse la categoría de clase social en dos artículos de la RSS, que hacen expresa referencia a esta relación social.

“Pero ¿quién le da forma para el consumo a todas esas riquezas que la naturaleza nos brinda? Es la industria, por medio del trabajo de la dirección realizado por el patrón, y por medio del trabajo manual del obrero. El patrón representa la cabeza que prevé y dirige; el obrero la mano que ejecuta y forma. El uno es el capital y el otro el trabajo. Y así unidos marchan siempre juntos en los distintos grupos de la producción, pues, ‘no hay capital sin trabajo, ni trabajo sin capital’. El patrón y el obrero (...) trabajan y luchan juntos en una misma empresa, que contribuirá al engrandecimiento del país, satisfará una necesidad social, y ayudará al bienestar de la familia. La sociedad engloba los deseos de tantos individuos, que para contentar a todos, el patrón necesita de muchos obreros. Y así vemos que, al aumentar la producción, aumenta la demanda de mano de obra” (Torres Baksley y Ferrer Pirán Basualdo, 1937: 96-97).

Por medio de las encíclicas sociales y otros documentos del catolicismo, se colabora con la mistificación de la relación capital-trabajo, reconociendo su interdependencia no como resultado de la explotación del hombre por el hombre, sino

como colaboradores de un mismo emprendimiento que “engrandece a la patria y garantiza el bienestar de la familia”, uno de los pilares de la sociedad burguesa. Bajo el argumento de que el patrón industrial necesita de muchos obreros para contentar las necesidades y deseos de la población, se encubre la esencia misma del sistema capitalista, la cual es la valorización constante del capital, siendo el crecimiento de la tasa de plusvalía absoluta una de sus formas.

En otro artículo de la revista, la categoría de **clase social** es entendida como *“estado transitorio o provisorio, del cual puede salir el individuo, o grupos, o familias, para mejorar o descender. Este es un principio de libertad terrenal que está ligado íntimamente al esfuerzo personal y que se identifica como una recompensa a las dotes naturales de cada ser, que acrecienta sus resultados por la dignidad del trabajo. La familia, la sociedad y el Estado, en nuestros medios amparan y justifican esta situación, como así también el contenido o espíritu religioso cristiano católico que adoptó como herencia de máxima dignidad, toda latinoamérica”* (Bettinotti¹⁰⁷, 1940: 205).

En una primera instancia, parecería que la condición natural impuesta al individuo, y por lo tanto inmutable, que presentan las clases en el documento de Pío XII, no se condice con el argumento de la transitoriedad y estado provisional de ascenso y descenso social que argumenta Bettinotti. Sin embargo, aquí encontramos un principio central para la corriente tomista, de influyente peso en el catolicismo del siglo XX, donde se asentará este carácter de transitoriedad: **el principio de la libertad individual**. No habría posibilidad de ganar ningún reino celestial, ni sociedad terrenal que mejorar, si la **persona humana** estuviera determinada de una vez para siempre. Precisamente una de las condiciones que lo hace humano es su capacidad de elegir, su esfuerzo personal de autosuperación, y en última instancia, es la utilización de los dones naturales recibidos por cada uno (o no), justificándose aquí la tan mentada **“dignidad del trabajo”**.

Frente a la desigualdad real y el enfrentamiento entre las clases, se apela a la colaboración entre las mismas, con el fin “superior” del bienestar general y el engrandecimiento de la patria.

“Estas clases viven en una situación de interdependencia, y la lucha natural e igualitaria por la vida las puede unir espiritualmente y alejarlas de la estéril y anacrónica lucha de clases, haciendo posible una constante corriente de pasaje de ascenso o descenso de una a otra, de individuo o de familias, como síntoma del

¹⁰⁷ Profesor en la FCM-UBA y posteriormente en la ESS-MSA. Director de Lactarios en la Municipalidad de Buenos Aires.

dinamismo de una sociedad evolutiva y espiritualmente ascendente que dignifica la personalidad humana, unitaria y colectivamente” (Bettinotti, 1940: 204).

De esta manera, la manutención del orden social será justificada en nombre de la “paz social” y el mantenimiento del “equilibrio social”, mediante procesos combinados de disciplinamiento, moralización y colaboración entre las clases antagónicas, en un régimen social que no reconoce otro interés que la valorización del capital, pues, el costo de esta colaboración recae en las condiciones de vida de la clase trabajadora, dejando ya la represión para situaciones extremas.

Por eso, más allá de las diferencias dentro del seno del catolicismo entre el sector representado por Franceschi y De Andrea, éstas parecen minimizarse ante un enemigo común: la clase trabajadora organizada y que pelea por lo que le pertenece. Aquí encontramos un ejemplo, expresado en el plano de la institución eclesial, de las diferencias de métodos y programas que puede haber entre los sectores inter-burgueses. Sin embargo, su plena conciencia de pertenecer a una misma clase social, los hace minimizar las diferencias ante el peligro de que sus intereses burgueses se vean amenazados.

2.2 ¿Qué se le demanda al Estado?

El debate que se instala a principios de siglo XX entre los dirigentes políticos de los sectores dominantes del momento era qué hacer frente a la conflictividad social. Básicamente se presentaban dos alternativas: la lisa y llana represión o la intervención social con el objetivo de ampliar la base de legitimidad y, en parte, responder a las demandas sociales, relegando la represión a ocasiones particulares.

Alejandro Unsain¹⁰⁸ sostiene que lo que estaba en juego eran las funciones y naturaleza del Estado, su orientación y su misión. El debate se centraba en el papel que tenía que cumplir el Estado en el proceso de industrialización del país y el surgimiento de la organización obrera, si éste continuaría con una política “quietista” o represiva, o

¹⁰⁸ Dr. en Ciencias Económicas, por la Facultad de Ciencias Económicas-UBA. Docente ESS-MSA. Miembro del Consejo de Administración de la OIT, luego es designado por ésta, su corresponsal en Buenos Aires. Colaboró en la elaboración del proyecto de la Ley Nacional de Trabajo presentado por J. V. González (1904). Fue Jefe de Legislación del Departamento Nacional del Trabajo y posteriormente fue presidente interino de este organismo. Fue docente y director del Instituto de Política Social de la Facultad de Ciencias Económicas, UBA. También dictó clases en la Facultad de Derecho de la UBA y La Plata. Miembro de la Academia Nacional de Ciencias Morales y políticas.

pasaría a dirigir una política social. *“La política de no hacer nada encontraba su primer gran choque, en la realidad argentina, con la opuesta política de hacer algo. Algunos años antes, no muchos, grandes huelgas y no menos grandes convulsiones denunciaban la existencia de un malestar social. La policía actuaba y el Poder Ejecutivo, con honda preocupación, enviaba al parlamento su proyecto de ley nacional del trabajo (año 1904) reconociendo así plenamente la necesidad de la intervención legislativa en la cuestión social”* (Unsain, 1938: 82).

Es en ese momento con la consolidación del capitalismo monopólico imperialista como forma de organización de la economía a nivel mundial, que el Estado comenzará a asumir formas de intervención extraeconómicas por medio de políticas sociales, dando algún tipo de respuestas (fragmentadas, sectorizadas y parcializadas) a las legítimas demandas populares.

La intervención estatal no represiva se hace más imperiosa, precisamente, con la agudización de la lucha de clases de principios del siglo XX, ante el temor de la posible imitación de la experiencia de la Revolución Bolchevique en Rusia (1917), la primera experiencia obrera triunfante en el mundo. Éste será el “fantasma”, que perseguirá hasta fines del siglo XX a la burguesía internacional.

Recordemos que el pasaje del capitalismo competitivo al capitalismo monopólico se da en el contexto del avance del proceso de industrialización y urbanización, colocando a la relación capital-trabajo en el centro de la escena y demandando una intervención para aplacarla. Por otra parte, el capitalismo monopolista impone una nueva lógica: la búsqueda del crecimiento de las ganancias capitalistas a través del control de los mercados. Para alcanzar estos objetivos se requiere, entonces, de mecanismos económicos y extra-económicos. Éstos últimos se imbrican orgánicamente con las funciones económicas por medio de la redistribución de una parte de la producción social para dar respuesta a demandas sociales. Para lograr este cometido, el Estado realiza una intervención sistemática y estratégica sobre la “cuestión social” a través de las **políticas sociales**¹⁰⁹, privilegiando cambios y reformas parciales que dieran respuesta a alguna de las demandas populares y de este modo, asegurar el funcionamiento del sistema.

¹⁰⁹ Entendemos “la política social, como estrategia gubernamental de intervención en las relaciones sociales, sólo puede existir con el surgimiento de los movimientos populares del siglo XIX” (Vieira, 1999: 31).

La parcialización y fragmentación de la “cuestión social”, en múltiples “problemas”, son necesarias para que la intervención del Estado se traduzca en múltiples y específicos programas, que incorporen, en forma parcial y restringida, las demandas sociales de las cuales surgen y garanticen los niveles mínimos de consumo de la clase trabajadora. Entendemos, tal como explica Oliva, que el financiamiento público de las demandas colectivas¹¹⁰ es una conquista de la lucha de clase, que *“se pone de manifiesto en las formas en que el estado va cubriendo las necesidades disociadas del salario mediante la creación de formas de consumo no mercantilizadas”* (2007: 27).

Por las razones que desarrollamos más arriba es que el sistema necesita mecanismos “extra-económicos” para evitar que las deplorables condiciones de vida de la clase trabajadora atenten contra los intereses de las clases dominantes, permitan la disminución del nivel de conflictividad social y mantenga las condiciones fundamentales sobre las que se basa la sociedad capitalista. Sobre estos pilares, se asienta la necesidad de la intervención estatal en las refracciones de la “cuestión social”, por medio de políticas públicas de asistencia sanitaria, minoridad, justicia, educación, vivienda, legislación social, propuestas de cooperativas y mutualismo, entre otras iniciativas.

En el capitalismo monopolístico, estas políticas presentan un carácter sectorial, que atomiza la contradicción fundamental marcada por un proceso de deseconomización y deshistorización, y adjudica a la responsabilidad individual y psicológica los problemas sociales. Así, las políticas sociales tomaron un carácter fuertemente compensatorio, no dirigidas a asegurar derechos universales, sino como formas de regular la relación capital-trabajo, y formas indirectas de salario para permitir la reproducción de la fuerza de trabajo, así como la de legitimación del Estado y la moralización de las clases subalternas. Pero estas políticas también representan un espacio contradictorio, en tanto ocurre el encuadramiento de los trabajadores, como la lucha por sus derechos y el acceso real a recursos y servicios.

“No se trata aquí simplemente de la ‘socialización de los costos’ (...) El proceso es más amplio y preciso: sea por las contradicciones de fondo de la organización capitalista de la economía, sea por las contradicciones intermonopolios y entre los monopolios y el conjunto de la sociedad, el Estado -como instancia de la política económica del monopolio- es obligado no sólo a asegurar continuamente la reproducción y la manutención de la fuerza de trabajo, ocupada y excedente, sino que es forzado (y lo

¹¹⁰ Para ver el desarrollo del financiamiento público en materia de vivienda, servicios de salud y educación pública, en el período de fines del siglo XIX y principios del XX, ver: Oliva, (2005: 39-45).

hace principalmente mediante los sistemas de previsión y seguridad social) a regular su pertinencia a niveles determinados de consumo y su disponibilidad para la ocupación zafra, así como a instrumentalizar mecanismos generales que garanticen su movilización y asignación en función de las necesidades y proyectos del monopolio” (Netto, 1997: 16).

Los recursos económicos, que se “redistribuyen” de la extracción de la plusvalía excedente del trabajo socialmente producido, expresan contradictoriamente una conquista de la lucha de la clase trabajadora, una concesión por parte del “comité ejecutivo” de la burguesía y una “trampa”, en tanto estas prestaciones son siempre fragmentarias en relación a la cobertura de las necesidades sociales, legitiman el orden social y están a expensas de los vaivenes políticos. Sin embargo, mediante la intervención estatal, los sectores dominantes se presentan mistificadamente como el “Estado”, autoproclamándose garantes del “bien común”, y legitimando socialmente su intervención en nombre del deber cívico, los derechos del individuo, el bienestar general, o apelando a fundamentos evangélicos¹¹¹, y hasta incluso al legado de la experiencia colonial.

Unsain recuerda que la encíclica *Rerum Novarum* propone que “*el Estado intervenga, procurando mediante el conjunto de las leyes y de la administración pública, el mayor bien económico y moral del país, lo que necesariamente influye favorablemente en el bienestar de la clase trabajadora*” (1941: 6).

En continuidad con esta línea de reflexiones, se presenta otro documento institucional¹¹², donde se establece como función del Estado “*realizar el bien común, es decir, asegurar las condiciones justas de convivencia social y dejar que los grupos naturales autónomos (léase la familia, la sociedad civil, entre otros) sirvan conforme a su naturaleza, a la persona humana, y ayuden a ésta a cumplir, de manera más perfecta posible, su misión y destino sobre natural*” (RSS, 1943: 256-7). En estas conclusiones, se condena al Estado totalitario por negar y oprimir a la persona humana.

Estas afirmaciones implican que la “correcta” función del Estado es la de un administrador del bienestar general, la cual aparece desvinculada de sus funciones

¹¹¹ Por ejemplo, en el caso del establecimiento del descanso dominical¹¹¹, Unsain lo justificaba de la siguiente manera: “¿Cómo discutir la moral de un principio originado en las Sagradas Escrituras, convertido en imperativo en las viejas y sabias leyes de Indias vigentes en nuestra época colonial y rigurosamente cumplido en casi todas nuestras actividades de entonces?” (1938: 81). Cabe recordar que el “descanso dominical” fue una de las banderas de los Círculos Católicos de Obreros hasta que se consiguió su sanción en 1905.

¹¹² Resoluciones del I Seminario Interamericano de Estudios Sociales, organizado por la National Catholic Welfare Conference en 1942 en EE.UU.

económicas y políticas, y de los intereses de clase a los que responde, negando el antagonismo social intrínseco a la sociedad capitalista.

Pero esta idea del Estado como garante del “*bien común*” no sólo la impulsaban desde el catolicismo, sino que también los propios gobernantes la sostenían. En el mensaje presidencial, dado por R. Ortiz en la apertura de las sesiones parlamentarias, se puede leer: “*el Estado debe llevar su misión tuteladora hasta donde lo exija su deber primordial de procurar el bien común. Porque cuando el Estado abandona esta obligación ineludible, desaparece la armonía que rige el normal desenvolvimiento y la coordinación de todas las células del organismo social, y comienza el desequilibrio que genera problemas de todo orden, subvierte principios, malgasta actividad general, destruye energías y conduce a un régimen injusto y arbitrario que entorpece el progreso de la Nación*” (RSS, 1938: 69). La editorial de la RSS señala que las aspiraciones del mandatario están inspiradas “*en un hondo sentimiento de solidaridad social*” (1938: 67), entonces, la lógica de apelar a la voluntad común de patrones y obreros, unidos por el ideal de contribuir a la mayor felicidad de los individuos y de la colectividad, no es solamente un recurso del catolicismo. Parecería haber un consenso generalizado entre las voces de la revista, más allá de las diferentes perspectivas, respecto de que el Estado es el garante de mantener el “equilibrio” o “cohesión social” en la búsqueda del “bien común”, teniendo a la Asistencia Social como un instrumento adecuado para enfrentar esta tarea.

La recurrencia a buscar antecedentes de intervención en “lo social” en regímenes anteriores, para dar respuesta a la contemporánea conflictividad social, se reproduce en el análisis que se realiza de la incipiente legislación social.

La relevancia histórica que se le da a las Leyes o Códigos de Indias, entendidas como precedente de la legislación contemporánea, está presente en varios autores de la revista. Se admite como un antecedente poco reconocido, no obstante el aporte en la proyección de la Doctrina Social cristiana en la época del Coloniaje español en materia de “bienestar social” (Unsain, 1941; De la Riega, 1943). En otro artículo, que trata sobre la “cuestión obrera”, se reconoce el Código de Indias como un antecedente que ya “velaba” por el bienestar de los trabajadores (Torres Baksley y Ferrer Pirán Basualdo, 1937).

Es indudable que con la remisión a esta experiencia histórica legislativa, en parte, lo que buscan es recalcar el “humanismo” de la experiencia colonial española, asentada

sobre bases cristianas. Unsain es el que hace explícita esta posición, llegando incluso a cuestionar el silencio que se instaló entre la intelectualidad al respecto. Consideramos que esta postura puede ser entendida como parte de la corriente del **revisiónismo histórico hispanicista**, siendo uno de los factores ideológicos que dieron cuerpo al “mito de la nación católica”, tal como explicamos en el Capítulo I.

Como señala Oliva “*la cuestión de la legislación obrera ocupó un lugar importante en la formación de las primeras visitadoras y asistentes sociales. Ya sea, desde la óptica católica, bajo el fundamento de las Encíclicas o desde distintas propuestas partidarias, el tema estaba instalado socialmente*” (2007: 145), lo cual queda reflejado en las páginas de la RSS.

A partir de los objetivos propuestos en nuestra investigación, podemos afirmar que, desde el ideario católico, el hispanicismo cobra expresión en los fundamentos o referencias sobre los que se apoyaba parte de los docentes de la ESS-MSA, para justificar la importancia de la intervención social y su legislación.

Diversos docentes y referentes del mundo de las instituciones que intervienen en la “cuestión social” presentan extensos artículos referidos a la economía política y el recorrido de la legislación social en el país, describiendo las preocupantes condiciones de vida de la clase trabajadora (Unsain, 1938; De la Riega, 1943; Valsecchi, 1941). Sin embargo, utilizan como referencial, en sus producciones, documentos de la Iglesia (principalmente, *Rerum Novarum*, y en menor lugar, *Quadragesimo Anno*) y de diversos representantes del movimiento católico, para dar cuenta del papel del Estado en la sociedad, la relación entre las clases y proponer alternativas de cambio social, siguiendo los preceptos de la Doctrina Social de la Iglesia.

Los que queremos resaltar es que estos docentes tenían a su cargo materias teórico-políticas, desde donde difundían esta concepción del mundo. Sus artículos publicados en la RSS reflejan, en gran medida, sus posicionamientos sobre los contenidos curriculares de las asignaturas que dictaban. Por ejemplo, la materia “Economía política”¹¹³ estaba a cargo de Tomás Amadeo, Rómulo Amadeo, y luego se sumará, Francisco Valsecchi. Esto es, el plantel docente estaba compuesto por dos cuadros dirigenciales de la Acción Católica Argentina y por un tercero, nada menos, el presidente del MSA de nuestro período, que evidentemente comulgaba con estas ideas.

¹¹³ Esta materia fue cambiando de nombre con las modificaciones del plan de estudios. En un principio se denominó “Economía Política y Social” (1930), luego “Elementos de Economía política” (1938). Pero su titular continuó siendo T. Amadeo.

“Examínese atentamente la legislación social de los países que mediante sus leyes y sus instituciones oficiales y privadas han producido una dosis de mayor bienestar a sus habitantes y se convendrá en que sus mejores leyes no son sino prolongaciones prácticas del ideario de la Encíclica [Rerum Novarum]” (Unsain, 1941: 6).

Sin embargo, con esto reconoce las conquistas que la clase trabajadora ha obtenido, en parte, según él, como producto de la organización de los trabajadores: *“Esa legislación no ha sido solo espontánea, ni como producto del afán generoso de algún legislador o legisladores. Ha llegado a impulsos y en brazos de un movimiento obrero a veces organizado, otras veces no, que se ha encauzado precisamente en forma paralela al progreso de nuestra legislación”*. Para agregar luego, *“Es lamentable que haya sido así. Porque los primeros comienzos de actividad obrera, fueron precedidos en el mundo por dos voces: El Manifiesto Comunista de Marx y la Encíclica Rerum Novarum de León XIII”* (De la Riega¹¹⁴, 1943:116).

Por otra parte, De la Riega rescata un concepto que tendrá una enorme trascendencia en la historia política de la región y también del Trabajo Social: la idea de **“pueblo”**, apoyándose para esto en los aportes de J. Maritain¹¹⁵.

“Si es cierto que Marx absorbió la idea de pueblo para reducirlo en la de proletario, no es menos cierto que éste es en última instancia el pueblo en su sentido lato (...) No se olvide por último, para quienes aplican la Asistencia Social con sentimiento cristiano, que la idea de pueblo tiene bases igualmente cristianas. Las turbas de quienes Cristo se compadecía son las masas en el vocabulario profano” (1943: 167).

Es interesante señalar que la idea de “pueblo” viene de alguna manera a reemplazar a la de obrero/ proletario, que pasa a ser sólo una parte de éste, negando así el papel diferencial que tiene el proletariado industrial en la sociedad como parte de la clase trabajadora, ya que es el productor de la riqueza social y el actor principal, capaz de emancipar a la sociedad de la explotación capitalista. El concepto de pueblo, si bien puede retomarse de la tradición religiosa, adquirirá densidad política en la medida que el nacionalismo populista lo presenta como sujeto histórico, entendido como la abrumadora

¹¹⁴ En este docente abundan las referencias de matriz católica para explicar los principios doctrinarios de la “Asistencia Social en la industria”, cuyo nombre fue el seminario que dictó en 1943. Reconoce como referente, en materia de doctrina económica, a C. Gide y utiliza como referencia a J. Maritain, M. Unamuno, también los locales Franceschi, Valsecchi, Sepich, Alejandro Bunge, además de por supuesto las encíclicas *Rerum Novarum* y *Quadragesimo Anno*.

¹¹⁵ Filósofo francés (1882-1973), considerado uno de los máximos exponentes del neotomismo en el siglo XX. Maritain centró su esfuerzo en contraponer al *humanismo antropocéntrico* un *humanismo cristiano*, que define como *integral* o *teocéntrico*, el cual tiene la tarea de reconstruir una “nueva cristiandad” y defender una plena realización del “hombre” y de “lo humano” dentro de un marco de principios cristianos, como por ejemplo, “la dignidad de la persona humana” y el “bien común”.

mayoría de la población, quedando analíticamente en una dimensión desdibujada las diferencias de clases.

Retomando la preocupación por la “cuestión social”, desde el catolicismo, más allá de sus diferencias internas, bregará abierta e institucionalmente, a partir de mediados de la década del treinta, por impulsar reformas sociales que objetivan sus preocupaciones centrales en materia social¹¹⁶ y se ven reflejadas en diversos artículos de RSS.

Los “problemas sociales”, que más preocupaban o concentraban la atención pública en ese momento, tenían una estrecha relación con la reproducción de la fuerza de trabajo actual o futura. Algunos de ellos eran: la **criminalidad**, delincuencia y mendicidad; la delincuencia, abandono y trabajo de **menores**; las **enfermedades** infecto-contagiosas ligadas a las condiciones de vida de la clase trabajadora (TBC, lepra, enfermedades de transmisión sexual), enfermedades que disminuían la posibilidad de volver a trabajar (la ceguera, las enfermedades crónicas como el cáncer, problemas cardíacos); adicciones (alcoholismo); la invalidez; **problemas de nutrición y alimentación**; problemas de **vivienda**, problemas de hacinamiento, promiscuidad; problemas **demográficos** (despoblación, caída de la tasa de natalidad, incremento de la tasa de mortalidad, inmigraciones externas -necesidad de la identidad nacional-, inmigraciones internas -éxodo del campo a la ciudad-); las **condiciones de trabajo** de niños, mujeres y trabajadores en general en las fábricas y la **desocupación**, entre otros.

Para dar cuenta de los “problemas sociales” y las posibles respuestas que proponían desde el catolicismo, nos parece ilustrativa la publicación de la OIT del primer trimestre de 1937, donde se consigna información sobre la Argentina. “*Un grupo de damas católicas ha presentado al poder ejecutivo, una memoria en la que proponen las reformas más urgentes a efectuar en vistas de las necesidades del país*”. Las siguientes propuestas ilustran cabalmente las preocupaciones del catolicismo en materia de “cuestión social”, donde se insta a dar:

- “*Vigoroso impulso a la política de la vivienda barata.*”
- *Control severo de los salarios de las que trabajan a domicilio.*
- *Extensión del salario mínimo al trabajador individual.*
- *Salario familiar.*
- *Programa de colonización rural, que facilite el acceso del cultivador a la tierra.*
- *Plan de enseñanza de las profesiones y oficios útiles al país, reforzando la educación moral y social de los futuros ciudadanos.*

¹¹⁶ Para conocer un racconto de las iniciativas y proyectos presentados por representantes católicos desde principio de siglo XX hasta la década del '40 en Argentina, ver: Ghirardi (1983: 55).

- Invitar al senado a sancionar la ley del año 1934 sobre el pago de mensualidades de los inmuebles comprados con crédito.
- Creación en todas las provincias de una red de sanatorios contra la tuberculosis.
- Leyes severas castigando a los acaparadores de artículos de primera necesidad.
- Se ha presentado en la Legislatura de la provincia de Buenos Aires, un proyecto de ley tendiente a establecer un sistema de pensiones a la vejez.
- Se reglamenta en la provincia de Santa Fe, el descanso hebdomadario [semanal] de los chauffeurs [choferes] particulares.” (RSS, 1937: 41).

En este sentido, la Junta Central de la Acción Católica Argentina editó una compilación de leyes, decretos y resoluciones en materia laboral, titulada “Legislación Nacional del Trabajo”¹¹⁷.

La carta Pastoral del Episcopado Argentino¹¹⁸ también expresó su preocupación por la desocupación, el salario obrero y la crisis social del país, reclamando a las autoridades nacionales las reformas necesarias -entre ellas, el salario familiar- para enfrentar esta situación.

Desde está lógica de apelación a la colaboración de clases, es que algunos estudiantes de la ESS-MSA plasman, en sus artículos, el pedido de cooperación o de “coherencia ética-moral” a la burguesía local.

La estudiante Susana Girard arremete contra las “contradicciones” de la clase dominante vernácula que se dedica a la beneficencia: “*no es admisible que personas pertenecientes a sociedades de beneficencia -y haciendo ostentación de sus generosos donativos- estén llenando asilos con niños de inquilinatos que les pertenecen, o con los hijos de los chacareros que oprimen, sin querer pesar su responsabilidad. Se ocupan de cuidar a los enfermos, pero no han pensado en evitar que enfermen quienes pagan un alquiler excesivo por una vivienda malsana*” (RSS, 1939: 187). Situación similar ya ha señalado Oliva (2005: 163), cuando el estudiante Luis Bártolo se acerca, en el marco de sus prácticas, a solicitarle a un patrón industrial un salario familiar para un obrero en particular, basándose en los principios de *Rerum Novarum* (RSS, 1941).

Ambos casos son expresiones de una crítica romántica al capitalismo. Mientras que en el primero se reconoce la “hipocresía” de los sectores burgueses que explotan a los trabajadores y hacen con sus hijos beneficencia, apelando a la “responsabilidad” de

¹¹⁷ Acerca de la relevancia de este documento se afirma: “*el trabajador social necesita continuamente consultar la legislación del país, para poder así defender los derechos, y muchas veces también, imponer deberes, a quienes asiste*” (RSS, 1939: 209).

¹¹⁸ Titulada: “La desocupación y los salarios”. Este documento puede leerse en: RSS (1940: 226-228).

estos sectores amén de perder ganancias; en el segundo, se reconocen las deficientes condiciones de vida de un trabajador y se apela a la “buena voluntad” de su patrón, para que éstas sean mejoradas.

Un representante del movimiento católico, que tuvo una destacada participación en la temática de las condiciones laborales del trabajo a domicilio, es monseñor De Andrea. Su intervención versó sobre la campaña para el aumento del salario de las costureras a domicilio, las negociaciones en paritarias de este sector y el reclamo de aumento de inspectores que controlen esta industria. Pero más allá de todos estos reclamos, deja muy en claro su posicionamiento político y su caracterización de los responsables gubernamentales: *“No somos revolucionarios sino para alzarnos contra todo lo que está incubando la revolución. Somos, en este caso, colaboradores de una dependencia del Estado a la cual ojalá se la invistiera de mayor autonomía, eficiencia y autoridad: del Departamento Nacional de Trabajo”* (De Andrea, 1939: 63)¹¹⁹. Asimismo, con anterioridad había reconocido al presidente de dicho Departamento, E. Pellet Lastra, los esfuerzos realizados al respecto.

La necesidad y función del salario familiar fue todo un eje de intervención del movimiento católico del período. Las asistentes sociales Torres Baksley¹²⁰ y Ferrer Pirán Basualdo¹²¹ (1937) escriben sobre su importancia, basándose en los lineamientos del Código Social de Malinas, las encíclicas *Rerum Novarum*, *Quadragesimo Anno*, y boletines de la Acción Católica. Para argumentar su valor describen las experiencias de las Cajas de Compensación de Francia, Bélgica e Italia. Luego detallan los proyectos presentados por el diputado católico J. Cafferata en 1937 y por R. Lencinas en 1935, sobre subsidio familiar para los empleados y obreros del Estado, en el país. Las autoras puntualizan, en base a las definiciones de Fallon, el carácter del salario familiar, entendiéndolo como el salario suficiente para el sostenimiento de una familia, fijado según su composición (relativo) o según las necesidades de una familia tipo (absoluto); y diferenciándolo del subsidio familiar, entendido como una ayuda aportada al jefe de familia en razón de los hijos que tiene¹²².

¹¹⁹ Transcripción de un discurso pronunciado en la “Casa de la empleada” en mayo de 1939.

¹²⁰ Vocal de la liga de la Juventud Femenina Católica Argentina. Información extraída del *Anuario Católico* (Acción Católica Argentina, 1932). En 1944, la RSS informa que se encontraba actuando en la Comisión Nacional de Ayuda Escolar de Capital Federal.

¹²¹ En 1944, la RSS informa que se encontraba actuando en la Defensoría de Menores.

¹²² Continuando con esta distinción, señalan que, para el primero, se debe tener en cuenta las riquezas generales del país, y es por esta razón que los países europeos optan por el subsidio familiar en base a las Cajas de Compensación, remitiéndose a la crisis mundial que golpea al mundo. Teniendo en cuenta este contexto, argumentan que la misma crisis no permite la implementación del salario familiar, ya que no

A su vez, sobre esta misma temática, se puede encontrar un racconto de un artículo de Valsecchi¹²³. Allí argumenta que la idea del salario familiar tiene sus fundamentos en la Doctrina Social cristiana; sus raíces, en las encíclicas *Rerum Novarum* y *Quadragesimo Anno*, y sus primeros antecedentes a cargo de los industriales católicos franceses, E. Ramanet (1918) y L. Harmel (1891). Luego explica las tendencias del sistema adoptado, agrupándolos en cuatro categorías según su carácter: estatales, patronal, de seguro social o de solidaridad nacional (1940: 152-153). Concluye sosteniendo la necesidad de extender e intensificar en el país este tipo de legislación social.

Sin embargo, estas preocupaciones parecen estar en “sintonía” con los planteos del gobierno e incluso de la oposición “socialista liberal”, frente al recrudecimiento de la lucha de clases. A modo de ejemplo, es llamativo como en su discurso R. Ortiz (RSS, 1938) parece llamar a la creación de leyes y reformas que enfrenten estos problemas, muchos de los cuales también demandaba la Iglesia. Así como Alfredo Palacios, primer diputado socialista de América Latina y principal figura de su partido, reconocía, en el Congreso, el trabajo realizado por monseñor De Andrea para que la ley sobre el trabajo a domicilio de las costureras textiles sea una realidad, justamente en el momento de votarse dicha ley que reglamentaba y regulaba esta actividad (RSS, 1941: 189). También coincidían en la promoción del fomento de la natalidad¹²⁴, de hecho Palacios presentó un proyecto de ley al respecto (RSS, 1939:109).

Otro muestra de trabajo mancomunado lo encontramos en la participación del comité organizador de la “Campaña Social” del MSA (1938), entre los que se encontraban Palacios y De Andrea. En la inauguración oficial de la Campaña, “*el senador Palacios en su discurso hizo elogio del Museo por su defensa del valor humano y su llamado a la juventud para la gran cruzada conceptos en los que coincidió con Monseñor Miguel de Andrea*” (Pelosi, 2000: 221).

La legislación social y laboral fue un punto de encuentro asiduo entre católicos y socialistas reformistas con proyectos de casas baratas para obreros, el descanso

todas las industrias lo podrían afrontar en el país. Proponen el subsidio familiar como en Europa, reconociendo que los proyectos locales presentados no tienen la amplitud de éstos porque sólo se ocupan de un sector de la clase obrera.

¹²³ Publicado en el *Boletín de la Acción Católica* en el año 1940, titulado “Los albores de la legislación sobre las asignaciones familiares” (RSS, 1940: 152).

¹²⁴ Para graficar esta posición en el marco mundial, ver: II Congreso “La madre en el hogar; obrera del progreso del mundo” (RSS, 1937: 169-170)

dominical, el Código Laboral, la creación del Departamento Nacional de Trabajo, etc. (Pelosi, 2000: 22-23)¹²⁵.

Sumariando lo desarrollado hasta aquí, podemos afirmar que desde el ideario católico hegemónico del momento, basado principalmente en las encíclicas sociales, se buscaba el reestablecimiento de un Estado con rasgos teocráticos, que reduzca su autonomía a la influencia eclesiástica. En tanto el papel de la Iglesia en la sociedad era el de guía y conductora espiritual, ya que era la poseedora exclusiva de la verdad absoluta y de una moral que iluminaba todos los campos de la acción humana.

Sin embargo, de este recorrido realizado acerca la caracterización del Estado y las relaciones sociales que se plasman en la RSS, que seleccionamos de manera intencionada a los fines de este trabajo, no se desprende, ni podemos afirmar que sean las únicas referencias ni carezcan de imbrincamiento con otras posiciones, como tampoco que todas ellas correspondan unívocamente al pensamiento católico; esto sería un reduccionismo y negaría la complejidad del pensamiento social de la época. Mas estamos en condiciones de afirmar que el pensamiento de la Iglesia tenía una presencia significativa en la ESS a la hora de suministrar elementos para los fundamentos económicos, políticos y sociales sobre la comprensión de la realidad.

Como plantea Netto (2002), el pensamiento de la Iglesia realizó un raptó ideológico del positivismo, siendo parte del elenco de las ideas dominantes para explicar la realidad en el período 1930-1945. De esta manera se conjugan y entrecruzan referencias positivistas y argumentos doctrinarios, como se ha analizado con anterioridad, confluyendo en que el Estado es el garante del “bien común” y del mantenimiento del “equilibrio social”, y atiende los diversos intereses de sus miembros para la “cohesión de la nación”.

La concepción de Estado, desde las ideas dominantes del momento, se presenta como sinónimo del conjunto de la colectividad o sociedad, del cual “todos son parte”. En apariencia, el Estado surge como mediador y amortiguador de los conflictos sociales, investido de un carácter neutro y por encima de los intereses de clase.

¹²⁵ Otro ejemplo, en el plano de la política internacional, lo podemos encontrar cuando en 1917 los parlamentarios del PS abandonaron el principio de neutralidad con respecto a la Primera Guerra Mundial y votaron la propuesta de los conservadores de romper relaciones con Alemania.

Todos esto demuestra el carácter limitado del socialismo liberal, su “*alejamiento de toda práctica revolucionaria y su mayor acercamiento a los postulados del reformismo; reformismo que encuentra sus ‘límites’ dentro del mismo marco del estado burgués, y que tanto [Juan B.] Justo como la mayoría de la dirección del partido Socialista, nunca se propusieron realmente sobrepasar. Es comprensible, por lo tanto, que toda su agitación y accionar se quedasen dentro de las consignas del programa mínimo*” (Camarero y Schneider, 1991:25).

A partir de esta común mistificación ideológica, se niega que el Estado moderno sea el “comité ejecutivo de la burguesía”, el cual garantiza la protección de la propiedad privada y la perpetuación de la división entre las clases sociales, más allá de que en este espacio se exprese y condense la correlación de fuerzas inmanentes a la lucha de clase.

Es decir, el Estado es presentado como una institución deseconomizada y despolitizada, que tiene que velar por la armonía social, entendida como el normal funcionamiento del cuerpo u organismo social, compuesto de diferentes células o miembros. A partir de esta homologación de la sociedad a un organismo natural, se legitiman y naturalizan las desigualdades de las relaciones sociales y la propiedad privada. En el ideario católico, este orden natural se explica como un designio divino que no puede ser alterado, dejando a criterio de los hombres (o sea de la clase dominante detentora de la concentración de los medios de producción, la burguesía) su regulación, aunque de manera contradictoria se recalca el derecho de todo individuo a usar los bienes materiales de la tierra.

En una clara posición del tipo “tercera vía católica”, la Iglesia en su conjunto y a través de sus organizaciones, se alineó contra el liberalismo económico dominante, que “empujaba” a las masas obreras a tomar las banderas del socialismo y comunismo. En nombre de un “nuevo orden” social corporativo, sin cuestionar los pilares materiales fundamentales del capitalismo, llamó a integrar a las diferentes clases sociales en el seno de una estructura compuesta por colectivos, profesionales o corporaciones; ésta era considerada la única vía puramente argentina. Lo paradójico de este reformismo “restaurador” es que se fundió con el nacionalismo, lo que contribuyó a la crítica de la dependencia económica argentina (Zanatta, 2005).

2.3 La familia en el sistema capitalista

Si había un consenso generalizado acerca de la intervención de las políticas sociales en el arco del “reformismo social”, éste giraba en torno a la necesidad de consolidar la **familia** como **núcleo básico de la sociedad**. Como se comprendía que gran parte de las expresiones de la “cuestión social” repercutían directamente en la producción-reproducción de las relaciones sociales, la familia se presentaba como una institución fundamental a “fortalecer”, para enfrentar dichas expresiones. Encubriéndola con un carácter natural y ahistórico, es presentada como la forma de organización donde

todos los individuos son llamados a transcurrir su existencia.

“La familia es una agrupación natural. Por ella el hombre nace, goza, sufre y muere. Es una institución universal. Y a pesar de las distintas fases que ha sufrido en su estructura -con el correr del tiempo-, ha continuado siendo y será, la célula de la sociedad” (Torres Blaksley, Ferrer Pirán Basualto, 1937: 88).

Por supuesto, más allá de esta pretendida naturalidad como de su carácter transhistórico, su devenir histórico demuestra que responde a intereses y necesidades materiales, históricas y concretas.

Si bien la familia patriarcal no es una creación propia del capitalismo, éste tuvo la capacidad de incorporarla, subsumiéndola como una forma anterior de dominación y resignificándola en una nueva totalidad. Desde el *nuevo tipo de familia* capitalista, se garantiza la reproducción de la vida cotidiana, mediante la reproducción de la fuerza de trabajo en un doble sentido: con la realización del trabajo doméstico¹²⁶ y el aporte de nuevos contingentes de mano de obra (bajo el cuidado de la niñez y la continuidad de la procreación de la especie humana).

La división del trabajo social por género¹²⁷, donde la mujer es la encargada de la realización del trabajo doméstico no pago en el ámbito privado, es la base material de la opresión de la mujer en la sociedad capitalista, porque en este ámbito ella carece de independencia económica, además de cargar con una enorme opresión cultural. Éste es el pilar por el cual se mantiene vivo el patriarcado (aun siendo muy anterior al capitalismo), sosteniendo a la familia como institución garante de la resolución en la esfera privada¹²⁸ de la reproducción cotidiana de la vida, la cual constituye uno de los sostenes del sistema capitalista. De esta manera se traslada y responsabiliza al ámbito privado (familiar) de los efectos ocasionados por un régimen de desigualdad y explotación.

La función económica de la familia en el capitalismo es justamente el abaratamiento -mediante el trabajo doméstico no pagado- de la reproducción de la vida cotidiana, es decir, de la fuerza de trabajo, tanto adulta como futura. Esta contribución se debe a que la fuerza de trabajo, como cualquier otra mercancía, tiene como precio el

¹²⁶ El trabajo doméstico, en tanto reproducción de la fuerza de trabajo en el seno de la familia, es considerado en la lógica del capital como un “no trabajo”, porque está totalmente aislado de la “producción social”; es una producción para el autoconsumo y por lo tanto, sólo produce valores de uso y no entra en la esfera de las mercancías, presentándose como un *servicio privado*, personal, que presta la ama de casa. Para un detalle más exhaustivo, ver: Artous (1982: 34- 46).

¹²⁷ Para la profundizar sobre el sistema sexo-género, ver: Rubin (1998) y Grassi (1989).

¹²⁸ Uno de los rasgos centrales de la familia capitalista implica el reconocimiento de la separación entre “vida privada” (familiar) y “vida pública” (la de la producción y la política), distinción fundamental en las sociedades modernas liberales.

valor necesario para su reposición. Si la recuperación de la fuerza de trabajo (alimentación, descanso) se da mediante el trabajo doméstico gratuito, estos servicios les resultan más baratos a los capitalistas, que si tuvieran que pagar un salario correspondiente a los trabajadores que tengan que recurrir al mercado para su autoreproducción.

Pero además de garantizar la reproducción gratuita de la mano de obra, el capitalismo reproduce, mediante la institución familiar, las desigualdades sociales, a través de la transmisión de la herencia como mecanismo de acumulación de riquezas en su propia clase. Así, se presenta a la familia como el último reducto de defensa de la propiedad privada.

“Es en la familia donde la nación encuentra la raigambre natural y fecunda de su grandeza y de su poder. Si la propiedad privada ha de procurar el bien de la familia, todas las normas públicas, y especialmente aquellas con que el Estado regula su profesión, no sólo deben hacer posible y preservar esta función dentro del orden natural -bajo ciertos aspectos superiores a todas las otras- sino también perfeccionarla cada vez más” (Pío XII, 1941: 48).

Sin embargo, la institución familiar brinda otro invaluable servicio al mantenimiento del orden vigente: la reproducción ideológica de los valores de la sociedad de clases, mediante el disciplinamiento de las nuevas generaciones. Aquí se reproducen y se naturalizan las relaciones de opresión del sistema, entre las cuales se encuentra la imprescindible heteronormatividad y la maternidad compulsiva.

No hay dudas del reconocimiento, en todos los planos, a esta institución: *“el espíritu de la familia estimula la actividad económica, al mismo tiempo que la eleva por un ideal de sacrificio”* (Fallon apud Torres Blaksley y Ferrer Pirán Basualdo, 1937: 89). El hombre se sacrificará por el sostenimiento económico de su familia, mientras que la mujer velará por su cuidado.

Si bien la familia fue transformándose a lo largo de la historia desde la aparición de la propiedad privada y el desarrollo de las clases sociales, su razón de ser continúa vigente. Sin embargo, es el capitalismo la primera forma de organización social que logra independizar la producción de las relaciones de parentesco, manteniendo por fuera de la producción mercantil la reproducción de la vida cotidiana en el sentido antes desarrollado.

Con la experiencia de la Revolución Industrial, donde se produjo el ingreso de

inmensos contingentes de niños y mujeres a la fábricas, y las revueltas del siglo XIX, entre las que se destaca, como dijimos en el Capítulo I, la Comuna de París, la burguesía emprende la política de moralización y “familiarización” de la clase obrera en torno a la cuestión del hábitat popular, que no puede ser separado del *hogar*, considerando a la mujer como garante de la estabilidad de la vida familiar¹²⁹. La burguesía en decadencia ideológica comprendió la importancia de las mujeres en la reproducción de la vida cotidiana, y emprendió una “cruzada” para devolver a la mujer a su ámbito “natural” y recrear la vida familiar estable de la clase trabajadora.

“Evidentemente es la mujer, con su destino natural de dar vida, de cuidarla y desarrollarla, sea en sus propios hijos o en los hijos desvalidos de su pueblo, quien mejor se presta para ejercer esa influencia educativa, formativa, esa intervención creadora de nueva vida” (Peerenboom, 1938: 234).

Dado el estatuto otorgado a la mujer en el capitalismo, como “especialista” en tareas domésticas, su inserción en el mundo del trabajo también está signado por su “ser mujer”, constituyendo mano de obra menos calificada, cargando con tasas de desocupación mayores, considerando su salario como de apoyo o complementario e insertándose masivamente en los llamados empleos “femeninos”. A ello podemos sumarle que sobre las mujeres recaen los mayores índices de trabajo informal y peores remuneraciones.

Por todo esto, entendemos con Artous, que *“el proceso de reclusión en las tareas domésticas del hogar y la especialización de la mujer en este tipo de trabajo tiene pues por corolario no forzosamente la exclusión total de las mujeres en la producción, sino la desvalorización total del trabajo que ellas efectúan. Lo que determinará a partir de entonces principalmente el estatuto de la mujer es el lugar que ocupa en el trabajo doméstico”* (1982: 19). Entonces la función social de la mujer deviene, principalmente, la de ser madre, especializada en la esfera de la reproducción y de las tareas domésticas, como un campo aislado de las demás relaciones sociales.

En esta empresa, Iglesia y burguesía confluirán en sus intereses para difundir la función social de la familia, la mujer-madre y la propiedad privada como principios naturales e inviolables. Una vez más, la Iglesia¹³⁰ demuestra los útiles servicios que

¹²⁹ Para un análisis de las políticas emprendidas para reforzar el mantenimiento y disciplinamiento de la familia obrera, ver: Donzelot (1998).

¹³⁰ Es precisamente en esta dirección que los católicos apuntaban a la necesidad de la vivienda obrera o popular: *“todo lo que sea afirmar, proteger y fortalecer la familia, es trabajar por el orden social, por la seguridad pública, por el mejoramiento de la raza y por la grandeza de la Nación”* (Cafferata apud Pagés, 1939: 172).

puede prestar al capital, en la difusión de la ideología que preserva el orden burgués y sus instituciones. En la tarea de la **defensa y promoción de la familia burguesa** convergerá todo el espectro reformista, desde los sectores más retrógrados hasta los más progresistas.

Entre las demandas sociales principales, requeridas al Servicio Social, se ubica el contribuir a la conformación y consolidación de la institución familiar entre la clase obrera. Es imposible desconocer esta demanda, colocada socialmente, a una profesión que está llamada a reproducir las relaciones sociales e intervenir en las refracciones de la “cuestión social”, vía la ejecución terminal de políticas sociales. Como profesión eminentemente “femenina” y con un determinado origen de clase, se reproducirá, en ella, similares tareas que desempeña la mujer en el ámbito privado, pero desde la esfera pública. Así lo explica Ernestina Vila¹³¹: *“la mujer que trabaja, como casi siempre lo hace por motivos de necesidad, carece del tiempo suficiente para preocuparse del bienestar de los otros seres humanos que no sean los de su familia, pero las que hemos tenido la suerte de tener un hogar verdadero en su amplio sentido moral, espiritual y material, tenemos el deber de dar a los demás, traducido en una forma inteligente y adaptada a las necesidades de la época, todo eso que hemos recibido sin haber hecho nada para merecerlo (...) es necesario hacer dando el ejemplo y aceptando la responsabilidad social que nos marca la hora”* (RSS, 1943: 304-305).

De esta manera, las mujeres de los sectores medios, de “buen corazón” y formadas técnicamente, tenían como una de sus misiones centrales educar a otras mujeres¹³², por ejemplo, en economía doméstica, la importancia del ahorro, el valor y cuidado del **hogar** y la **familia**, en otras palabras, sobre *“el sentido de la misión femenina en el mundo cristiano de hoy y de siempre”* (Maiorana, 1940: 185).

Sin embargo, desde la ESS-MSA la función social de la familia no se entendía y difundía solamente, como la unidad básica o célula de la sociedad¹³³. Para ser más precisos, podemos citar un lema que tuvo una importante recepción en la ESS: **“Dios,**

¹³¹ Secretaria de la ESS-MSA. Ocupó el cargo de presidenta de la “Comisión de Salario para la industria” del Departamento Nacional del Trabajo. En 1939 se la vuelve a designar presidenta de la “Comisión de salarios mínimos de la Ley 10.505” para la industria de confecciones en general. Vila, antes de ocupar su cargo en el MSA, contaba con el antecedente de ser la fundadora y organizadora de la Sección “Trabajo” en la católica “Asociación El Centavo”.

¹³² Ver Grassi (1989) sobre la mujer como objeto y sujeto de la intervención.

¹³³ Podemos cotejar esto en la reproducción de un artículo firmado por Franceschi publicado originalmente en la revista *Criterio*, a partir del cual se afirma: *“reproducimos los párrafos finales de este artículo, porque ellos refuerzan magistralmente los conceptos sobre la familia que informan las enseñanzas de nuestra Escuela”* (RSS, 1943: 276).

Patria y Hogar”¹³⁴, demostrado como *“una verdad que está en la moral misma del Servicio Social (...) ‘Hogar’, que para nuestros alumnos se traduce en la estabilidad y en la cohesión de la familia como núcleo de la vida social organizada, pero libre, había sido el tema de todas las lecciones recibidas y mantener a esa familia, haciendo vivir a sus componentes como personas humanas, la finalidad última del Servicio Social. ‘Dios’ está en la moral profesional que la Escuela enseña: Vocación sin creencia, no es vocación. Y si esas dos palabras, necesarias para la vida de los individuos y de la sociedad se habrían adentrado en el alma de nuestros alumnos y egresados, algo les faltaba todavía y ese algo era la bandera de la Patria a la que iban a consagrar sus desvelos”* (RSS, 1940: 83).

De alguna manera, podemos pensar que el proyecto de la “nueva cristiandad” adquirió cierta objetivación bajo este lema en la ESS-MSA. Justamente este lema, que condensa todo un programa político burgués conservador, será reivindicado incansablemente por los sectores católicos nacionalistas de ultra derecha de los años venideros.

2.4 La necesidad de colaboración y articulación entre organizaciones de asistencia público-privadas.

Con el crecimiento de las organizaciones que intervenían en las refracciones de la “cuestión social” a partir de la década del veinte, gobierno nacional, municipal, la Iglesia, la Sociedad de Beneficencia y otros tipos de asociaciones privadas, comienza a cuestionarse la superposición de instituciones y recursos que intervenían con una misma familia o persona, dando lugar al “abuso de la asistencia” por parte de gente que recibía dobles o triples ayudas. Pero en nombre de la eficiencia y el tratamiento, se plantea que *“de más importancia es la imposibilidad de formar un correcto diagnóstico social sobre una familia, si dos, tres o más entidades prestan sus servicios en la misma familia, sin saber una de las actividades de la otra. Y si no existe un diagnóstico exacto, no puede*

¹³⁴ El lema "Dios, Patria y Hogar" fue formulado originalmente por Robert Baden Powell (1908) para representar los principios del Movimiento Scout Mundial. La Federación de Círculos Católicos de Obreros también lo adoptó como su lema.

efectuarse un tratamiento social correspondiente al caso” (RSS, 1944: 113-114), según los criterios de Francisco Memelsdorff¹³⁵.

La creación del Registro Nacional de Asistencia Social, dependiente del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, se encontraba entre las sugerencias y conclusiones de la Primera Conferencia Nacional de Asistencia Social (1933), donde se expresa la necesidad de crear una organismo consultivo e informativo que inscribiera y centralizara el trabajo de las instituciones dedicadas a la asistencia, sean privadas o públicas, y registrara a las personas asistidas por éstas.

Recuperando los aportes de Krmpotic (2005) respecto de los dos ejes que concentraron las principales críticas y propuestas de cambio en el escenario de la Conferencia, podemos señalar el “antiestatismo” que dominaba el campo de la asistencia social lo que demuestra el peso político del “sector privado” y el problema que provocaba el “acostumbramiento” a la vieja caridad, que generaba “pobres profesionales”. La mendicidad es concebida como el ejercicio de una lucrativa profesión, donde la caridad es entendida como una cómoda manera de vivir. De ahí la necesidad de conocer quiénes pueden trabajar y quiénes son “abusadores”¹³⁶ de la “caridad pública”.

A la hora de pensar la articulación entre las organizaciones público-privadas de asistencia para racionalizar y hacer más eficiente la entrega de servicios y prestaciones, podemos observar dos tendencias en las páginas de la RSS: por un lado, la búsqueda de referencias y antecedentes en esta materia en Europa, para trasladarlos a la experiencia argentina; y por otra parte, se trasluce una forma de entender la historia de los “problemas sociales” de forma evolutiva, lineal y cronológica. Ésta es una manera recurrente de explicar diversos fenómenos sociales, buscando sus antecedentes o relaciones pasadas con lo acontecido al respecto en la “alta” Edad Media (principalmente desde mediados del siglo XVI).

¹³⁵ La RSS lo presenta como un experto en cuestiones de organización de servicios de asistencia social en distintos países de Europa y principalmente en Viena, autor del artículo “Coordinación de la Asistencia Social”, diario *La Nación*, 20 de junio de 1944.

¹³⁶ En relación con el “abuso” que se hace de la asistencia social se plantea: *“el hábito que el pueblo adquiere llega a producirle perjuicios de carácter moral, por el abandono, despreocupación e indolencia en que puede caer al ver sus problemas materiales resueltos si no se contempla el aspecto más fundamental en la lucha por la vida de todo ser humano: el trabajo como medio de subsistencia. Es así como resulta incompleta y estéril en muchos casos la obra que realiza el estado y la sociedad a favor de la infancia”* (Torino, 1937: 79).

El director de la ESS-MSA viajó a Europa en 1937 por el plazo de seis meses, con el propósito de estudiar la organización y funcionamiento de los Ficheros Centrales de Asistencia Social, y de poner en marcha uno en el país¹³⁷.

Esta manera particular de comprender históricamente los “problemas sociales” y las respuestas institucionales que se organizan también se aprecia en el artículo “El pabellón de la solidaridad”¹³⁸, a raíz de la Exposición Internacional de París en 1937, donde se relata que en una de las salas de dicha exposición se presenta una cronología de las obras de Asistencia y Previsión en Francia desde la Edad Media hasta la contemporaneidad. En el artículo se argumenta que, si bien todas las instituciones sociales surgieron de la mano de la iniciativa privada, con el transcurso de los años se ve cómo el Estado es el encargado de establecer reglamentos, coordinar la acción, distribuir subvenciones y controlar las actividades de asistencia y previsión, ya sean a cargo de instituciones de índole pública como privada. Por otra parte, será de su competencia crear, intervenir y sostener aquellas iniciativas que la sociedad, mediante la iniciativa privada, no puede por sí sola organizar.

En una postura similar, Zwanck plantea que sólo el Estado está técnica y económicamente capacitado para organizar las obras de asistencia y previsión, “*hacer las cosas bien hechas*”, más allá de que reconoce que en sus antecedentes privados ya se habían puesto en marcha los postulados de la higiene moderna y la medicina escolar antes de que el Estado se ocupase de esta proyección, explicitando que “*es deber de la colectividad, cabe decir del estado, el sostenerlas y difundirlas*” (1938: 169).

Luego explicita que los principios de la moderna Medicina Social se pudieron aplicar en las colonias de vacaciones, tema sobre el cual versa su artículo, “*porque fueron instituciones de iniciativa privada; porque estaban dirigidas por espíritus prácticos, que buscaban un resultado ‘práctico’; porque no estuvieron frenadas en su*

¹³⁷ Designado por decreto del Poder Ejecutivo Nacional, refrendado por el Ministro de Relaciones Exteriores y de Culto Carlos Saavedra Lamas. Entre las actividades desarrolladas en la misión encomendada por este Ministerio y la UBA, Zwanck visitó Alemania, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Austria, Francia, Bélgica e Inglaterra. En estos países conoció las principales instituciones de Asistencia Social, concentrándose especialmente en la organización de la beneficencia y de las Escuelas de Servicio Social, informándose también acerca de los asuntos la medicina industrial.

¹³⁸ Aparece firmado como: *La redacción*. Aunque suponemos que esta información fue recogida por Zwanck en su viaje a Europa en el mismo período (RSS, 1938).

Un aspecto destacado de la RSS, es la referencia que se hace de publicaciones, congresos, legislación y boletines de diferentes lugares del mundo, dando prueba de las relaciones internacionales que mantenía la ESS-MSA con el resto del mundo. De hecho, nos llama la atención la velocidad y el flujo de información, que manejaban para aquel entonces, contando con medios de comunicación muy rudimentarios, comparados con los presentes.

acción por la rutina y la burocracia, que suele ser la característica de las organizaciones oficiales directamente dependientes del estado” (Zwanck, 1938: 165).

Lo que rescata de estas experiencias en Europa es que el Estado contribuye y estimula la iniciativa privada económicamente con el mantenimiento de las obras de utilidad pública, siempre que éstas admitan su contralor, y en otros casos, toma directamente a su cargo estas iniciativas con el propósito de colaborar con ellas, no de suplirlas. Para ello, se busca organizar las iniciativas de acuerdo a los principios y métodos científicos, acatando las disposiciones técnicas dictadas por las autoridades públicas e incentivando la cooperación entre ellas. Es en esta tarea que se reconoce una de las funciones sociales del Servicio Social.

Para finalizar su artículo plantea que las colonias de vacaciones que sostiene el Consejo Nacional de Educación, como los comedores escolares en cumplimiento de la Ley 11.597, son administrados por un contratista luego de pasar por una licitación pública, lo cual, argumenta, no sólo reduce el costo sino también asegura un mayor rendimiento público, compitiendo a la autoridad pública el control de las obras.

En una similar posición, Moragues Bernat plantea: *“La ley, en todas partes, ha seguido a la iniciativa privada, verdadera movilizadora de voluntades y creadora del estado necesario de conciencia colectiva. Los organismos de asistencia social, han resultado, no sólo de oportunas legislaciones y de acción oficial, sino de inteligente utilización de la iniciativa privada, alentándola y coordinándola con la acción del gobierno. Este hecho es muy importante porque a la acción privada en funciones de colaboradora de la acción oficial, debe confiársele el estudio y solución de los casos sociales, de acuerdo con las normas que la última señala” (1939: 77).*

Lo que en algunos casos se reclama en materia de intervención estatal es la formulación de un plan unitario de acción que llegue a todo el territorio nacional, ya que son reiteradas las voces que dicen que éste se concentra sólo en las grandes urbes, como así también se solicita la coordinación, colaboración y solidaridad entre las instituciones privadas de asistencia y los poderes públicos.

Hasta aquí, se reconoce la necesidad de que el Estado subsidie, financie y apoye a las iniciativas privadas de asistencia, siempre que éstas se adapten e incorporen las nuevas técnicas que el Estado diseñe, y acepte sus controles. Por su parte, la iniciativa privada aportará sus organizaciones (edificios, mobiliario, equipamiento) y la transmisión de su “visión del mundo”. La transmisión de determinada ideología es

precisamente lo que diferencia, según la postura de algunos referentes, la iniciativa privada de la estatal propiamente dicha.

Juan Peralta Ramos¹³⁹ señala que la Asistencia Social que se ocupa de los menores debe estar dirigida directamente a la reforma espiritual de los niños.

“Más hace por el niño o el adolescente descarriado o abandonado un grupo de gente sana, que busque su reforma moral por medio del trabajo y la cultura moral del espíritu, en la escala limitada que supone toda obra de real apostolado cristiano, que el mejor de los edificios en que el estado reúna miles de niños para que estén bien cuidados y estudien mucho” (1939: 7).

Aun así, termina argumentando la necesaria articulación y mutua dependencia entre la autoridad pública y las iniciativas privadas de la siguiente forma: *“Si el Estado se cruza de brazos, la acción privada no podrá alcanzar nunca la entraña del mal. Pero sin ella, el Estado tampoco logrará hacerlo, a base exclusivamente de un vasto personal de empleados, que trabajan por ganar un sueldo y no por cumplir un deber religioso y moral”* (1939: 7).

Las deficiencias que tiene el Estado para afrontar los problemas sociales, según Juan Peralta Ramos, es que la escuela no puede hacerlo porque enseña una *“moral abstracta, desvinculada de la idea de Dios”*. Según este autor, tanto el Estado municipal como provincial están muy limitados por las contiendas políticas y la necesidad de atraer votos, por lo cual no pueden hacerse enemigos en el afán de reformar la moral pública. Y *“la Iglesia, donde la hay, es pobre y hace lo que puede, que con ser tan poco, es siempre, lo único que se hace para robustecer en las almas la conciencia del bien”* (1939: 6).

Pero volviendo al planteo de Memelsdorff, al reconocer diversos antecedentes en el país en materia de coordinación de los servicios sociales, sugiere dos ejes para continuar con esta acción: 1) reglamentar y normatizar las actividades de las entidades sociales y 2) coordinar los servicios sociales, lo cual, dice, se puede hacer a partir de la centralización o la descentralización.

El primer tipo de organización fue el elegido en el momento de la creación del Registro Nacional de Asistencia Social, siguiendo el modelo existente, el de Bruselas-

¹³⁹ Director de la Dirección General de Inmigración, del Ministerio de Agricultura (1923). Miembro de los Cursos de Cultura Católica. Su pensamiento era tributario de la más extrema derecha europea.

Bélgica; según este mismo autor¹⁴⁰, “*hoy se puede comprobar que el Fichero Central de Asistencia no ha logrado el éxito deseado. Ni siquiera pudo coordinar tan sólo la asistencia económica, es decir, una parte del ramo que nos ocupa. La mayoría de las asociaciones privadas rehúsa proporcionar al Fichero Central los datos de los asistidos, explicando que con tal superorganización en el fichero tendría lugar una aglomeración de material que para nada serviría (...) El deseado ‘intercambio de informes entre diversas instituciones’ prácticamente, no puede ocurrir; las entidades temen, además, los largos caminos, la pérdida de tiempo y otras dificultades*” (RSS, 1944: 113). Por estas razones, este autor sugiere la descentralización de la coordinación de los servicios sociales, por medio de la creación de un *centro social* en cada barrio o distrito de la Capital.

Jorge Trebino (1940) reconoce, y de alguna manera responde al tipo de argumento antes mencionado, que la creación de un organismo oficial como el Registro Nacional de Asistencia Social del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, que él dirige, en nada obstaculiza que se presten servicios tan eficaces o más que los privados, reconociendo que ésta es una tendencia de la actualidad a nivel mundial. Por otra parte, argumenta que la intervención estatal comienza a tener mayor resonancia en base a las nuevas teorías político-económico-sociales que están en auge, para dar a los gobiernos nuevas ingerencias en la actividad de los ciudadanos, poniendo como ejemplo la gestión de Roosevelt en los Estados Unidos.

Además reconoce, a las iniciativas de carácter oficial, la absoluta imparcialidad y liberalidad para evaluar las necesidades y las actividades de las obras privadas, contando también con la ventaja de la gratuidad de los servicios y la imparcialidad en la designación del personal según su carácter técnico, mediante concursos o exámenes para los nombramientos de los cargos.

En líneas generales, hay una aceptación generalizada sobre el papel del Estado, en que subsidie, financie y apoye las iniciativas privadas de asistencia, siempre que éstas se adapten a los requerimientos técnicos y acepten sus controles. Pero también comienza a plantearse el carácter burocrático y rutinario del Estado, frente a la iniciativa y el carácter “práctico” o resolutivo de las iniciativas privadas.

¹⁴⁰ Según el mismo, la diferencia con este país radicaría en el número reducido de habitantes y de necesitados, la extensión de la ciudad, la menor cantidad de entidades sociales y su desarrollo más lento, en comparación con la Capital Federal de nuestro país.

Los argumentos que esgrime Trebino para justificar la intervención del Estado en la regulación de los servicios los de Asistencia Social dan cuenta de la paulatina expansión y reestructuración del ámbito estatal en materia de protección social y asistencia pública, que se iniciaría en la década del cuarenta.

Tras todo lo desarrollado hasta aquí, creemos estar en condiciones de afirmar que hay una confluencia de la perspectiva positivista -como manera de explicar la realidad asumida por la burguesía ya en su carácter conservador- y el ideario católico, que reconoce las relaciones fundantes del capitalismo como naturales, sobre algunos ejes estructurales de este sistema socio-económico. A continuación desarrollaremos algunos de los principales puntos de encuentro entre el catolicismo, a partir de *Rerum Novarum*, y la perspectiva positivista.

Las premisas centrales sobre las que se estructura el pensamiento positivista son: que la sociedad está regida por leyes naturales donde reina la armonía natural, y donde los hechos son “cosas”, cuya naturaleza estructural no se puede modificar por la voluntad y la acción humana. Así la sociedad se asimila a la naturaleza y puede ser estudiada con iguales métodos que los utilizados por las Ciencias Naturales. Por lo tanto, las Ciencias Sociales tienen que limitarse a observar y explicar los fenómenos de forma objetiva, neutra, libre de juicios y valores, liberándose el investigador de sus prejuicios y preconceptos (Löwy, 2007).

Un punto de encuentro entre León XIII y Durkheim es la utilización de una analogía organicista para explicar el funcionamiento de la sociedad, donde ésta se compara con un ser vivo compuesto de diferentes órganos, en el cual cada uno tiene una tarea distinta. Siguiendo con esta lógica, hay un **orden natural en la sociedad**, sobre el cual se justifica la existencia de una jerarquía social: quienes mandan y quienes obedecen, quienes trabajan y quienes acumulan. Tanto Comte como *Rerum Novarum* justifican la concentración del capital, entendido como una ley natural invariable, y preparan a los proletarios para respetar y reforzar las leyes naturales de concentración capitalista. De esta manera, la naturalización de la **propiedad privada**, propiedad de la tierra (renta), se justifica en *Rerum Novarum* y se avala en la doctrina del Derecho natural sostenida por el positivismo.

Frente a esta naturalización de las relaciones sociales, un cambio radical en ella se vuelve inviable, por lo tanto las desigualdades sociales son aceptadas también como

naturales. Pero por otra parte, se reconoce que el actual sistema, que rige la organización social, tiene algunas “fallas”, porque hay dificultades estructurales para garantizar la “cohesión y el equilibrio social”. Por ende, hay un reconocimiento de la necesidad del Estado, el cual aparece como garante del “bien común”, por encima de los intereses de clase.

De esta manera, se apela a la “acción social” como una operación intencional sobre la “cuestión social”, para **reestablecer los cuadros normales** de la sociedad. Así la intervención social será de adaptación social o reajuste (recordemos que ser “antisocial” es equivalente a “inadaptado social”), presentándose como fundamental diferenciar entre “lo normal y lo anormal”, “el adaptado del inadaptado”, “lo verdadero y lo falso”, y distinguiendo el falso pobre del verdadero, que realmente puede trabajar. Por medio del Servicio Social se busca atacar una de las causas principales de la “miseria”, la ignorancia. Es por esta razón que la educación se utilizará para reestablecer los cuadros “normales” de la sociedad y resolver la “incapacidad” transitoria.

La **moralización** de la “cuestión social”, bajo la forma de solidaridad, fraternidad y caridad, tendrá un papel central, operándose una escencialización de los aspectos morales (Durkheim). Se busca la unificación de la sociedad apoyada en la **solidaridad trans-clasista** (entre distintas clases). En este marco, la **Iglesia** se presenta como **proveedora de una ética-moral** superior, dado su carácter “divino”, que debe guiar todos los ámbitos de la vida social.

Por las condiciones socio-históricas de principios del siglo XX, se ve la **necesidad de métodos y técnicas más precisos, rápidos, económicos y eficaces** para enfrentar los contemporáneos “problemas sociales”, ante la obsoleta caridad y beneficencia tradicional. La “intervención en lo social” va a ser un punto de encuentro entre el amplio espectro del “**reformismo conservador**”, donde podemos ubicar conservadores, liberales moderados, socialistas liberales, los nacionalistas en todas sus variantes y por supuesto el arco católico. Los acuerdos alcanzados en distintos proyectos en materia de legislación social dan prueba de ello, más allá de las polémicas y divergencias que podían mantener.

Este movimiento de reforma social moderado fue posible, ya que, en términos políticos, no se rechazaba de pleno al sistema liberal burgués, sobre todo con un socialismo hegemónico tan reformista y liberal, como en el caso argentino. La experiencia del MSA se puede inscribir en este escenario, donde los intentos de reforma

adquieren un consenso conservador frente a la creciente agitación social.

Pero además de acordar en algunos aspectos en este ámbito, compartían otro profundo acuerdo: la consolidación de la familia burguesa como institución fundamental de la sociedad. La confluencia es la **familia**, siendo ésta la célula de la sociedad burguesa, a partir de la cual se reproduce el capitalismo, en binomio indisociable con el patriarcado. A partir de esta perspectiva, conjugada con los lineamientos de la Iglesia, se apunta a la **mujer** como garante de la reproducción de la fuerza de trabajo, de manera gratuita, por medio del trabajo doméstico; e ideológica, por medio de su condición de “género”, del orden vigente. Las políticas pro-natalistas, el fomento de la mujer al cuidado del hogar y los hijos, el incentivo a legalizar los matrimonios, son algunas de las medidas impulsadas al respecto.

Si como dijimos con anterioridad había un consenso generalizado, en el espectro del “reformismo social”, acerca de la necesidad de intervención estatal sobre la defensa y consolidación de la familia como núcleo básico de la sociedad, el Servicio Social tendrá en esta institución social una injerencia sistemática y cotidiana en la reproducción y manutención de las relaciones del orden vigente.

CAPÍTULO III

LA PRESENCIA DEL IDEARIO CATÓLICO EN LOS FUNDAMENTOS DEL SERVICIO SOCIAL

*“El trabajador social únicamente llegará a serlo,
en el sentido espiritual y moral que entiende la Escuela,
si está impulsado en la acción por una hondamente sentida vocación
y sustentado por una creencia, por una fe incommovible”*
(Zwanck en RSS, 1939: 157).

1. Bases y finalidades de la profesión en sus orígenes

En el presente capítulo analizaremos la relación entre el ideario católico y los fundamentos teórico-ideológicos del Servicio Social en sus orígenes, a partir del aporte que nos ofrece la RSS. En esta instancia buscamos dar cuenta de la concepción y función social que se le asignaba al Servicio Social desde el MSA, articulándola con la manera de entender las necesidades sociales anteriormente desarrollada, las relaciones de clase y las respuestas que se pretendían dar frente a las refracciones de la “cuestión social”, entendidas como “problemas sociales” deseconomizados y deshistorizados, los cuales, a su vez, estuvieron atravesados por las particularidades que asumió la profesión en el país.

En un primer momento, ahondamos en el análisis de los argumentos que buscan explicar el origen de la profesión y su relación con las formas de ayuda (caridad, beneficencia, filantropía). También describimos las finalidades que persigue el Servicio Social para un sector de los referentes de la revista y los modos de abordaje o intervención desde el mismo.

Luego tratamos de develar los fundamentos que sustentan el ideario de la ESS, y su relación con el pensamiento católico, a partir de los argumentos teóricos, político-ideológicos y los principios ético-morales que sostienen y direccionan la racionalidad e intervención profesional. Para ello analizamos la relación que se establece entre el *saber* (conocimientos) y el *ser* (actitudes-cualidades), en vinculación con la condición de asalariado y la primacía femenina de la profesión. Y por último, explicamos la centralidad otorgada al cristianismo como principio rector ético que provee un “sentido”

y orienta la direccionalidad de la profesión.

1.1. Los principios transhistóricos como esencia de la historia de la profesión

La tendencia a buscar los orígenes de la intervención en la contemporánea “cuestión social” en regímenes anteriores, no sólo se opera en la legislación social. A este mismo procedimiento se recurre para explicar los comienzos de la Asistencia Social, como también los del mismo Servicio Social.

Sobre los orígenes de la profesión, nos parece interesante señalar el hallazgo de un artículo publicado en la *RSS*, dedicado explícita y exclusivamente a la historia del Servicio Social, escrito por monseñor Franceschi. Este prelado comienza su artículo con una pregunta, recogida por una estudiante en una de las clases del profesor Zwanck: *“¿el servicio Social es absolutamente moderno o ha existido siempre?”* A lo que plantea: *“La respuesta puede hacerse en dos formas: o bien decir que lo hubo siempre como principio, o bien afirmar que como organización de orientación científica es algo del todo nuevo. Y en ambos casos se dice la verdad”* (1937: 57).

Para remontarse a los inicios de la profesión, este autor realiza un recorrido por la historia desde la Antigüedad hasta su época, reconociendo que, ya en los denominados tiempos prehistóricos, estaban presentes el amor al prójimo y la solidaridad, expresándose en el amor materno, el respeto al abuelo, el culto al jefe, las acciones de ayuda mutua y costumbres de socorro, cuestionando explícitamente los postulados de la escuela evolucionista, que afirmaba que el hombre empezó por ser “pura bestia”. Por lo tanto, para este autor, *“hubo allí una especie de Servicio Social proporcionado a las condiciones de la raza y el ambiente”* (1937: 58).

Su recorrido detallado va desde la Antigüedad occidental a la Edad Media, afirmando que en el ambiente cristiano, el período del medioevo, se destaca el desarrollo que adquiere el cuadro profesional (1937: 66), pasando luego por el Renacimiento, para llegar finalmente a la época contemporánea.

“Es sobre todos después del siglo X cuando se ve surgir una organización más completa del Servicio Social en lo que se refiere a estos casos colectivos. Claro está que no usaban los vocablos técnicos que se emplean hoy, y son distintas las necesidades y circunstancias como también diferentes los métodos”. (1937: 63)

Franceschi ubica en el socorro a personas que no pueden garantizar su

subsistencia por sus propios medios, un punto de continuidad entre las tradicionales formas de ayuda y el Servicio Social: *“los hombres así disminuidos [mendigos] habían de vivir de la limosna o de las instituciones destinadas a acogerlos: eran los casos individuales de otrora., no desaparecidos del todos hoy, según lo demuestran los asilos de ancianos, hospicios de crónicos, leprosarios y otros organismos que nos vemos obligados a mantener”* (1937: 60).

Desde ya, este intelectual referente de la curia metropolitana, reconoce que el Servicio Social no se practicaba en tiempos pasados bajo su aspecto actual, como tampoco niega el carácter histórico de los fenómenos sociales, ni que los distintos tipos de asistencia hayan tenido cambio alguno. Sino que afirma que estos tipos de respuestas son *“vestiduras transitorias de principios permanentes”* (1937: 57). Por lo tanto, desde esta lógica, se relaciona el Servicio Social con los distintos tipos de ayuda y su evolución, a los principios permanentes que serían el eje encargado de dar continuidad a esta trayectoria histórica.

En este sentido, argumenta que *“el estudio histórico de la Asistencia nos demuestra que lo más trascendental en esta materia no es la forma externa sino el espíritu, y que cuando lo hay de verdadero amor al prójimo hasta con los instrumentos más imperfectos puede realizarse obra de inmenso valor”* (1937: 75).

Otro punto de continuidad lo establece mediante los denominados precursores del Servicio Social. Encontramos, ya en 1937, en el mencionado artículo de Franceschi, cómo los pioneros y/o precursores del Servicio Social son buscados en personajes de experiencias caritativas o filantrópicas. En este sentido, Franceschi sostiene que tanto Juan Luis Vives (1492-1540) como Vicente de Paúl (1581-1660) y Federico Ozanam¹⁴¹ (1813-1853) deben ser vistos como precursores de la **“técnica moderna del Servicio Social”**. Por otra parte, también reconoce, aunque minimiza, la colaboración en esta misión, del pastor anglicano escosés Thomas Chalmers (1780-1847), y de la enfermera Florence Nightingale (1820-1910), referenciando sus aportes desde el punto de vista técnico y su espíritu de abnegación. Esto es, le adjudica principalmente a la tradición católica, y no protestante, este legado.

Es llamativo como, en su análisis, Franceschi hace hincapié en los aportes **técnicos** de estos pioneros y de ahí su trascendencia para la historia de la profesión, relacionándolos con los instrumentos y métodos que utilizaban para llevar adelante sus

¹⁴¹ Fundador en 1833 de la primera Conferencia de San Vicente de Paúl, continuando la línea de Vives.

actividades caritativas-benéficas. Pero si bien este autor reconoce su contribución en materia de visitas domiciliarias, realización de encuestas, fichaje de personas asistidas, entre otros¹⁴²; señala que esto ya se practicaba desde los primeros cristianos.

“Se ha querido presentar la visita e investigación domiciliaria como una novedad: la visitadora de higiene es de ayer, se nos dice. La realidad es otra... Toda la tradición cristiana desde los primeros días de la Iglesia practica esto...Es decir que ya en aquel tiempo hubo personas especializadas en esta función de visita de higiene, con la técnica que podía pedirse dado el progreso científico de la época” (1937: 71).

Dentro de esta lógica argumentativa¹⁴³, se sostendrá que la diferenciación o ruptura con las anteriores formas de ayuda provendrá del perfeccionamiento de la dimensión técnico-operativa y se lo adjudica al aporte de los “pioneros”.

“Se ha dicho que en 1633 nació con él [San Vicente de Paul] la primera escuela verdadera del Servicio Social, y mucho, hay de cierto en esta afirmación si se entiende el método que usó” (1937: 71).

En cuanto a la dimensión ético-política, desde esta perspectiva, la continuidad se hace mucho más explícita; se reconoce la presencia de valores y principios transhistóricos, como los de justicia, solidaridad y caridad, amor al prójimo y abnegación, que también serán requeridos a los profesionales.

Esta manera de entender la historia de la profesión puede relacionarse, a su vez, con un modo de explicar la realidad, mucho más amplio, que buscaba imponerse en este período histórico en particular. Éste puede articularse con el hispanismo católico que promovía la corriente “revisionista histórica”, que trataba de hispanizar y recristianizar las diferentes esferas de la sociedad¹⁴⁴. Es decir, se busca, en antecedentes vinculados a la época colonial española y sus fundamentos cristianos -católicos principalmente-, explicar el origen de fenómenos sociales que remiten a otro momento y proceso histórico. Sin embargo, el “revisionismo histórico” no es un producto nacional original, también estaba presente en el mismo período en Europa¹⁴⁵.

¹⁴² Para ver antecedentes de obtención y sistematización de información: Oliva (2005: 62 y ss).

¹⁴³ Esta perspectiva será reproducida durante décadas a la hora de entender la historia del Trabajo Social. Como ya demostraron Montaña (2000), Parra (2001) y Siede (2004) tanto E. Ander Egg, J. Barreix como N. Kisnerman utilizarán, décadas después, una similar lógica argumentativa a la ya desarrollada en la década de 1930.

¹⁴⁴ Sobre el hispanismo como uno de los núcleos del proyecto de la “nueva cristiandad”, ver: Cap. II, pág. 63.

¹⁴⁵ En la Sección “Bibliografía” de la RSS, ver: memorias de las Jornadas Nacionales de Servicio Social de Francia en 1937 (1938: 138).

Cabe destacar la velocidad con que se difundían estas memorias, teniendo en cuenta los medios de comunicación de la época, de hecho fueron publicadas en 1938 en francés. Esto puede considerarse un indicador del nivel de intercambio que la dirigencia de la ESS y el MSA tenían con Europa.

Por lo desarrollado hasta aquí, queda más que claro que se pensaba la historia de la profesión a partir de “personalidades notables” que hicieron un aporte a la tecnificación o racionalización de diversos tipos de ayuda y asistencia, y no por el desarrollo de las fuerzas sociales antagónicas, en el marco del capitalismo en su fase monopólica.

Por otra parte, en aquellos relatos de experiencias pasadas ya está presente el problema de la diferenciación entre los **pobres propiamente dichos**, aquellos imposibilitados de trabajar, considerados pobres “verdaderos”; y los **mendigos o falsos pobres**, que pueden sustentarse por sus propios medios, pero que se aprovechan de la caridad, auxilio u hospitalidad de otros.

“No cabe duda de que a los verdaderamente necesitados se mezclan pillos, tramposos, perezosos y otros individuos poco recomendables. Pero esto, que es hijo de la imperfección humana, no debe inducirnos a considerar la simple limosna como un mal, sobre todos cuando las condiciones económicas sociales de una época y país la requerían, y la técnica no había llegado a un estado de gran progreso” (1937: 60).

Podemos sostener como hipótesis, en el intento de comprender la racionalidad interna de esta perspectiva que venimos analizando, que lo que une al Servicio Social con las anteriores formas de ayuda y asistencia es la continuidad con los mismos “principios”, presentándose éstos como permanentes o transcendentales, tales como justicia, caridad, amor y la dignidad de los seres humanos, con un carácter abstracto y basados en un mismo “espíritu” desinteresado que busca la ayuda y la colaboración con los problemas de su época.

Sin embargo, como se reconocen cambios sociales en la organización de la sociedad contemporánea -algunos de los cuales son vistos como “problemáticos”- se necesita que este tipo de ayuda sea más eficiente y racional, que incorpore rasgos de la lógica del capital, lo cual es traducido en una “racionalización” o “tecnificación” de las formas de ayuda precedentes, con la incorporación de partes del conocimiento científico y técnico del que se dispone socialmente, aunque sin perder los principios heredados de las formas de ayuda.

Así, el Servicio Social, desde esta perspectiva, viene a cumplir con una necesidad social, que personas sin capacitación (formación técnica) no pueden realizar: distinguir entre los “falsos” pobres de los “verdaderos”, con criterios de eficiencia y racionalidad.

Encontramos aquí todo un eje de preocupación del período que estamos

estudiando, que se expresa como una de las necesidades sociales por las cuales nace la profesión. ¿Acaso, no es, en parte, esta necesidad de diferenciación de los usuarios que viene a cubrir la racionalización y tecnificación de la asistencia, para tornarla más eficiente?

Si bien la incorporación de criterios científicos permitieron una nueva caracterización de la pobreza, junto con la formación de agentes competentes que va a distinguir el Servicio Social de las formas clásicas de solidaridad social, *“la filosofía con la que aún se trata la problemática de la pobreza y la indigencia permanece enraizada en una valoración moral, que depende del comportamiento del asistido”* (Kmpotic, 2005). Aun cuando se reconocen sus causas sociales, el proceso de comprobación de la necesidad individual va a ser funcional al mantenimiento de la estigmatización, como un rasgo de la asistencia moderna.

Esta manera endogenista¹⁴⁶ de entender la profesión, puede encontrar su correlato en el modo de comprender el desarrollo de la asistencia, también como un derrotero evolutivo que atraviesa diferentes etapas.

En el siguiente ejemplo, podemos encontrar una secuencia similar entre esta manera particular de entender la historia del Servicio Social y la evolución histórica que se hace en materia de asistencia: *“Lo que fue beneficencia de origen caritativo religioso y que en defensa de la salud se creó en la Edad Media, abarcaba sólo a los indigentes. Posteriormente interviene el estado y las instituciones privadas, transformando la supervivencia de los sentimientos caritativos en filantropía semi-oficial (...) Ya la Asistencia pierde un tanto su carácter de gracia y se convierte en un deber social que se cumple a instancias de un interés público que adquiere primacía”* (De la Riega, 1943: 101-102). Según los argumentos de este autor en esta mutación histórica, *“lo que comienza siendo obra de beneficencia en una etapa más completa se convierte en Asistencia Social para llegar a un sistema orgánico en que la asistencia se incorpora a la legislación, llámese esta legislación obrera, Seguridad Social, etc.”* (1943: 154).

A partir de esta afirmación podemos señalar que si bien el autor realiza un derrotero evolucionista respecto a las transformaciones que presentó la asistencia desde la Edad Media, llega a reconocerla como Seguridad Social en consonancia con los patrones del *Welfare State* que se iban difundiendo en la época.

¹⁴⁶ Sobre la perspectiva endogenista ver: Montañó (2000). También allí se encuentra el desarrollo de la perspectiva histórico-crítica que la problematiza y supera.

Sin embargo, otra acepción del momento era entender la intervención social como un “deber cívico”, restringida a la manifestación voluntaria de los individuos. Claro que este “deber cívico” también podrá adoptar los rasgos de “patriótico” y “cristiano”.

Por todo lo desarrollado hasta aquí, creemos que un aspecto de central continuidad entre las formas de ayuda y el Servicio Social, para la perspectiva positivista-endogenista, fueron los principios ético-morales sobre los cuales se basaban. Pero estos principios no fueron sólo sostenidos sobre el Servicio Social, sino también sobre las políticas sociales, como modo de apuntalar la cohesión de una sociedad ante el eventual o real aumento de la conflictividad social. “*Son leyes éticas las que han servido para ligar a la sociedad con los principios de Asistencia Social*”. (Moragues Bernat, 1939: 70). Bajo los principios de justicia o solidaridad social, la sociedad “bien organizada” asumiría en su conjunto el “deber cívico”, entre otros deberes sociales, de cubrir las necesidades de la “población pobre”¹⁴⁷ que la integran; lo cual es muy diferente de entender que una de las funciones formales del Estado burgués es la de garantizar derechos sociales.

1.2 El Servicio Social por el *bien mismo*

Queda claro que la perspectiva endogenista contiene una manera particular de **entender y direccionar el Servicio Social**. En la RSS encontramos que, generalmente, se recuperan elaboraciones de otras escuelas de formación, congresos mundiales o referentes internacionalmente reconocidos, para definir la profesión.

La referencia a destacadas figuras del Servicio Social a nivel mundial se hace explícita en el primer número de la revista en el artículo de Zwanck, quien se define discípulo de René Sand¹⁴⁸ por haber sido su aporte fundamental en el medio universitario local para transformar las directivas de la enseñanza de la Higiene e impulsar a un grupo de médicos a la acción social. Por esto, coincidimos con Pelosi (2000), que la inclusión

¹⁴⁷ Desde los primeros años de la década del treinta se produce una “transición desde la noción de pobres individualizados hacia la de ‘población pobre’: si bien se mantiene una secuencia lineal que parte del sujeto desocupado al mendigo, de éste al vago, y del vago al delincuente, el razonamiento se inserta en una visión más colectiva, en la medida en que tales riesgos y amenazas son ahora de carácter social” (Kmpotic, 2005: 66-67).

¹⁴⁸ Profesor de la Universidad de Bruselas. Consejero técnico del Ministerio de Salud Pública. Fue Secretario General de la Primera Conferencia Internacional de Servicio Social (París, 1928).

de un texto de Sand en el primer número de la revista adquiere la significación de un texto programático.

Retomando una definición de este médico belga, Zwanck define el Servicio Social como “*el conjunto de fuerzas que tiende a aliviar los sufrimientos de la miseria, a establecer para el individuo y la familia una existencia normal, a prevenir los flagelos sociales, a mejorar y a elevar las condiciones de vida*”, agregando también que “*el Servicio Social eleva al valor de la vida, remedia de una manera continua las necesidades del individuo y más que todo de la familia -unidad social- con los recursos de la ciencia y la cooperación de la colectividad (...) Estas dos definiciones encierran todo un programa de acción, ellas nos llevan a encarrilar a la **asistencia paliativa** de nuestros días, a organizar la **asistencia preventiva**, a encarar lo que será la **asistencia curativa** y a precisar, en términos bien claros, lo que será el servicio social del futuro cuando la **asistencia constructiva** exista*”¹⁴⁹ (1937: 13). Los dos primeros tipos de asistencia apuntan a atender a los “desvalidos o caídos” para que vuelvan a la “normalidad”, mientras que los dos últimos, y en especial el último, pretenden evitar que las personas o grupos caigan en la miseria o males sociales, o mejorar las condiciones de vida y hacerla “más feliz”, repartiendo bienestar a todos los habitantes de un mismo territorio.

Por su parte, el Congreso fundacional de la UCISS¹⁵⁰ de Milán en el año 1925, ya había definido el Servicio Social, en un sentido semejante, como “*una forma de actividad social que, por medios técnicos apropiados, quiere promover la constitución o el funcionamiento normal de los cuadros sociales necesarios o útiles a los hombres, siempre que éstos sean incapaces de proveerse por sus propios medios*”, en consonancia con la persistente preocupación de la tradición católica de diferenciar las personas que pueden trabajar de aquellas que no, aplicando un recurrente mecanismo de moralización. O como sostiene su secretaria general Baers, “*sería el conjunto de trabajo social coordinado y metódicamente realizado por agentes competentes*” (RSS, 1939: 132)¹⁵¹,

¹⁴⁹ Esta clasificación de los distintos tipos de Asistencia está basada en lo acordado en la Primera Conferencia Internacional de Servicio Social (París, 1928), donde se definió el Servicio Social como el conjunto de esfuerzos para: aliviar los sufrimientos que provienen de la miseria (asistencia paliativa); el restablecimiento de las condiciones normales de la existencia (asistencia curativa); la prevención de los males sociales (asistencia preventiva); y mejorar las condiciones sociales y elevar el nivel de vida (asistencia constructiva). La misma será todo un referencial y programa de acción durante nuestro período.

¹⁵⁰ UCISS: Unión Católica Internacional de Servicio Social, establecida en Bruselas con motivo del primer Congreso Internacional de Escuelas de Servicio Social en 1925.

¹⁵¹ Esta información aparece publicada en la sección de “Informaciones sociales”, a partir de la reproducción de un artículo de la revista *Criterio*, ya que la ESS aduce que no le han llegado todavía las

basado en el “orden social” y la “persona humana”. Si bien esta definición se centra en la promoción del “normal funcionamiento de los cuadros sociales”, más de diez años después, también desde el Servicio Social católico, se recomendará que la tarea no sea sólo de reparación sino principalmente de prevención de la miseria o desgracia, en sintonía con la visión de la época (Mulle, 1938).

Por otra parte, Zwanck también reproduce otra definición en un artículo de su autoría: *“El Servicio Social es la ciencia y el arte de dignificar la personalidad humana y ennoblecer la vida, a fin de que todos y cada uno de los componentes de la colectividad estén en condiciones de dar el máximo de rendimiento espiritual, moral y económico”* (Molina apud Zwanck, 1937: 14). *“Y así llegamos al Servicio Social soñado y predicado por Mary Richmond. La personalidad humana es el objeto del Servicio Social; el hombre, la mujer, el niño; cuerpo y alma con necesidades y aspiraciones materiales, espirituales, y morales, que la colectividad debe llenar guiada por un cristiano deber de justicia. Y no es sólo la personalidad del necesitado la que el Servicio Social dignifica y ennoblece: es la del trabajador social, que encuentra en el Servicio Social el objeto de su vida”* (Zwanck, 1937: 14).

Katharine F. Lenroot¹⁵² ha expresado en la Tercera Conferencia Internacional de Servicio Social de 1936, que esta profesión nació de la caridad cristiana y del liberalismo del siglo XIX, *“la compasión por los sufrimientos humanos y el amor a la justicia social son la base del Servicio Social, el que también descansa sobre la posibilidad de realizar reformas sociales, gracias al apoyo de una esclarecida opinión pública”* (RSS, 1937: 161).

El objetivo de dichas reformas sociales es explicitado por Cindanelia Reynes¹⁵³, quien afirma que la **pacificación social**, *“es la verdadera finalidad del servicio social”* (1938: 251), para lo cual *“la obra educativa es por excelencia, la verdadera obra de servicio social”* (1938: 252).

Los aspectos comunes que podemos señalar de estas concepciones del Servicio Social hacen referencia a la **estructura sincrética de la profesión** (Netto, 1997), en un momento histórico, en el cual las dos corrientes ideológicas y culturales principales (la

cartas y publicaciones de lo tratado en la Asamblea de la UCISS de 1939 y considera de “indudable interés” para los lectores de la revista. Franceschi, siendo director de esta revista católica, en su artículo antes referenciado, tomará igual definición que la UCISS para definir el Servicio Social.

¹⁵² Directora del Children’s Bureau de EE.UU.

¹⁵³ Asistente Social. Profesora de Economía Doméstica y encargada de los Seminarios de Casos Individuales de la ESS-MSA. Jefe de la subsección “Investigaciones Sociales” del Instituto Nacional de Nutrición.

tradición europea –fundamentalmente la continental- y la norteamericana) y sus fundamentos “científicos”, interactuaban y se imbricaban recíprocamente¹⁵⁴.

De esta manera, la **finalidad** del Servicio Social se muestra como la realización de algunas **reformas sociales parciales**, que contribuyen al “**normal**” **funcionamiento de la sociedad**, a partir de la solidaridad y cooperación de sus integrantes. La apropiación que se realiza del funcionalismo durkheimiano es parcial; su reelaboración presentó rasgos restauradores y más moralistas que su formulación original, y se recuperan su reaccionaria versión de la división social del trabajo y su teorización sobre lo normal y lo patológico (Netto, 1997: 148).

Los **medios** con los que se cuenta para esta tarea son los recursos que brinda la ciencia, lo que garantiza que sean metodológica y técnicamente apropiados. El “tratamiento” se realizará a través de las manifestaciones individuales de la problemática social, considerando a **la familia como la unidad social**, desancrada de las relaciones sociales más amplias. Este proceso de **individualización** va a confluir en un movimiento, que terminará por imponerse como hegemónico, que tiende a psicologizar las refracciones de la “cuestión social”. También se encuentra presente, en las definiciones que estamos analizando, la referencia a la **personalidad humana**, como una suerte de ejemplo que grafica la confluencia del *personalismo norteamericano*¹⁵⁵ y la centralidad de la “persona humana” en la tradición católica.

Hasta aquí podemos reafirmar que de las clases dominantes que contribuyeron con el proceso de institucionalización y profesionalización del Servicio Social, se espera que colabore con el desarrollo armónico de las relaciones sociales, promoviendo la solidaridad entre las clases, teniendo una profunda relación con los argumentos de *Rerum Novarum*. Apuntando al esfuerzo e iniciativa individual o grupal, se busca “*suplir en forma transitoria (...) las deficiencias de los individuos y de los grupos sociales, sin alterar la estructura y el funcionamiento natural de la Sociedad, con la creación de organizaciones artificiales permanentes*” (Junqueira, 1944: 92). La directora de la ESS de San Pablo- Brasil explicita, de esta manera, la imposibilidad de la profesión de alterar las estructuras materiales que sostienen la organización de la sociedad, atribuyendo que

¹⁵⁴ Para entender las condiciones históricas y sociales que posibilitaron este imbrincamiento, ver Netto (1997: 121 y ss).

¹⁵⁵ Según Netto, el pensamiento personalista norteamericano adquiere resonancia en los años '20 y '30, como un sistemático rechazo al materialismo, evolucionismo y racionalismo, y se presenta a la persona individualmente como el fundamento de la propia realidad (1997: 123).

otro tipo de organización societal que tenga la pretensión de ser hegemónica rompería el “orden natural” instaurado por el capitalismo.

Así nuevamente encontramos una correlación entre la perspectiva positivista y el ideario católico. Sus ejes eran garantizar el orden social, explicar su carácter natural y por lo tanto inmutable, bregando por el “bien común” y “dignidad de la persona humana”, de acuerdo a leyes sociales naturalizadas.

Pero hay una manera de entender la profesión que se repite con mayor frecuencia en las páginas de la RSS, incluso presentándose en reuniones en el exterior, como la definición que sostiene la escuela, acuñada por su director¹⁵⁶: ***“el Servicio Social es toda obra humana tendiente al bien, hecha con el propósito del bien mismo, sin esperar de ella ni lucro, ni honor, ni beneficio”***¹⁵⁷ (RSS, 1937: 14). Continúa explicando Zwanck: *“obra humana, por lo tanto imperfecta, pero perfectible; tendiente al bien para todos los que sufren por su falta, no buscando nada más que el bien, sin esperar nada para sí, teniendo por única recompensa el goce del alma al sentir que se ha podido ser bueno”* (ídem). A partir de esta concepción, el Servicio Social estaría basado exclusivamente en una actitud altruista, más que en una actividad socialmente demandada que requiere un saber especializado y una remuneración por su realización, diferenciándose en muy poco con las formas de ayuda tradicionales, de hecho así también podríamos definir a la beneficencia o filantropía, más allá que desde nuestra perspectiva reconozcamos que tengan otras finalidades sociales.

Zwanck señala que si bien se forman Asistentes Sociales para intervenir en distintos tipos de organizaciones, lo que los asemeja al interior de esta profesión es el **“deber de servir”**: *“ya sea que nuestros alumnos al recorrer el camino, sin meta, de la propia perfección, lleguen al ejercicio sublime de la caridad o más apegados a la tierra sólo sean capaces de sufrir con el sufrimiento de sus semejantes, por sentirse sus hermanos, los que pasaron alguna vez por las aulas de nuestra escuela habrán aprendido, por haberlo sentido, el deber de ‘servir’, de dar de sí”* (1937: 14)¹⁵⁸.

Por su parte, Amadeo se refiere a los ex alumnos de la ESS como *“la avanzada civilizadora del ejército de agentes sociales que luchan y lucharán por el mejoramiento de la sociedad argentina, sobre la base de una mayor justicia social”* (1937: 7), siendo

¹⁵⁶ Ver discurso de Meguira, en nombre de la ESS-MSA, en la visita organizada por la American Association of Schools of Social Work en EE.UU. (1940: 151).

¹⁵⁷ Las negritas son nuestras.

¹⁵⁸ No podemos dejar de remarcar la distinción que realiza Zwanck entre los estudiantes “sublimados por la caridad”, que alcanzan el ejercicio de dicha virtud teologal, de aquellos otros “más terrenales” que sólo llegan a conmocionarse con el sufrimiento ajeno.

así difusores del espíritu y ejecutores de los fines del MSA. A su vez, en el acto de inicio del ciclo lectivo, el presidente de esta institución se dirigió a los graduados de ese año, de la siguiente manera: *“Vosotros todos sois los portadores de la antorcha de luz y de caridad que encendisteis en esta casa, para llevarla por todas partes donde ella pueda iluminar la conciencia, enseñar algo bueno y calmar algún dolor”* (RSS, 1937: 52). Cabe señalar cómo, en este momento histórico, la caridad y la justicia social no se visualizan como antagónicas o excluyentes¹⁵⁹, como ocurrirá unos años más tarde a partir de algunas expresiones del peronismo.

Con estas palabras, queda claro que tanto la dirección del MSA como de la ESS proyectan, en los asistentes sociales, una misión apostólica y civilizatoria, basada en el “deber de servir”, que contribuya con el “mejoramiento de la sociedad” y se apoye en la caridad y la justicia social. Con esto no pretendemos desconocer posibles superposiciones entre el “deber del Estado” y del “deber cívico” individual.

De lo anterior se desprende que, si bien en el proceso histórico en que se institucionaliza y profesionaliza el Trabajo Social -como una de las maneras de “contener” la conflictividad social por parte del Estado por medio de mecanismos extraeconómicos- que haya sido el Estado quien convoca primordialmente a este nuevo agente profesional, para los sectores que conducían la ESS-MSA no implicó necesariamente el automático reconocimiento de su condición de asalariado. **La condición de trabajadoras/es asalariadas/os estuvo, en los orígenes de la profesión, en permanente tensión con las acciones voluntarias**, ya sea por los requisitos de trabajar gratuitamente por un tiempo, para luego poder acceder a una renta o concurso; por la precaria organización presupuestaria de las instituciones; o por la posición u opción de clase atravesada por el carácter mayoritariamente femenino.

Precisamente si la decisiva ruptura del Servicio Social con sus antecedentes se da con la existencia de un espacio socio-ocupacional que demanda un nuevo profesional, inserto en la división social y técnica del trabajo en condición de asalariado, para desarrollar una determinada función en la reproducción de las relaciones sociales, el proceso de profesionalización no se dio ni mecánica ni automáticamente.

¹⁵⁹ Con la expansión del sistema asistencial estatal, se terminaría contraponiendo la “justicia social” a la “beneficencia católica”, quedando de algún modo, como un espacio ajeno a las mujeres de la elite. *“La Iglesia debió adecuarse a los nuevos tiempos y exigencias de modernización. Paulatinamente, en sus textos el término beneficencia fue reemplazado por el de <<servicio social>> entendido <<como una nueva ciencia entre las ciencias sociales>>. Estaba también a cargo de mujeres, muchas de ellas católicas, pero que representaban una nueva imagen profesional: la asistente social.”* (Bianchi, 2002: 158-159). La autora cita a Augusta Schroeder: “Mirada a través del Segundo Congreso Panamericano de Servicio Social”, *Criterio*, n° 1103, 10 de noviembre de 1949, p. 639.

Esto es objeto de debate del momento: si el asistente social tenía que percibir una remuneración por su actividad o no. Algunos de los argumentos por los que se ponía en duda su condición de asalariado se remitían a las actitudes y atributos que tenían que poseer, lo cual no era garantizado por la remuneración.

Nada menos que en la inauguración de un ciclo lectivo y entrega de diplomas, Amadeo sienta postura con respecto al tema de la remuneración del asistente social: *“razón tuvo el Dr. Zwanck cuando, en otra oportunidad, dirigiéndose a los alumnos y graduados de la Escuela, expresó su disidencia con quienes intentaran obtener el título de asistente social, como un medio para el ejercicio de una profesión lucrativa, ensalzando al mismo tiempo el verdadero propósito, el único ideal fundamental que debe guiar a los aspirantes y a los asistentes sociales, cual es el del servicio a la colectividad, mediante el ejercicio de los conocimientos adquiridos, impulsados por un sentimiento elevado y cristiano de amor al prójimo”* (RSS, 1938: 141). Y en esa misma ocasión señala que los graduados van *“a colonizar la sociedad argentina (...) con vuestra presencia en todos los sectores de esa sociedad y en todas las instituciones destinadas a ayuda al prójimo, con una finalidad y una intención verdaderamente apostólicas”* (idem)¹⁶⁰.

Pero contradictoriamente es también en ese número que aparece un artículo firmado por Marie Mulle¹⁶¹, donde expresa: *“desde el momento que su realización exige, como lo he demostrado, una preparación larga y dura, además de cualidades excepcionales, el Servicio Social tiene el derecho de ser considerado una profesión y remunerado como tal”* (1938: 79). En este caso, si bien se justifica el asalariamiento del asistente social sólo por su tiempo de formación, y no también por el reconocimiento de responder como profesión a una demanda socialmente colocada, consideramos que esta posición ya es progresiva. No podemos dejar de señalar que, paradójicamente a lo que usualmente se supone, es una referente del Servicio Social católico europeo quien reconoce la necesidad del salario y no desde la conducción del MSA.

Podemos argumentar, como ya lo han sugerido otros autores, que esta falta de reconocimiento al asalariamiento del asistente social se puede entender, en los comienzos de la profesión, con un origen de clase desvinculada de la necesidad de garantizar los medios para la reproducción propia y familiar, en continuidad con las

¹⁶⁰ A partir de esta última afirmación, pareciera que el asistente social también es parte de los agentes que están llamados a “recristianizar la sociedad”, incluso, desde una institución no confesional.

¹⁶¹ Directora de la Escuela de Servicio Social de Bruselas. Tesorera del Comité Internacional de las Escuelas de Servicio Social (ICSSW) y miembro fundador del Comité.

formas de ayuda. Esto también podemos relacionarlo con “el deber” que las mujeres de las clases acomodadas tenían frente a la sociedad, aunque, en palabras del presidente del MSA, este no era tan sólo un deber más, sino que era “un deber social, patriótico y cristiano” (Amadeo, 1942: 18).

Para enfrentar los problemas de la población rural del momento, por ejemplo, Amadeo convoca a un grupo de “mujeres buenas de Buenos Aires” (burguesas), dispuestas a lograr la “redención” femenina de sus semejantes del campo, bajo esta premisa:

“Mientras los hombres luchan afuera, encarnizadamente, avanzando día a día en su tarea destructora y se agitan en el interior con ideologías foráneas, construid vosotras el hogar de hoy y de mañana sobre el fundamento del viejo, respetable y santo hogar tradicional, que fue el de nuestro padre. Levantaréis así los cimientos de una sociedad virtuosa y pujante, capaz de resistir con su grandeza moral y material a todas las influencias y acciones nefastas” (1942: 20).

Queda sumamente claro que Amadeo entendía cuál era el estatuto de la mujer en la sociedad capitalista-patriarcal, desde su lugar de opresión: *“la mujer es conservadora por excelencia. Difícilmente abandona una rutina como difícilmente dejará de aplicar un nuevo conocimiento que haya despertado su interés y tiene, en grado inmensamente superior al hombre, el don altruista de querer y saber transmitir a los demás aquellos conocimientos cuyas prácticas llega a convencerse que son superiores y redentoras; a esto es a lo que yo llamo el espíritu apostólico de la mujer”* (1942: 16). Es por estas razones, que consideraba de vital importancia educar a la mujer, para despertar su voluntad e instruirla en su misión regeneradora y movilizarla para ser transmisora de estos principios y acciones.

Consideramos interesante señalar cómo los vestigios de la “nación católica” se filtran en el discurso de Amadeo, quien homologa el “deber patrio” con el “deber cristiano, ambos enlazados en la misión de borrar las desigualdades de clase y garantizar el orden vigente.

Desde la ESS, el análisis que se hace respecto de las motivaciones a la hora de elegir la profesión es el siguiente: *“algunos de ellos vienen con el deseo de tener una profesión con que vivir; otros simplemente porque han oído hablar de la Escuela de Servicio Social; éstos porque no saben cómo añadir algo más a su cultura, muchos con un ideal escondido que no saben bien traducir, y también otros huyendo de sí mismos o*

de lo que los rodea (...) aquellos que vinieron sólo con el deseo de tener una profesión para vivir, pronto, al llegar a la mitad del primer año saben que no es eso lo que buscaban (...) pero entre los demás (...) allí se hace la verdadera selección” (RSS, 1943: 305). Desde esta función auto-atribuida, la profesión aparece como el campo de “realización de la solidaridad humana”, donde el servir y la ayuda están guiados por valores “nobles” y “universales”¹⁶².

Para el análisis de la relación que los referentes del proceso de institucionalización en Argentina establecieron con el catolicismo, consideramos de gran utilidad el aporte de Echeverría, donde señala los distintos tipos de actores vinculados a esta corriente. Por un lado, podemos ubicar a aquellos intelectuales del catolicismo, *“quienes colectivamente se asumieron como un instrumento concientizador y de avanzada de la estructura eclesiástica, de ese partido universal que constituye la Iglesia Católica”* (2002: 85). Por otro lado, podemos ubicar a otros actores que se reconocían públicamente como católicos, que difundían los postulados de la Iglesia y su doctrina en sus producciones, sin pertenecer a los cuadros dirigenciales de la Iglesia, eran funcionales a su política y doctrina en su afán de moralizar a la sociedad, valorizaban el costado “civilizador” de la misma, sin por ello ser actores disciplinados a la jerarquía.

Creemos que en este segundo grupo se encuentra un sector de quienes impulsaron el proceso de institucionalización de la profesión, entre los que podemos mencionar a Tomás Amadeo, De Arenaza, Jorge, Zwanck, Unsain, quienes fueron a su vez miembros del consejo directivo del MSA¹⁶³. Entre otros docentes, podemos ubicar en este grupo a De la Riega y Paz Anchorena.

También hay un sector de los docentes, que participaban de la ESS, que eran intelectuales, orgánicos a la institución eclesial. Entre ellos podemos mencionar por la ESS: Rómulo Amadeo (Secretario de la Acción Católica Argentina) y Francisco Valsecchi; por el consejo directivo del MSA: Horario Beccar Varela¹⁶⁴, Enrique Ruiz Guiñazú¹⁶⁵ y Juan Peralta Ramos.

Probablemente haya sido de la mano de este sector que se crea en 1943 un Círculo de la Acción Católica en la ESS-MSA (RSS, 1944:125), el contó en sus

¹⁶² En el punto siguiente volveremos sobre esto y su relación con el carácter eminentemente femenino de la profesión.

¹⁶³ Para conocer los nombres de los miembros del Consejo Directivo del MSA en el período 1930-1945, ver anexo 3.

¹⁶⁴ Ministro de Agricultura en el gobierno de Uriburu. Socio fundador de la Corporación de Abogados Católicos.

¹⁶⁵ Ministro de Relaciones Exteriores en el gobierno de Castillo. Además de militar en organizaciones católicas, fue embajador del Vaticano.

comienzos con doce socias estudiantes de la ESS y de bibliotecología, cuyo asesor eclesiástico fue Emilio Di Pascuo¹⁶⁶.

En este segundo grupo se destacan las posiciones integristas del catolicismo, fieles a los lineamientos institucionales que emanaban de las máximas autoridades del Vaticano, en el marco del proyecto de “romanización”.

La diferencia entre ambos grupos, tal vez podemos observarla más concretamente, cuando desde este último sector decide inaugurar la primera escuela católica de Asistencia Social del país¹⁶⁷. Esto parece responder a los objetivos de la jerarquía eclesiástica, que percibía la necesidad de impulsar la formación intelectual femenina. Por otra parte, no se contaba en esta materia con una experiencia similar dentro del ámbito exclusivamente católico ya que la ESS-MSA estaba abierta a personas de otras creencias religiosas (protestantes y judíos)¹⁶⁸. La escuela de Asistencia Social del Instituto de Cultura Religiosa Superior dependía directamente, del Arzobispado de Buenos Aires. Podemos observar algunas diferencias características a la hora de pensar la formación profesional, esta era una Escuela exclusivamente femenina (recién aceptarían varones en 1956), contaba con la materia “religión y moral” los tres años que duraba la cursada, además de practicar ejercicios y retiros espirituales.

No obstante, probablemente la mayor diferencia entre estos dos actores, radica en que los católicos del primer grupo mantenían un intercambio más abierto y fluido con otros referentes, aunque que no necesariamente compartían las mismas posiciones

¹⁶⁶ Fue Asesor Nacional de la Acción Católica Argentina y propulsor de las organizaciones de la Juventud Obrera Católica, en dicha institución.

¹⁶⁷ Francisco Valsecchi -docente también en esta Escuela- y Juan Peralta Ramos fueron parte del Consejo Consultivo conformado al momento de su fundación, el cual contaba con la supervisión eclesiástica de monseñor Gustavo Franceschi.

Las asistentes sociales graduadas de la ESS-MSA: Marta Ezcurra, Julia Posse de Juratorio (también fue jefe de trabajos prácticos en la ESS-MSA) y María E. Zurano, fueron parte del cuerpo docente en 1940. Un año después la primera fue nombrada Directora Técnica y la segunda Secretaria Técnica de la Escuela de Asistencia Social del Instituto (Bonvicini: 2007).

¹⁶⁸ A continuación reproducimos un fragmento de una nota enviada en febrero de 1940 a las “*Superiores de Monjas no Enclaustradas* citas en la *Guía Eclesiástica*”: “*Reverenda Madre Superiora: me es grato mandarle un anuncio de la Escuela Católica de Asistencia Social que nuestro Emmo. Sr. Cardenal ha dispuesto que se abra en este Instituto...Así como la Escuela de Servicio Social del Museo Social Argentino es frecuentada por los protestantes y judíos que han de dedicarse a estas actividades y es noviciado obligatorio para los pastores protestantes, sería de desear que las religiosas, apóstoles sociales auténticas de Cristo, no quedaran atrás en la técnica científica de la asistencia social, o mejor dicho de la caridad, tal como la entiende y enseña la Iglesia de acuerdo a las necesidades de nuestros azarosos tiempos, y que por lo tanto una o varias religiosas de cada comunidad cursaran los estudios en esta escuela. El tiempo invertido en ello se recuperará con creces por la eficiencia tanto mayor que adquirirá luego de su actuación apostólica en cualquier terreno que se desarrollara...Esperando que así lo entenderá Ud. Ya que tanto Ud. Como nosotros deseamos sino la extensión del reinado social de Jesucristo y su mayor gloria...” La recopiladora de este testimonio, Bonvicini (2007), señala que el subrayado corresponde al original y que este material fue extraído de los Archivos del ICRS, Gacetillas, 1940.*

teóricas, políticas y religiosas. Un ejemplo de ello es la confluencia frente a diversas temáticas, en el amplio marco del reformismo social.

En cambio, desde los cuadros orgánicos de la Iglesia, infundidos por el integrista, prevalecía la posición de imponer el catolicismo como el contenido ético en todas las esferas de la vida y como organizador de la sociedad, siendo intransigentes ante las diferencias y presentándose las divergencias religiosas y políticas, como enemigas.

Sin embargo, al retomar los argumentos presentados sobre los fundamentos y finalidad de la profesión, nos preguntamos si realmente hay una diferencia sustantiva entre los planteos de los representantes de la ESS-MSA (con un sector de médicos higienistas en su dirección) y las organizaciones y representantes católicos. A partir de las definiciones y propuestas que venimos reflejando parecería que las fronteras entre los médicos higienistas que impulsaron el Servicio Social en Argentina (en nuestro caso vía el MSA) y las concepciones de los representantes del ideario católico comienzan a ser difusas.

Por un lado, cabe tener en cuenta que la Iglesia (vía UCISS) también impulsó la racionalización y la tecnificación de la asistencia, teniendo entre sus preocupaciones la eficiencia en su intervención, reconociendo que para esta tarea necesitaba contar con un agente competente y especializado para atender los “problemas sociales”. Aunque por las particularidades de la Argentina, la Iglesia emprendió esta tarea de manera institucional una década después que el Estado. Consideramos que la UCISS, en nuestro período de estudio, desarrolla y promueve toda una estrategia de difusión y expansión de su “visión del mundo” por medio de las escuelas de formación, congresos internacionales y publicaciones, que irradian su influencia más allá de los límites de las propias iniciativas¹⁶⁹. Una prueba de esto es la presencia de referentes, docentes y documentos provenientes de las escuelas de Servicio Social católicas en las páginas de la revista de la ESS-MSA, cuyo carácter es “no confesional”.

Por otra parte, podemos considerar que algunos de los principales exponentes que tuvieron un papel destacado en el proceso de institucionalización de la profesión en el país, no diferían radicalmente con los postulados del ideario católico imbricados con el positivismo (como vimos en la Capítulo II), sino más bien se nutrían de éste para gran

¹⁶⁹ Cf. Manrique Castro (1982: 73 y 74). En el caso de la RSS, en prácticamente todas las secciones se pueden encontrar artículos y referencias a algunas de las Escuelas de Servicio Social de origen católicas, como la Escuela chilena de Servicio Social “Elvira Matte de Cruchaga”, la Escuela de Servicio Social de Uruguay, Brasil, Perú, por sólo mencionar las escuelas latinoamericanas, al parecer, con mayor frecuencia.

parte de sus explicaciones sobre la realidad social, como por ejemplo el buscar la colocación de las personas humanas en condiciones de normalidad para su desarrollo físico, moral y espiritual. Otro punto que retomado es la búsqueda de la “justicia social”, por medio de la cual se propone una organización voluntaria y racional de acuerdo a una idea de justicia que asegure la felicidad de los hombres y el reconocimiento de su “dignidad humana”.

Pero más allá de la presencia de algunos cuadros católicos y actores afines con este ideario, no podemos dejar de mencionar que nos llama la atención cómo, en algunas ocasiones, desde los referentes de la ESS-MSA se presentan posiciones más retardarias que la de ciertos sectores del propio catolicismo de algunos países europeos. Esto queda en evidencia en la propia elaboración de Zwanck respecto al Servicio Social como obra que “tiende al bien por el bien mismo”, así como la posición de Amadeo sobre el asalariamiento de los asistentes sociales.

1.3. La intervención profesional basada en la educación para lograr la “readaptación”

A partir de la confluencia de los procesos económicos, políticos y culturales ocurridos en las primeras décadas del siglo XX, se presentaron las condiciones objetivas, que condujeron posteriormente a la institucionalización de la profesión en 1930. Esta confluencia originó las demandas histórico-sociales y las respuestas institucionalizadas por parte del Estado que conformaron el espacio-ocupacional en el que luego se insertaría el Trabajo Social. Es aquí donde encontramos el fundamento que legitima la profesionalidad del Trabajo Social, en “*el establecimiento de las condiciones socio-históricas que demandan este agente, configuradas en el surgimiento del mercado de trabajo*” (Netto, 1997: 65), insertándose principalmente como vendedor de su fuerza de trabajo y presentando, a su quehacer, un nuevo sentido en la reproducción de las relaciones sociales.

Los datos que tenemos acerca de los comienzos de la inserción ocupacional de los profesionales del Trabajo Social, los brinda Oliva (2005), quien se centra principalmente en la Ciudad de Buenos Aires, dada la información disponible, siendo ésta la principal concentración poblacional del país y por ser una de las ciudades pioneras en el desarrollo de respuestas institucionalizadas a las refracciones de la

“cuestión social”, o sea, recortando en forma abstracta segmentos de la vida social en los cuales se interviene, y encubriendo, de esta manera, su relación con la contradicción capital-trabajo.

El surgimiento del espacio socio-ocupacional estuvo directamente relacionado con el proceso de complejización de las funciones del Estado y con la necesidad de intervenir sistemáticamente por medio de la implementación de políticas públicas, tanto en el campo educativo, sanitario, judicial, de seguridad social, industrias, entre otros¹⁷⁰.

Para describir algunos de los principales espacios laborales, podemos decir que la inserción del servicio social en las escuelas primarias estatales se origina principalmente por tareas de organización de los comedores escolares, campañas de vacunación y educación sanitaria. También se constituyen como un espacio ocupacional las colonias de vacaciones y campamentos veraniegos para niños/as de la Ciudad de Buenos Aires. Ya desde fines de la década del veinte, la creación de servicios sociales con financiamiento público en el campo de la salud tuvo su desarrollo en hospitales, maternidades, institutos y dispensarios. Así como también desde la década de 1930 se comienzan a incorporar Asistentes Sociales a los organismos del Poder Judicial, la Policía y Patronatos.

Por otra parte, también se presentaron como espacios de inserción laboral, aunque en menor medida, industrias, instituciones de formación profesional, programas de viviendas y otras instituciones de asistencia pública¹⁷¹.

En esta línea, gran parte de los artículos y secciones de la RSS contiene informaciones y opiniones relacionadas a las expresiones de la “cuestión social”. Las

¹⁷⁰ A modo de ejemplo, o síntesis, del espacio socio-ocupacional, podemos decir que se desarrolla en instituciones orientadas “a la protección maternal e infantil; trabajo en las maternidades, refugios maternales, consultas de lactantes, salas-cunas, y en todas las obras que dependen de mutualidades, de cajas de seguros, y de subsidios familiares; o de obras destinadas a la infancia de edad preescolar; o de edad escolar: colonias de vacaciones, plazas de juego, bibliotecas para niños, instituciones para niños débiles, difíciles, anormales, delincuentes; consultas de orden médico, higiénico, psiquiátrico; así se trate de una acción post escolar; círculos de la juventud, bibliotecas públicas, obras de educación o recreación para adolescentes ya adultos, albergues para la juventud, etc., etc.; de asistencia en los hospitales, del Servicio Social agregado a las consultas médicas; de la asistencia penitenciaria, del Servicio Social en las prisiones, u ocupándose del reajuste de los liberados, en la asistencia psiquiátrica, del Servicio Social de enfermos mentales, o del Servicio Social del Trabajo. Del bienestar de la población obrera o empleada en usinas y grandes almacenes; del servicio Social colonial, todavía en sus comienzos, pero de una necesidad urgente; así se trate simplemente -y es una forma de trabajo que se asocia a otras- del servicio Social familiar, de la ayuda directa y multiforme que se puede hacer a las personas individualmente y a sus familias” (RSS, 1938: 76-77).

¹⁷¹ Cabe destacar que de los graduados en Asistencia Social en el período 1932-1942, para la misma autora, sólo un porcentaje inferior al 10% ejercía la profesión en entidades no estatales, en tanto “la Iglesia Católica, como venimos mostrando no cumplió un papel de importancia como empleadora de Asistentes Sociales en el transcurso de las dos primeras décadas de la institucionalización” (Oliva, 2005:138).

áreas temáticas que más resonancia presentan, teniendo en cuenta sólo la sección de “Artículos originales”, son: **niñez** (delincuencia y abandono, adopción, hogares de niños, justicia de menores) y **salud** (alimentación, nutrición, puericultura). Siguiendo **legislación social** (salario familiar, trabajo a domicilio, seguridad social), **educación** (deserción escolar, colonias de vacaciones) y **vivienda**.

A continuación presentamos algunos de los argumentos sobre los cuales se buscaba explicar estas áreas temáticas y las características de la intervención del Servicio Social en las mismas.

La temática de la **niñez “abandonada y delincuente”** es un gran eje de preocupación sobre el que gira gran parte de las inquietudes y búsquedas de “soluciones” por parte de las instituciones y trabajadores de la asistencia social.

En diferentes artículos, el tema de la niñez y sus problemáticas son entendidas como el desaprovechamiento y pérdida en cantidad y calidad del “capital humano” de una nación. *“La edad infantil ha sido llamada por algunos ‘etapa de preparación’ económica para la población futura de un país. Si la riqueza de un pueblo reside en las cosas, según nos lo enseña la economía Política, no es menos cierto que esos bienes materiales han sido creados por hombres que forman ese pueblo (...) Formar pues personalidades humanas, crear salud, cultivar el espíritu, formar el carácter, es crear riqueza”* (Zwanck, 1938: 168). Aquí el problema empieza a plantearse en términos principalmente económicos: si no se forma y preserva la fuente de riqueza futura de un país (esto es la fuerza de trabajo), puede perjudicarse el sistema productivo y la prosperidad del mismo.

En ese entonces ya se hablaba de la “**peligrosidad de los menores**”, tanto en el sentido de “estar en peligro”, al convertirse en vago, mendigo, moralmente abandonado, pervertido, etc; y/o francamente “ser peligroso” para el resto de la sociedad. Por otra parte, se remarca el carácter educativo, tutelar y paternal que tenía que tener el tratamiento de la “delincuencia juvenil”, renunciando a la dureza y crueldad de las medidas represivas y descartándose también la detención de niños en cárceles y prisiones de adultos¹⁷².

¹⁷² “En la República Argentina, antes de la promulgación de la ley 10.903 en el año 1919, la situación de los menores era tristemente vergonzosa. Se los detenía en la Alcaidía de Contraventores, donde harapientos, cuando no desnudos, solían con hasta frecuencia ser víctimas de los más espantosos atentados por los adultos con los que se les alojaba en común, o poco menos, en un hacinamiento inconcebible” (Heussner, 1943: 80).

Así se reconoce que *“no se considera nunca al menor como delincuente y la convicción de que llega al delito no por sí, sino por la concurrencia de factores de orden biológico y social, es decir, por causas de origen patológico o por fallas ambientales, hace que las medidas a aplicar en lugar de ser como antiguamente de castigo y represión, asuman un carácter protector y educativo”* (Heussner, 1943: 72).

En relación al tipo de tratamiento a realizar con los menores, Blanca Cassagne-Serres¹⁷³ propone, en un artículo presentado en la sección de “Bibliografía”, la *“colocación de menores en el campo, ya sea en el seno de familias o en establecimientos de educación rural o colonias agrícolas o ganaderas, puede estar indicada por motivos fisiológicos, por razones psico-pedagógicas o causas sociales”* (RSS, 1940: 80).

Las razones para proponer su tratamiento en el campo, cuando sus causas son las antedichas, están vinculadas con:

“1° Por la posibilidad de alejar al menor de influencias peligrosas o distracciones artificiales que deforman su personalidad;

2° Porque permite actuar sobre un organismo tranquilo, fuera de la nerviosidad de la vida urbana.

3° Por el alejamiento de las influencias contradictorias de familiares o amigos poco recomendables;

4° Creando hábitos de trabajo que le permitan la lucha por la vida.

5° Proporcionando la posibilidad de que se arraigue desde su juventud en el campo y cobre apego por la tierra.

6° Dando la posibilidad de curar a los enfermos o predispuestos para quienes otros sistemas son de resultados dudosos (...)

Las ventajas sociales [de dicho tratamiento] serían: 1° Prevenir la formación de delincuentes y seres antisociales, disminuyendo los gastos de cárceles, hospitales y asilos; 2° formar seres vigorosos, capaces de un esfuerzo constructivo y llevados por una sana filosofía; 3° descongestionar las ciudades enviando parte de la población al campo; 4° dar nuevo impulso a la agricultura y ganadería simplificando los problemas del industrialismo; 5° contribuir a la colonización de regiones despobladas; 6° velar por el desarrollo de generaciones fuertes y sanas” (RSS, 1940: 80-81).

¹⁷³ Directora del Patronato Nacional de Recluidas y Liberadas desde 1940. Posteriormente será directora de la Escuela de Asistentes Sociales de la UBA, en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, por el período 1946-1955 (Alayón, 1980).

De lo expuesto arriba se desprende una clara antítesis campo-ciudad, idealizando al primero para el “tratamiento” de menores y responsabilizando al segundo por los problemas urbanos y presencia de influencias negativas que son la familia y amigos, entendiendo que su medio ambiente es una de las razones principales para llegar a esa situación.

En líneas generales, pareciera que un **debate abierto** del momento era si convenía la institucionalización o alejamiento de los niños “abandonados-delincuentes” de su familia, para su readaptación. Ya en ese momento se escuchaban voces, como De Arenaza¹⁷⁴, que sostenían que la internación debe ser el último recurso cuando todos los demás ya fracasaron, proponiendo como medidas alternativas una ayuda pecuniaria, por medio de una delegada, y el apoyo moral que necesitan. Se pregunta, en relación a los niños que fueron internados, si no habría sido más eficaz y menos costoso el auxilio directo a esas familias (RSS, 1944: 111).

Siguiendo con uno de los grandes ejes de preocupación del momento, “el tratamiento” a emplear con los niños abandonados y/o delincuentes, Heussner¹⁷⁵ señala que el personal que interviene en los establecimientos dedicados a estas temáticas es central para alcanzar los objetivos propuestos, ya que deben poseer determinadas cualidades personales¹⁷⁶ y capacidades técnicas: *“No sólo necesita del concurso de médicos especializados, psiquiatras, maestros, profesores de educación física, canto, distintas manualidades, etc., sino también, y muy especialmente, del concurso del sacerdote. Si esta institución tiende a facilitar la readaptación del menor, forzosamente, mientras permanezca en ella procurará educarlo, vale decir, formarlo integralmente y no de una manera fragmentaria, formación que comprende el desarrollo armonioso de sus facultades tanto morales como intelectuales y físicas.*

Indudablemente, el niño tiene derecho a una educación religiosa y moral, de ella dependen los conceptos básicos de la vida y de la orientación total de la misma, pues sin la ordenación hacia su fin verdadero, ésta no tiene razón de ser. No se le podrá pedir que obre bien aunque no conozca su deber y si no conoce la verdad, nunca estará en condiciones de elegirla” (Heussner, 1943: 94).

¹⁷⁴ Profesor de la ESS-MSA. Miembro del Consejo Directivo del MSA. Presidente del Patronato Nacional de Menores.

¹⁷⁵ Asistente social. Auxiliar de Secretaría de la ESS-MSA.

¹⁷⁶ Por eso reconoce que las mujeres ocupan un lugar destacado entre el personal de este tipo de establecimiento, ya que poseen actitudes innatas para comprender a los niños, en obvia alusión a la condición de *mujer-madre*, que describimos con anterioridad.

Es interesante señalar que este claro posicionamiento se da en el marco de la polémica discusión de que si la educación pública tenía que ser “**libre o laica**”. Así esta asistente social manifiesta que la escuela pública sólo enseña una moral abstracta, desvinculada de la idea de Dios, sentando posición a favor de la educación libre. Por otra parte, es llamativo que prácticamente el único derecho que se le reconoce a los niños, con este nombre, sea el del acceso a la educación religiosa-moral.

A modo de síntesis, podemos decir que de las afirmaciones recogidas en esta área, la peligrosidad de los menores abandonados y/o delincuentes es adjudicada a fallas biológicas, patológicas y/o a la influencia de su medio ambiente. Para garantizar la correcta reproducción del capital humano, es decir la futura fuerza de trabajo, central para la economía del país, se propone realizar tratamientos que constan generalmente de su protección y educación para alcanzar su readaptación.

Sobre el complejo “**salud-enfermedad-atención**”, Zwanck (1938) entiende que los **estados latentes de enfermedad** responden a múltiples causas, pero principalmente se pueden dividir en **causas médicas y sociales**, aunque reconoce que las primeras son, en la mayoría de los casos, condicionadas por los factores económicos y sociales que atraviesan a los niños y sus familias, siendo la miseria la que va “minando” la resistencia de la salud.

Siguiendo los lineamientos de la Conferencia Internacional de Alimentación, el problema de la alimentación es abordado por la ESS tomando como parámetro los standards alimenticios y utilizando la escala de coeficientes para las familias. Pedro Escudero¹⁷⁷ revela, en su estudio, la influencia directa que hay entre el monto del salario y el gasto en alimentación, por lo tanto, el aumento en el presupuesto de la alimentación se acompaña con un mejoramiento de la cantidad y calidad de ésta; y por otra parte, la necesidad de enseñar al pueblo a gobernar el capital alimentario.

Para Escudero, en el Servicio Social, *“el eje alrededor del cual gira el núcleo de su acción y el alma de su prédica, es la convicción de la importancia que tiene la alimentación racional sobre la evolución del hombre, el rendimiento de su trabajo y de la felicidad de su vida; la influencia que posee en la conservación de su salud y la acción que desempeña, como motivo principal o coadyuvante, en el tratamiento de las*

¹⁷⁷ Profesor de la Cátedra de Clínica de la Nutrición y Miembro Titular de la Academia Nacional de Medicina. Director del Instituto Municipal de Nutrición. Delegado por la República Argentina en la Tercera Conferencia Internacional de la Alimentación, celebrada en Argentina en 1939.

enfermedades. Por fuera de toda idea política o filosófica, teniendo en cuenta que a nuestro país llegan todas las razas de la tierra conservando sus tradiciones y sus costumbres, procuramos orientar nuestra prédica y nuestra acción en el sentido de dar a la familia y a la sociedad un concepto netamente argentino” (1937: 126).

También en relación al papel que tiene el Servicio Social en el ambiente hospitalario, el docente y médico José M. Jorge¹⁷⁸ señala: *“es el elemento más indicado para intervenir con eficacia en el consuelo que surge de la buena comprensión, explicar los motivos fundamentales de las diversas prescripciones médicas, tentar un razonamiento al alcance de la mentalidad de cada enfermo; pulsar la afectividad individual y hasta conceder la razón de aquellas protestas o reclamaciones justas que se encargará de hacer llegar a la Superioridad con premura y mucho tino.*

El buen Servicio Social (visitadora de higiene), debe conquistar la confianza del paciente, hacerse su amigo, renovándola en la asistencia médica que se le brinda y crear o aumentar la tolerancia y paciencia que exige el estado de enfermedad en el ambiente colectivo del hospital (...)

Su interpretación debe ser tan amplia, el deseo del bien tan profundo, que cuando su acción personal no logre despertar y mantener el espíritu de fe y resignación necesario en un momento dado, se le ocurra recurrir a la asistencia religiosa” (1940: 93).

Por otra parte, agrega que, para cumplir con las finalidades que persigue el Servicio Social, según la concepción de la Primera Conferencia Internacional de Servicio Social, el Hospital es el medio más propicio para la acción del Servicio Social *“ya que el estado de enfermedad predispone al enfermo a la meditación, cuando no a interpretaciones erróneas sobre las causas de sus desgracias y lo expone a las múltiples aflicciones de todo orden que acompañan, con harta frecuencia, a los padecimientos orgánicos” (Jorge, 1940: 87-88).*

Si bien, en líneas generales se reconocen las causas económicas y sociales que originan gran parte de las enfermedades que afectan a un sector considerable de la población, el tratamiento se enfoca desde el lugar del Servicio Social a enseñar a las personas a utilizar sus magros salarios para garantizar su reproducción cotidiana sin depender de otros auxilios. Otra línea de intervención se ubica la aceptación y adherencia al tratamiento prescripto por los médicos, aprovechando la supuesta predisposición que

¹⁷⁸ Profesor titular de Clínica Quirúrgica de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Buenos Aires. Miembro de la Academia Nacional de Medicina. Miembro del Consejo Directivo del MSA.

implica atravesar por un cuadro de enfermedad para revisar las causas que lo originaron y alentar a su modificación.

Con respecto a la temática de la **vivienda popular** es interesante observar cómo, por medio de ésta, se expresa abiertamente una relación social que aparece encubierta en el resto de las refracciones de la cuestión social: **la propiedad privada**.

En las afirmaciones encontradas es posible vislumbrar como la **importancia de la vivienda familiar individual** radica en que al ser dueño de la propiedad se reafirma el sentido de responsabilidad y se robustece la familia, ya que se vigorizan los lazos en la intimidad de un techo que no se comparte con otros, evitando la promiscuidad; se fomenta el ahorro al tener que pagar en cuotas el hogar y se garantiza el futuro, al poder heredar una propiedad.

Aquí se puede observar cómo, en nombre de la familia burguesa y el hogar propio, se busca legitimar la propiedad privada de la misma, argumentando que *“no puede desconocerse que un gran factor de pacificación social, sería convertir el mayor número de obreros y modestos empleados, en propietarios de una vivienda cómoda, higiénica y barata. Esto desde luego no es sólo una aspiración legítima de un gran sector de la población, sino que lo reclama la dignidad humana y la justicia social”* (Pagés, 1939: 173).

Pero en otros casos, se entiende que el “mal alojamiento” o “hacinamiento”, originado en el problema de vivienda, en muchas situaciones contribuye a la corrupción de las costumbres y a la inmoralidad, teniendo como una de sus expresiones la delincuencia en los menores (De Arenaza apud Paz Anchorena, 1939: 88).

Según los planteos de De Arenaza, *“el alcoholismo, la inmoralidad, la miseria, son factores indudables de desorganización familiar y por ende capaces de provocar reacciones antisociales entre los menores de edad y lo interesante es que estos factores no actúan separados, sino por el contrario, son concurrentes y se explica, porque hay miseria y vicio, hay hambre, hacinamiento y promiscuidad”* (De Arenaza apud Paz Anchorena, 1939: 89).

Todos estos factores traerán como consecuencia la crisis de la familia. Para De Arenaza, los problemas de la familia y del ambiente de la “infancia abandonada o delincuente”, constituyen un síntoma de las dificultades o desorganización del hogar. Retomando una concepción que comparten los principales organismos, que se ocupan de

esta temática a nivel mundial, se entiende que la familia “*reúne en sí los dos factores fundamentales de la delincuencia del niño: el biológico adquirido o transmitido de padres a hijos, y el ambiental, que obran sobre el menor, perturban su desarrollo y su adaptación social, con tanto mayor eficiencia, en cuanto se ejercitan sobre organismos preparados o debilitados, por una alimentación insuficiente, por una higiene defectuosa, un ambiente de vicio, miseria o ignorancia*” (RSS, 1944: 109).

Por todas estas razones, se señala que no sólo puede darse el recurso material de la vivienda sino que hay que “educar a la familia” en esta tareas, así como no se puede realizar esta tarea sin contar con la vivienda propia.

José Pagés¹⁷⁹ sostiene: “*no caeré en la simpleza de creer que la vivienda sana y confortable por sí sola, sin auxilio de la moral cristiana, podrá reconstruir el hogar, tal como lo quisiéramos y ansiamos; pero sí afirmaré que la moral será importante, si a las millares de familias que viven en horrible promiscuidad, no se les auxilia, dándoles albergue apropiado*” (1939: 173).

El recurso de la vivienda familiar es entendido como un factor decisivo que contribuye a la responsabilización parental (padre-madre) ya que condiciona sus elecciones venideras y alienta el sacrificio personal en pos de cubrir la deuda del hogar. Además carga sobre este ámbito acotado la completa reproducción de su subsistencia.

Para los referentes de nuestro período que escriben en la RSS, las consecuencias que traen los “problemas sociales”, que se fueron mencionando, están vinculadas con el enfrentamiento entre las clases, la disminución de la productividad, la desorganización familiar, el vicio, el incremento de la criminalidad (mendicidad, delitos), el aumento de las enfermedades, la disminución de la población, entre otros.

Nos resulta interesante señalar que, ya en ese momento, se esbozaba una crítica a la **atención segmentada** de las refracciones de la “cuestión social”, como también de las especializaciones técnicas que abordaban dichas problemáticas. “*Es muy frecuente observar que el problema de la habitación popular es abordado en su estudio desde un ángulo un tanto estrecho. No es evidente el problema en sí lo que ha hecho que se lo considere fragmentariamente; son los hombres, técnicos de una determinada especialidad, que ven sólo lo que su saber les deja ver. El arquitecto, el economista, el urbanista o el sociólogo, no contemplan, por lo general sino un aspecto de la cuestión. Y*

¹⁷⁹ Ingeniero Civil. Miembro de la Comisión organizadora del Primer Congreso Panamericano de la Vivienda Popular. Militante católico, fue uno de los fundadores del Partido Popular, experiencia relegada por el Episcopado frente a la necesidad institucional de jerarquizar y acotar la autonomía del laicado. Se pueden encontrar artículos de su autoría en el diario católico *El pueblo* y la revista *Criterio*.

no escapan a esta observación los higienistas que sólo han visto en la casa-habitación, un factor de salubridad individual y colectiva” (RSS, 1939: 169).

Hay un reconocimiento generalizado acerca de la necesidad de recursos prestacionales para el ejercicio profesional, pero, en líneas generales, se entiende que la intervención profesional no será “completa” si no modifica o apunta a cambios conductuales o de la personalidad. Entonces, el aspecto material que puede contener la intervención profesional, no es desconocida en este período, sino que se valoriza en cuanto paliativo para alcanzar la “readaptación” de los individuos. Pero la “cura” radica en que los usuarios no dependan más de la respuesta prestacional y resuelvan sus necesidades por sus propios medios, o sea legalmente, en el mercado. Este razonamiento podemos relacionarlo con la concepción acerca de la asistencia según sus cuatro funciones (paliativa, curativa, preventiva y constructiva) y con la concepción generalizada acerca del origen de las necesidades sociales, como vimos en el Capítulo II.

Se presenta también un cuestionamiento a la fragmentación del conocimiento y el “saber” de los técnicos, que no logran desde sus especialidades fragmentadas estudiar los fenómenos sociales en su totalidad. Esta crítica al conocimiento e intervención fragmentada va a relacionarse con la búsqueda de un conocimiento y actuación **integral**, que tenga en cuenta todas las dimensiones de la persona humana: el plano físico, psicológico, moral y espiritual; tal como lo argumenta Heusser (1943).

Este argumento de la “integralidad humana” es utilizado en algunas ocasiones para señalar los límites de la intervención profesional, o la necesidad de complementarla, con la asistencia o educación religiosa, basada en la moral cristiana, la cual ha demostrado su contribución a los fines de la “readaptación” de un sector de la población.

A continuación profundizaremos en los pilares que sustentan la formación del asistente social en el marco de la ESS-MSA.

2. El lugar de los conocimientos, la práctica y los principios éticos-morales, como fundamentos de la formación profesional

Ahondaremos en este punto, en primera instancia, sobre los elementos que constituyen los pilares de la formación de los asistentes sociales que cursan la carrera en la ESS-MSA. Y en segundo lugar, explicaremos cómo se presenta la articulación de estos fundamentos, en palabras de sus protagonistas, y si en ella se da algún tipo de

priorización y/o contradicción para ellos mismos.

A partir de la naturaleza centralmente interventiva de la profesión y de la necesidad de racionalización de la asistencia, podemos observar cómo se priorizan y/o relacionan diversos elementos que componen la formación en torno al “tratamiento” a realizar desde la Asistencia Social, evidenciándose una fuerte similitud con la Medicina (positivista), que se constituye como modelo a seguir. El tratamiento de la asistencia social consta de los “métodos modernos” de: diagnóstico precoz, pronóstico, tratamiento (todos con sus correspondientes “social”) y profilaxis. Más allá de las diferentes áreas de intervención, todos reconocen un procedimiento similar.

“Se emplea en el tratamiento de la asistencia social de menores abandonados el sistema que adopta la medicina moderna: diagnóstico precoz, profilaxis por el tratamiento, etc. etc.” (Herrera Giménez¹⁸⁰, 1937: 17).

Para alcanzar los objetivos que se propone la intervención, se planteaba la necesidad de utilizar diversos instrumentos: la observación, la ficha social o historia social, la encuesta, cuestionarios, formularios, informes, expedientes, archivos, etc. A la “técnica” y su progreso se le otorga la capacidad de mejorar los métodos, haciéndolos más precisos, rápidos, económicos y eficaces. Esto evidencia que, en definitiva, la formación técnica es entendida como un medio, un instrumento más sofisticado y eficiente, para alcanzar determinados fines.

Mercedes Spurr (1944) señala que el trabajo del asistente social se comprende de dos fases: en primer lugar, el **estudio y diagnóstico social**, donde se busca conocer e interpretar los antecedentes, los síntomas sociales, el domicilio y lugares de trabajo de la persona, e informaciones de otras instituciones. En segundo lugar, se pasa a la fase de la **ayuda y el tratamiento social**, basado en la profilaxis y educación sanitaria.

Es recurrente encontrar en la RSS una forma de pensar la sociedad relacionada al tipo de explicación biológica de corte positivista, en concordancia con la “medicalización” general por la que atraviesa la ciencia del período, de la cual se deriva todo un tipo de estructura explicativa para el Servicio Social. Pero a esta inscripción médico-biologicista se la complementa con otra de carácter moralizadora, y es aquí donde se recurre al ideario católico para su abono ideológico, confluyendo ambas perspectivas en nodales intereses de clases, tal como vimos en el Capítulo II.

Este eclecticismo de conocimientos científicos, técnicos y fundamentos doctrinales se ve plasmado en distintos números de la RSS. Un ejemplo de ello lo

¹⁸⁰ Asistente Social. Delegada del Tribunal de Menores.

encontramos en el trabajo final de carrera de Elvira Gómez Higuera¹⁸¹. Allí podemos evidenciar cómo se presenta y se busca articular estos aspectos en la formación de los asistentes sociales. A este trabajo final se lo califica como muestra de un: *“Espíritu profundamente cristiano, [que] encuentra en la doctrina social católica los argumentos más sólidos para sustentar su tesis (...) Es este trabajo un ejemplo elocuente de lo que puede y debe ser una Escuela de Servicio Social: institución docente destinada a dar conocimiento y dotar a su alumnado de una técnica cuidada, pero también un organismo educacional que refuerce y dignifique la personalidad de sus alumnos”* (RSS, 1938: 218).

En general, a la hora de explicitar los elementos que constituyen el proceso de formación de los futuros asistentes sociales, desde esta perspectiva, predominan dos factores: “lo técnico” y “científico”, y lo ético-moral. Se argumenta, generalmente, que se necesitan y/o complementan recíprocamente y se reconoce que ambos son claves para realizar una **tarea educativa**, misión principalísima del Servicio Social. ¿Pero hay una predominancia de alguno de estos sobre el otro?

Al respecto, una estudiante relata cómo fue aprendiendo, en la ESS, lo que era necesario tener para ser un profesional: *“condiciones morales, intelectuales y físicas para abrazar la carrera de Servidor o Trabajador Social pero antes, imprescindible la vocación, el espíritu junto a la técnica y, la caridad cristiana en primero y último término, como base, como esencia del trabajo social”* (Luraschi, 1942: 59).

En similar posición, Maiorana señala cómo concibe la articulación de los distintos elementos que tienen que estar presentes en la **“asistencia social completa”**, entendida como: *“la que aúna la caridad y la ciencia, el corazón y la inteligencia, la que es capaz, bien entendida y bien manejada, de dar a los hombres de nuestro tiempo la noción de sus deberes y su responsabilidad. Hablar de asistencia social es hablar de amor y sacrificio, prodigados ampliamente pero con el control de la inteligencia y la disciplina del estudio (...) La asistencia social no procede al azar, sino que calcula y mide y piensa: sabe que no basta dar, hay que saber dar”* (RSS, 1939: 158).

Como desarrollábamos anteriormente, desde la perspectiva endogenista, a partir de la evolución, perfeccionamiento y ampliación de la caridad y la filantropía, se puede llegar a entender al Servicio Social como el producto o resultado de la **“organización científica de la caridad”**, aunque, en este proceso de “perfeccionamiento”, se resignifica

¹⁸¹ Resumen publicado en la Sección “Bibliografía”, cuyo título es “Problemas espirituales de la familia obrera”. Docente de la ESS-MSA.

lo que se entiende por caridad. De este modo, la relación entre caridad y Servicio Social comienza a estar complejizada, incluso desde los propios cuadros católicos, donde se sostiene que éste último es el “ensanche” de esta virtud teologal, que como actividad de carácter principalmente “social” requiere de una técnica adecuada (Mulle, 1938). Así, generalmente se concluirá que, para desarrollar esta actividad, se necesitan nociones teóricas, principalmente de las diversas disciplinas de las Ciencias Sociales, como también de conocimientos prácticos, referidos a estudio de las condiciones de vida y de las respuestas que pueden ayudarlas a mejorar. Precisamente, para Mulle, lo que caracteriza al Servicio Social y lo diferencia de la beneficencia momentánea es que ésta última es un paliativo, mientras que el primero ataca todas las causas de las dificultades presentes, por medio del cual se busca combatirlas y vencerlas, preparando así una “cura” definitiva.

Es interesante señalar que la relación Servicio Social-Caridad es, incluso, formulada por algunos sectores médicos, desde los cuales se intentaba “racionalizarla”. Según Jorge, *“El Servicio Social creado para la más armónica relación entre los hombres bajo la inspiración de la Caridad misma, se establece hoy como deber social organizado, en todas las naciones civilizadas”* (1940: 87). De esta manera, no es incongruente señalar que los mismos sectores higienistas que buscaban dotar de carácter racional a la profesión, también fundamentaban su origen en una inspiración mística-moral, con un carácter de apostolado o sacerdocio laico. Incluso, el propio Germinal Rodríguez, reconocido por sus aportes en el proceso de institucionalización de la profesión, sostiene que la visitadora de higiene es *“la hermana de la caridad civil”* (Rodríguez apud Alayón, 1980: 129).

Las razones por las que se emparenta la génesis de la profesión con la caridad cristiana están dadas porque ambas estarían fundadas en el amor al prójimo, a partir de la compasión que se siente frente a la desigualdad social y motivada por un fuerte compromiso personal y desinteresado con el “hermano que sufre”.

Siguiendo esta lógica y partiendo de la definición de Servicio Social de Zwanck, Maiorana plantea que como *“obra esencialísima de amor, halla su fuerza en aquel segundo mandamiento que es capaz de resumir los otros: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Es la exteriorización de la caridad, el más cristiano de los sentimientos; de la verdadera caridad, que por ser llama de amor, no escatima el trabajo ni el sacrificio. Pero la caridad de nuestros días ha aprendido que no basta dar; hay que saber dar.*

Clarividente en su obra, no ignora las lacras del socorrido y recuerda que, en la mayor parte de los casos, ha de defenderlo por sobre todo, de él mismo. Por eso es obra esencialmente educativa que, utilizando los resortes de la personalidad humana, busca en el espíritu del individuo las fuerzas de su salvación” (1940: 180-181)¹⁸².

En consonancia con el cuestionamiento generalizado de su período sobre las causas y resultados de la dádiva, la limosna y la caridad tradicional de sólo “dar”¹⁸³, se argumenta que es parte de la responsabilidad del Servicio Social “saber dar”. Pero este “saber dar” implicará un doble sentido; por un lado, la necesidad de la capacitación y formación para los responsables de esta actividad, mientras que por otro lado, implica saber reconocer y seleccionar a quién dar, cómo y qué cosa, razón por la cual el Servicio Social pasa a considerarse una tarea centralmente educativa, ya que la raíz de los “males sociales” son individuales y conductuales. En este sentido, se propone una transformación moral-espiritual del usuario del servicio, la cual apunta a la “salvación” de su persona, como así también la del propio profesional.

Por lo tanto, podemos afirmar que desde un sector de la profesión, se continuó con un objetivo de las organizaciones caritativas, más allá de los cambios sociales producidos que evidenciaban lo anacrónico de este tipo de respuesta: **el disciplinamiento** y la “**conversión**” de los “pobres” y débiles” al catolicismo, infundiéndoles la moral cristiana, incentivándolos al trabajo y alejándolos del anarquismo y el socialismo (Bianchi, 2002).

De esta manera, **el Servicio Social se presenta, para un vasto sector, como una forma perfeccionada de la caridad**. Como no se reconocen las transformaciones socio-históricas que crean las condiciones materiales para requerir un nuevo agente profesional, se piensa la profesión en una linealidad con las formas de ayuda caritativa-filantrópicas, sin producirse una ruptura con el misticismo impregnado en éstas. En reiteradas ocasiones, se apunta a entender la Asistencia Social como la formación técnica que “enseña a dar”, pero continúa apoyándose o basándose en una vocación motivada por la creencia y la fe religiosa.

¹⁸² Comunicación presentada al Segundo Congreso Nacional de la Confederación Argentina de Maestros y Profesores Católicos.

¹⁸³ Los médicos higienistas fueron, desde principios de siglo XX, uno de los sectores que más alertó sobre los insuficientes e inadecuados métodos sanitarios y de protección a la infancia, que empleaban las organizaciones benéfico-caritativas.

De la tradicional práctica asistencial de raíz católica, “*se cuestionaba casi todo: lo que se daba a los pobres (objetivado en donativo material), los criterios de oportunidad (falseando la percepción de la pobreza), y las formas de atribución de necesidades (que alternaban entre la represión y la caridad). La propia tradición se convierte en obstáculo para la difusión del Servicio Social*” (Kmpotic, 2005: 65).

Podemos apreciar la búsqueda de la caridad, pero “tecnificada”, que incorpora elementos de las ciencias. Así tendrá una importante centralidad que esta actividad sea realizada técnica y científicamente, aunque contradictoriamente predomine y se reconozca su carácter de auxiliar social. Pero junto a esta formación técnico-científica se requiere a la par, o inclusive con mayor énfasis, una preparación espiritual y moral, que algunos sostienen, no podría desarrollarse si no tuviera innatamente esta “virtud”.

“Al lado de la cuidadosa preparación teórica de los asistentes sociales, hay otra que difícilmente se pone en lecciones o fórmulas: una preparación moral, tal vez más importante todavía, que se adquiere de cerca, por el ejemplo, y que es al mismo tiempo la coronación de la cultura adquirida en el curso de los estudios. El Servicio Social es una ciencia pero también es un arte: no lo alcanza el que quiere; tampoco lo comunica el que quiere” (Mulle, 1938: 78).

Frente a esta última afirmación -el Servicio Social es una ciencia pero también un arte-, debate que continúa teniendo una actualísima vigencia, nos surge la duda de que si la relación con el arte está vinculada a los “dones” naturales que tendrían que tener tanto artistas como asistentes sociales, reconociendo como diferente al dominio teórico-científico y por lo tanto, no necesariamente “adquirible” en un proceso de formación, por la propia voluntad individual.

Para Madeleine Decroix¹⁸⁴, la confirmación de que una joven está en condiciones de ser una asistente social lo da la experiencia de vida. *“Paralelamente a la enseñanza teórica y científica, que es absolutamente indispensable, es en el trabajo práctico, donde será posible estudiar, las reacciones de la futura Asistente Social ante la realidad de la vida (...) Es en esos momentos que se le presenta la ocasión de poner de manifiesto sus capacidades sociales más esenciales: la sensibilidad y el espíritu de iniciativa (...) Será perfectamente inútil, y hasta nefasto, orientar hacia la acción directa a individuos que no ofrezcan un caudal de sensibilidad, intuición y altruismo por encima del término medio común”* (RSS, 1938: 127). Aunque luego reconoce que es tan amplia la aplicación del Servicio Social, que las personas “más frías y metódicas”, podrían encontrar un lugar en *“la organización administrativa, el estudio de las cuestiones económicas y hasta en la confección de estadísticas”* (ídem). Por todo ello, sostiene que la cuestión de carácter y las aptitudes morales son fundamentales en la elección de los asistentes sociales. Finaliza el artículo con el siguiente postulado: *“si hubiera necesidad de agregar alguna cosa más*

¹⁸⁴ Trabajo presentado en las Jornadas Nacionales de Servicio Social realizadas en París en 1938. Pertenece a la obra *Le Service Social à l'hospital*.

al estatuto del Asistente Social, ello sería una divisa; Amar, saber, servir” (RSS, 1938: 128).

Un interesante aporte, que presenta un matiz sobre lo que venimos desarrollando, lo realiza Estela Meguira¹⁸⁵, quien reconoce condiciones materiales que exceden al ámbito del control y manipulación del asistente social: *“la obra que el Servicio Social está llamada a realizar, en lo que a su radio de acción concierne, depende de la institución que la realiza y de la época en que se realiza; de la fuerza económica que la sostiene y de muchos otros actores, ajenos al trabajador social, pero sea cual fuere la medida en que estas circunstancias hagan posible su desenvolvimiento, siempre tendrá como fin ideal curar”*(1940: 101). De esta manera, reconoce algunas determinaciones socio-históricas objetivas, pero sostiene que habrá Servicio Social donde haya algo que socialmente necesite ser curado o remediado, es decir, negando las particulares condiciones en las que surge y se desarrolla la profesión. Este tipo de reflexión está en consonancia con el discurso hegemónico del momento, donde si bien se reconocían los factores socio-económicos que inciden en las situaciones de pobreza, ésta se apoyaría sobre una base fundamentalmente ética y moral.

En el intento por establecer una relación entre el modo preponderante de entender las necesidades sociales y la búsqueda de soluciones a los problemas individuales y colectivos desde el Servicio Social, podemos suponer que si bien se reconoce la tarea de satisfacer necesidades materiales, habrá una **sobrevalorización de la dimensión ética-moral** en un triple sentido, en torno: primero al “contrato social”, donde la sociedad “bien organizada” no olvida sus deberes para con quienes la integran, teniendo como finalidad el “bien común” a través de la solidaridad instrumentada por medio de políticas sociales; segundo, a la “educación”, como camino para “curar”, “remediar” y/o “reformular” las incapacidades, deficiencias y/o anomalías de algunos individuos; y tercero, la formación del asistente social.

Como ya ha sido sobradamente demostrada la falta de correspondencia de los dos primeros argumentos con la realidad histórica por parte de varios referentes de la perspectiva crítico-dialéctica, a continuación nos centraremos en la discusión sobre el tercer argumento.

¹⁸⁵ Asistente social. Jefe del Departamento de Servicio Social en el Juzgado en lo Correccional del Dr. Juan O’Connor. Fue la representante de la ESS-MSA designada para viajar a la visita organizada por la American Association of Schools of Social Work en EE.UU. en 1940.

En el proceso de formación que se direcciona desde la ESS, pareciera haber una tensión en el carácter del proceso formativo: por un lado, una fuerte necesidad del componente vocacional y actitudinal, basados en fundamentos espirituales-morales que orientan la elección y ejercicio de la profesión, lo que se contrapone a la necesidad de la formación técnica y científica, para la racionalización de la asistencia.

Sin embargo, por los ejemplos citados hasta aquí, los autores de los artículos reproducidos reconocen la complementariedad de los conocimientos técnico-científicos y el “amor” basado en la caridad, no como una contradicción sino como una articulación necesaria: ya que disponer sólo de conocimientos no es suficiente para ejercer la profesión, así como tampoco lo es la voluntad sola. Como dijimos con anterioridad, fue instalándose con mayor fuerza en esta época la idea de que no bastaba “dar”, en directa crítica a la tradicional caridad y beneficencia, sino que se necesitaba “saber dar” y ésta es, en parte, la función que venían a cumplir los asistentes sociales. Pero las dimensiones que son requeridas para su formación y posterior ejercicio parecen presentar distintas jerarquías o énfasis. En cierta manera, en muchos casos, se comienza a sobredimensionar o realzarse la centralidad que adquiere lo actitudinal, la moral o vocación para el ejercicio de esta actividad.

Teniendo como modelo de referencia científica a las Ciencias Biológicas y Médicas, el Servicio Social está directamente llamado a intervenir principalmente en la dimensión moral de los individuos o grupos: *“Así como la medicina moderna, de curativa se vuelve preventiva, y, no contenta de curar a sus enfermos, se propone cada vez más preservar a los sanos para defender su salud; del mismo modo, el Servicio social, bajo todos sus aspectos, llena este rol en el plan moral, y se esfuerza en estimular y cultivar en cada individuo o en cada grupo de individuos, donde es llamado a ocuparse de ellos, fuerzas que lo podrán en estado de alcanzar un nivel de vida más valedero; digámoslo lisa y llanamente: de prescindir de toda intervención”* (Mulle, 1938: 77).

De esta manera, la autora argumenta que el fin último del Servicio Social consiste en su auto-supresión, en hacer que no sea más necesario socialmente. Esto nos remite a una corriente mistificación, donde se espera que la conjunción de una adecuada intervención profesional aunada con la voluntad individual del usuario o la auto-organización grupal para responder a sus propias necesidades, conlleve el resultado de prescindir de futuras intervenciones profesionales, como si fuera posible la superación de

las demandas sociales, colocadas a la profesión, sin la alteración de las estructuras socioeconómicas que las originan.

Pero también desde la propia ESS-MSA, en variadas ocasiones, se insiste sobre la importancia de la formación moral. Sobre la labor de la ESS del MSA se sostiene que *“su verdadera, casi diríamos, su única finalidad es ‘formar’ el asistente social y de ahí que la enseñanza tenga un máximo de contenido moral”* (RSS, 1941: 84).

Es de destacar el peso que se le da a la dimensión espiritual-moral en la ESS-MSA, quines llegan a sostener que el Servicio Social era un **movimiento “espiritual y moral”**, cuya finalidad era, ni más ni menos, que consolidar la familia como célula de la sociedad¹⁸⁶.

Algunos referentes del Servicio Social católico advierten cierta tensión en la “rigidización de la técnica”, que detenta contra la iniciativa y acción “personal”.

Desde este tipo de posicionamiento, la secretaria de la UCISS advierte sobre los peligros que puede conllevar la “rigidez” de la técnica: *“la sistematización técnica del Servicio Social puede llevar a una nociva rigidez, máxime cuando se ejerce como función estatal (...) en tales circunstancias las Asistentes Sociales no son más que engranajes mecánicos para la aplicación de las leyes sociales. Pierden su acción personal y su obra de iniciativa, de educación y de acción constructiva queda suprimida”* (RSS, 1939: 132)¹⁸⁷.

En una línea similar, la dirección de la Escuela de Servicio Social de Uruguay señala los reparos que tiene que tener una ESS en relación con el Estado: *“la experiencia¹⁸⁸ ha demostrado que la organización de una escuela de Servicio Social requiere de una flexibilidad y de una libertad de acción que difícilmente se concilian con el carácter de una institución del estado. Que el estado vele por el bien común estableciendo altas normas de enseñanzas científicas pero que, por ese mismo bien común, busque el mayor rendimiento de todas las fuerzas vivas del país, fomentando y favoreciendo la iniciativa privada en asuntos tan relacionados con las facultades espirituales del hombre como son los problemas y los remedios de la asistencia social”* (1940: 80).

¹⁸⁶ En la sección “Noticias de la Escuela”, 1939-1940.

¹⁸⁷ Frente esto, la redacción de la RSS agrega: *“como muy fácil se puede comprobar, coinciden estas ideas con las que han informado, en todo momento, el espíritu de la enseñanza teórica y práctica en nuestra Escuela de Servicio Social. Es la moral profesional que se inculca a su alumnado lo que hace difícil que sus egresados sean luego víctimas de la rutina y la burocracia”* (RSS, 1939: 132).

¹⁸⁸ Se refiere a la experiencia belga y la formación de las Visitadoras Sociales a cargo de escuelas privadas, y en muchos casos, confesionales.

Pareciera ser que la crítica sobre el carácter burocrático y rutinario de las iniciativas del Estado es un argumento también presente en el discurso católico¹⁸⁹, que distingue el carácter “flexible” de las iniciativas privadas.

A partir de estos aportes, podemos encontrar una posible explicación sobre la insistencia de que la ESS colabore con la “organización científica de la beneficencia”, lo cual no se trata de un cuestionamiento directo a la función social de la beneficencia o la iniciativa privada en materia social, sino a la forma con que ha sido realizada hasta el momento. Por lo tanto, no se busca su extinción sino su “modernización” al calor de las nuevas ideas y técnicas del momento, tarea a cargo, muchas veces, del Servicio Social.

Frente a los riesgos de la rutina y burocratización, que se profundizan en el ámbito estatal; las adversidades que conlleva el ejercicio profesional¹⁹⁰; la posible “rigidez” de la técnica y/o la pérdida de centralidad del “ser humano”, es que se hará hincapié en la personalidad y el desarrollo de condiciones actitudinales del futuro asistente social, garantizadas por la formación moral o religiosa.

A manera de hipótesis, podemos plantear que tanto los conocimientos tecnológicos como determinados principios-valores tendrán un carácter meramente instrumental en el Servicio Social, ya que están fundados y orientados para ser auxiliares en el perfeccionamiento de “servir” o de “dar”, incorporando a virtudes intangibles, como el “amar”, criterios de eficiencia y rendimiento.

Los conocimientos que son requeridos para la formación profesional están directamente relacionados con las áreas de intervención tradicionales, por ejemplo, si tenemos en cuenta los campos de inserción mayoritarios, se necesitan conocimientos sanitarios, legislativos, de psicología de la niñez, etc. Los conocimientos que se requieren están dados por el estudio del medio en que se originan las causas del “sufrimiento humano”, para lo cual se necesita, por ejemplo, conocer la “psicología del pueblo”. Es decir, se debe conocer el medio ambiente en que va a desarrollar su práctica,

¹⁸⁹ Desde una similar posición, Franceschi diferencia la asistencia pública -como tendencia gubernativa a oficializar las tareas de auxilio en el siglo XIX- del Servicio Social “propriadamente dicho”, reconociendo que no siempre es sencillo esta distinción, “*pero lo burocrático que distinguió la asistencia administrativa obligó bien pronto a crear instituciones distintas de ésta, en que interviniera más el factor verdaderamente humano, y que gracias una mayor flexibilidad pudiera adaptarse mejor a los diversos elementos psicológicos que se revelan en el estudio de cada caso*” (1937: 74).

¹⁹⁰ Uno de los beneficios que se encuentran en la formación de un espíritu cristiano, para las trabajadoras sociales, es que tiene un soporte mayor para enfrentar las adversidades y desalientos de la profesión: “*El que se dedica a este trabajo sufre un esfuerzo mental y emocional, esfuerzo que muchas veces puede llevarlo al desaliento, salvo que la mente se haya disciplinado y forjado el carácter para resistir. El que haya sido instruido en una atmósfera en que penetra la fe religiosa en todos los cursos de la ciencia, ha conseguido, la base principal de toda forma de acción y posee recursos de valor*” (Randolph Shirley, 1942: 4-5).

pero no sólo a través de los libros o publicaciones sino principalmente desde el contacto con los diversos aspectos de la vida cotidiana de ese pueblo. Así se presenta, una revalorización de la experiencia práctica como fuente misma de conocimiento. No obstante, también se puede aducir cierto carácter instrumental, incluso en la formación del espíritu cristiano, que redundaría en la fortaleza para enfrentar las vicisitudes que presenta el ejercicio profesional¹⁹¹.

Otro interesante ángulo de comparación lo aporta Elsie Peerenboom¹⁹². En su artículo, ella señala que en la mayoría de las escuelas de Servicio Social se pueden distinguir tres deberes esenciales en relación a la formación de los estudiantes: un deber científico, un deber práctico y un deber pedagógico. El primero se refiere a conocimientos que le permitan enfrentar las *“dificultades que ha de encontrar en el ambiente de sus protegidos, todos ellos en muy estrecha vinculación con las posibilidades nacionales (...) Pero, y éste es un pero que deseáramos subrayar, nunca para formar sabias, sino mujeres que van a utilizar estos conocimientos como armas, como instrumentos de trabajo, en la lucha contra la miseria económica, física o moral”* (Peerenboom, 1938: 234). Aquí encontramos un nuevo y claro ejemplo de que el conocimiento en la formación profesional aparece como un mero instrumento para la intervención directa en las refracciones de la “cuestión social”, descalificando la formación teórica que no sea directamente aplicable o utilizable en la intervención directa.

El deber práctico está orientado a *“la realización y adaptación de lo aprendido al terreno práctico, y comunicarles así la cualidad característica de una buena Visitadora Social que, sin ser profesora, ni médica, ni abogada, es una mujer que conoce la vida real y que, al conocimiento teórico de los problemas, une la vista práctica para solucionar no los ‘casos sociales’, sino los destinos individuales”* (Peerenboom, 1938: 235). Creemos que esta última afirmación se refiere a que no se buscaba cambiar las estructuras de la sociedad, lo cual, desde esta perspectiva, no es posible ni deseable, sino que se apuntaba a modificar los rumbos individuales, en un claro ejemplo de individualización de las refracciones de la “cuestión social”.

¹⁹¹ Desde la ESS-MSA, la docente Cindanelia Reynes sostiene que para el Servicio Social es necesario encauzar *“el sentimiento de caridad, dándole procedimientos y métodos capaces de hacerle rendir al máximo de beneficio social, evitando el despilfarro de energías y dineros y lo que es más importante, hacer que no cunda el escepticismo, cuando se ve fracasar una obra por falta de directivas y que se suelen acusar al principio que las animó”* (1938: 251).

¹⁹² Directora de la ESS de Uruguay. Afiliada al Secretariado Sudamericano de la UCISS.

En tanto el deber pedagógico, remite al “*desarrollo de la propia personalidad*” del futuro asistente social, en base a la consolidación de cualidades y actitudes, como ser la perseverancia, la alegría, el concepto del deber, la seriedad, entre otros que menciona. “*Ni las ciencias ni el trabajo valen si no tienen su fundamento en la personalidad seria de la futura educadora del pueblo.*” (Peerenboom, 1938: 235). Aquí encontramos la justificación y la relevancia de la necesidad de la **formación de la personalidad** del asistente social, que luego incidirá en la personalidad de los usuarios que le consultarán.

La formación de la personalidad se da sobre una base sobrenatural, eminentemente religiosa, ya que se necesita “algo más” que un motivo ético o filosófico, para evitar perder el “sentido” de la elección de esta carrera y la comprensión de los problemas que se enfrentan en ella. De lo contrario, Hortensia de Salterain¹⁹³ plantea que se correría el riesgo de una “*explicación puramente racional, intelectual, que no deja lugar al espíritu, llegará a la destrucción de su propia obra, al fracaso del servicio social y a la ruina personal de sus servidores. Por eso no nos cansaremos de repetir que la preparación de la visitadora social requiere una enseñanza científica, una experiencia práctica y una formación personal sobre la base de una inspiración sobrenatural*” (RSS, 1939: 288)¹⁹⁴.

En este punto es importante ubicar, en su justo lugar, cuál es la función social de los “principios éticos” en una profesión y en una sociedad, y qué relación se establece entre los valores morales e ideales metafísicos. Precisamente, consideramos que una profesión no se define ni explica por los valores que dice encarnar sino por las condiciones socio-históricas y las necesidades y demandas sociales que lo legitiman como profesión, además de por su intervención concreta en la reproducción de los intereses antagónicos de clase.

Nuevamente encontramos otra expresión del pensamiento positivista, donde la moral es la ordenadora del régimen social. Pero la formación moral que se impartía desde la ESS-MSA no era una moral “laica”, basada en los ideales de sociedad burguesa,

¹⁹³ Directora de la ESS de Uruguay.

¹⁹⁴ Podemos leer, en la sección “Bibliografía”, que la redacción de la revista de la ESS-MSA comenta este artículo sosteniendo que este aporte prueba una vez más que: “*lo que hace al trabajador social son las condiciones personales que lo llevan a estudiar una técnica que le permite llenar una necesidad de su espíritu y como esto es y debe ser así, la organización de una Escuela de Servicio Social no podrá ser nunca la de una institución docente cualquiera, sino que tiene necesariamente que crear una actitud mental en su alumnado y tener ella misma un contenido espiritual y moral que la implique en su acción educadora. Es por eso que coincidimos plenamente con Hortensia de Salterain cuando dice que la preparación práctica y a la instrucción técnica, tiene que unirse una formación muy seria de la personalidad*” (RSS, 1939: 287-288).

sino que tenía un fuerte carácter cristiano. A continuación, intentaremos entrever las configuraciones que se fueron entramando entre la moral, la espiritualidad y la religión.

2.1 Los principios cristianos como “garantes” del “verdadero Servicio Social”

Podemos afirmar que desde algunos sectores formadores de la ESS-MSA hay un fuerte énfasis en la necesidad de la formación moral de los futuros profesionales, preponderante sobre los otros elementos. Como sostuvimos con anterioridad, ésta se expresa en la formación de la personalidad del estudiante con el desarrollo de ciertas virtudes y cualidades, sin las cuales el ejercicio profesional carecería de eficacia y sentido.

La lista de actitudes, virtudes y cualidades, que se requieren para ser asistente social, es extensa¹⁹⁵: crear confianza y fe en los usuarios, tener simpatía, tenacidad, perseverancia, responsabilidad, caridad, vocación, dignidad, espíritu de fraternal compasión, aliviar los sufrimientos, grandeza de alma y poder posponer su propia persona, educar con el ejemplo y proponerse la superación espiritual para alcanzar la belleza moral¹⁹⁶.

La ejemplaridad se presentará como un requisito del ejercicio profesional, en consonancia con el difundido proverbio “predicar con el ejemplo”. La lógica de esta argumentación radica en que si se busca modificar conductas, comportamiento y/o personalidades, el asistente social tendrá que presentarse como “ejemplo de vida” y poseer estas pautas y valores (recordemos la necesidad de educar a la familia obrera bajo imagen y semejanza de la familia burguesa). Pero por otra parte, y en relación a la lógica de la ejemplaridad, el asistente social se presentará como un semejante que “sufre con el sufrimiento” del asistido y se compadece con los “males sociales”. Y así como con el “asistido”, el asistente social encuentra en la fe religiosa el “recurso” principal para

¹⁹⁵ Ver anexo 4: Decálogo sobre los principios de los asistentes sociales.

¹⁹⁶ “Esta forma de belleza, es mucho más impresionante que la belleza de la Naturaleza y de la Ciencia. Da a aquellos que poseen sus dones divinos, una fuerza extraña e inexplicable. Aumenta el poder intelectual. Establece la paz entre los hombres. Más que la Ciencia, el Arte o los ritos religiosos, la belleza moral es la base de la Civilización” (Carrel apud Reynes, 1938: 257). Es interesante cómo desde esta perspectiva, no se considera la moral como una dimensión más de la vida social, sino como el fundamento o cimiento de la civilización, a partir de la cual se la justifica o legitima con la capacidad de aumentar o viabilizar la paz social.

enfrentar las adversidades y padecimientos que se le presentan en la intervención profesional.

Hemos descripto con anterioridad la relación entre las cualidades que debían presentar las personas que se ocuparan de las tareas de asistencia social y su vinculación con ciertas actitudes “congénitas” al “ser mujer” (Grassi, 1989). Además de lo ya desarrollado sobre la personalidad del asistente social, la cual tiene que tener sensibilidad, contar con intuición, paciencia, ser fuente de comprensión, protección y bondad, de vigilancia, de abnegación y espíritu de sacrificio, estos “dones naturales” reconocen a la mujer en tanto su potencialidad, o realidad, de ser “madre”, relacionada al “instinto de amor maternal”, el cual también se poseería “innatamente”.

“Es la mujer, pues, dotada por el Altísimo de dosis inmensas de bondad, ternura, comprensión y solidaridad humana, el auxiliar irremplazable del médico en su función social, y por eso ha surgido la institución de asistentes y visitadoras sociales nexo de unión entre la asistencia técnica y la asistencia social” (Moragues Bernat, 1939: 75).

Algunos de estos requisitos son recordados y demandados en una amplia mayoría de los textos, lo que evidencia cierto consenso sobre algunos valores y principios que debería sostener el profesional. Éste es el caso de la **vocación** como requisito primordial e indispensable, acompañado habitualmente de dedicación, reserva absoluta, tacto extremo, pureza de intención, delicadeza, solicitud y afecto, necesidad de inspirar confianza y optimismo.

“Ante todo, la Visitadora Social, la Asistente Social, la Visitadora de Higiene, la Enfermera Visitadora, la Ayudante o trabajadora social, como otros la llaman, denominaciones con que se les distinguen según las Escuelas y los países, deben ser personas iniciadas desde su juventud en esta misión evangélica, con condiciones físicas y morales que les permitan sentir la vocación indispensable para desempeñar ampliamente la función social que les incumbe” (Jorge, 1940: 88).

Otro docente y funcionario, destacado en su período en materia de niñez, De Arenaza, también plantea que estos mismos criterios deben regir para las Escuelas de formación donde “los valores morales, deben primar sobre los aspectos científicos”; y el prestigio y reputación de la misma “se mide por el valor moral de su dirección y de su cuerpo de profesores, y no basta hablar de moral, de honestidad científica y de la pureza de los sentimientos, si ello no va respaldado, por una vida ejemplar, de estudio, de honradez y de hombría de bien” (1942: 50).

La “razón de ser” o basamento de semejante vocación, así como también el baluarte donde recurrir cuando ésta flaquea ante las adversidades de la vida, se encuentra en la creencia y la fe religiosa. A partir de aquí, no debiera sorprendernos que todo un sector de ingresantes a la carrera la eligiera motivado por su creencia religiosa.

En el artículo escrito por la estudiante Isabel Luraschi¹⁹⁷, ella explicita los motivos por los cuales eligió la carrera de Servicio Social, reconociendo que poco conocía de qué se trataba: *“En realidad siempre y desde muy joven, me había sentido atraída por ciertos problemas sociales y dada la ideología que profeso y que tengo y procuro seguir Dios mediante, no sólo por tradición familiar, sino por autodeterminación, era natural que la tercera virtud teologal, la caridad, virtud social por excelencia, produjera en mí inquietudes que lograban perturbar en muchos momentos el ritmo rutinario de mi vida de pequeña clase media y que buscaba calmar con todas aquellas cosas a mi alcance y que, a mi entender por simple razonamiento instintivo o de gracia, consideraba oportunas”* (1942: 57).

Las creencias religiosas son consideradas un factor de elección de la carrera, así también como el fundamento principal o “razón de ser” de la vocación y del “ser profesional” mismo. Por esta razón, la vida espiritual del asistente social adquiere una importante centralidad y se presenta como el eje diferenciador de un mero “técnico”.

Juan Sepich¹⁹⁸ plantea que la asistencia contiene, de manera analítica, dos aspectos: *“uno, la asistencia mirada como apostolado, como misión humana que se cumple junto a alguien; otro, la asistencia como técnica, como disciplina, como organización, como algo que ayuda para establecer un cierto orden en el cual ha de entrar y situarse aquel a quien se asiste”* (1943: 5). Siguiendo los argumentos del autor, estos aspectos también presentan diferencias si se observa la finalidad a la que apunta cada uno. La asistencia, en el primer caso, tiene como finalidad “dar” generosamente y promover el “bien” del asistido, mientras que en el segundo, se busca el rendimiento, la eficacia y el mejoramiento en la organización de la asistencia, en relación con la utilidad.

Así también señala que *“entre un asistente y un técnico o estudioso, va la misma diferencia que entre dos personas que proyectan su vida sobre dos vocaciones distintas (...) La técnica tiene como objeto el saber u organizar (...) La asistencia como*

¹⁹⁷ En el futuro llegaría a ser docente del Instituto de Servicio Social del Ministerio de Asistencia Social y Salud Pública y Directora Nacional de Asistencia Social (Alayón, 1980).

¹⁹⁸ Sacerdote, docente de los Cursos de Cultura Católica, colaborador de la revista *Criterio*. Profesor de la Universidad Nacional de Cuyo. El artículo que se publica está extraído de una Conferencia pronunciada en el hogar Santa Rosa del Patronato Nacional de Menores en octubre de 1942.

apostolado, como misión, no tiene como objeto una ciencia u organización, sino la persona del asistido” (1943: 6). Queda claro que lo que diferencia a una asistente de un técnico, para Sepich, son precisamente los valores que se transmiten en la intervención: *“el técnico ofrece y da su trabajo y su conocimiento; el asistente en cambio, en gracia de su comprensión del asistido, da su persona, su amor, su energía ejecutiva y organizativa. El asistente da más y mejor. El técnico busca la eficacia de la organización en beneficio y utilidad del asistido; el asistente busca el bien, la dignidad personal, el valor humano del asistido y a él somete todo lo demás, incluso la propia vida personal del asistente”* (ídem). Aunque advierte que esta distinción es puramente analítica y formal, ya que ambas dimensiones se necesitan mutuamente, sin la otra se carece de preparación o de fortaleza moral.

Y una vez más llegamos al punto de la necesidad de la formación y transformación espiritual, ya que, para este referente, si la asistencia social no se dirige a la recuperación de la “dignidad espiritual del hombre”, no sirve para nada fundamental y carece de sentido. En otras palabras, su posición es que la asistencia social es la asistencia espiritual del hombre, debiendo estar basada en la religión. De esta manera, la “asistencia espiritual religiosa” aúna el conocimiento y el amor.

“Ser asistente social es tener algo de samaritana, de sacerdote, de apóstol; es comprender que se tiene para cumplir una compleja pero humana misión, bordeada de ingratitudes y de dificultades, pero impregnada por sobre todo, de la santa prédica del Nazareno que igualó a la humanidad por milagro del amor” (RSS¹⁹⁹, 1938: 142).

Siguiendo la lógica de la “misión humana”, la vida espiritual puede presentarse como una articulación entre la realidad presente con un posible futuro deseable, de inspiración en una crítica romántica al capitalismo.

“La vida espiritual del asistente social tiene una importancia capital. Si desapareciera la oposición entre la realidad y el ideal, el Servicio Social dejaría de provocar el progreso social” (RSS, 1937: 164).

Según este razonamiento, parecería que el Servicio Social anclado en la vida espiritual del profesional, está llamado a convertirse en una “mediación” entre la realidad social, reconociendo los problemas que presenta el contemporáneo régimen social, y la construcción de otro tipo de organización social, orientada fuertemente por una misión, apoyada evidentemente en elementos supraterráneos, sin la cual esta profesión rápidamente pierde su “esencia” o “ideal” y pasa a transformarse en una actividad

¹⁹⁹ Palabras pronunciadas por Herminda Bianchi de Oliveira el día del acto de su graduación.

“administrativa y rutinaria”. Para mantener este “ideal” o finalidad se entiende como fundamental la vida espiritual y/o moral del asistente social.

Encontramos una explícita adhesión al ideario cristiano en una exposición dada en el marco de la reunión convocada por la American Association of Schools of Social Work en Estados Unidos, con representantes de quince escuelas de Servicio Social de América Latina. En este ámbito la representante de la ESS del MSA, Estela Meguira, sostiene: *“Los principios sobre los cuales nuestra escuela se funda y en los cuales se basa nuestra enseñanza son cuatro, tomados de la ética Cristiana: 1) El derecho a la propiedad privada; 2) la igualdad de todos los individuos; 3) la dignidad del trabajo; y 4) la caridad”*²⁰⁰ (RSS, 1941: 151). Dada la envergadura de la reunión citada y el carácter institucional de la misma, no podemos sino afirmar que evidentemente éste era el ideario, al cual, formalmente, la ESS-MSA buscaba adscribir, más allá de las contradicciones internas que contuviera.

Mientras que los dos primeros principios se naturalizan, tanto la relación social de la propiedad privada como la abstracta igualdad genérica, el tercero y el cuarto son objeto de la estrategia educativa que se va a desplegar en la intervención profesional.

Sin duda, estos principios de la ética cristiana son un verdadero programa social, en el cual su jerarquización habla por sí mismo. Aquí no sólo se está adscribiendo a valores “tranhistóricos”, si no que se hace de manera explícita, aunque con cierta pretensión de naturalidad sobre la formal afirmación de la igualdad de todos los seres humanos; la defensa de un sistema de explotación y dominación, fundada en la propiedad privada, donde una clase concentra y acapara los medios de producción sobre otra, que sólo tiene la venta de su fuerza de trabajo para subsistir, bajo el eufemismo de la “dignidad del trabajo”.

Con motivo de la visita de Lenroot a la ESS-MSA, volvemos a encontrar otra explicitación de adhesión pública al ideario cristiano, donde el director afirmó: *“es nuestra Escuela, agregó, una escuela cristiana porque el Servicio Social, tal como lo entendemos, se funda en los principios morales que Cristo predicó en su doctrina de amor y de justicia y en el respeto de la personalidad humana”* (RSS, 1943: 292).

Realmente nos sorprende que públicamente se denomine como escuela cristiana a la ESS-MSA, incluso teniendo en cuenta que ya funcionaba la del Instituto de Cultura

²⁰⁰ En el original se transcribe en inglés; la traducción es nuestra.

Religioso Superior. ¿Será que en realidad más allá de su formalidad como institución laica, ésta realmente buscaba encarnar y adherir al ideario cristiano?²⁰¹

Como venimos evidenciando, se refuerza notoriamente la centralidad de la moral profesional que debe guiar la conducta del asistente social, teniendo como principios máximos la justicia y el amor, que en su “evolución histórica” puede verse expresado en la secuencia: amor-caridad-justicia social. Aquí reconocemos otro punto de encuentro entre el ideario que sostenían las Escuelas católicas de Servicio Social y la ESS del MSA. Al conocer los argumentos de las ESS católicas²⁰², comenzamos a entender sus preocupaciones y vemos que muchas de ellas son retomadas y sostenidas por la ESS del MSA.

Las principales coincidencias entre estas escuelas versan sobre los fines y principios que deben perseguir, así se entiende el desarrollo de la actividad de la visitadora social/asistente social como una actividad en base a la verdadera caridad cristiana o la ética cristiana; el reconocer las diferentes dimensiones del cuidado material, moral y espiritual del asistido; la centralidad del “ser humano” dotado de una inmanente dignidad humana; la aplicación de los principios de caridad y justicia, afirmados sobre el sentimiento de amor al prójimo; la búsqueda de una mayor justicia social; el reconocimiento de ser un apostolado más que una profesión; la primacía de la dimensión educativa por sobre las demás, conformándose la Visitadora-Asistente en una “educadora del pueblo”.

Sin embargo, la referencia a los aspectos comunes con las Escuelas de Servicio Social católicas se hace más explícita cuando se argumenta la necesidad de difundir el **“verdadero Servicio Social”**, éste es: **el fundado por el ideario cristiano**.

A propósito de la inauguración de la Escuela de Asistencia Social del Instituto de Cultura Religiosa Superior, se saluda dicha iniciativa y se considera *“que ha de trabajar con nosotros para que el ideal cristiano –que es el fundamento inconmovible del verdadero Servicio Social- se difunda aun más en nuestro días”* (RSS, 1940: 83).

²⁰¹ Cabe tener en cuenta que, en nuestro período de estudio, hablar de cristianismo era prácticamente sinónimo de catolicismo. A modo de ejemplo, sólo basta recordar que el “proyecto de la nueva cristiandad” condensaba el mito de la “nación católica”, impulsado por el dominante sector que representaba el catolicismo integral; esto, a su vez, se apoyaba en la propia hegemonía religiosa y política que tenía la Iglesia Católica en el país.

²⁰² A modo de ejemplo, la directora de la Escuela de Servicio Social de San Pablo, Helena Iracy Junqueira, sostiene que la carrera de asistente social exige las cualidades y disposiciones de *“verdadero ideal de hacer el bien; gran devoción y desinterés personal; interés por el estudio; criterio y sentido práctica en la acción”* (RSS, 1944: 95), en gran consonancia con la definición acuñada por Zwack.

Con motivo de la celebración del décimo aniversario de la Escuela “Matte de Cruchaga”, desde el MSA y la ESS se envió una correspondencia saludando por dicha conmemoración y alentando a que se *“continúe con igual éxito en la obra de acción social que significa el difundir los principios y las prácticas de verdadero Servicio Social (...) para que el verdadero Servicio Social llegue a infiltrarse en todas las actividades públicas y privadas que buscan crear en las colectividades humanas una mayor justicia afirmada en el sentimiento cristiano de amor la prójimo”* (RSS, 1940: 253-4). Al explicitar lo que unía a estas dos escuelas de formación, se afirma: *“empeñados como estamos en difundir en nuestro país los principios y las prácticas del Servicio Social, la fecha que ustedes han de celebrar no nos puede ser indiferente (...) dado que, tanto ustedes como nosotros, nos fundamos en la enseñanza y la acción, en los principios de la Doctrina predicada por Cristo”* (RSS, 1940: 253).

Por otro lado, desde la RSS se justifica la importancia de un documento elaborado por la Iglesia Católica²⁰³, aludiendo que *“las resoluciones adoptadas y que transcribimos a continuación tienen un valor fundamental para todo aquel que participa de la acción social y con mayor razón para los trabajadores sociales formados en escuelas que ajustan su labor docente a los principios cristianos que informan el auténtico servicio social”* (RSS, 1943: 256).

Si bien no es explícita la referencia al “falso Servicio Social”, podemos deducir que se refieren a tendencias opuestas al ideario cristiano, evidenciando un debate y disputa sobre las perspectivas teórico-políticas que direccionarían la profesión.

En relación a esto, en otro artículo podemos leer *“no debemos olvidar que el trabajo social provee un vasto campo de experimentación para hombres y mujeres, imbuidos de ideas bolchevistas o paganas. Algunos de los colegios principales de Servicio Social no ha escapado a la influencia de esos teorizantes (...) En cambio el que haya sido instruido bajo auspicios religiosos, es un exponente de los principios sociales y del código de ética que ha resistido la prueba de los siglos y por lo tanto reconocido como uno de los baluartes contra la propaganda inquietante”* (Randolph Shirley²⁰⁴, 1942: 6).

²⁰³ Resoluciones del I Seminario Interamericano de Estudios Sociales, organizado por la National Catholic Welfare Conference en 1942 en EE.UU.

²⁰⁴ Dirigente del Children’s Bureau de Washington. En su artículo solicita el apoyo y reconocimiento a la “National Catholic School of Social Service”, fundada en Washington por el Consejo Nacional de Mujeres Católicas.

En síntesis, en diversos artículos se repite que se necesita vocación, entre uno de los principales requisitos, para ser asistente social, pero esta vocación debe estar acompañada de “buena salud” física, intelectual y espiritual. Para alcanzar este estado óptimo se requiere de una formación científica y técnica que brinde los conocimientos necesarios para la acción, contar con experiencia práctica y una formación de la personalidad, que tiene que ser asentada sobre una base moral- espiritual y/o directamente de inspiración religiosa.

Como vimos de sobrada manera, la dimensión moral-espiritual de la formación es jerarquizada por sobre las demás, argumentando que, sin determinados valores o creencias, carecía de “sentido” la actividad del asistente social. Es aquí que podemos observar cómo se apoyan, desde la ESS-MSA, en la “ética cristiana” o en los fundamentos del ideario católico, desde una formación en apariencia laica. A partir de la herencia de la tradición positivista que busca favorecer la “cohesión social” por medio de la sobrevalorización de la dimensión moral, se abre la puerta a su interrelación con aspectos espirituales de carácter místico, en un momento sociohistórico en que la burguesía local y sus sectores intelectuales habían matizado la influencia del racionalismo y del liberalismo clásico con el reconocimiento de los aspectos “civilizadores” de la religión (a través de la educación, intervención en la “cuestión social”), reconociendo su capacidad de conservación del orden social -con su operación de las relaciones sociales en relaciones sobrenaturales-, ya que podía contribuir a la legitimación de las relaciones sociales imperantes y a la moralización y disciplinamiento de los sectores dominados .

A su vez, nos parece interesante señalar que, desde algunos sectores de la ESS-MSA, esta característica de “domesticación” del catolicismo no sólo se aplicará a los usuarios de los servicios, sino también a los propios asistentes sociales por medio de la “formación de la personalidad”, apelando al desarrollo de cualidades y actitudes necesarias para la reproducción del “equilibrio social” dominante en la sociedad capitalista. Con esta apuesta ideológica, que entiende, al Servicio Social como un apostolado, misión, o actividad que hace “el bien por el bien mismo”, se rechaza y luego se encubre, su carácter de trabajador asalariado y se desmerece su condición de profesional calificado.

Para finalizar este capítulo, intentaremos establecer cierta correlación entre la manera endogenista de entender el surgimiento y evolución del Servicio Social y la

argumentación de que la profesión encuentra su “esencia” o “sentido” en los pilares del cristianismo. Como dijimos a comienzos del mismo, la perspectiva endogenista-positivista presenta la profesión como resultado de la evolución y perfeccionamiento de las formas de ayuda (caridad, beneficencia, filantropía), teniendo como punto principal de continuidad los mismos valores y principios y adquiriendo éstos, el carácter de trans-históricos.

A partir de esta comprensión histórica, el Servicio Social es presentado, por algunos sectores de la ESS-MSA, como una actividad *tendiente al bien, hecha con el propósito del bien mismo*, pero con la apropiación de elementos técnicos y científicos que le permiten *saber dar*, que tiene como finalidad la concreción de reformas parciales. Desde esta perspectiva, la intervención profesional tendrá dimensiones paliativas, curativas, preventivas, y constructivas. Estas últimas dos se relacionan con la función “educativa”, a partir de la cual se presuponía que con un correcto diagnóstico-tratamiento se podría omitir la necesidad de una futura intervención profesional.

En líneas generales, podemos afirmar que, en el proceso de formación de los futuros asistentes sociales de la ESS-MSA, se reconocían cuatro elementos fundamentales: los conocimientos científicos, el manejo de instrumentos técnico-operativos, la experiencia práctica y determinados valores ético-morales.

Sin embargo, desde las páginas de la *RSS*, pareciera haber cierto consenso sobre una mayor valorización a la dimensión ético-moral, anclada principalmente en el carácter vocacional, misional, y/o apostólico de la misma. Es aquí que se remite a la inspiración cristiana para recuperar los fundamentos y principios de la ética que informara el *verdadero Servicio Social*.

De alguna manera, podemos sostener que el “proyecto de la cristiandad”, que buscaba erigirse como principio rector ético en todos los ámbitos de la vida social, tuvo eco en el proceso de formación en la ESS-MSA, al sustentarse su proyecto educativo en la “ética cristiana”, sin la cual la profesión y el profesional carecerían de sentido.

CONCLUSIONES

Lo que hemos intentado demostrar a lo largo de esta tesis, es la presencia del ideario católico, con sus particulares características, como parte de los fundamentos que sustentaban la formación de los Asistentes Sociales en la ESS-MSA, siendo ésta una institución laica, que en un primer momento dependió de la Universidad de Buenos Aires y desde 1933 continuó siendo una institución privada. Cabe recalcar que si bien nuestra unidad de análisis está acotada a la ESS-MSA, ésta tuvo un papel pionero en la institucionalización de la profesión en el país, junto con la Escuela de Visitadoras de Higiene de la FCM-UBA. A partir de las experiencias de estas dos escuelas de formación, surgirán otras iniciativas en el país, que las tomarán como referencia.

Con este objetivo, descartamos dar cuenta de todas las perspectivas o matrices teórico-ideológicas presentes en la RSS. Lo que buscamos fue señalar algunos aportes del catolicismo contenidos en la misma, y en una segunda instancia, relacionarlos con otras perspectivas presentes, como ser, el positivismo y el “movimiento social de reforma”. Para esto, seleccionamos algunos ejes, en donde confluyen diversas perspectivas: el papel de la familia y la mujer en la sociedad burguesa, la naturalización de las relaciones sociales, la concepción de las refracciones de la “cuestión social”, la intervención del Estado en las mismas, las demandas sociales que originan la profesión y los fundamentos de formación y ejercicio profesional, entre otras.

Desde este particular sincretismo teórico-ideológico, se institucionalizó y profesionalizó el Trabajo Social en Argentina, como producto del alza de la lucha de clases y de la necesidad de las clases dominantes de frenar la conflictividad social, legitimar su intervención política y garantizar la reproducción de las relaciones vigentes.

Recordemos que el contexto internacional es el de una crisis sin precedentes, que tuvo como manifestación el crack de la bolsa de Wall Street en 1929, donde las consecuencias en el nivel de empleo y condiciones de vida se agravaban cotidianamente y eran reconocidas públicamente. Los efectos de la crisis internacional se hicieron sentir en la Argentina, que basaba su economía en “desarrollo hacia fuera”, más allá del emprendido proceso de pseudo-industrialización. Los años treinta fueron años muy críticos para las condiciones de vida de la clase trabajadora argentina, ya que el costo de vida sufrió un aumento exponencial y el poder adquisitivo se desplomó, lo cual fue acompañado por un alza en la lucha de clases. Además, nuestro período de estudio

estuvo signado por golpes de Estado encabezados por militares, una democracia fraudulenta y corrupta, la represión a militantes obreros y la proscripción de los partidos políticos.

Por otra parte, la Segunda Guerra Mundial trajo aparejado un incremento a nivel internacional de los precios de bienes básicos y el exterminio de millones de personas, dada la imposibilidad del orden social liberal de incorporar orgánicamente al movimiento obrero organizado y de mediar entre los intereses imperialistas.

Contando ya la clase trabajadora con experiencia organizativa, a los sectores dominantes se le presentó, como una necesidad imperiosa, atenuar la radicalidad de lucha social y terminar con la independencia de clase del proletariado, tarea que emprendió el amplio arco del **reformismo conservador**, que va a ser retomada, más tarde, por el peronismo. Más allá de sus polémicas y matices los sectores conservadores, el liberalismo oligárquico conservador, los radicales, los socialistas liberales, entre otros, terminarán confluyendo para preservar sus intereses de clase.

Los sectores dominantes por medio de la intervención estatal en las refracciones de la “cuestión social” y mediante las políticas sociales como mecanismo extra-económico, se presentaron mistificadamente como garantes del “bien común”, legitimando socialmente su intervención en nombre del deber cívico, los derechos del individuo, el bienestar general, o incluso, apelando a principios cristianos y al legado de la colonia.

Nos interesa señalar tres aspectos que aglutinaban al espectro del reformismo conservador: uno era el **patriarcado**, en la defensa y consolidación de la familia como núcleo básico de la sociedad y como garante de la reproducción material e ideológica de la vida cotidiana en el capitalismo; el **positivismo**, como campo de referencia teórico encargado de legitimar del orden social; y el **nacionalismo**, que encubría las desigualdades de clase en nombre la “unidad nacional”.

Con respecto a la **subsunción del patriarcado a la lógica del capital**, sostenemos que esta forma de dominación sobrevivió al cambio de régimen y fue refuncionalizada en el nuevo orden social. En la dinámica de la sociedad capitalista, el tipo de familia nuclear es requerida para la reproducción de la especie y de la fuerza de trabajo, por medio de la realización del trabajo doméstico no pago a cargo de la *mujer-madre*, e ideológica por medio de su condición de “género” oprimido en el orden vigente. Pero por otra parte, mediante la familia, el matrimonio y el mandato de la

monogamia, se transmite de generación a generación la acumulación de riquezas familiar garantizando la reproducción de la clase. De esta manera, la familia y el matrimonio monogámico son un bastión de defensa de la propiedad privada (la cual además está protegida por el Derecho y el Estado burgués).

Otro de los mecanismos utilizados para encubrir el carácter histórico de la propiedad privada y la acumulación de los medios de producción, es la pretendida naturalización de las relaciones sociales fundamentales en la sociedad capitalista. A los fines de nuestra investigación, describimos el **proceso histórico por el cual terminan confluyendo el ideario católico y la perspectiva positivista.**

A partir de la encíclica *Rerum Novarum*, la Iglesia recoge para su encuadre diversos elementos de la tradición positivista, que estaban presentes en el pensamiento conservador de la segunda mitad del siglo XIX, cuando el positivismo ya había perdido su potencial crítico y donde enfrentaba al clericalismo. Es que el positivismo surgió a fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX como una utopía crítico-revolucionaria de la burguesía antiabsolutista, contra la ideología tradicionalista -principalmente clerical- del antiguo régimen, cuestionando el oscurantismo e irracionalidad sobre los que se apoyaba. Con el correr del siglo XIX se tornó, hasta nuestros días, en una ideología conservadora, identificada con el orden burgués establecido, sufriendo un cambio de sentido y deviniendo en justificador de ese orden (Löwy, 2007). El positivismo, en su fase conservadora, encuentra en la Iglesia un aliado para la justificación y manutención del nuevo orden capitalista.

Por otra parte, recordemos que la Iglesia, desde fines del siglo XIX, con la encíclica antes mencionada, llamó a la convivencia con este régimen social, más allá de que algunos sectores seguían añorando las bondades del régimen feudal. A pesar de estar imposibilitada de recuperar su poder perdido, esta institución se reacomodó a este nuevo cuadro socio-histórico, e incluso, se ubicó en un lugar de privilegio. El “rpto ideológico” que realizó León XIII del pensamiento positivista, puede sintetizarse de la siguiente manera: la concepción natural de la sociedad, homologada a un “cuerpo social”, que se reflejan en una analogía organicista, donde la misma está compuesta de diversos órganos en el cual cada uno tiene una función específica, justifica todo tipo de jerarquías y desigualdades sociales. Por lo tanto, si los fenómenos físicos y sociales son “hechos”, independientes de la voluntad humana, es en vano querer interrumpir o transformar las “leyes naturales de la sociedad”. En síntesis, podemos decir que se opera

una naturalización de sus relaciones sociales fundamentales, donde reina una “armonía natural”, ejemplificada en la propiedad privada, la concentración del capital, el estatuto de la mujer en el capitalismo y la centralidad de la familia como célula de la sociedad, entre otras. Éste será el punto de partida del funcionalismo y de la teoría moderna funcionalista de las clases sociales, donde las tradiciones ideológica-culturales europea y norteamericana, que describe Netto (1997), van a confluir.

*“A veces el paradigma ‘organicista’ y el modelo social darwinista de sobrevivencia de los más aptos se confunden en Durkheim”*²⁰⁵ (Löwy, 2007: 28). De esta manera, las Ciencias Sociales, influenciadas por el positivismo, buscaron la diferenciación de lo normal y lo anormal, el adaptado/ inadaptado, tal como sucede para explicar las refracciones de la “cuestión social”. Es también desde esta tradición, que se apuntará la “solidaridad orgánica” de los diversos grupos sociales que cumplen diferentes “funciones” en el organismo social, para garantizar la cohesión social. La búsqueda de la solidaridad trans-clasista, será otro punto de encuentro entre estas dos tradiciones, apelando a la importancia de los aspectos morales. Por lo tanto, si la sociedad es asimilable a la naturaleza, pues se niega cualquier condicionamiento histórico y social, también lo es la aplicación del método, teniendo que ser el conocimiento neutro. La existencia de una “ley social natural” como de la “doctrina del derecho natural” fue aspecto central de las Ciencias Sociales positivistas.

En tercer lugar, sostenemos que la **ideología nacionalista** fue otro elemento de cohesión del “reformismo conservador”. Más allá de los diferentes rasgos que fue adoptando el nacionalismo en su devenir histórico, su base estaba en la voluntad de la población de identificarse con “su” nación y movilizarse políticamente en tal sentido. Desde las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del siglo XX, la identificación nacional pasó a convertirse, a nivel mundial, en una fuerza política que constituyó una especie de sustrato general de la política. (Hobsbawn, 2004).

A nivel local, si bien desde mediados de la década de 1930 se podían diferenciar la corriente nacionalista restauradora de la popular, presentamos una crítica común a ambas: esta “visión del mundo” divide a la clase trabajadora según la nacionalidad, atentando contra la unidad internacional de la clase obrera y “hermanando” a los

²⁰⁵ Acerca del carácter del pensamiento de Durkheim, acordamos con Löwy que “*pertenece a una tradición conservadora fundamentalmente opuesta al racionalismo individualista*” (2007: 29), más allá de que este conservadurismo pueda ser articulado tanto con el “racionalismo individual” como con el “autoritarismo”, tanto con el liberalismo como con el tradicionalismo; o en una combinación *sui generis* de los dos (2007: 29-30).

trabajadores de una nación con sus adversarios de clase. Pero además, en la experiencia de los países semi-coloniales, encubre los antagonismos de clase a nivel local y oculta la relación de la clase dominante con el imperialismo, la cual está determinada por su ubicación en la división internacional del trabajo, bajo un aparente enfrentamiento.

Éste es el horizonte cultural donde se produjo la articulación teórico-doctrinaria, que ofreció a la profesión un soporte técnico-científico preservando su carácter de profesión-apostolado. De esta manera, “el Servicio Social mantiene su carácter técnico-instrumental orientado hacia una acción educativa y organizativa entre el proletariado urbano, articulando -en la justificación de esa acción- el discurso humanista calcado de la filosofía aristotélica-tomista, con los principios de la teoría de la modernización presentes en las Ciencias Sociales” (Iamamoto, 2001: 163).

En este contexto, el Servicio Social surgió de la demanda de los sectores dominantes de controlar y disciplinar a la clase trabajadora, y legitimar el orden vigente. Si el Servicio Social es entendido como una ideología, ésta estuvo directamente relacionada con la “pacificación social”, tal como reconocen desde Rodríguez (Alayón, 1980:168) hasta Reynes (1938). Así, la profesión se caracterizó por ser una forma de intervención ideológica en la vida cotidiana de la clase trabajadora, proponiendo un tratamiento socio-educativo para las familias obreras, no sólo “reparador” sino también “preventivo”, más precisamente, moralizador. En términos de Iamamoto (2001), ésta se legitimó socialmente como una profesión de la “coerción y el consenso”.

En este escenario, el Trabajo Social se presentó como una “renovación social” frente a las tradicionales formas de ayuda, en la búsqueda de respuestas a las refracciones de la “cuestión social”. Tuvo entre sus objetivos la racionalización de la Asistencia Social, e incorporó, para ello, aspectos científicos y técnicos. Para esta tarea, se requirió de un agente profesional con competencias específicas, que pudiera intervenir en las cada vez más numerosas instituciones que implementaban políticas sociales. Fue entonces que a las funciones socialmente demandadas, se sumaron y requirieron rasgos particulares, de índole “mística”, a su carácter profesional. Por ejemplo, el cumplir con un “deber cívico”, “patriótico”, y/o “cristiano”; responder a la misión del padecimiento con los que sufren; el cual fue adquiriendo la forma de un apostolado o sacerdocio laico, más que una práctica profesional calificada y asalariada para realizar dicha tarea.

Si bien la ruptura radical con las formas de ayuda se dio por el ingreso en el mercado de trabajo de este nuevo profesional y la incorporación del referencial

científico; la misma no dejó de auto-representarse en continuidad con los argumentos éticos-morales de aquellas tradicionales prácticas.

Esta tensión recorre las formulaciones de los referentes de la *RSS* a lo largo de sus entregas, fundada en el reconocimiento de la necesidad de conocimientos científicos para la intervención, pero, a su vez, el requisito de la “lógica vocacional”. Así, se presenta como una necesaria conjunción y complementariedad entre el conocimiento y lo actitudinal, en sus propios términos, entre el “saber dar” y el “deber de servir”, donde pareciera que es insuficiente el conocimiento en sí mismo, como así también la “buena voluntad” sola como punto de diferenciación de las tradicionales formas de ayuda.

El surgimiento del Trabajo Social como iniciativa de la clase dominante, expresada en el movimiento laico, se presentó como una alternativa profesional de continuar realizando actividades de apostolado social, sobre todo entre las mujeres. De eso se desprendieron dos características fundamentales en el proceso de institucionalización y que, aun con algunas rupturas históricas, todavía permanecen presentes; por un lado, el carácter vocacional; y por otra parte, su constitución como profesión auxiliar o subsidiaria, eminentemente femenina.

En relación a la primera, la incorporación del ideario católico en la profesión acentuó el **carácter “misional”**, entendiendo que la opción por esta profesión tenía un profundo sentido **“vocacional”** y voluntario, vinculado más con un “llamamiento divino y una misión a desempeñar” que con un modo de garantizar la propia subsistencia.

Con respecto a la segunda, esta profesión surgió con un fuerte carácter femenino, que continuó con la tradición de la caridad y la filantropía, ejercida por mujeres de la clase dominante. En el momento de la profesionalización, también fueron mujeres de estos sectores quienes se incorporaron como un modo de participación social, política y/o religiosa. Pero **la incorporación de este nuevo agente profesional al mercado de trabajo arrastró, su condición “femenina”, la cual está subordinada en la división social, sexual y técnica del trabajo, ya que las mujeres se integran masivamente al mercado laboral en el capitalismo bajo el estatuto social y sexual que tienen en el mismo.** Por lo tanto, esta práctica social se presentó como una actividad propia del mundo “femenino”, donde no era demanda una ruptura con su estatuto social como mujer; ya que se preserva la defensa de la familia, la propiedad privada y el papel socialmente impuesto a la mujer en su condición de *mujer-madre*. De ahí podemos explicar que el lema “Dios, patria y hogar” haya tenido acogida en las aulas de la ESS-

MSA.

Esta herencia teórico-política dominante tendió a la segmentación entre el campo del conocimiento y de los valores, consustanciada en un análisis determinista, resignado y ahistórico de la sociedad y basada en una visión subjetivista y abstracta del individuo y de su libertad, concebidos de manera aislada de las relaciones sociales.

A continuación analizamos los rasgos que presentó la profesión en sus orígenes a través de las **mediaciones ético-morales** que estuvieron presentes para la reproducción las relaciones sociales capitalistas, bajo el sustrato del **conservadurismo moral**, dimensión privilegiada, donde confluyeron el ideario católico y el pensamiento positivista.

En primer lugar, la moral cumplió una función ideológica; en segundo, se operó un tratamiento moralizador de la “cuestión social”; y en tercero, se requirió de profesiones potencialmente adecuadas para este tratamiento (Silva Barroco, 2004: 92).

El enfrentamiento moral de las refracciones de la “cuestión social” significa la despolitización de sus fundamentos objetivos, esto es, sus causas socioeconómicas y políticas. La acción moralizadora tiene como finalidad el reestablecimiento de la “armonía” y la cohesión social, por medio de la persuasión y la valoración del altruismo, para la aceptación del orden establecido. De esta manera, el propio Estado burgués aparece como un mediador ético-moral entre los individuos y la sociedad, como garante del “bien común”, presentando un rostro “humanitario”, pero ocultando sus funciones coercitivas e intereses de clase, al mismo tiempo que busca su legitimación como representativo de toda la sociedad.

Las determinaciones sociales y de género influyeron en la formación de un perfil potencialmente adecuado para las actividades educativas de carácter moralizadoras. Para esta tarea era necesario *formar la personalidad* del asistente social dentro de los parámetros del “verdadero Servicio Social”, los cuales respondían a principios cristianos. La formación de la personalidad del futuro profesional estaba medularmente anclada en la supremacía de los aspectos ético-morales de inspiración espiritual y/o basada en la “ética cristiana”.

“La formación moral sería la coronación del trabajo de preparación del Asistente Social pues, ante la falta de formación moral solidamente edificada sobre una base de principios cristianos, la acción sería insuficiente, debido a la ausencia de los elementos que garanticen una acción educativa, que es la dada por el Servicio Social

(...) [porque] *Deberán estar aptos para actuar con firmeza y perseverancia en la tarea de reeducar a las clases bajas. Y, principalmente, deben tener certeza de la noción de legitimidad de su intervención en el modo de vida y conciencia de sus asistidos*” (Carvalho apud Silva Barroco, 2004: 94).

Entonces la moral conservadora no sólo era requerida para la formación de los profesionales, sino que también era necesaria en la socialización primaria de los sectores populares, por medio de la incorporación de valores, normas de conductas y deberes; teniendo en su centro la consolidación y reproducción de la “familia obrera”.

Acerca de la presencia y características del ideario católico en la ESS-MSA, estamos en condiciones de afirmar que más allá de los artículos que hemos señalado, a lo largo de la tesis, de destacados referentes del mundo católico y autores que se apoyan en sus principios doctrinarios, también encontramos citas de documentos papales, referencias bibliográficas y difusión de organizaciones católicas, tanto de la profesión como otras. Nuestra intención es, aquí, realizar un breve racconto de la **presencia del catolicismo en la revista**, y evaluar la cercanía de este ideario con el de la ESS-MSA. Porque si bien ésta no era una institución que dependiera institucionalmente de la jerarquía eclesial, ni era materialmente sostenida por ésta, pareciera que ideológicamente tenía cierta adhesión al catolicismo, bajo la inscripción a la “ética cristina”.

El ideario católico, con sus tendencias y corrientes internas, estuvo presente en las páginas de la *RSS*, reflejando su existencia en la vida institucional de la ESS-MSA. Podemos afirmar que éste se difundió principalmente por dos vías diferentes: por un lado, por medio de los artículos, documentos y comunicados de la **jerarquía eclesial** y sus **cuadros orgánicos**. Así, encontramos artículos de monseñor Franceschi, De Andrea, Pío XII, Sepich, documentos del Episcopado Argentino, publicaciones de la Acción Católica Argentina, artículos de las ESS católicas (Chile, Perú, Brasil, Uruguay), transcripciones de la revista *Criterio*, del Congreso Nacional de la Confederación Argentina de Maestros y Profesores Católicos (1940) y artículos en conmemoración de la encíclica *Rerum Novarum* (1941). Y hasta se da cuenta de la creación de un Círculo de Acción Católica en la propia ESS-MSA (1943). Los cuadros orgánicos del catolicismo, que escriben en sus páginas, son: Valsechi, Peralta Ramos, Cafferetta, Pagés, Casal Castel, entre otros.

Por otra parte, en la sección “Informaciones Sociales” se encuentra un apartado titulado “Las Iglesias y la acción social”, extraído de la publicación de la OIT

denominado “El año Social”, en el que se detalla las acciones destinadas a la protección y asistencia de los obreros. La RSS selecciona para su transcripción el contenido acerca de la acción social realizada por las Iglesias cristianas.

Si bien ya hemos descripto que había un pequeño núcleo de docentes de la ESS, como también miembros del consejo directivo del MSA que eran cuadros dirigenciales del catolicismo, consideramos que su influencia en la irradiación de la “visión del mundo” católica fue acotada. Más allá de que la presencia institucional haya sido notoria, no podemos deducir de aquí que la ESS-MSA haya sido una institución católica. Lo que podemos suponer es que la recristianización de la sociedad también había llegado a esta escuela de formación.

Consideramos que, principalmente, la misma se extendió por medio de un **grupo de laicos**, no estructurados directamente en organizaciones católicas -por lo menos que hayamos detectado- que **difundían, a partir de sus funciones, el ideario católico**; como docentes (Unsain, Tomás Amadeo, Zwanck, De la Riega, etc.) y referentes institucionales de la Asistencia Pública del período (Moragues Bernat, Paz Anchorena, etc.), además de las vías habituales por las que se difundía el catolicismo al resto de la sociedad. Desde ya, que éste no era un fenómeno exclusivo del Servicio Social, recordemos la conformación de los Consorcios o Corporaciones de Médicos, Abogados, Economistas, Arquitectos, católicos.

Por otra parte, en los artículos de las docentes y asistentes sociales graduadas de esta casa de estudio, que escriben en la revista, se refleja con mayor nitidez una clara inscripción en el ideario católico (Reynes, Maiorana, Gómez Higuieret). Cuando no, escriben sobre temática directamente vinculadas al mundo cristiano: por ejemplo, sobre la caridad cristiana (Allende Lezama, 1939), artículos sobre Antonio Federico Ozanam (Allende Lezama, 1940), Florencia Nighttingale (Maiorana, 1941), además de los ya tratados.

Consideramos que el ideario católico estuvo presente en los orígenes de la profesión en Argentina, principalmente, por dos razones, más allá de la presencia del higienismo, lo cual no es excluyente.

Por un lado, por el esfuerzo político-institucional de la Iglesia Católica de recuperar su espacio de incidencia en la vida pública. La alianza que terminó sellando con los sectores dominantes, ante el crecimiento de la lucha de clases, le permitió arraigar al catolicismo como parte constitutiva de la consolidación de la “identidad

nacional”. Su proceso de organización institucional, garantizado por los sectores dominantes, se vio consolidado en la década de 1930, momento en que la Iglesia pasa a la ofensiva con el proyecto de la “nueva cristiandad”, teniendo como aliado fundamental al Ejército en su búsqueda de recristianizar la sociedad.

Aquí podemos observar las consecuencias del proceso de “secularización incompleta”. Las razones por las cuales el Estado y la Iglesia nunca cortaron el cordón umbilical podemos encontrarlas, en primer lugar, en que la *Iglesia* no representaba, en 1880, un real problema para los sectores dominantes, debido a su debilidad institucional y por su declinación a nivel internacional, frente al avance del liberalismo político-económico. Por otra parte, porque en estas latitudes, el *liberalismo* presentó un rasgo “*conservador oligárquico*”, que reconoció en la Iglesia un aliado para el control y la cohesión social, por medio de su función pedagógica, cerrando filas ante el avance de la clase obrera.

En este contexto, el Trabajo Social no pudo estar al margen de este movimiento social, fundamentalmente por su propia naturaleza socio-histórica, dado su significado social en la división socio-técnica y sexual del trabajo, a partir del cual tuvo continuidades y rupturas con sus antecedentes y con las formas de ayuda tradicionales (caridad, beneficencia, filantropía). Por medio de las continuidades, la Iglesia extendió su dominio e incidencia en un terreno en el que contaba con basta trayectoria.

Cabe destacar que el pensamiento del tipo “endogenista”, donde se presenta la evolución de la profesión a partir de las tradicionales formas de ayuda y por la “iluminación” de algunos pioneros, basado en una racionalidad etapista, evolucionista y lineal, también fue utilizado para pensar los antecedentes de las intervenciones en las refracciones de la “cuestión social”, las políticas sociales y la legislación social y laboral, en general. Justamente la denominación de “Servicio Social moderno”, con método o técnicas modernas, sirve para ilustrar que pudo haber existido un Servicio Social premoderno, con técnicas y métodos más obsoletos a los de la contemporánea profesión. De alguna manera, el hispanismo católico estuvo presente y se filtró en este modo de comprender los fenómenos sociales.

Por otra parte, no podemos dejar de recordar que **la Iglesia local no cumplió ningún papel protagónico en torno a la institucionalización de la profesión en el país** y que la primera escuela católica de Servicio Social surgió en 1940. Podemos suponer que esto se debió a que la jerarquía eclesial se negó a tomar como una prioridad

institucional la intervención en la “cuestión social” hasta mediados de la década del treinta. Esta determinación estaba fundamentada en su origen de clase, su menosprecio ante la “cuestión social” y el temor de posibles fisuras políticas en el seno del catolicismo que podría traer aparejada la convivencia con “sectores disolventes”. Como ejemplo de esto, recordemos las críticas al “andreismo”, con rasgos profundamente reaccionarios, autoritarios y patriarcales.

Por otra parte, se partía de la experiencia breve y vacilante de la enseñanza universitaria católica en la primera década del siglo XX en Argentina (Di Stéfano y Zanatta: 2000: 386), para transitar, luego, en una profunda ambigüedad entre la “libertad de enseñanza” y el “derecho divino de supervigilancia” de la educación pública. Con la ofensiva arremetida en los años treinta, terminaría imponiéndose, en nuestro período, la reconquista de la escuela, al igual que la del Estado.

Es que desde los sectores del catolicismo integrista que fueron hegemónicos en la década de 1930, **se privilegiaba la recristianización de la sociedad** por medio del Estado, a través del Ejército. Su proyecto institucional estuvo al servicio de la consolidación de una *nación católica*, y no de constituir instituciones particulares (universidades, partidos, etc.), esto es, donde los laicos católicos pudieran ocupar independientes posiciones de conducción, con el consiguiente peligro del crecimiento de su autonomía. Para el catolicismo integral, el movimiento laical debía estar controlado por la jerarquía eclesiástica, reduciendo casi totalmente su autonomía (tal como sucedió con la experiencia de la Acción Católica Argentina).

Sin embargo, los sectores dominantes que emprendieron la tarea de profesionalizar e institucionalizar la profesión (profesionales liberales, médicos higienistas, abogados, legisladores, etc.), por su propia condición de clase, su concepción de las relaciones sociales y por el papel que le atribuían al Servicio Social, basaron y argumentaron parte del estatuto teórico-ideológico en el ideario católico, otorgándole a la herencia colonial católica un lugar de reconocimiento, confiriéndole a la religión una función disciplinadora y utilizando parte del bagaje doctrinario-ideológico como fundamentación de sus posiciones políticas.

La segunda razón por la cual el ideario católico estuvo presente en los orígenes del Servicio Social, más allá de que la Iglesia no haya tenido un papel protagónico en la institucionalización de la profesión en el país, estuvo dada por la incidencia que tuvo esta institución en dicho proceso en varios países de América Latina y Europa (Iamamoto,

2001; Manrique Castro, 1982; Netto, 1997), donde se destacó el papel de la UCSS, como su dirección internacional.

La ESS-MSA no estuvo al margen de esta influencia, no sólo mantuvo intercambio con las escuelas de formación católicas, sino que compartió el “espíritu cristiano” que aunaba a estos emprendimientos. Tal como señala Netto (1997), en América Latina hasta la década del cuarenta la influencia preponderante era la de Europa, a partir de ese momento se estrecharon relaciones con EE.UU. tras su consolidación como país hegemónico a nivel mundial, luego de la Segunda Guerra mundial. De hecho, hacia el fin de nuestro período de estudio, se comenzó a evidenciar la influencia panamericanista (Manrique Castro, 1982).

Sin lugar a dudas, en el presente, la Iglesia Católica ya no ocupa el mismo papel en la profesión que en sus orígenes, como tampoco lo ocupa en la sociedad. En la actualidad, es una institución profundamente cuestionada por su participación en la última dictadura militar, y mundialmente, por los abusos y violaciones cometidas por prelados a niños/as; por sus posiciones en contra de libertades individuales fundamentales, como la educación sexual laica y científica, el derecho al aborto, la adopción de niño/as por parte de parejas del mismo sexo, entre otras.

Sin embargo, es una de las instituciones sociales que sigue teniendo una intervención destacada en todos los niveles de la educación y en las refracciones de la “cuestión social” (apoyada obviamente por subsidios estatales).

En medio de la crisis del 2001, volvió a auto-proclamarse como “garante” de la “paz social”, a través de su participación institucional en la Mesa del Diálogo Social, y como amortiguadora de la conflictividad social a través del sostenimiento de múltiples iniciativas sociales de la mano de Caritas, gozando, por ello, de cierta credibilidad social (Mallimaci, 2008).

Al mismo tiempo, la reiterada apelación a la “*justicia social*”, en una sociedad que sigue dividida en clases sociales, no deja de ser un llano ocultamiento del antagonismo estructural de esta sociedad. Además, bajo la común denominación de “pueblo”, se continúa negando la centralidad del proletariado como productor de la riqueza socialmente producida. Esta mistificación, generalmente, fue y es acompañada de propuestas del tipo “tercera vía”. Éste es un legado que también se le debe al cristianismo, el cual fue recuperado por el peronismo y, mediante estos dos, sigue

teniendo presencia no sólo en la sociedad, sino también en el colectivo profesional.

En todos estos años, la Iglesia ha podido adaptarse y mantenerse como un pilar de la extensión y sostenimiento del capitalismo en todo el mundo, para comprobarlo sólo basta con observar su presencia en leyes, costumbres y políticas de este régimen. Es que particularmente en los países dependientes y semi-coloniales, como la Argentina, la clase capitalista no cuenta con otra institución tan útil para garantizar la opresión social y sexual, por la cual pueda reemplazarla. En este sentido, su función de guardiana de los valores tradicionales y familia patriarcal sigue gozando de una asombrosa vigencia.

Una prueba de ello lo podemos observar a través de lo ocurrido en el país, en los últimos meses, a partir del reclamo por el derecho al matrimonio para personas del mismo sexo. La pelea por este derecho democrático fue emprendida por el movimiento de LGTTBI²⁰⁶, hace años, el cual en la actualidad contó con el apoyo y movilización de organizaciones políticas y de derechos humanos, sumando la anuencia de todo un sector de la población. A mediados de este año, la ley de matrimonio para personas del mismo sexo, finalmente fue aprobada en el parlamento.

Frente al peligro de este avance democrático, la Iglesia Católica, acompañada en esta instancia por otras religiones y credos, volvió a presentarse como la institución guardiana del hogar patriarcal y los valores más retrógrados. En este marco, como hace tiempo no se veía, volvió a “salir a las calles” y desplegar su carácter militante.

Si bien el contexto socio-histórico y su peso político distan mucho de lo que llegó a ser en los años treinta, esta experiencia nos permite evidenciar dos aspectos que nos retrotraen a aquellos años. Por un lado, la presencia “renovada” de los sectores integristas dentro del catolicismo, y, por otro, su carácter militante, carente de argumentos racionales para sostener sus posiciones.

En este ejemplo actual vemos como la Iglesia se sirve, una vez más, de sus estructuras, medios e intelectuales -muchas de ellas financiadas con subsidios del Estado, como por ejemplo, colegios, hogares, centros de asistencia, sueldos a sacerdotes, etc.- para transmitir e intentar imponer su visión del mundo. Esta es otra muestra de la incompleta separación de la Iglesia y el Estado en Argentina, aún en nuestros días.

²⁰⁶ Lesbianas, gays, travestis, transexuales, bisexuales e inter-sex.

Retomando la motivación inicial de esta tesis, sobre la influencia de experiencias de militancia cristiana en la elección de la profesión, una posible explicación de la vigencia de dicha relación la podemos encontrar en que se presenta como una “*alternativa profesionalizante a sus actividades de apostolado social*” (Iamamoto, 2001). Frente al precario *status* profesional y el bajo nivel salarial, en comparación con otras inserciones en el mercado de trabajo, se reconocen ciertas “ventajas simbólicas” que permiten desarrollar “la vocación”. Dichas ventajas están emparentadas con motivaciones del tipo religiosas, altruistas o políticas, donde hay otro tipo de recompensa por el trabajo realizado -más allá de la remuneración- que permite cierto tipo de “realización personal” (Iamamoto, 2001).

Para finalizar, consideramos necesario recuperar la idea central de que el **carácter sincrético del Trabajo Social deriva de su propia naturaleza socio-profesional**, encontrando sus fundamentos objetivos en su propia estructura sincrética (Netto, 1997; Oliva, 2005).

El Trabajo Social se encuentra inscripto en el movimiento de producción y reproducción de las relaciones fundamentales de la sociedad capitalista, del cual es parte y expresión. En este proceso, recrea la continuidad de las relaciones fundamentales a la vez que recrea, en escala ampliada, el antagonismo fundamental de clases. Es en este proceso que el ejercicio profesional reproduce también, en su misma actividad, intereses contrapuestos que conviven en tensión, ya que las contradicciones fundamentales de la sociedad capitalista se crean y expresan en la totalidad de las manifestaciones de la vida cotidiana.

La comprensión de este movimiento contradictorio, en el que se inscribe el ejercicio profesional, posibilita al asistente social comprender teórica y políticamente las implicancias de su trabajo, y una mayor direccionalidad en el mismo, buscando reforzar las relaciones dominantes, para lo cual fue originalmente llamado o respondiendo a los intereses de la clase trabajadora, pero además reconociendo los límites que imponen las determinaciones históricas, como ser, el carácter de asalariado, los requerimientos de la institución contratante, las respuestas dadas por el colectivo profesional ante las transformaciones sociales, la correlación de fuerzas entre los distintos proyectos profesionales en disputa y, principalmente, la situación particular por la que esté atravesando la lucha de clases en ese momento determinado. Para alcanzar la articulación entre un proyecto profesional al servicio de la clase trabajadora, con el

proyecto societal de la clase, es imprescindible romper con la tradición reformista, que, en todas sus variantes, viene acompañando hegemónicamente el desarrollo profesional.

Es que el marco del reformismo está ligado, en última instancia, a la preservación de las relaciones sociales capitalistas, lo cual podemos analizar en torno a su punto de vista de clase y al horizonte de su visibilidad de la realidad social, como señala Löwy (2007). Consideramos que es indisociable, a diferencia de lo que postula el positivismo, la estructura categorial de la conciencia de los intelectuales con las aspiraciones e intereses de los sectores a los que representa.

Sin embargo, queremos evitar caer en una posición “relativista”, donde todo conocimiento de la sociedad es *equiparable* o “relativo a cierta perspectiva”, según su posición social. Siguiendo los argumentos presentados por Löwy (2007), sostenemos que el punto de vista más favorable para el conocimiento de la realidad social es el de la clase revolucionaria, en ese momento determinado, que representa el máximo de conciencia posible, ya que percibe y denuncia la historicidad del sistema vigente. Si en el pasado fue la burguesía en ascenso la que cumplió este papel, para el marxismo revolucionario en la actualidad, lo es el proletariado. Su punto de vista de clase es el más fecundo, el que permite la mayor comprensión de la realidad social, porque no hay por fuera del proletariado otra clase más radical, que persiga el interés de develar los mecanismos de mistificaciones de la realidad, porque éste no está obligado a ocultar el contenido histórico de su lucha.

Siguiendo el planteo de Goldmann, el proletariado representa los intereses de una clase universal, los cuales coinciden con los de una inmensa mayoría de la humanidad, aspirando a la abolición de todas las clases. *“El proletariado es la primera clase cuya perspectiva (el marxismo) tiende hacia el conocimiento verdadero y sin reservas del mundo social, la primera clase que puede llegar a una consciencia plena y verídica de la sociedad y la historia. Se trata solamente de una posibilidad objetiva, que se relaciona a la conciencia-límite del proletariado”*. Esta *conciencia-límite*, como ocurre con frecuencia, está dominada por las ideologías mistificadoras, de las cuales el reformismo, en todas sus variantes, y el stalinismo, son sus representantes más significativos (Goldmann apud Löwy, 2007: 143).

Frente a estas tradiciones, retomamos a Marx (2001) y consideramos que la historia la hacemos hombres y mujeres, con la capacidad de ser sujetos históricos pero con un claro reconocimiento de que no la hacemos a nuestro libre arbitrio.

Bajo estas circunstancias, es que los *viejos ropajes* vuelven a reactualizarse, subsumiendo *mantos* de sacralidad y religiosidad; adoptando *disfraces* de naturalidad y severa neutralidad; confluyendo en nombre del pueblo y la nación, ante el temor de una crisis revolucionaria, bajo las consignas de la unidad y la conciliación. Así se presentan, ilusoriamente, como “nuevas” versiones del pasado, pretendiendo cambiar algo, para que nada cambie.

En este sentido, una tarea que tenemos por delante las *nuevas generaciones*, es librar una “batalla a muerte” contra los *espíritus del pasado* que intentan *oprimir como una pesadilla*, nuestros *cerebros*. Sólo así, podremos aspirar, a una realmente *nueva escena de la historia universal*: a la emancipación de la humanidad de toda forma de explotación y opresión.

BIBLIOGRAFÍA

- ✓ ACCIÓN CATÓLICA ARGENTINA. *Anuario Católico*. Buenos Aires, 1932.
- ✓ ----- [Http://accioncatolica.org.ar](http://accioncatolica.org.ar)
- ✓ ALAYON, Norberto. *Hacia la historia del trabajo social en argentina*. Lima, Celats, 1980.
- ✓ -----. Acerca del trabajo social y la antimodernidad. En: *Social Work & Society*. Volumen 2, Issue 2, 2004. [Http://www.socwok.net/Alayon2004.pdf](http://www.socwok.net/Alayon2004.pdf)
- ✓ ALLENDE LEZAMA, “La Caridad Cristiana. Sus esenciales e inconfundibles caracteres”. En: revista *Servicio Social*, Año 3, Nº 1, Buenos Aires, MSA, 1939.
- ✓ -----. “Antonio Federico Ozanam”. En: revista *Servicio Social*, Año 4, Nº 3-4, Buenos Aires, MSA, 1940.
- ✓ AMADEO, Tomás. “El Museo Social Argentino y la Escuela de Servicio Social”. En: revista *Servicio Social*, Año I, Nº 1, Buenos Aires, MSA, 1937.
- ✓ -----. En: revista *Servicio Social*, Año VI, Nº 1-4, Buenos Aires, MSA, 1942.
- ✓ ARTOUS, Antoine. *Los orígenes de la opresión de la mujer*. Barcelona, Editorial Fontamara, 1982.
- ✓ AUZA, Néstor. “Una experiencia de doctrina y acción social católica: el Secretariado económico-social (1934-1945)”. En: revista *Valores en la Sociedad Industrial*. Año XXIV, Nº 67, Buenos Aires, 2006.
- ✓ BASTA, Roxana. Una propuesta de análisis sobre los proceso de institucionalización y profesionalización del Trabajo Social argentino en sus orígenes. En: PARRA, Gustavo (Comp.) *Aproximaciones a la intervención profesional en los orígenes del Trabajo Social argentino*. Colección Cuadernos de Trabajo Nº 23, Buenos Aires, Universidad Nacional de Luján, 2007.
- ✓ BECCERRA SOLÁ, Malena y BECCERRA, Natalia. Intervención social de la Argentina de los años 30: la profesionalización de la Asistencia Social. 2009. [Http://apolo.uniatlantico.edu.co:8091/uniatlantico/hermesoft/portal/home_1/rec/arc_6058.pdf](http://apolo.uniatlantico.edu.co:8091/uniatlantico/hermesoft/portal/home_1/rec/arc_6058.pdf)
- ✓ BETTINOTTI, Saúl. “Introducción a la puericultura”. En: revista *Servicio Social*, Año IV, Nº 3-4, Buenos Aires, MSA, 1940.
- ✓ BIANCHI, Susana. “La Iglesia católica en los orígenes del peronismo”. En: *Anuario del IEHS Nº 5*, Buenos Aires, Universidad Nacional del Centro, 1990.
- ✓ -----. “La conformación de la Iglesia Católica como actor político-social. Los laicos en la institución eclesiástica: las organizaciones de élite (1930-1950)”. En: *Anuario del IEHS Nº 17*, Buenos Aires, Universidad Nacional del Centro, 2002.
- ✓ BOLETÍN DEL MUSEO SOCIAL ARGENTINO. Buenos Aires, MSA, Años 1929-1944.

- ✓ BONVICINI, Alejandra. “La Escuela de Asistencia Social del Instituto de Cultura Religiosa Superior de Buenos Aires (1939-1955)”. En: XI Jornadas Inter-escuelas, Departamento de Historia Facultad de Filosofía y Letras Universidad Nacional de Tucumán, 2007.
- ✓ BORGIANNI, Elizabeth; GUERRA, Yolanda y MONTAÑO, Carlos (Orgs.) *Servicio Social Crítico*. San Pablo, Cortez, 2003.
- ✓ BUCHRUCKER, Cristián. *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*. Buenos Aires, Sudamericana, 1999.
- ✓ CAIMARI, Lila: *Perón y la Iglesia Católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*. Buenos Aires, Ariel, 1994.
- ✓ CAMARERO, Hernán y SCHNEIDER, Alejandro. *La polémica Penelón-Marotta (marxismo y sindicalismo soreliano, 1912-1918)*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1991.
- ✓ CARBALLEDÁ, Alfredo J. M. *El trabajo social desde una mirada histórica centrada en la intervención: del orden de los cuerpos al estallido de la sociedad*. Buenos Aires, Ed. Espacio, 2006.
- ✓ CASAL CASTEL, Alberto. “Juan Luís Vives”. En: revista *Servicio Social*, Año IV, N° 1, Buenos Aires, MSA, 1940.
- ✓ CATTARUZZA, Alejandro. *Historia de la Argentina (1913-1955)*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2009.
- ✓ CORBIÉRE, Emilio. *Orígenes del comunismo argentino. (El Partido Socialista Internacional)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984.
- ✓ DE AGUIAR, Antonio Gerardo. *Serviço Social e filosofia. Das origenes a Araxa*. San Pablo, Cortez, 1984.
- ✓ DE ANDREA, Miguel. “En defensa de la integridad del salario de la costurera a domicilio”. En: revista *Servicio Social*, Año III, N° 2, Buenos Aires, MSA, 1939.
- ✓ -----, “La Encíclica ‘Rerum Novarum’ y la actualidad Argentina”. En: revista *Servicio Social*, Año V, N° 3, Buenos Aires, MSA, 1941.
- ✓ DE ARENAZA, Carlos. “Los delegados y el prestigio de las escuelas de Servicio Social”. En: revista *Servicio Social*, Año VI, N° 1-4, Buenos Aires, MSA, 1942.
- ✓ DE LA RIEGA, Agustín. “Asistencia Social en la Industria”. En: revista *Servicio Social*, Año VII, N° 1-4, Buenos Aires, MSA, 1943.
- ✓ DI STÉFANO, Roberto y ZANATTA, Loris. *Historia de la Iglesia Argentina. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*. Buenos Aires, Grijalbo-Mondadori, 2000.
- ✓ DONADIO, Almeto. “El abandono y la vagancia de menores”. En: revista

- Servicio Social*, Año II, Nº 3, Buenos Aires, MSA, 1938.
- ✓ DONZELOT, Jacques. *La policía de las familias*. Valencia, Pre-textos, 1998.
 - ✓ ECHEVERRÍA, Olga. “Los intelectuales católicos hasta el golpe de estado de 1930: la lenta constitución del catolicismo como actor autónomo en la política argentina”. En: *Anuario del IEHS Nº 17*, Buenos Aires, Universidad Nacional del Centro, 2002.
 - ✓ ESCUDERO, Pedro. “Acción Social del Instituto Municipal de Nutrición”. En: revista *Servicio Social*, Año I, Nº 3, Buenos Aires, MSA, 1937.
 - ✓ FEDERACIÓN DE CÍRCULOS CATÓLICOS DE OBREROS.
[Http://www.fcco.com.ar](http://www.fcco.com.ar)
 - ✓ FERNANDEZ SOTO, Silvia. “Implicancias de la cuestión social en la intervención profesional”. En: revista *Escenarios*. Nº 8. Publicación institucional de la Escuela Superior de Trabajo Social. Universidad Nacional de La Plata. Espacio editorial. 2004.
 - ✓ FRANCESCHI, Gustavo. “Evolución histórica del Servicio Social”. En: revista *Servicio Social*, Año I, Nº 2, Buenos Aires, MSA, 1937.
 - ✓ FRIGERIO, Alejandro (Comp.). *Ciencias Sociales y religión en el Cono Sur*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993.
 - ✓ GHIRARDI, Enrique. *La democracia cristiana*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983.
 - ✓ GRASSI, Estela. *La mujer y la profesión de asistente social: el control de la vida cotidiana*. Buenos Aires, Humanitas, 1989.
 - ✓ GUIMARÃES, Simone de Jesús. “Serviço Social e Igreja Católica”. En: revista *Praia Vermelha*, Nº 12, Río de Janeiro, Universidad Federal de Río de Janeiro, 2005.
 - ✓ HARVEY, David. *La condición posmoderna. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires, Amorrortu Ediciones, 2004.
 - ✓ HERRERA GIMÉNEZ, Esperanza. “Origen de los tribunales para niños”. En: revista *Servicio Social*, Año I, Nº 1, Buenos Aires, MSA, 1937.
 - ✓ HEUSSNER, Emilia. “Detención provisoria de menores”. En: revista *Servicio Social*, Año VII, Nº 1-4, Buenos Aires, MSA, 1943.
 - ✓ HOBBSBAWN, Eric. *La era del imperio, 1875-1914*. Buenos Aires, Ed. Crítica, 2004.
 - ✓ -----. *La era del capital, 1848-1875*. Buenos Aires, Ed. Crítica, 2006.
 - ✓ -----. *La era de la revolución, 1789-1848*. Buenos Aires, Ed. Crítica, 2007.
 - ✓ -----. *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Ed. Crítica, 2008.
 - ✓ IAMAMOTO, Marilda. *Servicio Social y división del trabajo*. San Pablo, Cortez Editora, 2001.

- ✓ -----. *El Servicio Social en la contemporaneidad. Trabajo y formación profesional*. San Pablo, Cortez, 2003.
- ✓ -----. El debate contemporáneo del Servicio Social y la ética profesional. En: BORGIANI, E.; GUERRA, Y. y MONTAÑO, C. (Orgs.) *Servicio Social Crítico*. San Pablo, Cortez, 2003.
- ✓ IÑIGO CARRERA, Nicolás. *La estrategia de la clase obrera -1936-*. Buenos Aires, Ediciones Madres de Plaza de Mayo, 2004.
- ✓ JORGE, José M. “El Servicio Social en los Centros Quirúrgicos”. En: revista *Servicio Social*, Año IV, N° 2, Buenos Aires, MSA, 1940.
- ✓ KRMPOTIC, Claudia. La Conferencia Nacional de Asistencia Social de 1933. Los debates en torno al progreso, pobreza y la intervención estatal. En: FERNÁNDEZ SOTO, Silvia (Coord.) *El Trabajo Social y la cuestión social. Crisis, movimientos sociales y ciudadanía*. Buenos Aires, Ed. Espacio, 2005.
- ✓ LENIN, Vladimir Ilich. *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Buenos Aires, Quadrata, 2006.
- ✓ LEON XIII, *Rerum Novarum. Encíclica sobre la cuestión obrera*. Buenos Aires, Paulinas, 2005.
- ✓ LÖWY, Michael. *Guerra de dioses. Religión y política en América Latina*. México, Siglo XXI, 1999.
- ✓ -----. *As aventuras de Karl Marx contra o Barão de Münchhausen. Marxismo e positivismo na sociologia do conhecimento*. San Pablo, Cortez Editora, 2007.
- ✓ LUKÁCS, Georg: *El asalto a la razón. La trayectoria del irracionalismo desde Shelling hasta Hitler*. D.F. México, Grijalbo, 1984.
- ✓ LURASCHI, Isabel. “Por qué vine yo a la escuela de Servicio Social”. En: revista *Servicio Social*, Año VI, N° 1-4, Buenos Aires, MSA, 1942.
- ✓ MAIORANA, María Teresa. “La acción social del maestro”. En: revista *Servicio Social*, Año IV, N° 3-4, Buenos Aires, MSA, 1940.
- ✓ -----. “Florence Nightingale”. En: revista *Servicio Social*, Año V, N° 4, Buenos Aires, MSA, 1941.
- ✓ MALLIMACI, Fortunato. *El catolicismo integral en Argentina (1930-1946)*. Buenos Aires, Biblos, 1988.
- ✓ ----- et. alli. *Historia general de la Iglesia en América Latina. Cono Sur (Argentina, Chile, Uruguay y Paraguay)*. Tomo IX, España, CEHILA, Ed. Sígueme, 1994.
- ✓ -----. Catolicismo y Liberalismo: Las etapas del enfrentamiento por la definición de la Modernidad religiosa en América Latina. Revista *Sociedad y Religión*, N° 20/21, 2000. <http://www.ceil-piette.gov.ar/docpub/revistas/sociedadyl religion/sr20-21/sr2021mallimacci.pdf>

- ✓ ----- . Globalización y modernidad católica: papado, nación católica y sectores populares. En: Alonso, Aurelio (Comp.) *América Latina y el Caribe. Territorios religiosos y desafíos para el diálogo*. Bs. As., Clacso, 2008.
- ✓ MANRIQUE CASTRO, Manuel. *De apóstoles a agentes de cambio. El Trabajo Social en la historia de Latinoamérica*, Lima, CELATS, 1982.
- ✓ MARITAIN, Jacques. *Humanismo integral*. Buenos Aires, Lohlé- Lumen, 1996.
- ✓ ----- . *Los derechos del hombre. Cristianismo y democracia*. España, Ed. Palabra, 2001.
- ✓ MARTINELLI, Maria Lúcia. *Servicio social: identidad y alienación*. San Pablo, Cortez Editora, 1997.
- ✓ MARX, Karl. *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Buenos Aires, CS Ediciones, 2001.
- ✓ ----- . *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*. Buenos Aires, Colihue, 2004.
- ✓ MEGUIRA, Estela. “El Servicio Social en el Tribunal de Menores”. En: revista *Servicio Social*, Año IV, N° 2, Buenos Aires, MSA, 1940.
- ✓ MOLJO, Carina B. *Trabajadores Sociales en la historia. Una perspectiva transformadora*. Buenos Aires, Ed. Espacio, 2005.
- ✓ MONTAÑO, Carlos. La naturaleza del Servicio Social: un ensayo sobre su génesis, su especificidad y su reproducción. San Pablo, Cortez Editora, 2000.
- ✓ MORAGUES BERNAT, Jaime, La Asistencia Social de la maternidad. En: revista *Servicio Social*, Año III, N° 2, Buenos Aires, MSA, 1939.
- ✓ MULLE, Marie. “El trabajo social de la mujer”. En: revista *Servicio Social*, Año II, N° 2, Buenos Aires, MSA, 1938.
- ✓ MUSEO SOCIAL ARGENTINO. [Http://www.umsa.edu.ar](http://www.umsa.edu.ar)
- ✓ MURMIS, Miguel y PORTANTIERO, Juan Carlos. *Estudio sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.
- ✓ NETTO, José Paulo. *Capitalismo monopolista y Servicio Social*. San Pablo, Cortez Editora, 1997.
- ✓ ----- et. alli. *Nuevos escenarios y práctica profesionales. Una mirada crítica desde el trabajo Social*. Buenos Aires, Ed. Espacio, 2002.
- ✓ ----- . La construcción del proyecto ético-político del Servicio Social frente a la crisis contemporánea. En: BORGIANNI, E.; GUERRA, Y. y MONTAÑO, C. (Orgs.) *Servicio Social Crítico*. San Pablo, Cortez, 2003.
- ✓ OLIVA, Andrea. *Trabajo Social en la Argentina. Trazos históricos*. San Pablo, Tesis de Doctorado PUC/SP, 2005.
- ✓ ----- . *Trabajo Social y lucha de clase*. Buenos Aires, Ed. Imago Mundi, 2007.
- ✓ PAGÉS, José. “Trascendencia social de la vivienda popular”. En: revista *Servicio Social*, Año III, N° 3, Buenos Aires, MSA, 1939.

- ✓ PARRA, Gustavo. *Antimodernidad y Trabajo Social*. Buenos Aires, Ed. Espacio, 2001.
- ✓ ----- (Comp.) *Aproximaciones a la intervención profesional en los orígenes del Trabajo Social argentino*. Colección Cuadernos de Trabajo N° 23, Buenos Aires, Universidad Nacional de Luján, 2007.
- ✓ PAZ ANCHORENA, José María. “Una pequeña encuesta sobre la vivienda”. En: revista *Servicio Social*, Año III, N° 2, Buenos Aires, MSA, 1939.
- ✓ PEERENBOOM, Elsie. “La Escuela de Servicio Social del Uruguay”. En: revista *Servicio Social*, Año II, N° 4, Buenos Aires, MSA, 1938.
- ✓ PELOSI, Hebe Carmen. *El Museo Social Argentino y la Universidad del Museo Social Argentino. Historia y proyección (1911-1978)*. Universidad del Museo Social Argentino, Buenos Aires, 2000.
- ✓ PEÑA, Milcíades. *Industrialización y clases sociales en la Argentina*. Buenos Aires, Hyspamerica, 1986.
- ✓ ----- *Historia del pueblo argentino*. Tomo II, Buenos Aires, Ediciones Montevideo, 2006.
- ✓ PERALTA RAMOS, Juan. “La Asistencia Social de los menores”. En: revista *Servicio Social*, Año III, N° 1, Buenos Aires, MSA, 1939.
- ✓ PIO XI. *Quadragesimo Anno*. [Http://www.vatican.va/holy_father/pius_xi/encyclicals/documents/hf_p-xi_enc_19310515_quadragesimo-anno_sp.html](http://www.vatican.va/holy_father/pius_xi/encyclicals/documents/hf_p-xi_enc_19310515_quadragesimo-anno_sp.html)
- ✓ PIO XII. “S. S. Pío XII y la Encíclica ‘Rerum Novarum’”. En: revista *Servicio Social*, Año V, N° 1-2, Buenos Aires, MSA, 1941.
- ✓ PORTO DA SILVEIRA, Theresita M. “Preceitos para un perfeito Assistente Social”. En: revista *Servicio Social*, Año IV, N° 1, Buenos Aires, MSA, 1940.
- ✓ RANDOLPH SHIRLEY, Elisabeth. “La mujer al servicio de la sociedad”. En: revista *Servicio Social*, Año VI, N° 1-4, Buenos Aires, MSA, 1942.
- ✓ RECALDE, Héctor. *La Iglesia y la cuestión social (1874- 1910)*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985.
- ✓ ----- *Beneficencia, asistencialismo estatal y previsión social*. Tomo I, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1991.
- ✓ REYNES, Cindanelia. “Principios fundamentales del Servicio Social”. En: revista *Servicio Social*, Año II, N° 4, Buenos Aires, MSA, 1938.
- ✓ ROMAY, Francisco. “El primer defensor de menores”. En: revista *Servicio Social*, Año I, N° 3, Buenos Aires, MSA, 1937.
- ✓ ROZAS PAGAZA, Margarita. *La intervención profesional en relación con la cuestión social. El caso del Trabajo Social*. Buenos Aires, Ed. Espacio, 2002.
- ✓ RUBIN, Gayle. “El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo”. En Marysa Navarro y Catherine Stimpson. *¿Qué son los estudios de*

- mujeres?* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998.
- ✓ SEPICH, Juan. “Asistencia espiritual y religiosa”. En: revista *Servicio Social*, Año VII, Nº 1-4, Buenos Aires, MSA, 1943.
 - ✓ SERVICIO SOCIAL. Año I-VII, Buenos Aires, MSA, 1937-1944.
 - ✓ SIEDE, María Virginia. *El Trabajo Social Argentino en los '60-'70. Reconstrucción del debate profesional en el marco de la reconceptualización*. San Pablo, Tesis de Doctorado PUC/SP, 2004.
 - ✓ SILVA BARROCO, María Lucia. *Ética y Servicio Social: fundamentos ontológicos*. San Pablo, Cortez Editora, 2004.
 - ✓ SONEIRA, Abelardo J. *Las estrategias institucionales de la Iglesia Católica (1880-1976)*. Tomo 1, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1989.
 - ✓ SPURR, Mercedes I. “Servicio Social en la policía”. En: revista *Servicio Social*, Año VIII, Nº 1-2, Buenos Aires, MSA, 1944.
 - ✓ TENTI FANFANI, Emilio. *Estado y pobreza: estrategias típicas de intervención*. Tomo I y II. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1989.
 - ✓ TORINO, Francisco. Juventud sin porvenir. En: revista *Servicio Social*, Año I, Nº 2, Buenos Aires, MSA, 1937.
 - ✓ TORRES BAKSLEY, María F. y FERRER PIRÁN BASUALDO, Elena J. “El salario familiar”. En: revista *Servicio Social*, Año I, Nº 2, Buenos Aires, MSA, 1937.
 - ✓ TREBINO, Jorge. “El Registro Nacional de Asistencia Social del Ministerio de relaciones Exteriores y Culto”. En: revista *Servicio Social*, Año IV, Nº 3-4, Buenos Aires, MSA, 1940.
 - ✓ TROTSKY, León. *La revolución permanente*. Buenos Aires, Hyspamérica, 1988.
 - ✓ -----, *Escritos Latinoamericanos*. En: LISZT, G. y SCOPPA, M. (Comp.) Buenos Aires, CEIP León Trotsky, 2007.
 - ✓ UNSAIN, Alejandro. “Un cuarto de siglo de progreso social en la Argentina”. En: revista *Servicio Social*, Año II, Nº 2, Buenos Aires, MSA, 1938.
 - ✓ -----, “Rerum Novarum”. En: revista *Servicio Social*, Año V, Nº 1-2, Buenos Aires, MSA, 1941.
 - ✓ VALSECCHI, Francisco. “La nueva orientación de la economía según las Encíclicas ‘Rerum Novarum’ y ‘Cuadragesimo Anno’”. En: revista *Servicio Social*, Año V, Nº 1-2, Buenos Aires, MSA, 1941.
 - ✓ VIEIRA, Evaldo. Política social, política económica y método. En: BORGIANNI, E. y MONTAÑO, C. (Orgs.) *La política social hoy*. San Pablo, Cortez Editora, 1999.

- ✓ ZANATTA, Loris. *Del estado liberal a la nación católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes. 2005
- ✓ ZWANCK, Alberto. “Nuestra Escuela de Servicio Social”. En: revista *Servicio Social*, Año I, Nº 1, Buenos Aires, MSA, 1937.
- ✓ -----, “Colonia de vacaciones”. En: revista *Servicio Social*, Año II, Nº 3, Buenos Aires, MSA, 1938.

Anexo 1: Títulos y autores de algunas secciones de la RSS

Artículos originales

AÑO	Nº	Título	Autor	Referencia
1937	1	Una aspiración realizada	La dirección	
1937	1	Una voz de aliento	C. Saavedra Lamas	Ministro de Relaciones Exteriores y Culto
1937	1	Le Service Social	R. Sand	Profesor Universidad De Bruselas
1937	1	El Museo Social Argentino y la Escuela de Servicio Social	T. Amadeo	Presidente MSA, docente ESS-MSA
1937	1	Nuestra Escuela de Servicio Social	A. Zwanck	Director ESS, docente ESS-MSA
1937	1	Origen de los tribunales para niños	E. Herrera Giménez	Asistente Social
1937	1	Bases de la moral profesional de los Asistentes Sociales	M. Fuster; M. J. A. Moltzer y M. Mulle	Comité Internacional de Escuelas de Servicio Social
1937	2	Evolución histórica del Servicio Social	G. Franceschi	
1937	2	Juventud sin porvenir	F. Torino	Dirección Municipal de Educación Física. Capital Federal
1937	2	La educación para el buen uso de las horas libres	E. C. Dezeo	Docente ESS-MSA
1937	2	El salario familiar	M. F. Torres Blaksley y E. J. Ferrer Pirán Basualdo	Asistentes Sociales
1937	3	Acción Social del Instituto Municipal de Nutrición	P. Escudero	Docente ESS-MSA. Director del Instituto Municipal de Nutrición
1937	3	El primer defensor de menores	F. L. Romay	Comisario Policía Federal. Miembro de la Comisión de Infancia MSA
1937	3	Organización de un tribunal correccional de menores	J. J. O'Connor	Docente ESS-MSA. Juez correccional
1938	1	El pabellón de la solidaridad	La redacción	
1938	1	L' Assistance sociale et les progrès qu'elle a réalisés	P. Zenkl	Director de Seguridad Social de Checo-Eslovaquia
1938	1	Consideraciones sobre el trabajo a domicilio	E. Forn	Docente ESS-MSA. Jefe de Legislación Departamento Nacional de Trabajo
1938	1	Puericultorio: "Pérez Aranibar"	C. de Arenaza	Docente ESS-MSA. Vicepresidente Patronato Nacional de Menores
1938	1	El lactarium es un organismo médico-social	S. I. Bettinotti	Docente Facultad de Ciencias Médicas-UBA, posteriormente también de la ESS-MSA. Director Lactarios Municipalidad de Buenos Aires
1938	2	Párrafos Mensaje Presidencial	R. M. Ortiz	Presidente de la Nación
1938	2	El trabajo social de la mujer	M. Mulle	Directora ESS Bruselas. Miembro del Comité Internacional de Escuelas de Servicio Social
1938	2	Un cuarto de siglo de progreso social en la Argentina	A. Unsain	Docente ESS-MSA. Jefe de Legislación Departamento Nacional de Trabajo

1938	2	El problema de la alimentación escolar	E. M. Olivieri	Docente Escuela de Visitadoras de Higiene Social. Director Cuerpo Médico Escolar Consejo Nacional de Educación
1938	2	Fundación de la Casa de Expósitos	A. Alonso	Trabajo de una Cátedra de Facultad de Ciencias Médicas-UBA
1938	3	Página de un álbum	R. A. Jara	Obispo Chileno y Canónigo argentino
1938	3	El abandono y la vagancia de menores	A. Donadio	Inspector General de la Policía Central. Jefe de la División Judicial Departamento Central.
1938	3	Colonia de vacaciones	A. Zwanck	Director ESS- MSA
1938	4	El Servicio Social anexo al servicio de asistencia judicial del Colegio de Abogados de Chile	R. Izquierdo	Directora ESS "Elvira Matte de Cruchaga" -Sede Sudamericana UCISS
1938	4	La Escuela de Servicio Social del Uruguay	E. Peerenboom	Directora ESS de Uruguay- Afiliada al Secretariado Sudamericano UCISS
1938	4	Historia del Servicio Social en Chile	L. Tocornal de Romero	Directora ESS J. de Beneficencia de Santiago De Chile
1938	4	El Servicio Social en Perú	J. Buckley	Secretaria ESS de Perú
1938	4	Principios fundamentales del Servicio Social	C. Reynes	Asistente Social. Docente de Economía doméstica y de práctica. Jefe sub-sección "Investigación social" del Instituto de Nutrición
1939	1	La Asistencia Social de los menores	J. P. Ramos	
1939	1	La Caridad Cristiana- Sus esenciales e inconfundibles caracteres	R. Allende Lezama	Asistente Social, MSA
1939	1	Un centro de Salud Modelo		
1939	2	En defensa de la integridad del salario de la costurera a domicilio	M. de Andrea	Obispo de Temnos
1939	2	La Asistencia Social de la maternidad	J. Moragues Bernat	Docente FCM-UBA. Médico del Instituto Maternidad de la Sociedad de Beneficencia
1939	2	Una pequeña encuesta sobre la vivienda	J. M. Paz Anchorena	Docente ESS-MSA. 2º Vicepresidente Patronato Nacional de Menores
1939	2	Lo que puede ser el Servicio Social en una industria- La organización de la CADE	R. Girona Ribera	Asistente Social CADE
1939	3	Autógrafo del Dr. Juan F. Cafferatta	Juan F. Cafferatta	Diputado Nacional Presidente Comisión de Casas Baratas
1939	3	El Primer Congreso Panamericano de la Vivienda Popular	Editorial	ESS-MSA
1939	3	Trascendencia social de la vivienda popular	J. Pagés	Miembro de la comisión organizadora del 1º Congreso Panamericano de la Vivienda Popular
1939	3	Pases para una política financiera de la vivienda popular	R. Migone	Funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto. Miembro comisión organizadora.
1939	3	Vivienda popular	S. Girard	Estudiante ESS, MSA
1939	4	La 3º Conferencia Internacional de la Alimentación	Editorial	ESS-MSA

1939	4	La leyes de la alimentación	P. Escudero	Docente ESS MSA. Director del Instituto Alimentación. Presidente de la 3° Conferencia de la Alimentación
1939	4	Estudio Económico de la alimentación	P. Escudero	Docente ESS MSA. Director del Instituto Alimentación. Presidente de la 3° Conferencia de la Alimentación
1940	1	Juan Luís Vives	A. Casal Castel	
1940	1	Comentarios médico-sociales a los preceptos y normas del Código de Menores de Perú	E. Paz Soldán	
1940	1	Preceitos para un perfeito Assistente Social	T. M. Porta da Silveira	Docente/ Directora de ESS Brasil
1940	2	El Servicio Social en los Centros Quirúrgicos	J. M. Jorge	Docente Facultad de Ciencias Médicas-UBA. Miembro del Consejo Directivo MSA
1940	2	El Servicio Social en el Tribunal de Menores	E. Meguira	Asistente Social, MSA. Trabaja en juzgado de Menores de O'Connor
1940	2	El desarrollo de las obras de Servicio Social en la India	J. Lozada White	Asistente Social, MSA
1940	3 y 4	Antonio Federico Ozanam	R. Allende Lezama	Asistente Social, MSA
1940	3 y 4	Notas para la historia del Hospital de mujeres	A. Ruiz Moreno	Docente FCM-UBA
1940	3 y 4	La acción social del maestro	M. T. Maiorana	Asistente Social, docente de prácticas ESS MSA
1940	3 y 4	El Registro Nacional de Asistencia Social del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto	J. A. Trebino	Director Registro Nacional de Asistente Social
1940	3 y 4	Introducción a la puericultura	S. I. Bettinotti	Docente FCM-UBA
1941	1 y 2	"Rerum Novarum"	A. Unsain	Docente ESS MSA. FCE. Jefe de Legislación del Departamento Nacional Trabajo
1941	1 y 2	La nueva orientación de la economía según las Encíclicas "Rerum Novarum" y Cuadragesimo Anno"	F. Valsecchi	Docente ESS MSA/ ICRS. Director Secretariado Económico-Social Acción Católica Argentina
1941	1 y 2	Trabajo y Tuberculosis	R. Vaccarezza	Docente Facultad de Ciencias Médicas-UBA. Jefe de una División del Departamento Nacional de Higiene. Vicepresidente de la Liga Argentina contra la Tuberculosis
1941	3	La Encíclica "Rerum Novarum" y la actualidad Argentina	M. De Andrea	Obispo de Temnos
1941	3	Impresiones sobre la asistencia rural en los EE.UU.	L. Moreno Frers	Estudiante de la "School of Social Administration" EE.UU.
1941	3	Los obregones	H. E. Frizzi de Longoni	
1941	4	Florence Nightingale	M. T. Maiorana	Asistente Social, docente de prácticas ESS MSA
1941	4	Los grandes problemas de nuestros tiempos. Los trabajadores y su salario.	L. R. Bártolo	Estudiante SS MSA

1942	1al 4	La mujer al servicio de la sociedad	E. Randolh Shirley	
1942	1al 4	La acción de la mujer en el mejoramiento agrario argentino	T. Amadeo	Presidente MSA, docente ESS
1942	1al 4	Sobre ley de adopción	A. Rayces	
1942	1al 4	Los delegados y el prestigio de las escuelas de Servicio Social	C. de Arenaza	Presidente Patronato Nacional de Menores. Docente ESS MSA
1942	1al 4	Policía femenina especial para niños	J. L. Araya	
1942	1al 4	Habitación y recursos	L. Catarinelli	Asistente Social/ MSA
1942	1al 4	Por qué vine yo a la escuela de Servicio Social	I. Luraschi	Estudiante SS/ MSA
1942	1al 4	La beneficencia en Buenos Aires	A. Meyer Arana	
1943	1al 4	Mensaje de Navidad	C. R. Etcheverry	
1943	1al 4	Asistencia espiritual y religiosa	J. R. Sepich	Profesor de la Universidad de Cuyo. Sacerdote
1943	1al 4	Breve reseña sobre legislación social argentina	J. R. Pichetto	Abogado del Departamento Nacional de Trabajo y ex miembro OIT
1943	1al 4	Detención provisoria de menores	E. Heusser	Asistente Social/ Secretaria Auxiliar MSA
1943	1al 4	Asistencia Social en la Industria	A. de la Riega	Docente ESS/ MSA
1943	1al 4	La beneficencia en Buenos Aires	A. Meyer Arana	
1944	1y 2	Servicio Social en la policía	M. I. Spurr	Asistente Social/ MSA
1944	1y 2	La beneficencia en Buenos Aires	A. Meyer Arana	

Informaciones sociales

AÑO	Nº	Título	Referencia
1937	1	Noticias de la Publicación de la OIT	OIT
1937	2	Los progresos de la semana de 40 hs. y las vacaciones anuales pagas	OIT
1937	2	Noticias de la Publicación de la OIT	OIT
1937	3	La formación profesional de los aprendices en los EE.UU.	
1937	3	Los índices internacionales de paro, empleo y de las horas de trabajo efectuado	
1937	3	Noticias de la Publicación de la OIT. Otras informaciones	
1938	1	Seguro Social	Boletín Oficina Sanitaria Panamericana
1938	1	Otras informaciones	OIT
1938	2	La protección de la familia en Suecia	
1938	2	Ley orgánica de protección social en el Ecuador	
1938	2	Instituto Nacional de viviendas Económicas en el Uruguay	
1938	2	Condiciones de vida de la familia obrera	
1938	2	Fluctuaciones del costo de vida en la Capital Federal	
1938	2	Otras informaciones	
1938	3	Reunión del Consejo de Administración de la OIT	OIT
1938	3	La aplicación de los convenios internaciones de trabajo	OIT
1938	3	Comisión consultiva de la organización científica del trabajo	OIT
1938	3	Reunión internacional del Patronato Católico	Revista Internacional de Trabajo
1938	3	El costo de vida en la ciudad de Buenos Aires	División estadística del Departamento Nacional Trabajo.
1938	3	El salario familiar en una importante fábrica textil	Boletín Oficial Acción Católica Argentina
1938	3	Otras informaciones sociales	OIT
1938	4	Instituto Social de Chile	R. Izquierdo. Anexo Universidad Católica de Chile
1938	4	Servicio Social rural en Chile	R. Izquierdo
1938	4	La acción social del consejo nacional de educación	
1938	4	Otras informaciones sociales	
1939	1	Las Iglesias y la acción social	El Año Social 1937-1938 OIT
1939	1	Otras informaciones sociales	Publicación OIT
1939	2	Comité Internacional de Escuelas de Servicio Social	Cuarta Asamblea General Comité Internacional de las Escuelas de Servicio Social
1939	2	UCISS	Datos extraídos de la Rev. Criterio
1939	2	Cuarta Conferencia Internacional de Servicio Social	
1939	2	La Sociedad de las Naciones y el Servicio Social	
1939	2	La familia en la nueva constitución de Irlanda	
1939	2	La Juventud y el Nuevo Código Penal Suizo	
1939	2	La asistencia de los ciegos en Inglaterra	

1939	2	La Asistencia Social en la Asociación de Abogados de Buenos Aires	
1939	2	Otras informaciones sociales	
1939	3	Las Jornadas nacionales de Servicio Social en Francia	
1939	3	El Servicio Social y la defensa pasiva de la población civil	Secretariado General Defensa Pasiva
1939	3	Conferencia nacional de Asistencia Social de la Lepra	
1939	3	Otras informaciones sociales	
1939	4	Richard Clarke Cabot	
1939	4	Las Iglesias y la acción social	El Año Social 1938. OIT
1939	4	Otras informaciones sociales	Publicación OIT
1940	1	México y la política demográfica	
1940	1	El departamento de protección de la madre y del niño en Colombia	
1940	1	El consejo Venezolano de la infancia	
1940	1	La semana del Patronato nacional de ciegos	
1940	1	Otras informaciones sociales	
1940	1	El costo de vida en la ciudad de Buenos Aires Marzo 1940	
1940	2	Panamericanismo social y obrero	Unión Panamericana
1940	2	Conferencia americana del trabajo	OIT
1940	2	Costo de Vida	
1940	2	El código de menores de Venezuela	
1940	2	La lucha contra la Tuberculosis en la ciudad de Buenos Aires	
1940	2	Otras informaciones sociales	
1940	3 y 4	La desocupación y los salarios. Una pastoral del Episcopado Argentino.	Episcopado Argentino
1940	3 y 4	Palabras de Monseñor Miguel De Andrea	Monseñor Miguel De Andrea
1940	3 y 4	Actualidad obrera norteamericana	
1940	3 y 4	La Asistencia Social como obligación del Estado	
1940	3 y 4	Tercera Conferencia chilena del Servicio Social	
1940	3 y 4	Segundo Congreso Nacional de la Confederación Argentina de Maestros y Profesores Católicos	
1940	3 y 4	Primer Congreso Nacional de la población	
1940	3 y 4	Catastro Roentgenfotográfico de los grupos sociales	
1941	1y 2	S. S. Pío XII y la Encíclica "Rerum Novarum"	
1941	1y 2	Las Iglesias y la acción social	OIT
1941	1y 2	Nuevo director de la OIT	OIT
1941	1y 2	La junta nacional de relaciones del trabajo en los EE.UU.	
1941	1y 2	Octavo Congreso Panamericano del niño	
1941	3	El Servicio Social en Chile	Unión Panamericana
1941	3	La constitución en Cuba y el trabajo	
1941	3	Protección del niño brasileño	
1941	3	El Servicio Social en la Comisión Nacional de Casas Baratas	
1941	3	Patronato Nacional de Ciegos	
1941	3	La escuela polivalente de Visitadoras de Higiene de Asunción del Paraguay	
1941	4	Los Servicio Social en Inglaterra	

1942	1al 4	Octavo Congreso Panamericano del Niño	Unión Panamericana. Comité Internacional de Protección de la Infancia
1942	1al 4	Fines y funciones de los seguros sociales	Conferencia del Trabajo de los Estados de América. OIT
1942	1al 4	Primera conferencia Interamericana de Seguridad Social	
1942	1al 4	El cuarto congreso provincial del Niños en Santa Fe	
1942	1al 4	La Ley de asistencia social en la provincia de Santa Fe	
1942	1al 4	Patronato Nacional de Menores	
1942	1al 4	Segunda Conferencia Nacional de Infancia abandonada y delincuente	
1942	1al 4	La asociación femenina de Acción Rural	
1943	1al 4	Curso de Asistencia Social en Rosario de Santa Fe	
1943	1al 4	Delincuencia juvenil y recreación	
1943	1al 4	El panorama obrero social en los EE.UU.	
1943	1al 4	El presidente Roosevelt y la cuestión del trabajo	
1943	1al 4	El trabajo y la economía estadounidense durante los últimos diez años	
1943	1al 4	Escuela de Servicio Social de Costa Rica	
1943	1al 4	Escuela de Servicio Social de Perú	
1943	1al 4	La escuela de Bibliotecnia de Montevideo	
1943	1al 4	Primer Congreso Nacional de Asistencia. México D.F.	
1943	1al 4	Protección del trabajador menor en el Brasil	
1943	1al 4	Reorganización del servicio de alimentación de beneficencia social en el Brasil	
1943	1al 4	Seminario interamericano de estudios sociales	
1943	1al 4	Unión Internacional de socorros a los niños	
1944	1y 2	La Escuela de Servicio Social de San Pablo	
1944	1y 2	El Servicio Social en Venezuela	
1944	1y 2	Corporación argentina de tejeduría doméstica	
1944	1y 2	Una ciudad para los niños de Australia	
1944	1y 2	De cómo se levanta una encuesta social	
1944	1y 2	Servicio Social en una industria	
1944	1y 2	La asistencia y la previsión social para los ferroviarios	
1944	1y 2	La alimentación en la post-guerra	
1944	1y 2	Legislación y acción social	

Bibliografía

AÑO	Nº	Título	Autor	Referencia
1937	1	Les tendances nouvelles du service social	R. Sand	Profesor Universidad de Bruselas. Artículo presentado en la 3ª Conferencia Internacional de Servicio Social, 1936
1937	1	Organización de higiene. Informe sobre las bases fisiológicas de alimentación	Sociedad de las Naciones	
1937	2	Les tendances nouvelles du service social	R. Sand	Profesor Universidad de Bruselas
1937	3	El Servicio Social y la colectividad	K. F. Lenroot	Artículo presentado en la 3ª Conferencia Internacional de Servicio Social, 1936
1937	3	Algunos aspectos de la política social contemporánea	M. Thelin	Miembro OIT. Artículo presentado en la 3ª Conferencia Internacional de Servicio Social, 1936
1937	3	Comentarios sobre el proyecto de ley de asistencia y previsión social de la República Argentina	R. Sand y A. Farquharson	
1937	3	La madre en el hogar; obrera del progreso del mundo	II Congreso Internacional	
1938	1	El dolor argentino	A. Palacios	Legislador, Sociólogo socialista
1938	1	Año Social 1936-1937	OIT	Sólo detallan el capítulo: Acción de las Iglesias
1938	1	La mendicidad en Buenos Aires	M. J. B. de Vaga y R. Janiro	Asistente Social. Monografía final (1934)
1938	1	Esc. De Servicio Social del Uruguay	Memoria	
1938	2	Servicio Social	Rev. ESS Junta de Beneficencia	ESS Junta de Beneficencia de Santiago De Chile
1938	2	Al Margen de las Jornadas de Servicio Social	M. Decroix	Artículo presentado en las Jornadas Nacionales de Servicio Social, en Francia 1937
1938	2	La prophylaxie du crime	O. Kinberg	Revista de Psiquiatría y criminología
1938	2	Assistances de police		Boletín Int. Protección a la Infancia
1938	2	Directory of probation officers...		His Majesty's Stationery Office
1938	2	Fifth report of the work of the children branch		His Majesty's Stationery Office
1938	3	Una magistratura tutelar debe completar la acción del juzgado letrado de menores	R. Berro	en: Boletín del Instituto Int. Americano de Protección a la Infancia
1938	3	Algunas consideraciones sobre la atención integral del cardíaco	Acción Social	Santiago de Chile
1938	3	Problemas sociales y Servicio Social de la infancia en el Uruguay	M. L. Saldún de Rodriguez	Instituto de Clínica Pediátrica y Puericultura de Montevideo
1938	3	El tratamiento de la infancia abandonada.	L. B. Prieto F.	Boletín del Instituto Int. Americano de Protección a la Infancia
1938	3	Servicio Social en una escuela de ciegos	A. Durruty de Figari	Revista de Servicio Social de la ESS J. de Beneficencia de Santiago Chile. Monografía final

1938	3	Acción social en el nuevo estado español	V. Maidagan Uria	Revista de Servicio Social de la ESS J. de Beneficencia de Santiago Chile. Monografía final
1938	3	Censo de la salud en EE.UU.	Boletín Oficina Sanitaria Panamericana	
1938	3	Principios básicos de la vivienda salubre	American Journal of Public Health	
1938	3	Le champ visuel dans la psychopathologie de l'enfance delinquante	C. Arenaza	Artículo presentado en II Congreso Nacional de Medicina
1938	3	El porvenir de los enfermos del dispensario antituberculoso	I. Natin	Instituto Penna
1938	3	Derecho del Trabajo en la República Argentina	J. D. Ramirez Gronda	UNLP
1938	3	Censo Industrial de 1935	Dirección General de Estadísticas Nación	Comisión Nacional del Censo Industrial
1938	3	Asistencia Social: bibliotecas	L. T. Traverso	Asistente Social, MSA. Monografía final.
1938	3	El salario obrero	M. W. Nevin	Asistente Social, MSA. Monografía final.
1938	3	Problemas espirituales de la familia obrera	E. Gómez Higuieret	Asistente Social, MSA. Monografía final. Futura docente de prácticas
1938	4	Jornadas Nacionales de Servicio Social 1937	Comité Francés de Servicio Social	
1938	4	STROMATA	Publicación Fac. Filosofía y Teología	Director MSA, docente ESS
1938	4	Los problemas de la asistencia social en la Nueva España	R. Roviralta Astoul	
1939	1	Le champ visuel dans la psychopathologie de l'enfance delinquante	C. Arenaza	
1939	1	La politique des Allocations exerce-t-elle une influence sur le Taux de la Natalité	M. G. Bonvoicin	Director General de Subsidios Familiares, Francia
1939	1	XIII Sesión de l'Association Internationale pour la Protection de l'Enfance		
1939	1	Manual de bibliotecnia	M. Selva	Director del Curso de Bibliotecas MSA
1939	1	El falso dilema	T. Amadeo	Presidente MSA, docente ESS
1939	2	El niños, considerado en sus relaciones con la política financiera...	F. Reinhardt	
1939	2	El niños en sus relaciones con la finanzas públicas...	E. Steiger	
1939	2	Il bambino considerato in riguardo alle finanze...	M. Pugliese	
1939	2	De la política demográfica a la política de la familia	F. Loffredo	
1939	2	Vida moderna y problema demográfico	Spolverini	

1939	2	Annuaire International de l'Education et de l'enseignement. 1938		
1939	3	Un mensaje a García	V. Grossi	
1939	3	Case Work a New York	L. Herrmann	
1939	3	Legislación nacional del trabajo	A. Amillano	Publicación Junta Central de Acción Católica Argentina
1939	4	Traité de Service Social	P. F. Armand Delille	Discípulo R. Sand
1939	4	"L'Aide aux cardiaques..."	M. Joannis	
1939	4	Preparación técnica del personal dedicado a las obras de Asistencia Social	H. de Salterain	Boletín Int. Protección a la Infancia. Directora ESS Uruguay
1939	4	Organización y resultados de los Servicios de protección a la infancia en el Uruguay	R. Berro	En Boletín del Instituto Int. Americano de Protección a la Infancia
1939	4	Organización y preparación de las enfermeras y visitadoras sociales en los servicios materno-infantiles	W. Piaggio Garzón	En Boletín del Instituto Int. Americano de Protección a la Infancia
1939	4	Defensa de la raza	M. F. A.	Previsión Social Santiago Chile
1939	4	Memoria de la ESS de la J. de Beneficencia de Santiago Chile 1939		
1940	1	Documents preparatoires pour la XIII Session de l'Association Internationale pour la Protection de l'Enfance	AAVV	Boletín Internacional de Protección a la Infancia
1940	2	The patient as a person. A study of the Social aspects of illness	G. Canby Robinson	
1940	2	Conforto morale ai malati nei sanatori. Difesa sociale	E. Fambri	
1940	2	Los albores de la legislación sobre las asignaciones familiares	F. Valsecchi	
1940	2	Catálogo metódico de la biblioteca	Universidad Nacional del Litoral	
1940	3 y 4	Lilian D. Wald. Iniciadora de los servicios de enfermeras visitadoras	E. Coronado Suárez	Boletín de la Unión Panamericana.
1940	3 y 4	La desocupación en Argentina	J. Figuerola	Departamento. Nacional del Trabajo
1940	3 y 4	Consejo del Niño	R. Berro	Consejo del Niño
1941	1 y 2	Rapport présenté aux Gouvernements, aux Employers et aux Travailleurs Des Etats Members de OIT	J. G. Winnant	Directo de la OIT
1941	1 y 2	Escuela de Servicio Social del Uruguay	Memoria Asamblea General Socios	
1941	1 y 2	Escuela de Servicio Social "Elvira Matte de Cruchaga"		
1941	3	Madres...		Libro de la Maternidad R. Sardá. Perteneciente Soc. de Beneficencia
1941	3	Problemas médicos de la guerra en Europa.	A. Gregg	
1941	3	La obra del dormitorio "Nemesio Camacho"	M. Fornaguera	

1941	3	Eugenesia y su legislación	A. Grossi Aninat	Doctora chilena
1941	3	Eugenesia, control de la natalidad y esterilización.	R. Cousiño de Vicencio	Visitadora Social. Presidente Asoc. General de Visitadora Social del Estado
1941	3	Are we well fed?	H. K. Stiebeling	
1941	3	El Servicio Social en Mendoza	M. del R. Sansano de Ferro	
1942	1al 4	Algunos aspectos de la protección a la Infancia en el estado de Indiana, EE.UU.	H. de Salterain	Boletín Int. Protección a la Infancia. Directora ESS Uruguay
1942	1al 4	Historia de nursing	T. F. Lawes	
1942	1al 4	Social Work in the three americans	K. F. Lenroot	Revista <i>The Social Worker</i>
1942	1al 4	El trabajo a domicilio y su decreto reglamentario	A. Unsain	Docente FCE/ ESS MSA. Director del Instituto de Política Social de la FCE-UBA
1942	1al 4	Carlos Arenaza. Apóstol de la infancia en peligro moral.	E. Cienfuegos	Profesor Universidad Chileno. Para el diario <i>El Mercurio</i>
1943	1al 4	Hacia un mundo nuevo	M. De Andrea	Obispo de Temnos. Discurso en el Seminario Interamericano de Estudios Sociales en EE.UU.
1943	1al 4	La desarticulación de la familia	G. Franceschi	Artículo de revista <i>Criterio</i>
1943	1al 4	La seguridad industrial en la Argentina	T. di Tella	
1944	1y 2	Infancia abandonada y delincuente. Su Asistencia Social.	C. de Arenaza	Artículo publicado en diario <i>La Nación</i>
1944	1y 2	Coordinación de la Asistencia Social	F. Memelsdorff	Artículo publicado en diario <i>La Nación</i>
1944	1y 2	Boletín de la Dirección General de Protección a la infancia y adolescencia	Dirección General de Protección a la infancia y adolescencia	
1944	1y 2	Algunos aspectos del Servicio Social en los EE.UU.	L. Vergara Santa Cruz	Órgano oficial de Asistencia Pública. México
1944	1y 2	Tres acertadas medidas sobre política económica	Instituto A. Bunge	

Anexo 2: Personal de la ESS-MSA en el período 1937-1944²⁰⁷

1938

Director: Dr. Alberto Zwanck

Secretaria: Srta. Ernestina Vila

Bibliotecaria: Srta. Lidia T. Traverso

Ayudante de Secretaria: Srta. Esther Jorge

Cuerpo docente: Dr. Rómulo Amadeo, Dr. Tomás Amadeo, Dr. Carlos de Arenaza, Dr. Juan J. Dassen, Dra. Emilia Dezeo, Dr. Pílares O. Dezeo, Dr. Pedro A. Escudero, Prof. Gregorio Fingermann, Dr. Enrique Forn, Dr. Guillermo Garbarini Islas, Dr. Juan J. O'Connor, Dr. José María Paz Anchorena, Srta. Cidanelia Reynés, Dr. Germinal Rodríguez, Sr. Manuel Selva, Dr. Alejandro M. Unsain, Dr. Carlos L. Vila, Dr. Alberto Zwanck.

Encargadas de Enseñanza Práctica: Srta. Raquel Allende Lezama, Srta. Elvira Gómez Higuieret, Srta. Cidanelia Reynés.

1940

Director: Dr. Alberto Zwanck

Secretaria: Srta. Ernestina Vila

Bibliotecaria: Srta. Lidia T. Traverso

Cuerpo docente: Dr. Rómulo Amadeo, Dr. Tomás Amadeo, Dr. Carlos de Arenaza, Dr. Juan J. Dassen, Dra. Emilia D. de Muñoz, Dr. Pílares O. Dezeo, Dr. Pedro A. Escudero, Prof. Gregorio Fingermann, Dr. Enrique Forn, Dr. Guillermo Garbarini Islas, Dr. Juan J. O'Connor, Dr. José María Paz Anchorena, Srta. Cidanelia Reynés, Dr. Germinal Rodríguez, Sr. Manuel Selva, Dr. Alejandro M. Unsain, Dr. Carlos L. Vila, Dr. Alberto Zwanck.

Encargadas de Enseñanza Práctica: Srta. Elvira Gómez Higuieret, Srta. María Teresa Maiorana, Srta. Cidanelia Reynés.

1942

Director: Dr. Alberto Zwanck

Secretaria: Srta. Ernestina Vila

²⁰⁷ Fuente: RSS (1938-1944)

Asistente Social y Bibliotecaria: Srta. Lidia T. Traverso

Auxiliar 1° de Secretaría: Srta. María Rosario Iriarte

Auxiliar 2° de Secretaría: Emilia Heussner

Cuerpo docente: Dr. Rómulo Amadeo, Dr. Tomás Amadeo, Dr. Carlos de Arenaza, Dr. Saúl I. Bettinotti, Dr. Juan J. Dassen, Dra. Emilia Dezeo de Muñoz, Dr. Pedro A. Escudero, Prof. Gregorio Fingermañ, Dr. Enrique Forn, Dr. Guillermo Garbarini Islas, Dr. Máximo Thwaites Lastra, Dr. Jorge Gallegos, Dr. José María Paz Anchorena, Srta. Cidanelia Reynés, Dr. Agustín de la Riega (hijo), Dr. Germinal Rodríguez, Sr. Manuel Selva, Dr. Teodoro A. Tonina, Dr. Alejandro M. Unsain, Dr. Francisco Valsecchi, Dr. Carlos L. Vila, Dr. Alberto Zwanck.

Jefes de Trabajos Prácticos: Asistente Social Srta. Elvira Gómez Higuieret, Asistente Social Srta. María Teresa Maiorana, Asistente Social Srta. Cidanelia Reynés.

1944

Director: Dr. Alberto Zwanck

Secretaria: Srta. Ernestina Vila

Asistente Social y Bibliotecaria: Srta. Lidia T. Traverso

Auxiliar 1° de Secretaría: Srta. María Rosario Iriarte

Auxiliar 2° de Secretaría: Srta. María Elena Mc. Loughlin

Cuerpo docente: Dr. Rómulo Amadeo, Dr. Tomás Amadeo, Dr. Carlos de Arenaza, Dr. Saúl I. Bettinotti, Dr. Juan J. Dassen, Dra. Emilia Dezeo de Muñoz, Dr. Pedro A. Escudero, Prof. Gregorio Fingermañ, Dr. Enrique Forn, Dr. Guillermo Garbarini Islas, Srta. Rosa Latorre, Dr. Jorge Gallegos, Srta. María Teresa Maiorana, Sra. Julia Posse de Muratorio, Ing. Gerardo Palacios Hardy, Dr. José María Paz Anchorena, Srta. Cidanelia Reynés, Dr. Agustín de la Riega (h.), Dr. Germinal Rodríguez, Dr. Guido Ruiz Moreno, Sr. Rafael Salas, Dr. Máximo Thwaites Lastra, Dr. José Tibaudin, Dr. Teodoro A. Tonina, Srta. Lidia Traverso, Dr. Alejandro M. Unsain, Dr. Francisco Valsecchi, Dr. Carlos L. Vila, Dr. Alberto Zwanck.

Jefes de Trabajos Prácticos: Asistente Social Srta. María Teresa Maiorana, Asistente Social Sra. Julia Posse de Muratorio, Asistente Social Srta. Cidanelia Reynés.

Curso de Bibliotecología

Asesores: Ernesto Nelson, Ernesto Gustavo Gietz

Profesores: José Federico Finó, Carlos Víctor Penna

Jefes de Trabajos Prácticos: Duilio Gustini, Adolfo Oscar Spitznagel

Anexo 3: Miembros del Consejo Directivo del MSA en el período 1930-1944²⁰⁸

1930-1932

Presidente: Dr. Tomás Amadeo

Vicepresidente: Dr. Julio Iribarne

Secretario: Dr. Juan Bayetto

Tesorero: Ing. Manuel Guitarte

Vocales: Doctores Coriolano Alberini, Juan José Díaz Arana, Héctor R. Baudon, Ing. Alejandro Botto, Doctores Enrique Ruiz Guiñazú, Carlos J. Rodríguez, Alejandro M. Unsain, Juan José Vitón.

1932-1934

Presidente: Dr. Julio Iribarne/ Cupertino del Campo

Vicepresidente: Dr. Alejandro M. Unsain

Secretario: Ing. Alejandro Botto/ Dr. Guillermo Garbarini Islas

Tesorero: Dr. Carlos J. Rodríguez

Protesorero: Dr. Carlos Jesinghaus

Vocales: Doctores Carlos A. Acevedo, Tomás Amadeo, Carlos de Arenaza, Juan Bayetto, Manuel F. Castello, Juan José Díaz Arana, Carlos Jesinghaus y Alejandro A. Raimondi / Ing. Beniro J. Carrasco, Doctores Eduardo Crespo, Mario A. Rivarola, Alberto Zwnack.

1934-1936

Presidente: Dr. Tomás Amadeo

Vicepresidente: Dr. Cupertino del Campo

Secretario: Dr. Guillermo Garbarini Islas

Tesorero: Sr. Laureano A. Baudizzone

Protesorero: Sr. Domingo Repetto

Vocales: Doctores Juan José Díaz Arana, Carlos de Arenaza, Ing. Beniro J. Carrasco, Dr. Eduardo Crespo, Ing. Ludovico Ivanissevich, Doctores José M. Jorge, Alejandro M. Unsain, Sr. Antonio D. Vernavá, Alberto Zwnack.

²⁰⁸ Fuente: Boletín del Museo Social Argentino (1929-1944)

1936-1938

Presidente: Dr. Tomás Amadeo

Vicepresidente: Almirante Manuel Domeneq García

Secretario: Dr. Guillermo Garbarini Islas

Tesorero: Sr. Antonio D. Vernavá

Protesorero: Ing. Daniel Iribarne

Vocales: Dr. Carlos de Arenaza, Sr. Laureano A. Baudizzzone, Dr. Cupertino del Campo, Ing. Benito J. Carrasco, Dr. Eduardo Crespo, Dr. Juan José Díaz Arana, Ing. Ludovico Ivanissecich, Doctores José M. Jorge, Alberto Zwanck.

1939-1941

Presidente: Dr. Tomás Amadeo

Vicepresidente: Almirante Manuel Domeneq García

Secretario: Dr. Guillermo Garbarini Islas

Prosecretario: Ing. Daniel Iribarne

Tesorero: Sr. Antonio D. Vernavá

Protesorero: Ing. Ludovico Ivanissecich

Vocales: Dr. Carlos de Arenaza, Sr. Laureano A. Baudizzzone, Dr. Cupertino del Campo, Ing. Benito J. Carrasco, Doctores Eduardo Crespo, Juan José Díaz Arana, José M. Jorge, Alberto Zwanck

1941-1942

Presidente: Dr. Tomás Amadeo

Vicepresidente: Almirante Manuel Domeneq García

Secretario: Dr. Guillermo Garbarini Islas

Prosecretario: Ing. Daniel Iribarne

Tesorero: Sr. Antonio D. Vernavá

Protesorero: Ing. Ludovico Ivanissecich

Vocales: Dr. Carlos de Arenaza, Sr. Laureano A. Baudizzzone, Ing. Benito J. Carrasco, Doctores Alejandro Ceballos, Juan José Díaz Arana, José M. Jorge, Horacio C. Rivarola, Alberto Zwanck.

1942-1943

Presidente: Dr. Tomás Amadeo

Vicepresidente: Almirante Manuel Domeneq García

Secretario general: Dr. Guillermo Garbarini Islas

Prosecretario general: Ing. Daniel Iribarne

Tesorero: Sr. Antonio D. Vernavá

Protesorero: Ing. Ludovico Ivanissecich

Vocales: Dr. Carlos de Arenaza, Sr. Laureano A. Baudizzzone, Ing. Beniro J. Carrasco, Doctores Alejandro Ceballos, Juan José Díaz Arana, José M. Jorge. Horacio C. Rivarola, Alberto Zwanck.

Anexo 4: Decálogo sobre los principios de los asistentes sociales

“Preceptos para un perfecto Asistente Social”²⁰⁹

Por Theresita M. Porto da Silveira

Ser Asistente Social es ser bueno, servicial y altruista.

Es ser cumplidor de los deberes, metódico y tolerante.

Es practicar la armonía, en su más alta expresión.

Es no distinguir a los seres por su exterioridad y si, por sus cualidades intrínsecas.

Es ser disciplinado: quien no sabe obedecer, no sabe mandar.

Ser leal y sincero consigo mismo, para poder serlo con los demás.

Es ser alegre, en la suave y conciente alegría de quien está haciendo higiene mental.

Es pensar en los otros; es ser útil, llevando a sus asistidos el consuelo por la palabra y por la acción.

Es ser riguroso consigo mismo y tolerante con los demás.

Es ser fuerte y valiente en la adversidad.

Es ser justo en la distribución de valores, siguiendo así, la sabia doctrina de Cristo.

La conducta del verdadero Asistente Social debe ser perfecta, para ser imitada.

El Asistente Social debe actuar como el cerebro y como el corazón, el primero, sin embargo, orientando al segundo: por el perfecto equilibrio de las dos fuerzas surgirá el buen sentido, que es, en nosotros, la propia conciencia.

El Asistente Social debe ser amable, discreto, medido y finamente educado.

Debe gustar de la buena salud y tener agradable apariencia para obtener mejores resultados.

El Asistente Social no debe tener vicios, de cualquier naturaleza, para imponer el respeto y admiración general.

Ser Asistente Social es tener conciencia de sus inmensas responsabilidades, pues la Asistencia Social es una profesión-sacerdocio.

QUIEN REUNA TALES VIRTUDES PUEDE
JUZGARSE (...) EL TIPO EJEMPLAR
DE ASISTENTE SOCIAL.

²⁰⁹ Fuente: RSS, 1940: 43. En el original se transcribe en portugués; la traducción es nuestra.